«Una trama que te hace contener el aliento
y un giro final espectacular.»
STEPHEN KING
LA
HERIDA
CAITLIN
WAHRER
SUMA

¿Hasta dónde llegarías para proteger a los tuyos?
¿Qué serías capaz de hacer en nombre del amor y la sangre?

Hay hombres malos y hombres buenos. Pero ¿a qué grupo pertenece su marido?

Julia solo desea mantener a su familia unida mientras Nick, su cuñado, supera la brutal agresión de la que ha sido víctima. Pero su marido, Tony, es incapaz de ignorar la rabia que siente ante el ataque que sufrió su hermano

Cuando Tony decide tomarse la justicia por su mano, Julia empieza a temer por la familia del atacante. Y lo que es más: empieza a temer hasta dónde tendrá que llegar para salvar a su marido.

CAITLIN WAHRER

La herida

Traducción de
Rocío Gómez de los Riscos

A Ben

I.

MONSTRUOS

He conocido a monstruos y he conocido a hombres. Ambos me han envuelto en su sombra alargada. He soportado su peso con mis propias manos y he intentado agarrar su cara inescrutable a oscuras. Diferenciarlos es muy difícil. Mucho más de lo que te imaginas.

CLAIRE C. HOLLAND, *I AM NOT YOUR FINAL GIRL*

1

JULIA HALL, 2019

El inspector moribundo vivía en una casa alta de color azul oscuro que tenía las molduras y las contraventanas desportilladas. Se alzaba con imponencia hacia el cielo brillante por detrás del banco de nieve que bordeaba la calle. Como había nevado esa noche, estaba cubierta de nieve reciente, pero habían cepillado el 23 negro que había clavado encima de la entrada. El acceso para el coche era estrecho, pero había sitio; sin embargo, ella aparcó en la calle.

Julia Hall se removió para acceder al bolsillo de su abrigo, que abultaba mucho. Metió la mano hasta el fondo y rozó el borde del papel doblado. Mientras sacaba la nota, pensó que ojalá pusiera cualquier cosa menos esa dirección en la que se ubicaba; cualquier cosa que le diera pie a seguir conduciendo y, quizás, no toparse nunca con esa casa. En el papel arrugado había una dirección, «23 Maple Drive, Cape Elizabeth», y allí estaba.

«No lo pienses más», dijo en alto antes de mirar de reojo la casa. La entrada estaba flanqueada por ventanas, pero las persianas venecianas estaban cerradas y no se veía nada. Eso significaba que él no la había visto hablando sola. Bien.

Al bajarse del SUV, a Julia se le escapó la puerta de la mano por el viento. Estaba siendo un invierno extremadamente frío. Con los años se había dado cuenta de que cada vez le costaba más capear dicha estación. Se tapó bien las orejas con el gorro y se volvió hacia el coche. Sin darse cuenta, dio un portazo. El sonido sacudió la calle y ella se estremeció. Hacía años que no daba un portazo así; por un momento había pensado que era su coche anterior, un Subaru que funcionaba a base de fuerza bruta; el coche que tenía hace tres años, cuando tuvo ocasión de hablar con el hombre que la estaba esperando en esa casa.

A pesar de la nevisca de anoche, el sendero que llevaba a la entrada estaba recién despejado. ¿Lo había hecho por ella? El camino y los escalones del porche estaban cubiertos de sal; se concentró en el ruido que hacía mientras se dirigía hacia la puerta. Se sacudió las manos y tocó el timbre. Él abrió la puerta antes de que dejara de sonar.

—Julia —dijo la figura que asomaba por la puerta—, ¿cómo estás, guapa?

La verdad es que ella estaba mejor que él. Si bien el hombre que tenía delante era el inspector Rice, o al menos su fachada, era como si su cuerpo, otrora imponente, hubiera cedido a su peso como el tallo de una flor marchita. Tenía la cara amarillenta y unas ojeras muy marcadas. Llevaba una gorra de los Red Sox que le aplastaba las orejas y ocultaba lo que parecía una cabeza completamente calva.

—Todo bien, inspector Rice. Todo bien.

Se dieron la mano de aquella manera, ya que él había hecho amago de abrazarla.

—Bueno, ¿quieres pasar?

Lo que hubiera querido era decirle que desde su llamada había vomitado el desayuno todas las mañanas. Pero sonrió y le soltó una mentira.

—Sí, claro.

—Y llámame John, por favor —dijo él, tambaleándose al echarse hacia atrás para dejarla pasar.

Era como si en esos tres años hubiera envejecido diez; quizás fuera por el cáncer. No es que ella estuviera mucho mejor. Durante casi toda su vida, Julia siempre había parecido más joven de lo que era, pero en algún momento del pasado reciente eso había cambiado. Ahora aparentaba treinta y nueve.

Estudió el recibidor del inspector Rice mientras se quitaba las botas, y una vocecita interior le señaló lo raro que era estar precisamente allí. Se sentó en un banco robusto y funcional. Había varios pares de botas de trabajo y zapatos de vestir alineados en la base. A su derecha, al lado del banco, había un cubo de sal y una pala mojada apoyada en la pared. A su izquierda vio la única cosa que le llamó la atención: una estantería pequeñita llena de libros de jardinería. Jamás se habría

imaginado cuando lo conoció, hace ya muchos años, que le gustara la jardinería. A pesar de que entonces no se dio cuenta, él también era humano.

—No sé si voy a poder —dijo ella mientras se levantaba—. Creo que para mí siempre serás el inspector Rice.

Él sonrió y se encogió de hombros.

Julia lo siguió por un pasillo estrecho lleno de fotos de familia y objetos religiosos: varios retratos del inspector Rice de joven, su difunta mujer —supuso ella— y tres hijos; un crucifijo y una hoja de palma seca; una foto de un nieto, probablemente, al lado de una imagen de Jesús…

El inspector Rice musitó algo mientras la guiaba por el pasillo.

—¿Cómo? —contestó ella.

Se volvió y la miró por encima del hombro.

—Nada, que tienes coche nuevo.

—Ah, sí. —Señaló hacia atrás con el pulgar—. Supongo que he subido de nivel desde la última vez que nos vimos.

Observó que ya no tenía la misma altura. Mientras lo seguía, pensó que, aunque todavía era alto, la enfermedad le había robado varios centímetros.

—He pensado que podemos ponernos aquí.

Lo dijo señalando la primera estancia con la que se toparon. Y no había duda de que era una salita de estar, algo que Julia solo veía en casas de gente mayor. Como en todas las que había visto, la del inspector no invitaba mucho a socializar, a pesar de que, obviamente, su función era recibir visitas. La sala estaba dispuesta alrededor de dos sillones reclinables grandes con una mesa entre ambos.

El inspector le indicó que se sentara en el sillón de la derecha y él siguió por el pasillo.

Ella esperó un segundo y luego se asomó. Había una puerta a la derecha y al final estaba la cocina. No oyó nada.

Volvió a la sala de estar. «Respira hondo», pensó y, acto seguido, inspiró.

Fue hacia la ventana panorámica que había al otro lado de la estancia. Daba a Maple Drive, a una casa grande que había enfrente.

La superficie de cristal irradiaba frío; Julia la tocó con un dedo tembloroso. Pocas cosas había más desapacibles que Maine en el mes de febrero.

Los meses fríos eran duros; siempre había sido así. Todos los años a Julia le tocaba afrontar el otoño y el invierno de Maine, que nada tenían que ver con las versiones nostálgicas que ella recordaba. Empezaba a nevar en diciembre y paraba en abril. Y después de un invierno concreto, cuando vio por última vez al inspector, todos albergaban cierta melancolía existencial que había que quitar a palazos, como la nieve.

—No se acaba nunca, ¿verdad?

Ella se sobresaltó al oírlo. Él estaba de nuevo en la puerta, sonriendo. Había ido a por café y venía con dos tazas. Ella espiró, seguramente haciendo patente su alivio.

Rice volvió a señalar el sillón y esa vez Julia ya sí se sentó. Aceptó una de las tazas y lo observó mientras se acomodaba en el otro. El olor que percibió no era de café; era té, de hecho. Lo probó y le pareció que estaba demasiado dulce. Eso la sorprendió.

—¿Qué tal están tus niños? —le preguntó el inspector mientras le daba un sorbito al té.

—Bien, gracias.

—¿Qué edad tienen ya?

—Eh, diez y ocho.

—Uno nunca se acostumbra a que se hagan mayores.

Tenía algo que daba pie a olvidar con facilidad que él mismo tenía hijos; hijos mayores y nietos, a juzgar por las fotografías del pasillo. No era por su personalidad por lo que se le olvidaba, sino por su profesión. El hecho de que fuera inspector la inducía a pensar que más allá de eso no había nada.

Julia asintió y esperó a que le preguntara por Tony.

—Supongo que te sorprendió que me pusiera en contacto contigo la semana pasada —dijo él.

«Pues va a ser que no», pensó ella. Lo de no preguntarle por su marido le pareció una ofensa personal, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que había pasado, y notó que estaba evitando fruncir el ceño.

Sí que se sorprendió el jueves pasado, cuando, tras una jornada larga en el juzgado, cogió el móvil y vio solo un mensaje de voz. Llegar a mediodía y tener solo una llamada perdida era señal de que el día iba a ir rodado. Se despidió a voces del alguacil de la entrada y escuchó el mensaje mientras salía del tribunal. Paró en seco al oír su voz ronca, pausada pero inconfundible; una voz que había llegado a meterle miedo. Años atrás, casi le daba pánico cuando le sonaba el teléfono o cuando tenía un mensaje en el buzón; la aterraba oír su voz al otro lado de la línea.

—Sí me sorprendió saber de ti —dijo Julia—. Y me impresionó enterarme de que no estabas bien. —Se inclinó ligeramente hacia él mientras se percataba de que no había sacado el tema aún desde que hablaran la semana pasada, cuando él le pidió que fuera a su casa—. ¿Cuál es el… pronóstico? —No se le ocurría ninguna palabra que no fuera incómoda.

—Bueno, no hace mucho calor —contestó él; lo dijo como si estuviera hablando de la probabilidad de que neviscara otra vez—. El médico dice que mi «calidad de vida» va a ir a peor de aquí a dos meses, y que después la cosa se va a acelerar.

Julia percibió las comillas imaginarias en «calidad de vida» y visualizó al inspector sentado en la consulta del médico con su bata desechable diciendo: «¿“Calidad de vida”? ¿Qué cojones quiere decir eso? Yo lo que quiero es saber cuándo me voy a morir».

—Me alegro de que al menos sigas en tu casa —dijo ella, sonriendo amablemente.

—Bueno, a ver qué pasa. —Ambos dieron un sorbo a su té—. Pues… —añadió y se rio un poco; luego se encogió de hombros; ¿estaba nervioso?—. Gracias por haber venido. Como te dije, quería hablar contigo antes de, bueno… —Encogió los hombros otra vez.

—Antes de quedarte sin «calidad de vida».

El inspector se echó a reír y soltó una tos sibilante. Entonces fue a coger algo que había detrás de su sillón. Se oyó un chirrido, una rueda desengrasada; estaba acercándose una bombona de oxígeno portátil. Se puso la mascarilla y respiró mientras le indicaba con un dedo que le diera un momento.

«Joder, mejor no lo hago reír más».

Él empezó a quitarse la mascarilla.

—¿Por qué no te la dejas? —preguntó Julia—. A mí de verdad que no…

—No —repuso el inspector Rice con firmeza—. Gracias, pero no. — Una vez devuelta la mascarilla a su sitio, el inspector se recolocó en el sillón. El viento silbaba de fondo—. Con todo lo que ha pasado —prosiguió—, no tenía claro que fueras a venir. Pero tenía que hablar contigo. Verás, quería contarte una cosa. Y supongo que tú también tendrás algo que decir.

Julia tuvo que esforzarse para no apartar la mirada de sus ojos rosa acuoso; los suyos no querían saber nada de ellos.

—De verdad que no tenía nada claro que fueras a venir —repitió él —, pero tu amabilidad siempre te ha impedido decirle que no a la gente. —El dolor de estómago fue a más. ¿Qué se suponía que tenía que contestar? Nada, porque él no esperaba una respuesta, al parecer, ya que siguió hablando—: Bueno…, ¿recapitulamos?

2

JOHN RICE, 2015

Cuando John Rice conoció a Julia Hall, ella estaba en su cocina descalza fregando una pila de platos.

Rice ya llevaba como veinte horas enfrascado en la investigación. Hasta ese momento, esas veinte horas habían sido todo cosas feas. Esa clase de cosas feas atribuibles solo al ser humano.

Ya había visto a la víctima la noche anterior, en el hospital; era un chaval que se llamaba Nick Hall. No tenía claro del todo que pudiera considerarlo un hombre. Es verdad que tenía veinte años, pero estaba más bien en la última etapa de la infancia. No obstante, percibió en su mirada que jamás volvería a sentirse joven.

Rice no quería abrumarlo interrogándolo esa primera noche, pues ya había hablado con una enfermera y con un agente de policía. Su única intención era presentarse como el inspector a cargo de su caso y pedirle una declaración escrita. Siempre le había parecido que pedirle enseguida a la víctima que reviva el crimen y lo describa denotaba cierta falta de sensibilidad. Pero era lo mejor para todas las partes, porque ayudaba a Rice a consolidar el caso y la víctima aún tenía la memoria fresca. Además de que sentar las bases de un caso normalmente era la parte fácil. La víctima casi nunca era consciente todavía de lo que había pasado; estaba en estado de conmoción, con el cuerpo en modo supervivencia y casi sin reaccionar, si es que lo hacía. Eso fue lo que pasó con Nick; estaba confundido y un poco desubicado, pero sobre todo impasible. Lo mejor para él era revivirlo cuanto antes.

Y así fue. Antes de ir a la casa, Rice se hizo con la declaración de Nick en el hospital, que constaba de dos páginas. Su hermano mayor, Tony, seguía allí desde la noche anterior; tenía las ojeras muy marcadas, algo normal cuando intentas dormir en un sillón de

hospital. Salió de la habitación y le entregó la declaración al inspector; le dijo que Nick estaba durmiendo. Él contestó que volvería más tarde.

Rice encontró la casa de Tony Hall sin problemas. Era una casita preciosa en un prado a las afueras de Orange, algo modesto en comparación con otras casas del pueblo que había visto. Su cuñada también vivía en Orange, pero más cerca del centro. Al igual que pasa en muchas ciudades del sur de Maine, y probablemente en todas partes, parecían dos lugares totalmente distintos según donde estuvieras. El centro albergaba a los habitantes más ricos de Orange, ya fuera apiñados en calles sin salida con casas enormes cortadas por el mismo patrón (la cuñada de Rice incluida) o en las minimansiones típicas de Maine repartidas en parcelas de tamaño considerable (la gente más rica, extremadamente rica). Pero gran parte de Orange la conformaban tierras de cultivo, aunque pocas estaban en uso. La casa de los Hall estaba allí, dos parcelas más abajo de un sitio enorme y destartalado invadido de gansos con un granero que parecía que se lo estaba tragando la tierra. En comparación, era pequeña, y estaba vieja pero bien cuidada, y tenía encanto, al menos por lo que había visto desde la carretera. El acceso estaba ocupado, así que aparcó en la calzada.

Rice subió los escalones del porche que llevaban a la entrada. Oyó voces de gente hablando por encima del timbre. Una mujer baja, vivaz y con el pelo largo y salpicado de canas abrió la puerta interior, de madera maciza. Parecía de su misma edad; quizás cincuenta y tantos.

—¿Hola? —dijo tras abrir la puerta exterior.

Rice se presentó. Ella asintió con sobriedad y dijo que su hijo, Tony, seguía en el hospital con su hermano.

—Nick no es hijo mío —declaró—. Tony sí.

—Ya —contestó Rice—. Tony me lo ha contado esta mañana. Acabo de estar en el hospital. De hecho, he venido a ver a Julia. ¿Sería posible?

Le bastaron tres pasos para ver ciertos indicadores de riqueza de los que muchas familias que Rice había conocido por su trabajo no disfrutaban. Los suelos eran de madera reluciente y llegaban hasta las baldosas de la cocina, y el vestíbulo estaba enmarcado con una

moldura de color oscuro pero cálido. Nada más verlo, el espacio transmitía seguridad y la sensación de que la familia era sumamente funcional. Mientras tenía esta revelación, Rice sintió calor en las orejas. Se acababa de dar cuenta de que había dado por supuestas ciertas cosas sobre la familia Hall sin tener apenas información: la casa en una zona rural, dos hermanos de madre diferente, la ausencia de los padres de Nick en el hospital en un momento así… En primavera había asistido a un «curso de sensibilización» obligatorio en la comisaría, pero sus prejuicios no habían desaparecido, sino al contrario: se dejaban notar más. Qué gilipollas.

Un pasillo no muy largo daba a la cocina, donde había una mujer más joven delante del fregadero. El sol de octubre entraba por una ventana que tenía justo delante, reflectando la luz en su blusa blanca e iluminándole el pelo, aparentemente castaño, pero salpicado ahora de mechones rubios y pelirrojos. Si no fuera porque tenía el ceño fruncido y estaba enjuagando un plato, parecería un ser casi etéreo.

—Perdón —dijo—. Me pilla… —Cerró el grifo y colocó una fuente de cristal en el escurreplatos, que ya estaba a tope—. Listo. Lo he oído llegar, pero no podía dejar la fuente a medias. —Cogió un paño de cocina del tirador del horno y se secó las manos rápidamente antes de acercarle una al inspector; la tenía húmeda y tibia—. Julia.

—John Rice —contestó él—. Soy inspector del Departamento de Policía de Salisbury.

Se oyeron unos golpes amortiguados en la planta de arriba, como pasos.

—¿Termino yo de fregar o me subo? —preguntó la madre de Tony desde el pasillo.

—Si los distraes mientras hablamos, genial —respondió Julia.

—Hecho.

—Gracias, Cynthia —gritó Julia hacia el pasillo mientras su suegra subía las escaleras—. Los niños están encantados de que esté aquí su abuela —prosiguió mientras señalaba el techo—. No saben muy bien qué es lo que pasa.

Julia parecía joven, así que Rice supuso que sus hijos también lo eran.

—¿Qué edad tienen? —preguntó.

—Chloe siete y Sebastian cinco. Les hemos dicho que su tío está mal y que su padre está cuidando de él, pero… —Se encogió de hombros. En ese momento, hablando de sus hijos, pareció desconcertada—. Son demasiado pequeños para entenderlo.

—Sí —dijo Rice.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó Julia mientras le pasaba a Rice una taza de café; era por la mañana y hacía fresco en el porche.

Él le había sugerido hablar afuera, para que los niños no oyeran nada, y a ella le pareció bien. Se sentaron en unas butacas de madera contiguas, acolchadas con motivos náuticos, y él dejó la taza en una mesita que había entre ambos. El olor del café humeante se mezcló con el de la vela de citronela que había encima. Ambos eran ácidos.

—Bueno —contestó—, Nick estaba durmiendo cuando he ido esta mañana, y su marido parecía que no había pegado ojo, así que les he dado un par de horas de respiro antes de hacerles pasar un mal rato. Tony me ha dicho que usted podría hablarme de los antecedentes familiares, para mis notas.

—Ah, sí, claro —dijo ella con alivio.

Rice sacó una libretilla y un bolígrafo de su cortavientos; iba a tener que averiguar qué sabía ella de Nick, pero primero debía allanarle el camino.

—¿Quiere que empiece por algo concreto? —le preguntó.

Él negó con la cabeza. Le gustaba tener una excusa para mirarla fijamente mientras hablaba. Tony era guapo, eso era innegable, así que se había imaginado que su mujer sería igual de despampanante. Y sí, Julia Hall también era guapa, pero en cierto modo no era atractiva a la luz de la mañana; era difícil de explicar. Tenía la cara redonda y no muy definida; cuando hablaba, sus rasgos eran los mismos desde todos los ángulos. Eso transmitía honestidad y franqueza; era una persona transparente. También por eso parecía más joven de lo que probablemente era. Rice habría aventurado que tenía treinta años si no fuera por las arruguitas que ya se le notaban: patas de gallo en los

ojos y pliegues en las comisuras de los labios. Era una mujer sonriente y risueña.

—Bueno, los padres de Tony son Cynthia —dijo señalando la casa, para referirse a la mujer que estaba dentro— y Ron. Ya llevaban un tiempo casados cuando lo tuvieron. Ron es… —Hizo una pausa—. Ron tuvo una infancia muy difícil y no ha sido el mejor padre del mundo. Estuvieron juntos hasta que Tony cumplió siete años. —Elegía las palabras como si fuera política, o abogada, quizás. Ninguno de esos trabajos le pegaba—. No era violento ni nada de eso. Bueno, quizás… —Hizo otra pausa.

Rice se llevó el bolígrafo a la altura de los ojos.

—¿Qué le parece si voy anotando esto y dejamos lo de Ron de momento? —Julia se rio y se tapó la cara con la mano—. Me basta con saber un poco cómo era la dinámica familiar.

No siempre insistía en preguntar por la familia de la víctima, pero sí era algo frecuente. Sobre todo en casos como ese, donde la defensa ponía la vida de la víctima patas arriba para buscar cualquier cosa reprochable.

—Lo entiendo —contestó Julia—. Conozco casi todas las dinámicas familiares habidas y por haber, por el trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Ahora estoy metida en temas de políticas públicas, pero era abogada defensora; trabajaba con menores y en casos penales.

Rice cruzó la pierna derecha por encima de la izquierda.

—Entonces me entiende perfectamente.

—Sí —contestó ella, asintiendo—, y, siendo sincera, Ron encaja muy bien en ese grupo, no sé si me explico. Es alcohólico y Tony se ha criado con eso. Ron tiró por el camino fácil y prácticamente desapareció del mapa cuando Cynthia y él se separaron. Cynthia es una persona muy afable y cariñosa, así que Tony tuvo mucha suerte. Pero Nick no tuvo tanta con su madre.

—¿Y qué pasó con Nick?

—Sí —dijo ella—. El caso es que Ron es el padre de los dos. Tony tenía diecisiete años cuando nació Nick, así que debía de tener quince o dieciséis cuando Ron y Jeannie empezaron a salir.

—¿Y qué pasa con Jeannie?

—También es adicta, y está un poco… —Julia llevó una mano a la cabeza y la agitó. A Rice se le vino a la mente la palabra «bipolar».

—¿Ellos saben lo que ha pasado?

—Ni siquiera saben que está en el hospital —dijo ella después de negar con la cabeza—. Nick no quiere que se enteren. —Su voz se fue apagando y se encogió de hombros.

Rice notó que fruncía el ceño, igual que cuando la gente contiene las lágrimas. Lo había visto mil veces.

—Julia, se va a poner bien. Tardará, pero va a recuperarse —repuso él mientras sacaba un paquete de pañuelos del bolsillo.

—Nick es el mejor —dijo ella mientras le aceptaba uno—. Su hermano lo quiere con locura. ¿Sabe? La verdad es que Tony es quien es gracias a Nick. No me quiero ni imaginar en quién se habría convertido sin su hermano pequeño.

—¿Qué quiere decir?

Julia movió la cabeza y dijo:

—Cynthia dice que cuando Nick nació a Tony se le suavizó el carácter. De adolescente era el típico machito que iba de duro. Estaba cabreadísimo con Ron, y supongo que con el mundo en general. Y ya lo ha visto, tiene escrito en la frente guapo cabrón.

Rice resopló; estaba de acuerdo. Tony Hall no solo estaba en forma, sino que parecía sacado de una revista; su cara te desagradaba simplemente porque tenía lo que a ti te faltaba. Se preguntó qué pensaría Julia de él si tuviera la edad de su marido. Tenía marcas de acné bastante discretas desde años ha, pero de joven le daban un aire a tipo duro. Al menos eso le decía su mujer.

—Pero cuando llegó Nick se le ablandó el corazón —prosiguió Julia, secándose los ojos con el pañuelo—. Tony se hizo mayor y se convirtió en una persona afable, sensible y muy comunicativa. Sí, ya sé que suena a cliché decir eso de tu marido. —Se rio—. Pero el caso es que me siento afortunada. Y sé que en parte se lo debo a Cynthia, pero en el fondo creo que fue sobre todo por Nick. Seguramente usted no llegue a conocerlo de verdad. Es divertido, aunque un poco retorcido, y encantador y sincero, simple y llanamente. Pero ahora no sé.

Rice oyó a los niños bajar saltando por las escaleras que había visto en la casa. Poco después, oyó a la madre de Tony a la zaga. El ruido se perdió por el pasillo y llegó hasta la cocina.

Se guardó los pañuelos en el bolsillo y sacó una grabadora pequeñita de color plata.

—Sé que esto no es fácil —dijo—, pero tengo que preguntarle sobre ayer.

—Vale —contestó Julia, espirando—. Nick no llamó hasta después de cenar.

3

TONY HALL, 2015

Aquel sábado por la tarde todo parecía normal. Tony y Julia estaban sentados en el porche delantero contemplando un cielo cada vez más rosado. Los vecinos de enfrente habían cubierto el campo con un manto dorado de heno y desde donde estaban era como ver un óleo. Entonces sonó el teléfono.

Tony estaba sentado en la sala de espera, intentando acordarse de las palabras exactas de su interlocutora. Creía recordar que era la doctora Lamba. Llamaba del Centro de Atención Médica del Condado de York.

En ese momento, lo primero que le vino a la mente fue su padre. «Al final se ha matado por ir borracho al volante —pensó Tony—. Por favor, dime que no ha habido más heridos». Pero no llamaba por Ron, sino por Nick.

—Su hermano está en el hospital —le dijo por teléfono, sin especificar más.

—¿Ha tenido un accidente de tráfico? —preguntó él.

—No —contestó ella—. ¿Puede venir a verlo?

Tony fue para allá lo más rápido posible; salió corriendo de casa, apretó el acelerador, atravesó trotando el aparcamiento y cuando llegó al vestíbulo le dieron el alto. La energía que lo invadió al enterarse de la noticia seguía palpitando en su interior, zumbando sin parar.

Se sacó el teléfono del bolsillo y le mandó un mensaje a Julia: ¿Cuándo vienes?

Estaba en casa con los niños, esperando a la madre de él. Seguro que cuando ella llegara se sentiría mejor. O cuando le dejaran ver a Nick. Pero ¿de verdad iba a sentirse mejor entonces?

«Su hermano está en el hospital». Se había estado repitiendo esas palabras tan inesperadas una y otra vez mientras se dirigía echando

leches al hospital. Muy vago todo, pero grave. Aparte de confirmarle que no había sido un accidente de tráfico, la doctora no le había dicho nada más. Entonces ¿qué había pasado? ¿Un coma etílico?, ¿una pelea en un bar? Eso no iba con Nick, pero la gente a veces se desmadra un poco en la universidad. Joder, un tiroteo en el campus no. Lo habría oído en la radio mientras iba para allá. Aun así, estando en la sala de espera, sacó el teléfono y abrió el navegador. «Noticias Universidad de Maine Salisbury». Nada. «Noticias Salisbury Maine». Nada.

La doctora le había dicho otra cosa. ¿Algo sobre la edad de Nick? Sí, le había preguntado cuántos años tenía. Cuando él contestó que veinte, ella le explicó que el carnet que llevaba era falso, así que quería asegurarse. Le dijo que Nick no le había dejado llamar a sus padres y que ella no tenía por qué hacerlo. Solo quería hablar con Tony.

—¿Tony Hall? —le dijo una señora en bata blanca desde la puerta.

Se levantó de un bote, se acercó y le dio un apretón de manos. Ella le dijo que era quien lo había llamado, la doctora Lamba; habló bajito y con seguridad. Se sintió aliviado cuando percibió en sus ojos marrones y su mirada amable que no le iba a dar el pésame. Quizás Nick estaba bien.

Tony siguió a la doctora por un pasillo largo y ella le fue explicando que su hermano ya llevaba un rato allí, desde última hora de la mañana.

—Y, como le he dicho por teléfono, solo quería que lo llamáramos a usted.

Mientras le hablaba, Tony se concentró en el coletero con el que llevaba recogido su pelo canoso. Era de terciopelo negro y descansaba en la nuca. Se estaban acercando a unas puertas dobles, otras. Encima ponía unidad de salud mental.

—Pero… —Tony se quedó mirando el rótulo mientras pasaban por debajo—. ¿Nick está aquí?

Al otro lado de las puertas dobles había una salita con paredes de vidrio armado y una puerta muy pesada para acceder a la unidad. La doctora le señaló un par de sillitas negras situadas a la derecha para que se sentara.

—Anoche agredieron sexualmente a su hermano —le dijo después de posar la mano en su antebrazo. —Tony se quedó mirándola fijamente—. No sabemos quién ha sido, pero le dieron una paliza y quería prevenirlo. Hemos…

—Eh… Pare, pare. —Y eso hizo la doctora. Él negó con la cabeza—. No puede ser. ¿Quién iba a hacerle algo así? Es que… Es que no tiene ni pies ni cabeza. —Al oír sus propias palabras, una voz extraña y neutral en su mente le susurró: «Tú sí que no tienes ni pies ni cabeza».

—Lo siento mucho —repuso la doctora Lamba.

—No, por favor —dijo, tapándose la cara con las manos; entonces ella le tocó el hombro.

—Le han curado las heridas en urgencias y la buena noticia es que, si él quiere, puede irse ya a casa. Y la otra buena noticia es que me ha hecho caso y ha decidido ingresar en la unidad de salud mental para darse un par de noches más.

—¿Podría dejar de repetir «buena noticia»? —contestó Tony a través de las manos.

—Vale. —Le acarició el hombro con un movimiento circular.

«Esto lo ha hecho una persona». Así de simple, tanto que se quedó noqueado. Levantó la cara de las manos.

—¿Dónde coño está el agresor? —preguntó.

—Nick ya ha hablado con un agente de policía. —La doctora Lamba buscó sus ojos y lo miró fijamente—. Por favor, ahora lo que tiene que hacer es centrarse en Nick —le dijo—. Lo necesita. Olvídese del otro, que para eso está la policía. Céntrese en su hermano.

Nick tenía la cara destrozada.

Fue lo primero que pensó Tony cuando lo vio. Estaba tumbado en la cama sin deshacer, como si estuviera en un hotel viendo la tele. Pero tenía la cara fatal, deformada, apenas se distinguían sus rasgos; tenía el labio partido e hinchado, una brecha en una ceja, y moratones en una mejilla, la frente y la barbilla; era como si se hubiera caído por unas escaleras.

—¿Nick? —Este sonrió, luego hizo una mueca de dolor y se lamió la

costra del labio—. ¿Qué cojones ha pasado? —preguntó Tony con voz llorosa.

—Estoy bien —repuso Nick, que sonrió para tranquilizarlo.

—¿Puedo? —le preguntó, señalándole el pecho.

Nick levantó los brazos. Cuando Tony se agachó para abrazarlo, las lágrimas le empañaron los ojos. Remetió las manos por detrás de la espalda de su hermano y apoyó la cabeza en la de él. Al apartarse vio que tenía la mejilla llena de lágrimas. Eran suyas; Nick tenía los ojos secos.

—Perdona —dijo Tony.

—¿Por qué?

«Por llorarte encima —pensó—. Por comportarme así a pesar de que acabas de decir que estás bien. Por haber tardado tanto en volver a tu habitación. Por lo que sea que ha pasado».

Pero no dijo nada. Se volvió para acercar una silla a la cama y vio que la doctora había cerrado la puerta al marcharse. Estaban solos.

—Bueno… —dijo Tony, pero estaba perdido; su cabeza era un hervidero de pensamientos: no sabía si preguntar qué había pasado ni qué palabras usar; si quería saberlo; si estaba siendo un egoísta; cómo era posible que hubiera sucedido algo así, ¿o estaría mal preguntar eso?

—¿Y Julia? —Una pregunta fácil que desplazó todas las demás.

—En casa con los niños. Mi madre está yendo para allá, así que vendrá en cuanto pueda.

—¿Dices que Julia va a venir?

—Sí, si quieres. Solo si tú quieres.

—Sí, claro. De hecho, a punto he estado de pedir que la llamaran a ella en vez de a ti.

—Ah, vale… —repuso Tony, poniendo los ojos en blanco.

—Ella no habría llorado —dijo Nick sonriendo, lo que produjo otra mueca de dolor; se llevó un dedo a la raja del labio y maldijo susurrando—: Joder.

Tony observó a su hermano pequeño. Seguro que lo habían confundido con alguien. Eso no era una agresión sexual. Era evidente que le habían dado una paliza. A lo mejor se había insinuado a

alguien a quien no debía y el muy homófobo de mierda le había pegado; eso sí era posible. O quizás lo habían atracado. Pero no lo que le había dicho la doctora. Siguieron charlando como si nada. Era como si estuvieran peleándose de broma por un juego, como cuando Nick era pequeño y Tony fingía que estaba perdiendo a las damas. Además, su hermano estaba tranquilo, demasiado. Seguramente le había contado a alguien que lo habían agredido y esa persona lo había entendido mal. Tenía que ser eso. Nick parecía…

Llamaron a la puerta y sus pensamientos se interrumpieron.

—Siento molestar —dijo alguien con voz grave.

En la puerta había apostado un hombre corpulento. Iba de paisano, pero era como si llevara una camiseta con la frase soy policía debajo del cortavientos en vez de esa camisa blanca sin corbata.

—Soy el inspector John Rice —añadió mientras entraba en la habitación—. Vengo del Departamento de Policía de Salisbury. Creo que el agente Merlo os dijo que me pasaría por aquí.

—Sí. Hola —contestó Nick mientras se recolocaba para incorporarse un poco.

Tony notó que la tensión de aquel primer silencio había vuelto a invadir la habitación.

Al inspector Rice le bastaron dos pasos para ponerse al otro lado de la cama. Debía de medir unos dos metros, o quizás más. Tenía la cara arrugada y curtida por el clima; Tony supuso que tenía algo más de sesenta años. El gigantón sacó dos tarjetas de visita del cortavientos y le dio una a cada uno.

Luego le dio la mano a Nick como si este acabara de alistarse en el cuerpo.

—Bueno, encantado de conocerte, Nick. —Se volvió hacia Tony y le preguntó—: ¿Tú eres el hermano?

—Sí. —Se puso de pie para darle la mano—. Tony.

—Encantado de conocerte. —Volvió la cara para dirigirse a Nick—: No voy a entretenerme. Solo he venido a traer este impreso. Es para declarar cualquier daño físico, emocional, material o económico derivado de la agresión.

—¿Cómo? —dijo Tony, que se acercó a su hermano para coger los

papeles.

Eran unos formularios donde había que rellenar algunos datos en la parte de arriba, como el nombre, la fecha de nacimiento o la fecha del delito, y debajo había líneas para escribir.

El inspector señaló los impresos.

—Nick ya ha declarado ante el agente Merlo y ya lo ha visto una enfermera ECAS, así que…

—¿Una enfermera seca?

—Perdón —dijo el inspector Rice, tosiendo—. Una enfermera especializada en casos de agresión sexual, en el servicio de urgencias.

Tony miró a Nick de reojo, pero él estaba mirando hacia abajo, retorciendo las sábanas con las manos.

—Ah, vale —contestó Tony con cara de bobo.

—Las enfermeras ECAS normalmente consiguen declaraciones bastante buenas, así que ahora prefiero que descanses. Pero mañana tengo que volver. ¿Te parece, Nick?

—Sí —contestó él.

—¿Para qué tiene que volver? —preguntó Tony mientras ojeaba los formularios; eran todos iguales.

—Para interrogarlo. En casos como este es vital conseguir una declaración completa y coherente lo más cercana posible en el tiempo al suceso. Nick, cuanto antes me lo cuentes, más frescos tendrás los recuerdos. Y eso me ayuda a cumplir con mi deber. Esta noche necesito que escribas una declaración donde cuentes todo lo que recuerdes de los hechos, comenzando por cómo empezó tu día el viernes. Fue el viernes, ¿no?, ayer.

—¿Cuando pasó? —preguntó Nick.

—Sí.

—Sí, fue ayer por la noche, bastante tarde —confirmó—. O sea, que simplemente tengo que escribir todo lo que hice ayer, ¿no?

—Bueno, yo creo que puedes ahorrarte los detalles previos a la hora de la cena. Si necesito más información, ya te preguntaré a lo largo del día. Vendré a por ellos —dijo, señalando los formularios— a lo largo de la mañana y los revisaré antes de hablar contigo. ¿Vas a poder dejarlo por escrito esta noche?

Tony volvió a mirar a su hermano. Por primera vez desde que había llegado, parecía que Nick estaba a punto de echarse a llorar.

—Sí.

—Así me gusta. Tony, ¿puedes salir un momento para confirmarme la información de contacto? —Aquel asintió—. Hasta mañana, Nick.

Ambos salieron al vestíbulo de la unidad y Tony cerró la puerta al salir.

—¿La declaración escrita es realmente necesaria, inspector? —preguntó—, porque no creo que…

—Mira —lo interrumpió Rice—, entiendo que esto no es plato de buen gusto, de verdad, pero te prometo que nunca les pido a las víctimas de violación que hagan nada que no sea estrictamente necesario. —Tony se estremeció al oír «víctimas de violación» en vez del nombre de su hermano; fue como una cuchillada, como si el inspector quisiera hacerle daño aposta para que reculara—. Estamos reuniendo pruebas para el caso —prosiguió el inspector—. Que no se te olvide. En el mejor de los casos, pillaremos al tío que le ha hecho esto, pero eso no valdrá de nada si no tenemos pruebas. Y la versión de Nick es parte de esas pruebas.

—¿Puedo…? —A Tony se le quebró la voz; estaba a punto de echarse a llorar delante de aquel hombre; abrió mucho los ojos para evitar que las lágrimas brotaran de los párpados, espiró bruscamente y lo intentó de nuevo—: ¿Puedo ayudarlo con la declaración?

—Es mejor que lo haga él solo. Muchas veces, este tipo de casos giran en torno a qué versión de los hechos es más creíble. De nada nos sirve que le escribas tú la declaración. Pero puedes quedarte a su lado mientras lo hace.

Tony respondió a las preguntas del inspector relativas a los nombres, los números y las señas de los miembros de la familia Hall, pero en alguna parte interna de los oídos las palabras «víctimas de violación» se repetían una y otra vez, en bucle.

El inspector se fue y él volvió a la habitación. Nick estaba en la cama con el ceño fruncido.

—¿Por qué has cerrado la puerta?

A Tony le dolía la cabeza; era como si le estuvieran pasando un

paño húmedo y caliente por las sienes, hasta llegar al cráneo y el cuello.

—Porque sí.

—Por qué. —Nick disparó las palabras tan rápido que fue evidente que ni siquiera había escuchado la respuesta de Tony.

—Nick… —Se calló. No sabía qué decir—. Perdona, no pretendía tratarte como a un bebé, solo quería preguntarle si de verdad es necesario que rellenes los impresos esta noche.

—Pues es lo que has hecho. Solo tengo que escribir en un papel, y he dicho que lo iba a hacer.

—Joder, Nick, ¿tan mal te parece que intente cuidar de ti hoy? —repuso Tony, casi gritando. Ambos se miraron—. Entonces, qué, ¿se supone que tengo que creerme que estás bien?

—Es que estoy bien.

Tony negó con la cabeza. Miró los formularios que tenía entre las manos y observó las palabras declaración de daños.

Nick lo miró fijamente, sin hablar.

—No sé cómo preguntar qué pasó —dijo su hermano.

4

NICK HALL, 2015

Esto es lo que pasó.

El primer viernes de octubre, Nick Hall recibió un mensaje del chico que le gustaba.

En medio de una clase de Introducción a la Economía, se sacó el móvil del bolsillo para ver si tenía notificaciones. En la pantalla ponía ELLE, MAMÁ y CHRIS. Al reconocer el último nombre, notó una bandada de mariposas revoloteando en el estómago. Lo tuvo claro: merecía la pena correr el riesgo de que lo pillaran con el móvil en clase para leer un mensaje de Chris.

Sacó el teléfono, se lo puso con cuidado en el muslo y leyó los otros mensajes por encima.

Chris G: Hey

Eso era todo. Cero puntuación, cero respuestas a su último mensaje y cero esfuerzo. Pero al menos le había escrito un mensaje. Y dicho con la voz adecuada «Hey» era excitante, pensó Nick. En persona, Chris lo habría dicho con la voz adecuada, seguido de puntos suspensivos… El mensaje era de hacía veinte minutos. No podía contestar todavía si no quería parecer demasiado desesperado. Aunque hacerlo le demostraría a Chris que no se andaba con tonterías ni tenía miedo de ir a por lo que quería. Sí, a lo mejor debía contestar ya, pensó. Levantó la cabeza. El profesor lo estaba mirando mientras daba la clase. Sonrió tímidamente y se guardó el móvil en el bolsillo.

Nick estaba en su tercer año en la Universidad de Maine, en Salisbury, y su historial era ejemplar, así que tenía el privilegio de vivir en un barrio de mala muerte en vez de en una residencia del campus. Una empresa gestora poseía varias casas en Spring Street, apodada la

Fraternidad por varias generaciones de estudiantes. Aunque oficialmente en la UMS no había fraternidades, en esa calle se hacían muchas fiestas. Ese curso Nick vivía de alquiler con tres amigos en la casa amarilla de la Fraternidad. Se habían librado de la tiranía de la vida residencial, pero a cambio tenían puertas pegajosas, una moqueta húmeda en el sótano y armarios irrisorios.

Al atardecer de aquel primer viernes de octubre, Nick estaba delante de uno de esos armarios observando su reflejo en un espejo cutre que había en la puerta. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camisa de manga corta de lunarcitos. Con sus zapatillas azul marino oscuro y su cazadora gris de corte militar, ese era el conjunto con el que mejor se veía últimamente. Se había puesto eso mismo hacía un par de semanas para ir a cenar a casa de Tony y Julia, que se deshicieron en elogios. Y merecidos… Así que ¿por qué esa noche le parecía una mierda? Cruzó la habitación hasta la cómoda y se agachó para abrir el cajón de las camisetas. Recorrió con los dedos las que estaban a la izquierda, de algodón suave y con motivos de grupos musicales, mientras pensaba en un conjunto más chulo. A Chris le importaba todo una mierda, pero le salía de forma natural; la suma de su afro cortito, el aro en la nariz, los vaqueros perfectamente desgastados, esa actitud que lo envolvía en un halo… Al mirarse él, se había dado cuenta de que parecía que todo le importaba una mierda, demasiado, y eso no era bueno. Sacó su camiseta desgastada de Springsteen; en la parte delantera tenía la portada del álbum *Born in the U.S.A.*, ya descolorida. Le bastaba verla para oír aquel silbidito, el chasquido de la aguja del tocadiscos de su padre antes de que «Dancing in the Dark» sonara a través de los surcos. Se retrotraía a los ocho años. Su padre iba contentillo y a su madre le daba la risa tonta mientras él tiraba de ella por todo el salón. Habían discutido, pero el Boss era lo mejor para poner punto final a sus gilipolleces. No importaban ni las amenazas de su madre (llamar a la policía, divorciarse, llevarse a Nicky a casa de su madre para que no lo viera nunca más…) ni los destrozos de su padre (un plato, una botella de cerveza o incluso el cristal de la puerta de atrás, como pasó una vez), porque cuando Ron Hall soltaba la aguja de su tocadiscos antiguo la reconciliación llegaba acto seguido.

La música y cualquier recuerdo de ella le infundían una mezcla de nostalgia, morriña y algo parecido al arrepentimiento. Era la camiseta perfecta para cambiar su conjunto de ansioso a taciturno.

Nick se estaba abrochando el último botón de los pantalones cuando alguien abrió la puerta de su habitación lentamente. Era Mary Jo, una de sus compañeros de piso.

—¿Estás presentable?

—Como si te importara.

—Te estaba mirando a escondidas —dijo ella, sonriendo de oreja a oreja.

—Qué asquerosa. ¡Vete! —Le dio un latigazo con la camiseta, y ella dio un grito y la interceptó.

—Si aún necesitas que te acerquemos, Eric viene a recogerme en diez, quince minutos.

Nick cogió el móvil de la cómoda. Tres horas después de haber contestado al mensaje de Chris, este le había propuesto «ir a tomar algo».

Chris estaba en el último año, así que tenía veintidós, y aborrecía las fiestas en casas. Él salía de bares. Nick cumplía los veintiuno en marzo del año siguiente, por lo que estaba condenado a usar un carnet falso si quería entrar en la mayoría de los bares, por no hablar de pedirse una copa.

Esto había respondido él: Jimmy's?

Salisbury estaba tentadoramente cerca de Ogunquit, hogar de algunos de los mejores bares y clubes del sur de Maine. O eso le habían dicho. En todos los sitios en los que había intentado entrar lo habían echado al ver su carnet falso. En cambio, en el pub Jimmy's había conseguido entrar dos veces. Estaba cerca del campus de Salisbury; era un antro, pero tenía todo lo necesario: iluminación tenue, copas baratas y una pista de baile pequeña y pegajosa. Chris no había respondido todavía; qué novedad.

—Pues me da que al final no hace falta que me acerquéis —le dijo Nick a Mary Jo, enseñándole el móvil.

—Que le den a Chris. Ya está bien de vacilarte. ¿Por qué no te vienes conmigo y con Eric después de cenar? ¡Y vamos al Jimmy's

contigo!

Nick notó que el móvil le vibraba en la mano. Miró hacia abajo para ver la respuesta de Chris: Interesante elección. A las diez?

Nick no pudo evitar sonreír. Mary Jo tenía razón: a Chris le gustaba vacilarlo, pero en ese momento le daba igual.

—Me encantaría ser vuestro sujetavelas —dijo—, pero va a ser que tengo una cita.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Mary Jo, poniendo los ojos en blanco.

—Me ha llamado interesante y hemos quedado a las diez.

—¿A las diez? ¿En serio? Son prácticamente las siete y llevas todo el día de mensajitos, y resulta que él quiere quedar a las diez. Es un gilipollas, Nick; ni siquiera esconde que solo quiere rollo.

Elle asomó la cabeza por encima de la de Mary Jo.

—No estaba escuchando a escondidas —aclaró la compañera de piso de ambos—, peeero… —prosiguió mientras empujaba a Mary Jo para pasar— si fuera así tengo una idea. —Se dejó caer en la cama deshecha de Nick y se cepilló su pelo negro y brillante con la mano—. Nos vamos tú y yo al Jimmy's y nos tomamos un par de copas, y quizás un chupito, así nos entonamos un poco, pero solo un poco. —Le indicó con la mano que parase—. Cuando Chris aparezca pasadas las diez, porque sabemos que va a llegar tarde, yo te dejo tranquilo para que lo regañes.

—No voy a regañar a Chris —refunfuñó Nick—. Tú no lo conoces. Bueno, sí pero no. Es muy bueno cuando está conmigo.

—Pero cuando no estáis juntos te hace sentir como una mierda —repuso Mary Jo.

Tenía razón. Las dos la tenían. Incluso Johnny, el otro compañero de piso y un chico de pocas palabras, dijo una vez de Chris que le parecía gilipollas.

Mary Jo y Elle lo miraron con expectación.

—Bueeeno, vale. Un par de copas para echarle valor y le digo que o espabila o puerta. —Elle se puso a chillar y a aplaudir como una niña —. ¡Venga, ahora fuera, que me quiero cambiar!

Eran las 22.38 y no sabía nada de Chris.

Nick había llevado a término con éxito la propuesta de Elle de tomarse un par de copas: habían llegado pasadas las nueve y ya llevaba tres, aunque lo primero había sido un chupito de tequila. La verdad es que él no tenía muchas ganas de atracarse de chupitos, pero Elle había sido muy maja ofreciéndose a ir con él y a ella le encantaban.

La primera hora se les había pasado volando. Elle había pedido que llevaran las bebidas a un reservado que había enfrente de la barra, y le dijo a Nick que se sentara de espaldas a la puerta, porque así no la ignoraría. Era la amiga perfecta para no abstraerse en sus propios pensamientos, y echaron el rato cotilleando superficialmente sobre sus compañeros de piso y otros amigos en común. Cuando Nick tocó la pantalla del móvil y vio que eran las 21.59, se armó de valor para llevar a cabo su plan. Le iba a decir a Chris cómo se sentía. Llevaban con el tira y afloja —Nick siempre era el que tiraba y Chris el que aflojaba— desde finales del año pasado. Estaba loquito por él, ¿por qué no se dejaban ya de tonterías?

A partir de las 22.03, cada vez que la puerta chirriaba detrás de él, una oleada de adrenalina lo sacudía y lo embestía cuando se daba la vuelta y veía que no era Chris. A las 22.16 empezó a cabrearse.

«Soy un buen partido —pensó—, un partidazo, así que, o me trata como tal, o que pase de mí. De hecho, el que va a pasar soy yo».

A las 22.38 ya había mirado el móvil como cuarenta veces. Cero mensajes, cero Chris. Se planteó decirle que no se molestara en ir…, pero mandarle un mensaje, el que fuera, sería como revelar lo mucho que le importaba.

—Bueno —dijo Elle en voz alta mientras golpeaba la mesa pegajosa con las palmas—, se acabó. Voy al baño y cuando vuelva nos tomamos otro chupito y a bailar. Y si aparece, le doy una patada en los huevos y nos vamos.

Nick no fue capaz de reírse, aunque sí sonrió. Dios, qué pena daba. ¿Por qué Chris seguía tratándolo así? ¿Y por qué se dejaba él?

—Vete, no pasa nada.

Elle se deslizó para salir del reservado y se puso de pie a su lado.

—Pide dos tequilas —dijo y se fue.

Mientras Nick se acercaba a la barra, fue consciente de que había dos finales posibles para esa noche. Con suerte, él y Elle cerrarían el Jimmy's después de beber y bailar hasta que el personal empezara a colocar los taburetes encima de la barra; eso sería un exitazo inesperado. Pero el segundo desenlace era el más probable: tomarse el chupito, bailar sin ganas con Elle una canción o dos y escabullirse al baño para mirarse en el espejo; allí vería sus rasgos pronunciados e irreconocibles por culpa del tequila barato y de la pésima iluminación e intentaría averiguar qué era lo que hacía que la gente lo rechazara con tanta facilidad.

El camarero le puso los dos chupitos delante.

—¿Uno es para mí?

Nick se volvió hacia la voz, a su izquierda. El tío estaba acomodándose en un taburete. A pesar de que había estado vigilando la puerta por si llegaba Chris y de que no habría pasado por alto una cara como esa, no lo había visto entrar. Era tan guapo que incomodaba. Llevaba el pelo más largo por arriba y un rizo oscuro le caía por su frente pálida. Tenía los ojos azul claro, los pómulos pronunciados y un poquito de vello facial. «Jo-der». Quizás fuera por la iluminación o por las tres primeras copas, pero aquel era probablemente el chico más guapo que se había dirigido a él.

—Eh… —Nick cogió aire. El hombre estaba esperando, con una sonrisa pícara. «Seguro que a Elle no le importa que regale su chupito, menos aún a un chico así. De hecho, se pondrá una medalla, ya que ha sido ella la que me ha mandado a la barra»—. Sí —contestó—. Siempre invito a chupitos a chicos que están totalmente fuera de mi alcance, para estar en igualdad de condiciones.

El tío se rio y Nick se llenó de orgullo, aunque escapaba a su comprensión cómo había logrado articular palabra alguna. Deslizó uno de los chupitos hacia el apuesto desconocido.

—¿Seguro que a ella no le va a importar? —dijo el otro, señalando el baño con la cabeza; él supuso que había visto a Elle.

—Seguro —contestó Nick—. Probablemente ni siquiera vuelva al reservado; estará bailando con alguna chica que haya conocido en el

baño.

El hombre hizo un círculo en la barra con el vaso de chupito.

—Entonces tenéis un acuerdo.

—Sí, claro —contestó Nick.

No tenía claro a qué se refería, pero su voz sonó segura. Se sentía inteligente, guay, al contrario que con Chris. ¿Cómo era posible, teniendo en cuenta que estaba hablando con un tío que parecía recién salido de un desfile de modelos?

—Soy Josh —dijo el otro y levantó el chupito.

—Nick —respondió él; echó la cabeza hacia atrás y sintió el tequila barato bajar por la garganta; sabía a alcohol desinfectante.

—¡Uf! —exclamó Josh mientras miraba a Nick como si acabara de envenenarlo—. Creo que es el peor tequila que he probado en mi vida. Supongo que si bebes esta mierda es porque estás estudiando y no tienes pasta. —Se inclinó hacia delante y se sacó la cartera del bolsillo trasero—. La siguiente ronda la pago yo.

Nick observó al apuesto desconocido mientras este llamaba al camarero y se dio cuenta de que se había equivocado. La noche tenía un tercer desenlace posible.

La luz del sol le iluminó la cara, que le palpitaba. Empezó a girarse y la cabeza le dio vueltas. Se quedó quieto un momento para intentar aliviar esa sensación, pero lo único que consiguió es que se extendiera, vibrando hacia el cuello, los hombros, el abdomen… «Ay, madre mía». Nick se movió y sintió un dolor ardiente dentro de él. No. «No».

Rememoró lo que le dijo Josh anoche: «¿Te gusta?».

No. «¡Para! —pensó—. No pasa nada, estoy bien». Se sentó; la cabeza le palpitaba muy fuerte y sintió una punzada en el bajo vientre. «¿Te gusta?». «¡Para!».

Estaba solo en una habitación de motel; era pequeña, beis y apestaba a tabaco.

Retiró la colcha. Sangre. Las sábanas estaban manchadas de sangre a la altura de sus muslos.

—Madre mía —susurró.

¿Josh seguía allí? Prestó atención, pero no oyó nada.

—¿Hola?

Nada de nuevo.

—Vale —susurró—, estás bien.

¿Y si Josh volvía?

Le vino un pensamiento, una voz interior distinta a la que le hablaba en susurros: «Levántate y vete».

Nick sacó las piernas de la cama y sintió un dolor agudo y punzante mientras se levantaba; al oír sus propios gemidos se sintió como un crío. Esa sensación se transformó en ardor y el dolor volvió a hacer acto de presencia en la cabeza.

«Venga, muévete —le dijo la voz—; vete de aquí».

Su ropa estaba en el suelo; agarró los vaqueros y se los puso, pero dejó los calzoncillos en la moqueta. Mierda, se le iban a manchar los pantalones de sangre. ¿Cómo iba a limpiarla? Se puso la camiseta del revés y cogió corriendo la cazadora. Notó la cartera en el bolsillo trasero, pero ¿y el móvil? Lo buscó a tientas en la cazadora, pero no había nada en los bolsillos. Se puso a gatas y sintió un golpe en la cabeza; era el cerebro gritándole que no se agachara tanto. Estaba allí, debajo de la cama. «Cógelo y vete». Nick estiró el brazo y cerró la mano alrededor del cuero suave.

Oyó un sonido detrás de él, en la puerta, y chilló; levantó la cabeza de golpe y se rompió la crisma con la estructura de la cama.

—Servicio de limpieza —anunció una voz tenue.

Nick salió de debajo de la cama y se puso de pie. «Tapa la sangre». Tiró de la colcha y se volvió mientras abrían la puerta. La mujer, delgada y vestida de negro, se sobresaltó.

—Uy, lo siento, cielo —dijo—. Me han dicho que ya te habías ido.

—Perdón —contestó Nick, yéndose.

Ella se apartó para dejarlo pasar.

—Cielo, se te olvida algo —le advirtió.

Él se volvió y la vio señalando los calzoncillos. Una mujer desconocida estaba viendo su ropa interior y pidiéndole que la recogiera, dando por sentado, y estaba en lo cierto, que no la llevaba puesta.

—Perdón —volvió a decir mientras los cogía y se los metía entre la cazadora.

Al salir notó un aire matutino helador. Vio enseguida un taxi aparcado debajo del rótulo motel 4 deluxe, en la salida hacia la Ruta 1. Con la cazadora aferrada, corrió escaleras abajo y cruzó el aparcamiento. Seguía pensando en la gobernanta. Pobre mujer… Iba a ver la sangre. Y tenía que cambiar las sábanas. O… ¿qué haría cuando viera las manchas en la cama?

El conductor bajó la ventanilla del copiloto al ver que Nick se estaba acercando. Mierda. Se había gastado la pasta que le quedaba en el Jimmy's. Se apoyó en la ventanilla y dijo:

—¿Aceptas pago con tarjeta?

—Eeeh, sí, puedes pagar con tarjeta, pero tendré que comprobarla. —A los taxistas casi siempre les fastidiaba que les preguntasen eso, pero aquel señor parecía preocupado—. Sube, chaval. —Nick se sentó despacito en la parte de atrás. La sangre. ¿Y si le calaba los pantalones y manchaba el asiento? Se sentó encima de la mano—. ¿Todo bien? —le preguntó el conductor, volviéndose hacia él; era corpulento, de mediana edad y llevaba una boina con visera.

—¿Qué?

—¿Quién te ha hecho eso? —Nick notó que se ponía muy rojo, pero no contestó—. Lo de la cara…

Se miró en el espejo retrovisor, eludiendo al conductor. No pintaba bien. Tenía el labio partido y sangre reseca en una ceja.

«Dale la dirección».

—Spring Street, 11 —dijo—. Por favor.

El conductor se quedó mirándolo un momento y suspiró.

—Muy bien.

¿Y si la gobernanta llamaba a la policía cuando viera la sangre? ¿Tenían su nombre en el motel? «Mira el móvil». Nick sacó el teléfono; tenía la pantalla a tope de mensajes. Dos eran de Chris: uno, de poco después de medianoche, era una disculpa —«Me enredé»—, y en el otro, de esa mañana, le preguntaba si le dejaba que se lo compensara. A las 22.59, Elle creó un chat con todos los compañeros de piso y anunció: NICK HA LIGADO EN EL JIMMYS.

Justo después había una foto borrosa de Nick sentado en la barra con Josh y varios mensajes de Mary Jo y Elle, y uno de Johnny de esa mañana: Qué me perdí anoche?

Empezó a salivar.

—Para —gruñó.

El conductor obedeció, y Nick abrió la puerta y se asomó. Un aire fresco y seco lo envolvió y se le pasaron las ganas de vomitar. Respiró hondo un par de veces. «Deja ya de darle vueltas».

Se recostó en el asiento y cerró la puerta.

—Perdón —se disculpó.

—No pasa nada —contestó el conductor—. ¿Una noche movidita?

Nick no dijo nada y el señor reemprendió la marcha.

Cuando llegaron a su casa, el taxista cogió la tarjeta, hizo las comprobaciones pertinentes y se la devolvió.

—Deberías ponerte algo frío en la cara —le aconsejó.

No estaba seguro de si él le dio las gracias en voz alta o solo lo pensó. Salió y se quedó plantado en la acera delante de casa, con las piernas bloqueadas. Ojalá no hubiera nadie, no quería que lo interrogaran. Pero entonces estaría solo. «Ninguna de las opciones es buena —dijo en un tono neutro la voz de su cabeza—. No te queda más remedio que entrar».

Nada más pasar, le llegó por el pasillo la voz de Elle, que estaba la cocina.

—Nick, ¿eres tú?

—Eh, sí —respondió.

Casi se muere cuando se dio cuenta de que había empezado a llorar al oírla. Fue como si algo en su interior se hubiera desconectado en el motel y la pregunta («Nick, ¿eres tú?») lo hubiera vuelto a conectar.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Elle alegremente mientras irrumpía en el pasillo, pero se quedó boquiabierta—. ¿Qué te ha pasado en la cara? —Él empezó a sollozar—. Madre mía, Nick. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te han hecho? ¿Ha sido él?

Ambos se fueron agachando hasta acabar en el suelo mientras Elle le sujetaba el rostro.

—¡Johnny! ¡Johnny! —gritó, tensa e histérica.

En un momento de caos, Johnny frenó bruscamente a mitad de las escaleras, volvió a subir corriendo y bajó dando tumbos con las llaves del coche. Elle y Johnny no paraban de gritarse tonterías mientras levantaban a Nick por las axilas para ponerlo de pie. Iban a llevarlo al hospital.

II.

DESASTRE

Este desastre era tuyo,
pero ahora es mío.

VANCE JOY, «MESS IS MINE»

5

JULIA HALL, 2019

Me costó mucho darme cuenta del daño que le supuso a tu familia la violación de Nick. —Julia se estremeció al oír la palabra; habían pasado tres años, pero seguía chirriándole en los oídos. El inspector Rice, al parecer, no se percató de que la había turbado—. Nick y la familia de tu marido eran un poco toscos, pero tú y Tony erais gente más hecha. —Ella se revolvió en la butaca—. ¿Tú lo viste venir? Yo te aseguro que no.

—¿El qué?

—Lo feas que se iban a poner las cosas. —Julia negó con la cabeza. No, ella tampoco. El inspector la miró a los ojos un momento y luego bajó la vista hacia su taza—. Ahora bien, yo siempre empatizo con la familia de las víctimas. Es una reacción habitual cuando estás con gente que está pasando por una desgracia, por un lado, y, por otro, hablan más, te cuentan más cosas, ¿sabes? Gracias a eso soy mejor en mi trabajo. —Julia asintió y se le frunció el ceño—. Pero contigo…, en fin, sobrepasé los límites. Con todo lo que estaba pasando se me fue la empatía de las manos, y eso no es profesional. —Entonces Julia lo miró fijamente. Se había imaginado todas las tesituras posibles para estar lista cuando llegara ese día, pero eso no. «¿Adónde quiere llegar?». Notó que ladeaba la cabeza mientras él seguía hablando—. Mira cómo acabó todo… —prosiguió—. Yo, tu familia, lo de Ray Walker… En fin, me quedé con mal sabor de boca.

Se le erizó el vello del cuello cuando oyó ese nombre, Raymond Walker. Lo había oído mil veces y sabía que ese día no iba a ser menos, pero seguía siendo incapaz de reprimir su reacción cuando se verbalizaba. Cruzó la pierna derecha por encima de la izquierda para acomodarse. Notó algo en la boca del estómago, un sentimiento tan tangible que casi tenía vida propia, al margen de ella; un monstruo

inquietante e insistente que había conseguido adormecer hacía años. Pero cuando el inspector Rice la llamó la semana pasada el monstruo abrió un ojo. Ahora, con la cabeza erguida, agitaba la cola con expectación.

Se llevó la taza a la boca y dio un sorbo.

6

JOHN RICE, 2015

Rice estaba en el coche revisando sus notas y la declaración escrita de Nick Hall. En el portavasos tenía un café frío del Dunkin' casi sin tocar. Era domingo, última hora de la mañana. Había interrogado a Julia Hall, había leído la declaración de Nick, se había puesto en contacto con la policía científica que examinó la habitación y había hablado con la fiscal adjunta del distrito. Había hecho todo lo que estaba en su mano para darle a Nick un par de horas para dormir, pero Rice necesitaba interrogarlo lo antes posible, grabadora mediante.

Ojeó lo que había apuntado el día anterior cuando habló con el agente Merlo y las enfermeras. De momento, no pintaba mal: no había incoherencias evidentes ni cosas sospechosas en la versión de Nick. Los casos de agresión sexual normalmente se convertían en una guerra de dimes y diretes entre él y ella o, en este caso, entre el agresor y la víctima. Y el acusado intentaba desacreditar todas las declaraciones de la víctima (a la policía, a los médicos o a quien fuera) buscando incoherencias. Esta técnica no siempre funcionaba, pero, con la información o el abogado defensor adecuados, servía para forzar un acuerdo de mierda con la fiscalía, como conseguir una rebaja de la condena o incluso convencer al jurado de absolverlo. Pero, claro, todo eso daba totalmente igual si Rice no tenía ningún acusado; ni siquiera tenía sospechosos.

Había varios puntos importantes que coincidían en todas las declaraciones del chaval: Nick se tomó cinco copas en total esa noche; estaba convencido de que, si viera a «Josh», el violador, sería capaz de identificarlo; que él supiera, Josh se tomó dos chupitos; y recordaba que le golpearon en la cabeza nada más entrar en la habitación del Motel 4 Deluxe. Del resto no se acordaba, hasta que se despertó el

sábado por la mañana vapuleado y consciente de que lo habían agredido sexualmente.

Que a Nick le fallara la memoria era un problema. Rice ya lo había hablado con la fiscal adjunta que se iba a encargar del caso. Ella le pidió que insistiera durante el interrogatorio, que se asegurase de que de verdad no recordaba nada de lo que pasó en esa habitación de motel.

Además, Nick había bebido; las víctimas ebrias siempre complicaban ese tipo de casos. La gente pondría en tela de juicio su capacidad para recordar al agresor; se plantearían si, al estar más desinhibido, el sexo fue consentido. Pero, si encontraban a «Josh», el hecho de que el muy cabrón se hubiera ensañado con Nick en teoría facilitaría demostrar que no fue de mutuo acuerdo. Nadie dejaría que le pegaran en la cara en plena cópula, ¿no? Sexualmente hablando, había gente a la que le gustaba que la asfixiaran, y a él lo habían ahogado. Pero la enfermera ECAS le había dicho que la exploración de Nick daría fe de que la relación no fue consentida. Y había pruebas materiales: las sábanas manchadas de sangre. Por suerte, la mujer de la limpieza del motel avisó al encargado cuando las vio, por lo que la habitación estaba casi intacta.

Un sedán aparcó en el hueco contiguo. Era Lisa Johnson, de una asociación local de asistencia a víctimas. Rice se alegró cuando Merlo le contó la noche anterior que le habían asignado el caso a ella. Todos los facilitadores eran buenos, pero él ya había trabajado con Lisa y era una de sus favoritas. La saludó con la mano y volvió a meter los papeles en el sobre marrón, donde ponía «N. H. 2/10/15».

—Llegas tarde —le dijo Rice mientras cerraba la puerta.

Lisa lo miró con los ojos muy abiertos y luego consultó la hora en el móvil.

—Llego dos minutos antes.

—Ya, y yo quince —replicó él con una sonrisa.

—¡Qué malo eres! —contestó ella, con los ojos en blanco y sonriendo con ganas—. Aunque siempre me haces creer que soy yo la mala.

Rice la llevó a la habitación de Nick en la unidad de salud mental.

Ella no lo había visto desde que lo trasladaran a urgencias la noche anterior. Él y su hermano estaban viendo la tele con la puerta abierta. Al verlos a ambos mirando hacia el vano, se percató de que se parecían mucho: la misma frente, la boca, la amplitud de los hombros…, y Rice pensó que con eso se hacía una idea de cómo era el padre. Lisa saludó a Nick y se presentó a Tony.

No costó mucho convencer al hermano de que saliera para dejar a los dos profesionales a solas con Nick.

—Es mejor así —se limitó a decir Rice.

Dado que la mujer de Tony era abogada defensora, a lo mejor él entendía el porqué de esa afirmación. Aunque a lo mejor no; en cierto modo, Rice no se imaginaba a Julia, con esa cara tan dulce que tenía, intentando sonsacarle a una víctima, delante de un familiar, si estaba demasiado cohibida para decir la verdad sobre un delito sexual.

Nick estaba echado en la cama; llevaba pantalón de chándal y camiseta. Apagó la tele y se recostó sobre la almohada, y entonces palideció.

—Lo siento por tener que pedirte de nuevo que hables del tema, Nick —se disculpó Rice mientras acercaba una silla a la cama—. De momento, esta debería ser la última vez.

—No pasa nada —contestó él bajito.

—Solo necesito una declaración completa antes de que te falle la memoria; los recuerdos se acaban nublando con el tiempo, así que conviene hablar ya de los detalles.

Nick asintió.

Rice sacó la grabadora y la dejó como pudo en el reposabrazos de su silla. Si hubiera sido posible hacerlo en la comisaría, lo habría grabado en vídeo, pero el chaval tenía que estar unos días en la unidad de salud mental y Rice no quería esperar más.

Le pidió que le contara su versión, empezando por el viernes por la mañana, al despertarse. Nick le dio detalles de ese día que no habían salido aún: desayuno en casa, una clase de Terminología Empresarial, deberes y comida en casa, clase de Introducción a la Economía, y luego en casa el resto de la tarde.

Cuando empezó con la parte que Rice ya conocía, fue coherente con

su declaración escrita y con la versión corta que le contó a Merlo cuando llegó al hospital. Había quedado con un tal Chris Gosling en el pub Jimmy's. Elle Nguyen, una de sus compañeros de piso, fue con él; Chris no llegó a presentarse. Pero entonces Nick conoció a Josh. Después de estar un rato en la barra, cogieron un taxi y fueron al Motel 4 Deluxe, donde se alojaba el otro. Entraron en la habitación y Nick notó que le daban un golpe en la nuca. Se desvaneció hasta la mañana siguiente.

—Vale —suspiró Rice mientras cruzaba las piernas—. Gracias, Nick. ¿Necesitas algo antes de que empiece con las preguntas sobre tu versión?

—¿Ir al baño? ¿Agua? —preguntó Lisa, que no había hablado en los veinte minutos que llevaban allí.

—No. —Era evidente que el chaval quería terminar cuanto antes.

—Vale —contestó Rice mientras ojeaba sus notas otra vez—. Primero, háblame de cuando estuviste en la barra con Josh. ¿Te dijo su apellido? —Nick negó con la cabeza—. ¿Podrías decir sí o no en voz alta? —le pidió, señalando la grabadora.

—Perdón. No, no me lo dijo. Solo que se llamaba Josh.

—¿Recuerdas si te contó algo de él?

—La verdad es que no me habló de él —contestó tras un silencio—, pero, no sé, parecía que tenía pasta, como si se dedicara a los negocios o algo así.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis en la barra?

—Bueno, si tuviera el móvil, podría darte más detalles.

—¡Por supuesto!

Buenas noticias. Cualquier cosa con fecha y hora era útil.

Nick sacó un móvil negro de debajo de la colcha. Hoy día, los chavales no se separan ni un momento del aparatito; probablemente acaben todos con cáncer a los cincuenta.

—Antes que nada: sé que aún no eran las once cuando fui a la barra a pedir dos chupitos para Elle y para mí. No paré de mirar el móvil, porque estaba esperando a que llegara Chris. Se suponía que habíamos quedado a las diez y eran las diez y media pasadas, pero sin llegar a las once.

—Bien —repuso Rice enseguida en voz baja.

—Y Josh empezó a hablarme como un minuto después de que yo llegara a la barra. A lo mejor él acababa de llegar, pero no estoy seguro. Y a las 23.42 todavía estábamos hablando, porque Elle me dijo que mandó esto nada más hacerla. —Le enseñó el teléfono a Rice: una foto de dos tíos en la barra de un bar.

—Un momento, ¿sois tú y él?

—Sí —contestó Nick con un tono que decía implícitamente que si acaso no era obvio.

—O sea que tienes una foto de él —dijo Rice, que le cogió el teléfono.

—Sí, se lo dije anoche al policía. Me dijo que os la enseñara yo.

«Hay que joderse». Rice se iba a comer vivo al imbécil de Merlo en cuanto lo viera en la comisaría. ¿Y si le hubiera pasado algo a la foto? ¿Y si el chaval no hubiera vuelto a sacar el tema?

—¿Me la puedes mandar ahora mismo por correo electrónico?

—Sí, claro —contestó, sorprendido y con las cejas arqueadas.

El ritmo cardiaco de Rice empezó a bajar cuando recibió el mensaje. Se lo reenvió al administrador con una directriz: IMPRIMIR.

Al levantar la vista, Lisa lo estaba mirando con los ojos muy abiertos y una sonrisa tensa.

—Vale, bien —suspiró Rice—. Tenemos una foto.

—Sí. Se ve muy oscura y es desde lejos, pero él es el que mira más a la cámara y yo el que está de espaldas. Elle estaba cerca de la pista de baile.

Rice la observó con más atención. La iluminación no era muy buena, pero las figuras se veían bien: dos tíos en una barra, uno mirando hacia la cámara y el otro, de espaldas. Rice amplió la cara de Josh, si es que se llamaba así; se parecía a la descripción de Nick: caucásico, rasgos oscuros y mayor que él.

—Entonces, os conocisteis entre las diez y media y las once y a las 23.42 seguíais en la barra, pero no te dijo dónde vivía ni a qué se dedicaba.

—No. —Nick parecía desalentado.

—Nick, no pasa nada. A ver, lo que quiero saber es si te indujo a

hablar de ti.

—Quería saberlo todo de mí —dijo, asintiendo.

Rice se quedó mirándolo detenidamente. Ese día las heridas tenían peor pinta, estaban más oscuras, y le habían salido más moratones, unas líneas de color púrpura en la parte izquierda del cuello. Nick solo recordaba un golpe en la cabeza, pero le habían pegado varias veces y lo habían asfixiado. Si un tío era capaz de desatarse así con un desconocido es porque no era la primera vez que lo hacía. Y probablemente volvería a hacerlo.

Nick había dicho antes que Josh le preguntó si a Elle le importaba que estuvieran hablando. Él supuso que lo que Josh quería decir era que su amiga se iba a enfadar si la dejaba tirada por un rollo. Rice tenía sus sospechas. El tal Josh ese… se pensaba que Elle era una tapadera, una novia postiza. Y le había preguntado a Nick si había «hecho esto» antes. Puede que no se refiriese a irse con un desconocido, sino a acostarse con un hombre.

Josh se pensó que Nick no había salido del armario. Puede que ya lo hubiera hecho antes con hombres que sabía que no iban a denunciar la agresión.

—¿Quieres que hagamos una pausa? —preguntó Lisa bajito.

Él negó con la cabeza.

—Te acababa de invitar a una copa —dijo Rice.

—Sí —contestó, mirándolo de nuevo.

—Entonces —prosiguió el inspector tras ojear su bloc de notas—, te tomaste un chupito de tequila cuando llegaste, sobre las nueve; dos whiskies con *ginger-ale* entre las nueve y las diez y media; otro chupito de tequila, esta vez en la barra con él, y luego te pidió un cóctel, un *old fashioned*.

—Sí.

—Entonces, si lo conociste entre las diez y media y las once, ¿cuánto tardaste en beberte la última copa?

—Ni idea. Me la bebí con cuentagotas, porque estaba asquerosa. —Rice y Lisa se rieron, y él sonrió—. Era la primera vez que lo probaba. Pero me lo bebí enterito. Quería dar a entender, pues eso, que bebía de verdad.

—¿Te la terminaste antes de iros?

—Sí.

—¿Cuándo fue eso?

Nick volvió a mirar su teléfono.

—A las 00.17. Elle mandó un mensaje al grupo diciendo que acababa de irme con él.

Rice rodeó con tres círculos el nombre de Elle Nguyen en su bloc de notas. Megan O'Malley, una inspectora de su dependencia, estaba interrogando a Nguyen y al otro compañero, el que llevó a Nick al hospital, un tal Johnny Maserati. Vaya nombre. Rice llamaría a O'Malley desde el coche para ponerse al día.

—¿Dirías que estabas borracho?

—¿Sería malo si dijera que sí?

«Sí», pensó Rice.

—Solo quiero saber cómo te sentías cuando te fuiste.

—Borracho —contesto Nick, asintiendo despacio—. A ver, no superborracho.

—Vale.

—Más bien, diría que contentillo.

—Pero no te quedaste inconsciente, ni aturdido ni nada por el estilo, ¿no?

—No —contestó Nick—. Me acuerdo de todo lo que pasó antes del golpe.

Ayudaba saber qué recordaba Nick del principio de la noche, pero para Rice eso no quería decir que el alcohol no hubiera contribuido a las lagunas mentales que tenía. A lo mejor el golpe en la cabeza le causó una herida, que se sumó a los efectos del alcohol. Si conseguían material suficiente para pasar el caso a la fiscalía del distrito, el Estado tendría que buscar un experto.

—Bien —contestó Rice—. ¿Quién propuso marcharse?

—Él. Y me preguntó si había tenido alguna vez un rollo de una noche.

—¿Sí?

—Sí. —Nick miró a un lado, como si se estuviera acordando de algo —. Me preguntó si había hecho eso antes. Pero creo que se refería a

liarme con un desconocido.

O a lo mejor se refería a si Nick ya se había acostado con un hombre antes. El tal «Josh» estaba eligiendo con cuidado a quién se llevaba al motel.

—Vale —contestó Rice—. O sea que os fuisteis a las 00.17 y cogisteis un taxi hacia el Motel 4 Deluxe, ¿no?

—Sí. Pagó en efectivo. Ah, eso me recuerda que le pregunté por qué estaba en el Motel 4, porque, en fin… Y me dijo algo así como que pagaba su empresa y que había que apretarse el cinturón. Como si fuera por eso por lo que estaba en un motel de mierda.

—Así que te hizo creer que era de otro sitio.

Nick asintió, pero Rice señaló la grabadora.

—Perdón. Sí.

—¿Le preguntaste por qué estaba aquí?

—Me dijo que por trabajo, nada más. —Hizo una pausa y se ruborizó—. Pero también que en realidad no le apetecía hablar de trabajo. —Al chaval empezaron a brotarle lágrimas de los ojos al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—Tú no tienes la culpa de nada —le susurró Lisa mientras le pasaba una caja de pañuelos.

Hace un par de años, durante un interrogatorio a una víctima de violación, la facilitadora le dijo algo así cuando empezó a llorar. Después, Rice le dijo a aquella mujer menudita y sosegada que realmente no debería decir esas cosas durante los interrogatorios grabados; que no convenía que el abogado defensor la tachara de tendenciosa o dijera que estaba reafirmando la versión de los hechos de la víctima. La mujer lo miró con incredulidad; fue como si aumentara de tamaño cuando le dijo: «Entiendo que está preparando su caso, inspector, pero, aunque esto vaya a concluir para usted, para ella no será así, así que, si veo a una superviviente pasándolo mal por su sentimiento de culpabilidad, no voy a dejar de decirle que ella no tiene la culpa». Rice se quedó helado, pero jamás volvió a quejarse de nada que hubiera hecho el facilitador de una víctima.

Nick se enjugó los ojos, se sonó la nariz y lo miró. Quería continuar. El chaval era de acero.

—¿Me cuentas de nuevo la llegada a la habitación? Con más calma.

—No tengo mucho más que contar. Subimos y nos dirigimos a la puerta. Josh ya tenía la llave, una tarjeta. Abrió y entramos. Yo cerré y justo después me golpeó en la cabeza. —Nick se encogió de hombros —. Es lo único que recuerdo.

—¿Pasó algo mientras subíais a la habitación? ¿Entre vosotros?

—Había ido allí a enrollarme con él. ¿Te refieres a eso?

—Bueno, no. Me refería a daros la mano, hablar, eh, besaros…, cosas así. —Ojalá ese titubeo hubiera pasado desapercibido. Sabía que había gente gay, era una realidad y no pasaba nada, no era de su incumbencia, pero le costaba preguntar cosas tan íntimas.

—Empezamos a besarnos en el taxi —contestó Nick— y me cogió de la mano de camino a la habitación. —Paró un momento—. Nos besamos en la puerta, antes de entrar. Fue… Me pareció como que éramos muy compatibles, se podría decir. No sé por qué él… —Nick se encogió de hombros y respiró hondo.

—Y, eh, ¿cuál era el plan cuando entrasteis?

—¿Qué plan? —contestó él, con cara de confusión.

—¿Qué querías hacer con él?

—Supongo que liarnos —dijo, bajando la vista al pañuelo que tenía en el regazo.

—Pero eso qué significa para ti.

—No tenía ningún plan —repuso, ahora con la mirada seria—. Quería ir poco a poco. No sabía que necesitara un plan.

—No era eso lo que quería decir, pero tenía que preguntar. —A Rice se le puso el cuello rojo y le entró picazón—. No estoy diciendo que fuera tu culpa.

—Lo sé —contestó Nick, mirándolo.

—¿Viste con qué te golpeó?

—Estaba mirando para otro lado —dijo, negando con la cabeza—. Y seguíamos a oscuras. Pasó muy rápido.

—¿Eso es todo? ¿No recuerdas nada más?

—No sé qué más quieres.

—Quiero encontrarlo, y cuando lo encontremos quiero pillarlo. Podría ser tu palabra contra la suya. Si recuerdas más cosas

posteriormente, bien, pero eso siempre da un poco la impresión de que… —Nick bajó la mirada hacia su regazo—. Cuanto antes tengamos la información, más creíble parecerá. No sé si me explico.

Nick seguía con la mirada fija en el regazo; asintió mientras hacía jirones el pañuelo húmedo.

—¿Nada más? —le preguntó; él negó con la cabeza—. ¿Llegaste a, eh, asearte en el motel?

—Me vestí y me fui.

—Vale —contestó Rice.

La policía científica había encontrado una toalla sucia en el baño. Si no la había usado Nick, puede que Josh sí. Con suerte, conseguirían su ADN.

Rice le hizo varias preguntas sobre la mañana siguiente y luego apagó la grabadora. Antes de irse le pidió que le entregara su teléfono y que firmara una autorización para dejar que extrajeran los datos y otra para su historial médico.

—Gracias por tu tiempo, Nick. Sé que no es fácil.

Él se encogió de hombros, como queriendo decir que ningún problema, pero se veía en su mirada que estaba cansado.

Rice se asomó al pasillo. Una enfermera le dijo que había llegado la mujer de Tony, pero que se habían ido los dos a la cafetería.

—Ahora cuando salga me paso por allí —le dijo— y te los mando para acá.

—Me quedo esperando contigo —repuso Lisa.

Nick tenía cara de estar agotado, pero era demasiado educado para decirle que se fuera.

7

NICK HALL, 2015

Cuando el inspector Rice se fue, Nick y Lisa estuvieron un rato en silencio. Acababa de comprender por qué lo llamaban «prestar» declaración: después de la suya, se había quedado sin energía. Se recostó sobre las almohadas y se miró la camiseta y los pantalones de chándal que le había dado la doctora Lamba. Los párpados le pesaban.

—Bueno —dijo Lisa—, solo voy a preguntarlo una vez, pero tengo que hacerlo: ¿cómo te encuentras?

Si se lo hubiera preguntado cualquier otra persona, le habría molestado; quizás incluso cabreado. Pero Lisa lo preguntaba de verdad. Sabía que Nick no estaba bien y tampoco esperaba que lo aparentase. A su vez, no lo miraba como el resto, como si ya no tuviera vida. Para ella, todo aquello, los interrogatorios de la policía, la cama de hospital y la palabra «violación», eran cosas que a veces pasaban.

A Nick le caía bien. Quería ser sincero con ella, pero buscó en su interior y no sintió nada.

—No lo sé —contestó; Lisa no dijo nada, así que volvió a intentarlo —. Sigo diciendo que estoy bien. Y estoy casi bien. Como si nada.

Estaba formando una bola con los jirones de pañuelo que tenía en el regazo. Cuando la enfermera de urgencias le hizo la exploración, fue como si no estuviera allí. No era su cuerpo. Las fotos que le tomó desnudo en una habitación resplandeciente no eran de él.

—¿Por qué me siento tan pequeño? —preguntó.

—Tu cuerpo y tu mente te están protegiendo. Es tu forma de familiarizarte poco a poco con lo que ha pasado. No eres un bicho raro.

Eso era bueno. No era un bicho raro.

Esa era otra cosa que le gustaba de Lisa. No había visto en sus ojos

ni una vez lo que llevaba dos días viendo: vergüenza ajena ante la visión de un hombre al que habían violado. Lo había visto en la mirada del policía y en la del inspector. Lo vio cuando llegaron a urgencias, en el mostrador de recepción; cuando la mujer preguntó qué había pasado y él contestó que creía que lo habían agredido sexualmente, vio la sorpresa en su cara; miró rápidamente a Elle y luego a Nick de nuevo.

«¿Te han agredido sexualmente?», preguntó, pero había implícita otra pregunta: «¿Te refieres a ella?».

Pero para Lisa no era un bicho raro.

—Se avecina tormenta, ¿no?

El día anterior, ella y las enfermeras le habían dado varios folletos y una carpeta con información especial para supervivientes de violación. Con el tiempo, la congelación extrema que sentía en ese momento se derretiría. Sin embargo, en vez de volver a su ser, en esas hojas ponía que quizás se deprimiera, se sintiera culpable o tuviera insomnio o pensamientos suicidas.

—Puede —dijo Lisa—. Lo cierto es que cada persona es un mundo. La doctora Lamba me ha dicho que cuando te vayas irás a ver a Jeff Thibeault, el terapeuta.

—Sí —contestó Nick.

—Jeff es un hombre maravilloso. —Una sonrisa agradable se dibujó en su cara amplia, como si lo conociera bien—. Creo que te va a caer bien. Y si no, busca otra persona. Solo tú eliges a quién quieres en tu equipo. Es tu decisión.

Nick asintió. Eso le haría bien, tener el control. Era como si lo hubiera perdido hacía…, bueno, cuando se fue del bar con Josh. Fueron Elle y Johnny quienes lo llevaron al hospital. Los recuerda hablando por encima de su cabeza, ella diciendo que tenían que ir al hospital y él preguntando que si iban primero a la policía.

«Le pasa algo, le pasa algo», repetía Elle.

Cuando la vio en casa, fue como si se rompiera una presa, y se puso a llorar a lágrima viva, incapaz de hablar, incapaz de decir que sí, que lo llevaran al hospital, y que no, que no llamaran a la policía. Pero Elle llamó de camino, en el coche. Y entonces él dejó de llorar. Fue

capaz de hablar de nuevo, pero ella ya había llamado; ya había dado su nombre y el hospital al que se dirigían. Así que Nick volvió a calmarse. Se tranquilizó y pensó en un plan.

—Tu hermano te quiere mucho —dijo Lisa.

—Sí —dijo Nick, asintiendo.

Hasta el momento, el cabreo de Tony había sido lo peor; peor que todas las humillaciones previas: peor que ver a la gobernanta y saber que iba a ver su sangre en las sábanas; peor que la exploración de dos horas; peor que hablar con la enfermera, el agente y el inspector, uno detrás de otro. Nick sintió un dolor en el pecho, un dolor real, cuando se separaron tras el primer abrazo y vio que Tony estaba lloroso.

—¿Qué edad tiene él?

—Eh, pues veinte más diecisiete son treinta y siete.

—¡Diecisiete años de diferencia!

—Madres diferentes. —Su explicación habitual de dos palabras.

—¿Y dónde está tu madre? —preguntó ella, ladeando la cabeza.

—Eh… Bueno, no se le dan muy bien estas cosas. —¿Cómo explicarlo?… No merecía la pena—. Se alteraría. No sería fácil. —Lisa asintió. Él vio la curiosidad en sus ojos, pero no husmeó—. Tony cuida bien de mí —añadió, aunque lo estaba infravalorando.

Su hermano lo cuidaba más que bien desde el minuto en el que nació. No tenían nada que ver con otros hermanos y hermanas que él conocía. No se peleaban. No discutían por la comida, ni por los juguetes, ni por la atención, ni por cosas del estilo. No se habían criado juntos: Tony estuvo solo. Era adulto en todos los recuerdos de Nick en los que aparecía. Era como un segundo padre. Le compraba cosas: cucuruchos de helado y muñecos de acción. Lo llevaba al parque que había cerca de casa de Nick. Jugaban a muchísimos juegos, pero no como iguales. Él siempre era el niño y Tony, el chaval guay en el que quería convertirse.

—¿Quieres preguntarme algo, ahora que estoy aquí? —dijo Lisa, recolocándose.

—¿Qué probabilidades hay de encontrarlo?

—No lo sé —contestó ella, negando con la cabeza.

Por alguna razón, después de subirse al taxi sano y salvo delante del

motel el sábado por la mañana, no se había planteado que quizás volviera a ver a Josh. Ni siquiera después de la exploración, los hisopos, las preguntas, ni la foto que le había dicho al agente que tenía. Sabía que Elle había llamado a la policía, cuya misión era resolver crímenes, es decir, encontrar al malo.

Tenían una foto malísima de Josh, si es que ese era su nombre. Tenían todas las muestras que sacaron de su cuerpo, así que a lo mejor encontraban su ADN, pero a lo mejor no. A lo mejor no lo encontraban a él. A lo mejor, con el tiempo, la policía se rendía, y a lo mejor Nick se despertaba un día y no se acordaba de nada.

8

TONY HALL, 2015

Al parecer, el sabor de la comida de hospital cambiaba según la razón que te había llevado hasta allí en un principio. Esta obviedad no se le pasó a Tony por la cabeza las dos primeras veces que comió en un hospital: primero, cuando Julia dio a luz a Chloe y luego, cuando nació Sebastian. La comida no le supo bien en ninguno de los casos, ni por asomo. Pero entonces cualquier cosa, daba igual qué, le habría sabido bien: sándwiches con liquidillo, café flojo, natillas envasadas… Todo eso saciaba su necesidad de comer algo, lo que fuera, antes de volver con el recién nacido, su mujer y la emoción de ambos.

Ese día, habría preferido ayunar. Cuando Julia llegó y fue a ver a Nick, el inspector lo estaba interrogando, así que empezó a hablar con Tony y lo atosigó para que comiera algo. Es injusto hablar de «atosigar»; ella sabía que estaba muy disgustado, que no habría comido nada aún. Así que fueron a la cafetería y él escogió lo más insulso que había: sándwich de jamón y queso. El pan chicloso se le pegaba al paladar cada vez que daba un mordisco. Comer le estaba sentando mal, tanto que sintió el cosquilleo de las arcadas.

Sentados en silencio, él se afanaba en comerse su sándwich y Julia se tomaba un café a sorbitos.

Cuando Tony levantó la mirada, vio al inspector Rice atravesando la cafetería.

—Listo —dijo—. Gracias por habernos dejado a solas un buen rato.

Tony asintió. Acababa de dar un mordisco y tenía la comida al final de la boca, resistiéndose a bajar.

—Ningún problema —dijo Julia por él—. He conseguido que coma algo.

—¿Qué has comido?

Tony dio un sorbo de su vaso de poliestireno. El café ayudó a bajar

el trozo de sándwich.

—Jamón —contestó él.

—Lo he probado —dijo Rice, asintiendo—. Deja mucho que desear. —Julia se rio. Tony se aclaró la garganta y apartó el plato—. Bueno —prosiguió—, Nick lo ha hecho muy bien. Acaba de quitarse de encima el peso más grande.

Tony asintió. Menos mal que ya había pasado. El inspector había estado varias horas con él.

—¿Cuándo llegan los resultados de la exploración? —quiso saber Julia.

Él se preguntó si le habría dicho al inspector que había sido abogada defensora. Conocía el mundo en el que Nick se estaba adentrando mejor que la mayoría de la gente. Le cogió la mano y la apretó, a modo de agradecimiento por estar a su lado.

—No puedo prometer nada —respondió Rice—, pero más o menos dentro de un mes.

—Oh —dijo ella—. Pensaba que tardaría más.

Tony se sorprendió. Un mes le parecía mucho esperar.

—No —contestó Rice—. Normalmente no. Nuestro laboratorio forense suele tardar poco en tener los resultados. Como Nick está dispuesto a ir a juicio, y no sabemos quién ha sido, ya hemos enviado las muestras a Augusta. —Vaciló. No les estaba contando todo—. El caso es que no sabemos si van a servir de mucho. —Por el rabillo del ojo, Tony vio a Julia asentir. No sabía qué quería decir eso, pero no le dio tiempo a pedir que se lo explicara, porque el inspector se adelantó —: Pero al menos Nick me ha dado una pista.

—¿Sí? —preguntó Tony, con el estómago encogido.

—Sí —asintió Rice—. A ver, no garantiza nada, pero tiene una foto de él.

—Qué me dices —contestó Julia; ambos se miraron y él vio la emoción en sus ojos.

Una foto. Tener una foto era bueno.

—Ahora toca difundir la cara de este cabrón —dijo Rice—. A ver si alguien lo conoce.

Al marcharse, el inspector Rice rompió el silencio entre ambos.

—¿Tú sabías que había una foto? —preguntó Julia, volviéndose hacia Tony.

—No —contestó él.

—Yo tampoco. Es un paso enorme.

—¿Qué es eso de que las muestras no van a servir de mucho?

—Ah —dijo ella antes de soltar el café—. Creo que se refiere a que puede que no encuentren ADN. Esperan dar con el ADN del tipo este… a través de Nick.

—Entiendo —contestó Tony, pero ya tenía suficiente, no quería pensar en eso—. Entonces, si eso va a tardar un mes…

—Sí, ya —contestó ella—. Es un proceso largo.

—¿Qué pasa si dan con él?

—Supongo que depende —contestó Julia, cogiendo el café de nuevo —. Pueden arrestarlo al momento o pueden esperar a que lo acusen, gran jurado mediante. No sé en qué se basarán para tomar las decisiones; supongo que cada departamento tiene sus procedimientos. En Salisbury nunca trabajé en casos sexuales.

—¿Casos sexuales? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Eh… —Se estremeció—. Así es como los llaman. A veces. Es decir, a los casos de agresión sexual. —Hizo una pausa—. Lo siento. —Tony miró el sándwich. Le dolió que dijera eso. Qué palabras tan burdas e insensibles—. Es un acortamiento para referirse a los casos que involucran delito sexual. Sé que lo que le ha pasado a Nick no tiene que ver con sexo.

Cuando Julia era abogada defensora, hablaba de muchos de sus casos a grandes rasgos, pero él no recordaba que le hubiera mencionado ninguno de agresión sexual.

—Entonces ¿tuviste alguno en las ciudades en las que trabajabas?

—Nada como esto en concreto —contestó.

—Pero sí casos de agresión sexual.

—Sí —dijo tras dudar.

En casa no había hablado de esos casos. A lo mejor se avergonzaba. Nunca se lo había planteado, pero pensar en Julia defendiendo a violadores… cuando menos lo asqueaba.

No podía elegir los casos en los que trabajaba. No funcionaba así. Era abogada de oficio a sueldo del Estado y defendía a gente con muy pocos recursos que tenía derecho a disponer de un abogado gratis. Hablaba sobre todo de sus clientes menores de edad, adolescentes acusados de delitos, pero él sabía que también defendía a adultos. Estaban los padres de los casos de protección infantil…, personas que habían abusado de o descuidado a sus hijos hasta tal punto que el Estado había tenido que intervenir. Sabía que ella las ayudaba, pero era incapaz de entender cómo podía mirarlas a la cara, por qué se dedicaba a algo así. O sea que no hablaban de eso. Se llevaban mejor cuando ambos hacían como si no fuera parte de su trabajo.

A lo mejor no se avergonzaba de defender a violadores. A lo mejor simplemente no confiaba en que Tony no fuera a juzgarla por ello.

Y a lo mejor hacía bien. El hecho de que ella pudiera mirar a esas personas a los ojos y tratarlas como a gente normal, al margen de las acusaciones…, bastaba para haberla juzgado en el pasado. Para juzgarla ahora, en su mente, como hacía un momento. Pero se dio cuenta de la suerte que tenía; suerte de estar con una mujer que no se alteraba cuando se enfrentaba al mal.

—¿Van a ponerse muy feas las cosas? —preguntó.

—¿Para Nick? —Tony asintió. Ella lo miró mientras sopesaba qué grado de verdad sería capaz de soportar—. Sinceramente, creo que va a ser una mierda —sentenció.

9

JULIA HALL, 2015

La casa se encontraba preparada para la llegada de Nick. Seb ya estaba listo para mudarse a la habitación de Chloe y ya habían hecho su cama con sábanas limpias para su tío. Tony y Julia incluso habían comprado varios de sus aperitivos favoritos de camino al hospital. Ya solo quedaba reunirse con Ron y Jeannie para gestionar el alta.

Cuando alguien se despedía de la estructura y la seguridad que proporcionaba la hospitalización, era importante que el paciente y su gente tuvieran un plan para la siguiente fase. Julia ya había estado en reuniones de ese tipo, pero siempre como abogada. La de Nick era diferente.

Iba a ser en una salita de reuniones en la unidad de salud mental. Después de sentarse todos alrededor de una mesa vacía, la doctora Lamba les explicó a los Hall el plan de tratamiento de Nick de cara al futuro.

—Lo hemos puesto en contacto con un terapeuta que está como a diez minutos del campus —dijo—. Cuando vuelva a su casa será más fácil que alguien lo acerque desde allí.

Jeannie se volvió hacia su hijo, mirándolo con los ojos muy abiertos, y le dijo:

—¿Vas a quedarte con nosotros primero?

—¿No tiene que ir a clase?

La pregunta de Ron pilló a Julia desprevenida. Hasta ese momento, había estado como en otro planeta, mirando fijamente el centro de la mesa con los ojos vidriosos. Lo que subyacía tras esa pregunta estaba claro: no quería que su hijo fuera a su casa. A juzgar por el olor levaduroso a cerveza que lo envolvía, no estaba llevando bien la noticia de la agresión de Nick.

—Los profesores me han dicho que me tome mi tiempo —repuso

Nick—. Lo iré viendo sobre la marcha.

—Tu madre puede llevarte a clase —dijo Jeannie con un deje de bebé en la voz.

Julia miró a la doctora Lamba, a la espera de que informara de que Nick ya había decidido quedarse en Orange.

—Tony vive mucho más cerca de la universidad y del terapeuta —contestó la doctora.

«Y es un hogar emocionalmente estable, no como el vuestro», pensó Julia.

—Pero ¿y tus hijos? —preguntó Jeannie, volviéndose hacia Julia.

—Están encantados de que su tío Nick se quede con nosotros —repuso ella.

—Ya lo sabías.

—Lo hablamos ayer… —dijo Julia, ruborizada.

—Ya —contestó Jeannie—. Lo que pasa es que ayer no sabíamos nada. —Abarcó con un gesto a Ron y a ella—. Resulta que nos citan para esta especie de reunión cuando ya está a punto de salir del hospital, ni más ni menos, a pesar de que lleva aquí desde el sábado y a nosotros nos llamaron el lunes. —Entonces se dirigió a la doctora Lamba—: Y ya, sí, «es adulto y puede tomar sus propias decisiones», pero ¿se le ha pasado por la cabeza que mentalmente todavía es un crío?

—Pero tú qué estás diciendo —la interrumpió Tony.

—Ni siquiera tiene edad para beber —añadió Jeannie—. Legalmente hablando, no es un adulto.

—Pero sí lo es —terció la doctora Lamba; aunque estaba tranquila, su voz se había tornado seria.

—Estáis aquí todos fingiendo que somos un equipo, pero nos tomáis por tontos y creéis que no nos damos cuenta de que habéis decidido por él sin contar con nosotros.

—Soy yo el que decide —repuso Nick tan alto que Julia se sobresaltó.

Jeannie cerró la boca.

Él miró a su madre con un ceño fruncido que daba pena. A pesar de que ya llevaba tres días con esos moratones, su aspecto seguía siendo

estremecedor. Ella se imaginó cómo le habían hecho esas marcas. Los puñetazos en la cara. Las manos apretándole la garganta.

—Soy yo el que decide y no quería decírtelo todavía —dijo Nick más bajito—. La situación me superaba.

Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Jeannie, y sacó un pañuelo del bolso.

—¿Quién te crees que le ha metido esa idea en la cabeza? —dijo Ron en voz baja.

Julia sabía que Tony iba a morder el anzuelo, pero aun así apoyó una mano en su muslo, con la esperanza de que lo dejara pasar.

—Pero qué estás diciendo.

—Vienes aquí subido a tu pedestal como haces siempre, le dices que no nos necesita…

—Ojalá se lo hubiera dicho yo; él sabe que no os necesita.

—¡Para, Tony! —se quejó Nick y empujó la silla hacia atrás—. No puedo respirar. —Se dirigió a la doctora Lamba—: ¿De verdad hay que hacer esto?

—Si no va a ayudar —dijo ella—, no.

La sala se quedó en silencio; de haber estado con otras personas, pensó Julia, todas estarían planteándose que había que comportarse y poner fin a la reunión. Pero estaba con esas personas. Sabía que se estaba gestando la típica salida de la madre de Nick.

—Muy bien —dijo Jeannie—. Pues nos vamos. —Empujó la silla hacia atrás y se levantó—. Nos echáis de su vida, como siempre habéis querido, hasta que tenga fuerzas suficientes para pensar por sí mismo. —Mientras se dirigía a la puerta, las lágrimas se iban deslizando por su cara—. Esto no lo perdono —dijo, quizás refiriéndose a todos—. No se me va a olvidar en la vida. Me da igual lo mucho que intentéis hacernos creer que esto no ha pasado; ni olvido ni perdono. —Y abrió la puerta y se fue.

—Típico —dijo Ron bien alto, parado en el vano; luego la siguió.

Se hizo el silencio un momento.

—Por eso precisamente te pedí que llamaras a Tony —le dijo Nick a la doctora Lamba, con intención de sonar contundente, pero todos contuvieron la risa, aunque Julia solo quería llorar.

Nick se merecía algo mejor. Se merecía estar rodeado de amor, que le dijeran que no era su culpa, que le prometieran que no le iba a pasar nada. Pero lo que tenía era a Ron y a Jeannie.

Y a Tony. También tenía a Tony.

10

JOHN RICE, 2019

Después de jubilarse, el declive no se hizo esperar. Casi de la noche a la mañana, John Rice se convirtió en un anciano, todo peripuesto y sin nada que hacer aparte de esperar las visitas de la juventud: su hija, sus nietos y, ese día, Julia. Había estado deambulando por la casa, que ya había limpiado, con el jersey remetido y el cinturón bien ajustado a las caderas, enderezando las fotos, atento al sonido del coche.

Cuando la vio acercarse por el acceso, se sintió feo y cohibido, enfadado, optimista…, muchas cosas. La recibió tal como se había imaginado un millón de veces, pero lo más cerca que había estado de organizar el encuentro fue hacía un par de semanas. Fue su última visita al médico lo que le dio el empujón para coger el teléfono y probar suerte con el número que tenía. El Señor debía de saber lo mucho que necesitaba hablar con Julia antes de que le llegara la hora, porque el número era el mismo. Ahora que ella estaba allí, no sabía ni por dónde empezar.

Cuando desayunaba con sus amigos o llamaba a su hija, no le costaba ir al grano, pero esa vez iba a ser diferente: Julia no iba a querer ir a donde él quería llevarla; iba a tener que guiarla hasta allí, casi como en un interrogatorio. Iba a tener que demostrarle, sin ayuda de nadie, que hablar era su única opción.

«Mira cómo acabó todo… Yo, tu familia, lo de Ray Walker… En fin, me quedé con mal sabor de boca».

Estaba sentada en silencio en el sillón reclinable que había a su lado, bebiéndose el té a sorbitos.

—Supongo que tendría que haberme imaginado que iba a ser un caso complicado. Los casos de agresión sexual tienen sus particularidades. —Ella asintió, con los ojos fijos en el suelo—. Pero al principio me pareció muy fácil. No me podía creer que lo hubiéramos

encontrado tan rápido.

La semana siguiente a la agresión de Nick, Rice y Megan O'Malley, otra inspectora del departamento, interrogaron al personal del motel. Se llevaron las sábanas manchadas de sangre y una toalla que había en el baño. Localizaron a la mujer que reservó la habitación. Estaba mendigando cerca del motel y un hombre muy guapo se acercó y le dijo que le pagaba por hacerlo. Interrogaron al camarero del Jimmy's y a varias personas que estuvieron allí esa noche. En el bar solo aceptaban pago en efectivo, por lo que no tenían nombres, y nadie conocía a aquel tío que se hacía llamar Josh, un hombre que ahora Rice sabía que era Raymond Walker.

Esa primera semana, O'Malley se puso a hincar los codos e hizo un par de llamadas para intentar averiguar qué clase de violador estaban buscando. Puesto que a Nick le habían dado una paliza brutal, pensó que posiblemente se tratara de alguien movido por la ira o por el sadismo, una de dos. Si la motivación de su sospechoso era la ira, probablemente tendría antecedentes penales y un bagaje de arrebatos. Si era un sádico, pues los había de dos clases; pero, teniendo en cuenta las heridas de Nick, seguramente era de tipo directo, el que intenta infligir dolor en la víctima. Ídem con los antecedentes penales, y lo más probable es que no fuera muy inteligente. No eran más que unas generalizaciones limitadas, pero ya había algo por donde empezar.

Dicho todo eso, sabían que el agresor posiblemente fuera alguien que no llamaba la atención; un tío cuyo carisma impedía a la gente ver sus características menos atractivas.

Cuando dieron con Walker, su atractivo y su encanto fueron evidentes. Pero en ese momento Rice y O'Malley no tenían ni idea de lo equivocados que estaban en todo lo demás.

11

JULIA HALL, 2015

Los primeros días con Nick en casa se hicieron largos.

El lunes, después del alta, fueron a su piso, en Salisbury, para que cogiera ropa. Julia puso un CD en el coche y no hablaron nada; fueron escuchando a Alicia Keys. Cuando llegaron a Orange, atravesaron el centro: pasaron por las mansiones históricas y por la escuela primaria; y por las dos gasolineras rivales, la biblioteca y el parque; y por las urbanizaciones que se infiltraban en el campo. Llevaron a Nick hacia las tierras de cultivo, donde su casa colindaba con un terreno del vecino.

Los niños estaban emocionados porque su tío se iba a quedar a dormir indefinidamente; pero la persona que apareció allí ese lunes no era el chico divertido de siempre, y enseguida perdieron el interés.

El martes, Nick le pidió el coche a Julia y fue a su primera sesión con el terapeuta. Volvió a casa tenso y susceptible, atacando a Tony y llorando de repente, de forma inesperada. En su favor hay que decir que se reservaba esos pequeños arrebatos para cuando los niños estaban fuera o arriba.

Los dos días siguientes, Nick parecía un fantasma, entrando y saliendo de las habitaciones, sin saber cómo abordar a la familia o demasiado cansado para intentarlo. Julia trabajaba en casa y tenía allí un despacho, así que al menos por las mañanas no se cruzaban.

Su lugar de trabajo estaba al final del pasillo de la segunda planta, donde los dormitorios. Todas las mañanas, cuando Tony ya se había ido a trabajar a Portland y después de llevar a los niños a la parada del autobús escolar, subía a la segunda planta, paraba en el rellano y prestaba atención. Nick se levantaba tarde; una vez incluso después del mediodía. Tras ese control rutinario, recorría el pasillo hasta su despachito y cerraba la puerta intentando no hacer ruido.

Esa habitación antes era un armario empotrado bien grande al que prácticamente no le daban uso. Cinco años atrás, Julia volvió a casa un día después de ir al cine con su mejor amiga, Margot, y descubrió que la salida había sido una estratagema: en su ausencia, Tony había transformado el armario en un despacho para ella. Por entonces estaba embarazada de Seb y las cosas de Chloe invadían la casa, y ella estaba intentando, en vano, desempeñar su nuevo trabajo desarrollando políticas en casa. En una sola tarde, que debió de ser frenética, Tony vació el armario, pintó las paredes de color lavanda y montó unas estanterías, un escritorio de pie y un taburete regulable. Cuando ella llegó del cine se lo encontró sudadísimo.

A veces, cuando abría la puerta del despacho, le parecía percibir el olor a recién pintado, y por un segundo se retrotraía a ese día; un día en el que no podría haber estado más agradecida por tener un marido que no había problema que no intentara solucionar. A decir verdad, no siempre fue su cualidad preferida de Tony.

El viernes a última hora de la mañana, estaba plantada en el vano de la puerta del despacho, divagando sobre la historia de ese habitáculo, cuando oyó detrás un crujido proveniente de la puerta de Seb. Se volvió y vio a Nick yendo hacia el baño.

—¡¡Eh, buenos días!! —Nick se dio un susto de muerte y se volvió hacia ella—. Ay, madre, ¡perdóname! —se disculpó Julia antes de salir al pasillo.

Él estaba blanco, pero entonces se llevó una mano al pecho, aliviado.

—No pasa nada —repuso.

—En serio, lo sien…

—De verdad —dijo antes de que ella terminara; sonrió y se frotó la nuca—. ¿Te importa si voy a ducharme?

—No, claro que no.

Nick empezó a darse la vuelta, pero se giró y dijo:

—Ah, hoy tengo terapia.

—Lo sé. —Julia notó calor en las mejillas; su cuerpo seguía asimilando lo que acababa de hacer. Lo había asustado con el grito. Probablemente ahora tuviera más desarrollada la sensibilidad a los

ruidos fuertes y cosas así. Había sufrido un trauma; debería haberse parado a pensar. «Qué estúpida»—. Si te hace falta, llévate mi coche. No lo necesito hasta las dos.

Nick asintió. Luego cerró la puerta del baño y ella se quedó un momento en el pasillo. Era consciente de que se estaba entrometiendo, pero lo estaba oyendo llorar. Después nada. Y entonces oyó la ducha.

Regresó a su despacho y cerró la puerta.

Poco después de las dos, volvió a abrirla; la casa estaba en silencio. Dio una voz, pero no oyó nada. Fue a echar un vistazo. El coche no estaba en el acceso. Llamó a Nick al móvil, pero no respondió.

A lo mejor la sesión se había alargado. Quizás necesitaba estar solo un rato. Se empeñaba en decir que estaba bien, pero ella sabía que no era así; eso era imposible. Delante de ellos intentaba con todas sus fuerzas hacer como si no pasara nada, pero ojalá dejara de comportarse así; tenía que desahogarse. No contarle a su familia cómo se sentía no iba a traer nada bueno.

Debería sentirse liberada, porque estaba sola y podía hacer ruido libremente sin preocuparse por asustar a Nick ni preguntarse en qué estaría pensando.

Pero se notaba inquieta.

12

NICK HALL, 2015

La consulta de Jeff estaba en una carretera secundaria de Wells. Se llamaba Route Nosequé; Nick no se acordaba. Había usado el GPS las dos veces que había ido. La carretera serpenteaba a través del bosque y era de esas que invitan a bajar las ventanillas, subir el volumen de la radio y pisar el acelerador, pero Nick no había hecho nada de eso ninguna de las dos veces que había ido a ver a Jeff. Descendió las escaleras de la entrada del edificio mientras pensaba, ensimismado, en que ya era otoño. El aire, las hojas, el cielo…, todo rezumaba vigor en otoño. A su alrededor, el mundo era nítido, con los bordes difuminados.

Respiró hondo, confiando en que el aire puro le aliviara el dolor de cabeza. Se suponía que la psicoterapia iba a ayudarlo a «superarlo». Eso le había dicho la doctora Lamba, y Jeff lo había secundado. De momento, la única certeza que tenía era que le daba un dolor de cabeza punzante, como si le estuvieran apretando el cráneo con un tornillo de banco. Se llevó la mano al punto donde más le dolía y luego subió los dedos hasta toparse con la costra.

Se percató en la ducha el martes por la mañana. En cierto modo, era la menos mala de todas sus heridas. Era un recuerdo mucho más sutil que ese dolor íntimo e invasivo que en algún momento de esa semana por fin había desaparecido. No tenía nada que ver con los antibióticos que le habían recetado en el hospital para combatir posibles ETS, que le estaban dejando el estómago hecho polvo; ni con los moratones de la cara y del cuello, que gritaban a los cuatro vientos que era una víctima. Los cortes y las rajas de la cara daban lugar a dudas —podrían ser de una pelea en un bar o de una caída yendo borracho—, pero la marca del cuello en forma de dedo era irrefutable. Lo habían… estrangulado, dominado. Habían abusado de él.

Así que esa costra no era nada, pero no podía evitar toquetearla. Se topó con ella lavándose el pelo; era una protuberancia con costra cerca de la coronilla. La tocó con curiosidad a través de la espuma del champú y la inspeccionó una segunda vez con las manos resbaladizas por el acondicionador. Mientras se enjuagaba el pelo, se la frotó y acabó cayéndose a trozos. Por fin. Mucho mejor.

A la mañana siguiente, se despertó en la cama de su sobrino y notó que la protuberancia había vuelto a salir. Estaba más suave y blandita. La raspó con el dedo corazón y se la quitó. Esa vez le dolió, pero al menos ya no la tenía. Hacía apenas un día, se había sorprendido una vez más buscando la costra en la coronilla.

Estando en la consulta sintió unas ganas terribles de tocarla. Remetió los dedos por debajo de los muslos e intentó concentrarse en la cara de Jeff.

Era tal como la doctora Lamba le había dicho. Se podría decir que era mayor, más que el padre de Nick, y tenía la voz profunda y relajante. Era muy risueño y sonriente. Parecía inteligente, pero sin alardear.

«Yo sobreviví a un abuso sexual de pequeño», le contó Jeff en su primera sesión, a principios de esa semana. Lo hizo sin vergüenza, como si hubiera dicho cualquier otra cosa sobre su persona. Nick estaba convencido de que lo dijo para que él no se sintiera tan violento por lo que le había pasado. Pero había una diferencia importante: a Jeff le pasó de niño, pero a él no.

Otra cosa que le habían dicho tanto él como la doctora era que la terapia lo ayudaría a «abrazar» su «historia».

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —le preguntó a la doctora Lamba el fin de semana.

—Porque es tu historia —contestó ella, ladeando la cabeza.

—¿Y qué pasa si no estoy listo?

—Jeff no te va a pedir que profundices en eso, al menos al principio. Acabarás haciéndolo, pero poco a poco, y aprenderás a hablar de ello. Y ya verás con el tiempo qué quieres hacer con tu historia.

«Qué forma tan rara de expresarlo», pensó mientras salía al

aparcamiento que había debajo de la consulta de Jeff y miraba el móvil. Tenía una llamada perdida y un mensaje de voz; aunque no tenía el número guardado, lo reconoció. Era el inspector Rice, que lo había telefoneado mientras estaba en terapia. Le parecía curioso que los psicoterapeutas creyeran que él era capaz de procesar la historia en sus propios términos. Qué mierdas sabían ellos.

Se rascó la cabeza hasta quitarse la costra con la uña. La tiró al suelo y luego llamó al inspector.

—Nos gustaría que vinieras a la comisaría —le dijo Rice—. Queremos que veas unas fotos.

La comisaría no era lo que Nick se esperaba. Él se había imaginado que lo primero que vería sería el típico recinto policial que sale en las series de la tele, con cubículos y quizás un calabozo con algún borracho durmiendo la mona tras una noche movida. Sin embargo, tras la puerta de la comisaría de policía de Salisbury solo había un vestíbulo de paredes asépticas y baldosas de linóleo, como en un colegio. Una mujer canosa estaba sentada al otro lado de la sala, en una mesa protegida por un panel de vidrio grueso. Le preguntó con una sonrisa en la boca en qué podía ayudarlo. Nick se presentó y ella llamó por teléfono al inspector Rice.

Un minuto después más o menos, se oyó un portazo en el vestíbulo vacío. Apareció una mujer bajita y delgada de piel oscura. La verdad es que era bastante mona; tenía las pestañas largas y una sonrisa radiante. Era agente de policía; no llevaba el uniforme, pero su porte y sus andares la delataban.

—Soy la inspectora O'Malley.

—Nick —respondió él, estrechándole la mano que le ofrecía.

—Quería aprovechar la ocasión para conocerte —dijo ella—. Estoy trabajando con el inspector Rice en tu caso. Puede que tu amiga Elle te haya hablado de mí.

No. No habían vuelto a hablar. Elle le había mandado varios mensajes preguntando cómo estaba, pero él no había respondido. No tenía nada que decir.

—Vamos arriba a ver las fotos.

La siguió por una escalera estrecha y luego por un pasillo y llegaron a una salita donde un hombre fornido y uniformado lo estaba esperando. La inspectora O'Malley se quedó en el pasillo y Nick entró en la sala. Sobre la mesa había una carpeta de manila cerrada.

—Hola, Nick —le dijo el policía con una sonrisa; él le devolvió el saludo y el hombre se presentó y le entregó un papel—. Estas son las instrucciones para la serie de fotos. —Señaló la carpeta y añadió—: Por favor, tómate tu tiempo para leerlas.

Cuando terminó, bajó el folio. El policía le dijo que abriera la carpeta y observara las fotos.

—Cuando la abras, déjala tal cual —le ordenó, refiriéndose a que dejara el anverso de la carpeta levantado—. Para que yo no pueda ver nada.

En la carpeta había fotos de hombres de cara formando una cuadrícula. Dos de arriba abajo y tres de izquierda a derecha; seis en total. No eran fotos policiales; parecían fotos de la cara sin más. Cada una tenía una etiqueta con un número en la esquina.

Ahí estaba Josh, en la parte inferior izquierda de la cuadrícula. Era como un imán; se fijó automáticamente en ella. Nada de barba incipiente, pero sí reconoció los ojos claros, los pómulos pronunciados e incluso el rizo oscuro solitario en la frente.

«Llámame Josh»; eso le dijo el tío, casi arrastrando las palabras, vertiendo el nombre lentamente.

Notó la bilis subiéndole por la garganta. La foto era una especie de retrato corporativo. Parecía alguien importante. Notó que el policía lo estaba mirando.

—Es este —dijo con voz triste; ¿lo estaba?

—¿Quién, Nick?

Fue un momento muy surrealista; algo en su mente se disgregó y habló, al margen de él; una voz indiferente manifestando la pura verdad. «Siempre recordarás este momento como el punto de inflexión. Ni la denuncia, ni los formularios ni los interrogatorios; este momento». Nick se dio la vuelta, esperando ver al inspector en la puerta, pero estaba cerrada. Se volvió de nuevo.

—Es él —repitió Nick mientras posaba el dedo en el hueco de la garganta de Josh—. El 4.

—¿De qué lo reconoces?

—De esa noche —contestó, retirando el dedo de la foto—. En el bar.

—¿Podrías concretar más?

Nick miró al policía. Su cara rolliza transmitía tranquilidad, pero lo miraba fijamente con los ojos brillantes. Aquel hombre, la policía en general, necesitaba que lo dijera. Que lo dijera otra vez, a otra persona. Cuanta más gente lo sabía, más grande se hacía la bola y más se le escapaba.

—Ese es el hombre que me agredió.

—¿Estás seguro? —le preguntó el agente, arqueando las cejas en cuestión de segundos; si Nick hubiera pestañeado en ese momento, ni se habría percatado.

No era una pregunta de verdad. Era un guion. El agente sabía lo que iba a decir Nick. Solo había una respuesta posible.

Miró la foto y dijo:

—Segurísimo.

13

JOHN RICE, 2015

Ya pueden decir misa sobre su papel en el declive de la cultura estadounidense, pero las redes sociales son algo maravilloso desde el punto de vista de los cuerpos de seguridad. Gracias a ellas sabían quién conoce a quién, cómo se definen las personas o dónde se encuentra alguien en un momento determinado. La gente publica fotos y declaraciones incriminatorias de las que se pueden hacer pantallazos que perviven más allá de su eliminación. Rice nunca se iba a cansar de descubrir qué les depararían las redes sociales en el futuro. Justo en ese momento, a él le habían puesto en bandeja a un sospechoso de violación.

O'Malley había subido la foto de Josh y Nick en el bar con la cuenta de Facebook y Twitter de la comisaría, pidiéndole a la gente que la difundiera. En la publicación se refirió a Josh como «testigo de un crimen». O'Malley y él habían estado un rato hablando previamente sobre cómo redactar el mensaje. Sabían que el agresor de Nick era alguien calculador, encantador y violento. A ellos les olía a violador en serie. Era guapo, blanco y posiblemente pudiente. Y casi todo eso se sumaba a que seguro que no era el típico tío que a la gente le parecía un monstruo. Un poco excéntrico quizás sí, pero eso no quitaba que pudiera caer en gracia. Dudaban que la gente lo viera y pensara que era un violador. Si alguien que lo conocía viera su foto con el pie «Sospechoso de violación», pensaría: «Por mucho que se parezca, no puede ser Josh». Pero ¿«un testigo»? En ese caso sí podrían pensar que Josh era el de la foto. Y esa mañana Rice llegó a la comisaría y se enteró de que había funcionado.

La noche anterior, una mujer había llamado a la línea anónima y había dicho que el hombre de la foto de Facebook se parecía a su compañero de trabajo, Raymond Walker. Probablemente preguntase

qué era lo que había presenciado.

Si hubiera dependido de Rice, le habría dicho: «Su vida esfumándose».

Un agente se metió en internet, encontró una foto corporativa de Raymond Walker y la comparó con la foto del bar. La cosa pintaba bien.

Cuando Rice llegó ese día, llamó a Nick Hall para hacer un reconocimiento fotográfico, donde identificó la imagen de Walker. Luego incluyó todo eso en la orden que estaba redactando a ordenador. Cuando terminó, le mandó un borrador por correo electrónico a la fiscal adjunta para que le diera su opinión. Después llamó al trabajo de Raymond Walker, que se hizo el loco cuando contestó. Rice le había dicho a la secretaria quién era, así que Walker ya estaba a la defensiva.

El inspector se presentó educadamente y se dirigió a él como «señor Walker».

—¿Y bien? —Esa fue la respuesta de Ray a la identificación de Rice.

—Su nombre ha salido a colación en una investigación en curso.

—Me sorprende.

Él no pudo evitar sonreír. Se supone que alguien sorprendido de verdad por estar hablando por teléfono con un inspector preguntaría qué tipo de investigación. Pero Walker ya lo sabía.

—¿Sí?

—Pues sí. —El enfado era palpable en su voz.

—Me gustaría que viniera hoy a responder unas preguntas.

—No creo que sea posible. —Le faltó tiempo para contestar—. Normalmente salgo tarde de trabajar.

—Yo también, señor Walker. —Hizo una pausa—. ¿Qué tal si se pasa por aquí cuando acabe? Da igual la hora. Así a lo mejor aclaramos todo esto.

—No tengo claro que deba —contestó Walker—. No es nada personal, pero sin saber por qué quiere hablar conmigo…

—Claro, usted decide —dijo Rice—. Es su oportunidad de contarnos su versión de los hechos antes de dar el siguiente paso.

—Llegaré sobre las seis —dijo Walker tras una pausa.

Rice llamó la atención de O'Malley, que estaba en su cubículo, y levantó el pulgar.

—Pues nos vemos luego.

14

JULIA HALL, 2015

Más allá de los prados, las hojas estaban empezando a cambiar de color. Julia estaba volviendo a casa con los niños después de recogerlos en la parada del autobús, y desde la carretera los árboles parecían chorros rojos y naranjas. Los colores otoñales prorrumpirían en sus ramas más o menos en una semana, y antes de que acabara octubre todas estarían desnudas. Poco quedaba para que las plantas suaves y mullidas del jardín se tornaran tiesas y grises. La única manera de sobrevivir a lo que se avecinaba era curtirse y esperar.

Ya llevaban la mitad del camino (Seb iba parloteando sobre el cole y Chloe se quejaba por la caminata) cuando Julia oyó un vehículo aproximándose por detrás. Se volvió y vio su propio coche acercándose por la larga carretera rural.

Anunció que, al parecer, el tío Nick iba a recogerlos y Chloe pegó un chillido. Se apartaron a un lado de la carretera y lo esperaron.

Nick paró y se disculpó por llegar tarde.

—No pasa nada —repuso ella.

Y era verdad, porque el paisaje era precioso y los niños estaban bien abrigados; además, verlo ya era un alivio, así que no importaba. Le inquietaba un poco que hubiera cortado toda comunicación.

Montó a los niños detrás y ella se sentó delante, con Nick, que tenía la cara pálida. La saludó sin apenas dirigirle la mirada, solo de soslayo.

—Tío, ¿de dónde vienes?

—Estaba en terapia —contestó él, mirando a Seb por el retrovisor.

—¿Por qué la necesitas? —Esta vez habló Chloe.

Julia se adelantó y le dio la respuesta oficial:

—Es para ayudarlo a sentirse mejor después del accidente.

—¿La yaya fue a terapia después de su accidente? —dijo Seb,

metiendo baza.

Eso era nuevo. Debía de referirse al accidente de coche que tuvo la madre de Tony el año anterior. Julia miró a Nick con cara de disculpa. Los niños eran buenos tirando de hilos que era preferible no desenredar.

—A veces da mucho miedo cuando tienes un accidente —contestó Julia—. Por eso ayuda ir a terapia, para hablar sobre ello y sentirse mejor. Así se le quita a uno el susto.

—Tío, ¿tienes miedo? —Ya estaban entrando en el acceso cuando Chloe preguntó eso.

Nick aparcó. Luego Julia dijo:

—Niños, ¿por qué no…? —Él le puso la mano en el hombro.

—Sí —respondió y se volvió hacia su sobrina—: Sí tengo miedo.

Hizo bien en decirles la verdad, pero a Julia le asustó oírlo. Era parte de una verdad más grande que Chloe y Seb aún no sabían: hay cosas que no se pueden arreglar. Quizás lo que su sobrina estaba intentando entender era por qué Nick necesitaba ayuda externa, ajena a su hogar. La vida de Chloe era perfecta y no tenía por qué saber que había ciertas cosas que sus padres no podían mejorar.

15

JOHN RICE, 2015

Rice llegó a la comisaría antes de las seis por los pelos. Mientras él estaba en el juzgado, O'Malley había preparado la salita de reuniones para el interrogatorio de Walker. Minutos después de llegar, la secretaria lo llamó a su cubículo y le dijo que ya estaba allí. Rice mandó a Merlo para que se lo llevara a la sala de reuniones mientras O'Malley comprobaba el funcionamiento de la cámara y del micrófono.

A veces cambiaban la dinámica, pero por lo general Rice hacía de poli bueno y ella, de poli mala. Quizás a primera vista parecía contradictorio que la mujer no hiciera de poli buena, pero era por una razón muy sencilla: cada inspector tenía una función, ejercer presión u ofrecer una tabla de salvación, y la mayoría de los sospechosos eran hombres blancos como Walker, y ellos eran más propensos a creer que Rice les ofrecería un acuerdo a cambio de su cooperación. Él ganaba a O'Malley en sexo, edad y color. No estaba bien, pero era así. Por lo que usaban sus diferencias en su favor. Y, por su parte, O'Malley disfrutaba tratando a los tíos como Walker como si fueran culpables y unos mierdas.

Lo dejaron solo en la sala durante ocho minutos antes de unirse a él. Posteriormente verían el vídeo para comprobar cuántas veces ojeaba el reloj que tenía detrás, miraba el móvil o se levantaba para asomarse al pasillo. De momento, esperaron en los cubículos. Rice metió en la carpeta un par de impresos que no estaban relacionados para engordarla.

Él entró primero. Walker se había sentado en la silla que estaba más cerca de la puerta, así que quedaban una enfrente y otra a su lado.

—Señor Walker —dijo Rice mientras le tendía la mano—. Soy el inspector John Rice y esta es mi compañera, la inspectora Megan

O’Malley.

Ella estaba en la puerta y ni le dio un apretón de manos ni le dirigió la palabra, como hacían normalmente cuando trabajaban juntos. Se apoyó en el marco y se cruzó de brazos.

—Raymond Walker —dijo el tío—, pero eso ya lo saben.

Rice dejó la carpeta en la mesa y se sentó enfrente de él.

—Discúlpenos por la espera.

Walker sonrió. Era guapo incluso a la luz de los fluorescentes.

—Seguro que estaban ocupados —repuso.

—Mucho —terció O’Malley.

Él la miró de reojo y luego volvió a mirar a Rice.

—¿Me he metido en un lío?

Ni rastro del enfado de la llamada telefónica. Había recuperado el control de sí mismo.

—Díganoslo usted —contestó O’Malley.

Rice levantó una mano hacia ella para decirle sin hablar que se callara.

—Bueno —dijo Rice—, estamos intentando averiguarlo.

El semblante de Walker cambió; ahora era como el típico niño pelota que quiere complacer al profesor.

—¿En qué puedo ayudar?

—¿Sabe por qué está aquí, señor Walker?

—Ni idea.

Rice sacó una foto de la carpeta y la deslizó hacia él.

—¿Reconoce a este hombre?

Examinó la imagen, entornando los ojos ligeramente, como si estuviera pensando en qué decir. La foto de Nick Hall era muy simpática; Rice le había pedido una reciente a Tony para su archivo, y este le había enviado por correo electrónico una del verano pasado. Salía con los brazos descubiertos y sonriendo, con los rizos mojados pegados a la frente. Se intuía que se había puesto la camiseta de tirantes nada más salir del lago que había detrás. En la foto era como si estuviera en el umbral de la madurez, pero en muchos sentidos aún era un niño. Aquella tarde, Rice iba a usar el término «hombre» con Walker. Antes se le había ocurrido que iba a usar sus propios

prejuicios en su favor.

—¿De qué va esto? —se pronunció.

—Es una pregunta muy fácil —dijo O'Malley—. ¿Lo reconoce o no?

Walker siguió mirando a Rice y sonrió con cara de disculpa.

—Creo que tengo derecho a saber por qué estoy aquí.

—Está aquí porque usted quiere —dijo Rice—. Es libre de irse cuando quiera. Le voy a hacer una pregunta: si le dijera que este hombre dice que lo conoce, ¿cómo lo explicaría?

Walker volvió a mirar la foto. Estaba remoloneando; ¿era lo suficientemente inteligente como para saber que lo habían pillado, diera la respuesta que diera? Admitir que conocía a Nick sería una prueba más de que lo había identificado correctamente; negarlo demostraría que mentía, pues tenían la foto del bar, que daba fe de su encuentro. Cualquier indicio de duda fingida y Rice le preguntaría si siempre se olvidaba de la gente con la que se acostaba. Entonces le lanzaría la tabla de salvación: el consentimiento; sí, se acostaron juntos, pero fue consensuado, ¿no? Y ya lo tendrían, porque una persona inconsciente no puede dar su consentimiento a nada.

Rice se puso a ello.

—Le voy a decir lo que yo creo. Creo que tuvieron relaciones sexuales.

—¿Así se llaman ahora las violaciones? —terció O'Malley.

Walker la miró de reojo y luego volvió a mirar a Rice.

—Ya ve lo que piensa mi compañera —siguió Rice, señalando a O'Malley—. Ella le cree. —Tocó la foto con un dedo—. A lo mejor yo también debería. Pero no me gusta sacar conclusiones precipitadas, menos aún sobre lo que pasa entre dos adultos de puertas adentro.

—¿Por qué no paras ya con el rollo del consentimiento? —soltó O'Malley, dando un golpe con el puño en el marco de la puerta.

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta? —repuso Rice.

O'Malley se quedó un rato mirando a Walker y luego salió de la sala. Él se levantó e hizo ademán de cerrar la puerta despacio. Volvió a sentarse y se inclinó hacia Walker para hablarle en confianza.

—O'Malley se pone un poco sensible con estos casos. Es mujer y es difícil para ella. No me malinterprete —dijo, gesticulando con la mano

—, es una inspectora excelente. Pero si me asignan a mí este tipo de casos es por algo.

—No es bueno creerse a ciegas lo que alguien te dice por resentimiento.

—Lo sé; le pido perdón por ella.

—No le he hecho daño a nadie en mi vida, inspector. Créame.

—Si le soy sincero, le creo. No estamos hablando de una niña mona maltratada. —Rice se rio entre dientes mientras hablaba y Walker sonrió, aliviado—. Él ya es mayorcito. —El otro asintió—. Simplemente me gustaría entender qué ha pasado. Necesito darles algo a mis superiores.

—Nosotros en ningún momento… —Walker paró, como si tuviera una palabra atascada en la lengua.

—¿En ningún momento qué?

Su mirada se tornó desafiante y sonrió con la boca torcida.

—Muy bueno —dijo en voz baja—. Ha estado muy hábil. Yo me planto aquí.

—Bueno, entonces estamos de acuerdo en que lo conocía.

Rice no estaba preparado para ceder, pero ya era demasiado tarde. Walker ya estaba arrastrando la silla por el suelo de linóleo.

—Adiós, inspector.

Abrió la puerta del pasillo y allí estaba O'Malley, con un fajo de papeles en las manos.

—Órdenes —le dijo.

Rice ya lo había hablado con la fiscal adjunta y había decidido agenciarse antes del interrogatorio las órdenes para arrestar a Walker y conseguir una muestra de ADN. Había salido disparado hacia el juzgado a última hora de la tarde y había vuelto justo a tiempo para interrogarlo él mismo.

O'Malley dibujó un círculo en el aire.

—Dese la vuelta, señor Walker. Está detenido. La muestra de saliva se la tomaremos en la cárcel.

16

TONY HALL, 2015

Mientras Nick hablaba con el inspector, Tony estudió su cara. Sabía que su hermano había ido a la comisaría ese mismo día y que había identificado a Josh en una foto. Estaba seguro de que era él. Se lo había contado Julia, porque cuando él llegó a casa Nick no tenía ganas de hablar del tema. Ahora estaba de pie en el pasillo con el teléfono en la oreja y cara de estar escuchando malas noticias. «Vale», murmuraba a veces, pero ya está. Entonces colgó.

—¿Y bien? —preguntó Tony por fin.

—Lo han encontrado —contestó Nick—. Está detenido.

«Gracias a Dios; por fin voy a poder dormir»; eso fue lo primero que pensó, egoístamente. Tenía la atención dividida desde que llamaron del hospital. Siempre estaba preocupado por Nick, ya estuviera en el trabajo, desayunando con los niños o intentando dormir. Pero por fin se había acabado. Lo habían pillado.

Julia se puso al lado de Tony y le preguntó a Nick qué le había dicho el inspector.

—No sé qué de la fianza —contestó él—. Tiene que pagar cien mil dólares para salir.

—Guau —dijo Julia, mirando a Tony con los ojos muy abiertos—. Qué alegría.

—Pero hay una vista el lunes y quizás la reduzcan. Si sale, tiene prohibido hablar conmigo.

Una fianza. Genial… Aún no se había acabado. Había que ir a juicio. Tony se volvió hacia Julia, que seguro que sabía qué venía después.

—¿Lo van a acusar? —preguntó ella.

—Creo que eso ha dicho.

—Vale —contestó—. ¿Quieres que llame y le pregunte?

—Me ha dicho que alguien se pondrá en contacto conmigo —respondió Nick tras negar con la cabeza— y que tendré que ir a una reunión o algo así.

—Ah. ¿Con la FAD?

—¿Eh?

—La fiscal —aclaró ella.

—Creo que sí. —Se le cerraban los ojos del cansancio.

—Perdón —dijo—. Seguro que te ha acribillado a información.

—No pasa nada. Supongo que me contarán mejor en la reunión.

—Voy contigo —dijo Tony.

—Vale —contestó Nick, al parecer molesto.

—Si quieres.

Su hermano se encogió de hombros y luego dijo:

—Me voy a la cama.

—Oye —le dijo Tony—, ¿te ha dicho cómo se llama?

—Sí… —contestó, ladeando la cabeza—, pero no me acuerdo. Josh no es. Algo con erre.

Raymond Walker. Así se llamaba. Salió en la prensa digital al día siguiente. No se mencionaba el nombre de Nick.

El tío de piel pálida y pelo moreno que aparecía en aquella foto oscura de la barra ya tenía nombre. Tony se acababa de dar cuenta de que, hasta ese momento, para él ese hombre era un monstruo; no una persona real, sino la maldad en persona, lisa y llanamente. Pero el nombre lo transformó; Raymond Walker tenía una identidad. Una vida. Y Tony necesitaba saber cómo era.

Empezó buscando su nombre.

Raymond Walker era comercial en una empresa de Portsmouth, en Nuevo Hampshire, y vendía material para plantas depuradoras de agua en Nueva Inglaterra. En la web de la compañía, debajo de su foto había una biografía breve donde ponía que vivía en el sur de Maine; en concreto, en Salisbury, según las páginas blancas, igual que Nick.

Raymond Walker se graduó en el College of New England en 1998, por lo que tenía aproximadamente treinta y ocho años. Treinta y ocho

putos años, y Nick tenía veinte.

Su página de Facebook era privada. Eso era peor que no tener. Lo único que pudo ver Tony fue la foto de perfil: Walker sacando músculo con una camiseta sin mangas delante de un gimnasio, con una sonrisa serpentina.

Pero no encontró nada que demostrara que era el tío que Tony sabía que era: ninguna entrada en ningún registro de delincuentes sexuales, ningún proceso judicial, ninguna noticia sobre víctimas anteriores…

Ahondando mucho en una búsqueda en Google, dio con un obituario de 1997 de un tal George R. Walker, a quien le sobrevivieron su mujer, Darlene, y su hijo, Raymond. Hablar de obituario era un poco exagerado; lo que encontró fue un enlace que remitía a ese obituario, pero no funcionaba. Así que lo único que pudo leer fue la descripción del enlace. Pues vaya guasa. Un obituario le habría revelado más información personal sobre el pasado de Raymond, si es que era él.

Luego buscó a Darlene Walker y encontró su página de Facebook. Esa mañana había publicado un mensaje muy largo. Decía que habían detenido a su hijo por «meras habladurías», y que su versión era «totalmente distinta». Se refería a la acusación de Nick como «un cuento chino de un chico que accedió por voluntad propia».

Algo se disparó dentro de Tony mientras leía aquellas palabras; el pecho le iba a reventar. «Qué hija de puta», gruñó entre dientes, mirando el teléfono. La gente había difundido y comentado la publicación; amigos de la familia Walker, evidentemente. Muchos emojis de sorpresa y enfado en nombre de él y su madre.

«No me lo creo», había escrito un hombre.

Y una mujer dijo: «Ray es buen chico, no pierdas la fe, Darlene».

«Me consta —había secundado alguien—. ¿Acaso ha hablado la policía con conocidos de Ray? Porque, o se han equivocado de tío, o el otro está mintiendo».

A Tony casi se le paró el corazón cuando leyó esto: «¿Alguien sabe cómo se llama el denunciante?». Nadie había respondido.

Para la gente, Ray Walker era una buena persona hasta que se demostrara lo contrario. Tenía trabajo, casa, gimnasio y una madre

que lo adoraba. Pero Tony, Nick, Julia y los inspectores sabían quién era realmente. Sabían que estaba enfermo. ¿Cuándo se iban a dar cuenta los demás?

Ese fin de semana, Julia tenía trabajo y estaba en su despacho. Normalmente le dedicaba unas horas los fines de semana; siempre le parecía que iba con retraso. Esos días los niños estaban con frecuencia a cargo de Tony. Así que les puso la tele, fue al despacho y llamó a la puerta.

—¿Qué va a pasar ahora?

—¿Cómo? —Estaba delante del escritorio, tecleando.

—¿Qué va a pasar con el proceso judicial de Nick?

—Ah. Tiene pinta de que lo van a imputar. —Debió de ver la duda en su cara, porque continuó con una explicación—: La fiscal presentará las pruebas al gran jurado. Y Nick tendrá que testificar.

—¿Eso cómo funciona?

—No lo sé. El acusado y el abogado defensor no van. Me lo tendrá que explicar Nick —dijo riéndose; luego se puso seria otra vez—. Tendrá que contar su versión bajo juramento, delante de gente: los miembros del gran jurado, la fiscal, un taquígrafo… El objetivo es que la fiscal demuestre que hay suficientes pruebas para presentar cargos. Pero creo que cualquier fiscal admitiría que el verdadero objetivo es evaluar el caso. Ver las pruebas que hay hasta el momento. Incluso puede que quiera comprobar cómo se desenvuelve Nick testificando.

Tony se quedó pensando un momento.

—Me alegro de que no se acuerde —dijo, y Julia ladeó la cabeza, sopesándolo—. ¿No te parece?

—Yo creo que no es bueno que no se acuerde.

—Por qué.

—Porque el acusado tiene rienda suelta para hacer lo que quiera.

—¿Y no se encarga su abogado de evitar eso?

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Julia, con cara de confusión.

—De ti —contestó él—. Una vez me dijiste que no podías permitir que los clientes mintieran.

—Claro, si sé que están mintiendo.

—Cualquiera sabría que está mintiendo.

—No si solo crees que el cliente está mintiendo —contestó ella, negando con la cabeza—. Tienes que saberlo; es decir, imagina que le dice a su abogado que lo violó, pues el abogado no puede dejar que testifique que fue consentido. Pero dudo que le diga la verdad al abogado.

—¿A ti te mintió algún cliente?

—Sí —contestó ella en tono de disculpa—. Seguro que sí.

Julia solo fue abogada defensora cuatro años, pero en ese tiempo representó a gente de todo tipo. La mayoría eran personas normales, quizás incluso gente buena que había tomado decisiones equivocadas. Pero también representó a gente mala, como un profesor que pegaba a su mujer, un adolescente que traficaba con drogas y una lista muy larga de padres que maltrataban y desatendían a sus hijos.

Y violadores, al parecer. Pero Tony no sabía nada al respecto.

Solo de pensar que ella había defendido a gente como Raymond Walker se le revolvía el estómago.

—Te dejo trabajar —dijo en voz baja y cerró la puerta.

17

NICK HALL, 2015

Una semana después de que detuvieran a Josh (o Raymond), Tony llevó a Nick a una reunión en la fiscalía del distrito. Fue en la parte de atrás del juzgado donde se desarrollaría el caso. Eso era lo único que Nick había entendido de verdad: el caso era una realidad. Pero lo que no sabía era qué significaba eso, qué iba a pasar realmente. No tenía ni idea de lo que había desencadenado.

La fiscalía le recordó a Nick la comisaría; lo cierto es que parecía más segura. La recepcionista estaba sentada detrás de un panel de vidrio grueso, a la derecha de ellos, y pulsó un botón para darles acceso al edificio a través de una puerta cerrada.

Los guio por un pasillo hasta una sala donde había dos mujeres esperando.

—¿Queréis algo de beber, un café, un refresco…?

—¿Coca-Cola? —preguntó Nick.

—Hecho.

Mientras tanto, ambas mujeres se pusieron de pie y la más mayor le tendió la mano a Nick.

—Un placer conocerte. —Le dio un apretón firme, así que él hizo lo propio—. Soy Linda Davis, la fiscal.

Era despampanante; llevaba los labios pintados de rojo y tenía el pelo negro azabache. Nick se preguntó si lo llevaría teñido.

El apretón de la mujer más joven fue más flojo.

—Sherie —dijo—. Tu facilitadora. —Su sonrisa reveló un hueco entre los dientes frontales.

—Y tú debes de ser Tony —intervino Linda, volviéndose hacia él.

Se estaban sentando a la mesa cuando la recepcionista apareció de nuevo con la bebida de Nick.

—¿Cómo estás? —le preguntó Linda.

—Bien —contestó él mientras abría la lata.

—¿Estás yendo a terapia?

Él asintió a la vez que Tony respondía que sí.

Sherie se quedó mirando a Nick, probablemente por los moratones amarillos que tenía en la mejilla y el cuello. Ya estaban desapareciendo, pero aún se notaban, al menos si te fijabas bien.

—En serio —contestó Nick—. Estoy bien.

—Pues genial —repuso Linda—. Nos gustaría repasar el proceso judicial contigo y responder cualquier duda que te haya surgido.

—Y yo soy tu chica cuando tengas preguntas más adelante —terció Sherie—, porque las tendrás. —Deslizó dos tarjetas de visita por la mesa. Nick y Tony cogieron una cada uno. Debajo del nombre ponía facilitadora de víctimas y testigos—. Mi trabajo consiste en ayudarte a entender qué está pasando y estar presente en el tribunal. Y puedo ayudarte a abogar por ti mismo.

—¿Eres abogada? —preguntó Tony.

—No —contestó ella—. Simplemente estoy aquí como respaldo, pero trabajo con Linda; estamos siempre en contacto. Así que Nick puede llamarme si tiene preguntas. —Se volvió hacia él—: Es mucha información de sopetón, pero luego la cosa se calma —dijo en tono de disculpa—. Normalmente los casos se alargan demasiado.

—¿Cuánto? —preguntaron Nick y Tony a la vez.

—Puede que un año —respondió Linda.

Un año. Una palabra insignificante, pero englobaba una eternidad: las Navidades; su vigesimoprimer cumpleaños; el verano; el siguiente curso, que era su último año… ¿Aún cabía la posibilidad de que su vida acabase girando en torno a eso?

—Qué sinsentido —dijo Tony.

—Lo sé —repuso Linda—, pero este caso es prioritario, así que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para garantizar que se presente ante el gran jurado en noviembre. Sin embargo, el tribunal tiene que darle tiempo al acusado para buscarse un abogado, preparar la investigación, hacerse con un experto… En este tipo de casos entran muchos factores en juego.

¿Una investigación? ¿Qué había que investigar sobre Josh/

Raymond?

—Un mes o dos después de conseguir la imputación —prosiguió Linda—, habrá una comparecencia, y el abogado defensor y yo hablaremos del caso e intentaremos llegar a un acuerdo.

Genial… Acuerdos con la fiscalía.

—O sea que a lo mejor la cosa acaba ahí —dijo Tony.

—Sí, la cosa a lo mejor acaba ahí —repitió Sherie—, pero tenéis que saber que no suele ser así.

—Pensaba que la mayoría de los casos terminaban en un acuerdo con la fiscalía —respondió Tony—. Mi mujer es abogada.

—Y así es —dijo Linda—, pero, en comparación, los casos de agresión sexual van más a juicio. Los acuerdos con la fiscalía son frecuentes, pero no tanto. No obstante, a ver si hay posibilidad de conseguir una condena y una sentencia que nos satisfaga, porque queremos evitar por todos los medios que tengas que testificar.

Nick había notado que Sherie lo había mirado a la cara al decir Linda las palabras «agresión sexual». Quería ver su reacción.

—¿Tú estarías dispuesto a hacerlo, Nick?

—¿Eh? —dijo, volviéndose hacia Linda.

—¿Estarías dispuesto a testificar?

—Sí, claro —contestó él.

—Para mí es importante saberlo si no quieres.

—¿No tengo que hacerlo? —Nick estaba confundido. Evidentemente, no quería.

—Bueno, si quieres ir a juicio, sí. Sin ti no hay juicio. Pero la decisión es tuya. Si no quieres testificar, haré todo lo que pueda para forzar un acuerdo. Simplemente necesito saber en qué punto estás.

Todo aquello lo confundía. Nick no sabía qué decir.

—Tendrás anonimato —dijo Sherie.

—¿Ahora no lo tiene? —preguntó Tony.

—Sí —contestó Linda—. Presenté una petición. Por eso en la querella aparece como «Fulano».

A Nick no le sonaba nada aquello.

—No sabía que se podía hacer eso —dijo Tony.

—Hace falta tener una razón —repuso Linda—. Depende de cada

caso. Quería cierto anonimato para Nick. —Se volvió y empezó a dirigirse a él—: Tu caso es público, es decir, la prensa y cualquier persona pueden ir a ver las comparecencias. Simplemente no saben tu nombre, por lo que no debería salir en ningún sitio.

—Sé que aun así es muy invasivo tener que testificar sobre esto —dijo Sherie—. Si tú no quieres, no habrá juicio. Denunciar ya es todo un acto de valentía.

—No es para tanto —dijo Nick.

Parecía que pensaban que se iba a morir si tenía que testificar. Evidentemente, no quería, pero podía hacerlo.

—Tú eliges, Nick —dijo Linda mientras lo analizaba—. Solo tienes que informarme si decides que quieres que lleguemos a un acuerdo. No voy a ir a juicio si no vas a testificar.

—Me parece bien —contestó—. Lo haré.

—Vale —contestó Linda—. Esperemos que acepte un acuerdo y podamos evitarlo. No obstante, aunque lleguemos a un acuerdo, lo normal es que sea mucho más adelante, más cerca del juicio.

—Vale —contestó Nick.

—Un año —dijo Tony de nuevo y lo miró.

Hubo un suspiro generalizado y luego se hizo el silencio, como si estuvieran esperando a que Nick dijera algo. Pero él no sabía qué más darles.

18

TONY HALL, 2015

Un año». No paraba de oír esas palabras mientras caminaban por el pasillo, ya fuera de la fiscalía. Puede que tuvieran que estar haciendo eso a lo largo de un año. Tony miró a Nick.

Iba vestido con ropa de él. Cogió unos vaqueros cuando fue a su casa, pero esa mañana, antes de ir a la reunión, se puso nervioso por su atuendo.

Tony creyó que iba bien cuando se vieron en el pasillo de arriba, pero Nick hizo una mueca.

—Así parece que no me lo estoy tomando en serio —afirmó, señalando su conjunto de camiseta de algodón y vaqueros.

—Vas genial —repuso Tony, que se había pedido el día libre para acompañarlo.

—Tendría que haber traído algo mejor —dijo Nick.

—¿Te preocupa que no vayan a respetarte? —Tony no acababa de entenderlo.

—¿Crees que hay tiempo para pasarnos por algún sitio?

Él miró la hora: imposible.

—¿Qué talla tienes?

—Una 42.

—Tienes la cintura de papá —dijo Tony sonriendo—. Espera.

Fue al armario de su habitación y buscó unos pantalones que estaba seguro de que aún no había llevado a la tienda de segunda mano. Hubo un momento en el que él también tuvo la misma cintura que Ron Hall, pero de eso ya hacía tiempo. Con la paternidad había cogido unos kilos, y daba igual que se hinchara a hacer abdominales; era incapaz de deshacerse de esos centímetros de más. Encontró los pantalones de color canela al fondo del armario. Buscó su camisa de vestir más pequeña y una corbata, por si acaso.

Cuando salió del baño unos minutos después, Nick estaba saliendo de la habitación de Seb. Llevaba la corbata al cuello, sin anudar.

—¿Me haces el nudo?

Tony se acercó a su hermano pequeño, aunque cada vez lo era menos; su camisa le quedaba ajustada en los hombros. Había visto a Nick con ropa heredada de él mil veces, pero nunca con prendas del Tony adulto. Sintió una opresión en el pecho ante la escena, con el cuarto de su hijo de cinco años de fondo.

Cogió la corbata y comenzó. Hizo el nudo cerca de la garganta de Nick, que jadeó y reculó cuando Tony lo soltó.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —respondió su hermano al mismo tiempo; luego se llevó las manos a la corbata y buscó el nudo a tientas.

—Déjame a mí —dijo Tony.

—Ya lo hago yo —repuso Nick con los ojos llorosos, afanándose en el nudo; cuando por fin lo deshizo, le devolvió la corbata—. Ahora vengo —dijo y cerró la puerta.

Así estaban las cosas. A veces parecía que estaba bien, que había vuelto a su ser, y a Tony se le olvidaba lo que había pasado. Con ese conjunto, Nick parecía un hombre adulto, pero para él era un niño otra vez.

Tony le sujetó la puerta mientras salían de la fiscalía.

—Estoy orgulloso de ti.

—¿Por?

—Por tu valentía —contestó—. Podrías haber dicho que no es justo y no hacer nada. A pesar de que tú no tienes la culpa, has hecho algo al respecto.

—¿Podrías dejarlo ya? —refunfuñó Nick en voz alta.

—¿El qué?

—Decir que soy valiente, que no fue mi culpa… La gente no para de decírmelo.

—Porque es verdad.

—Pero es que da igual. —Echó la cabeza hacia atrás y apuró la Coca-Cola.

—Pero es que no da igual —repuso Tony—. No fue culpa tuya, Nick.

Justo al lado del sendero, había un cubo de basura grande en cuyo lateral ponía retornables, y Nick se acercó a él.

—No me estás ayudando —dijo mientras levantaba la tapa.

—Vale, ¿y qué puedo hacer para ayudarte?

Nick tiró la lata y se volvió hacia él.

—¿Qué tal si me dejas hablar a mí?

—¿Qué?

—No parabas de pisarme cuando hablaba —contestó, señalando el edificio—. Lo haces aposta y no te sale.

—¡Pero si es que no hablabas! Alguien tenía que hacerlo.

—No he tenido la oportunidad.

—Vale. La próxima me quedo calladito.

—Muy bien. Y ahora dime que no soy una víctima. —Lo dijo como con tono de pulla, como si no esperase que Tony fuera a hacerlo.

—No lo eres —replicó su hermano.

—Entonces deja de hacer como si lo fuera.

No supo qué decir.

Vale, lo estaba tratando como a un niño. Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Fingir que no había pasado? Cuando hacía eso, luego actuaba como un gilipollas y hacía cosas como darle una corbata a Nick, al que acababan de estrangular. Sí que era una víctima; le había pasado algo horrible. ¿Por qué se lo tomaba tan a pecho en ese momento concreto?

—Ha sido algo puntual —dijo Tony—. Ojalá hubiera estado allí.

—¡Joder! —Al decirlo empujó el cubo de basura que tenía al lado, que acabó volcándose y desparramando las latas por el césped.

—¡Nick!

—¿Crees que le habrías parado los pies?

—Lo habría matado.

—¡Cállate, Tony! ¡Cállate ya! —Tenía la vena de la frente hinchada; le dio una patada a una lata y luego se agachó y se sentó en la hierba; se puso a gruñir, enfadado y desgarrado, con la cara entre las manos.

Tony se quedó quieto un momento, sorprendido por la reacción de su hermano. Nunca lo había visto así de cabreado.

Encima de Nick vio en una ventana una cara pálida mirándolos

desde la fiscalía.

Fue hacia él, se agachó a su lado y se puso a recoger a puñados las latas y las botellas para tirarlas al cubo de basura. Luego lo enderezó y le ofreció una mano a Nick, y se dirigieron juntos al coche sin hablar.

Ya casi estaban en casa cuando Tony le pidió perdón.

Nick había ido todo el trayecto mirando por la ventanilla, bien observando los prados pasar, bien cabreado. Se volvió hacia su hermano.

—Por qué.

—No tendría que haber contestado nada cuando me has dicho que no te estaba ayudando. Me estoy comportando como si lo entendiera, pero no es así.

—Sé que simplemente quieres hacerme sentir mejor —repuso Nick, asintiendo.

Tony no dijo nada. Quería decirle que tenía razón, que no poder deshacer lo que había pasado lo estaba matando. Le frustraba de una forma inexplicable no saber cómo se sentía su hermano. Ellos siempre se habían entendido. Sí, Nick era gay y él no, y por eso había cosas que Tony realmente nunca iba a poder comprender. Pero en términos generales congeniaban como nadie. Venían del mismo padre, así de sencillo. Recibieron los mismos insultos, sintieron el mismo guantazo en la oreja y fueron el blanco de las mil y una formas que tenía Ron Hall de decirles constantemente que eran unos inútiles. Así que se entendían. Incluso tenían un código secreto muy simple. Cuando su hermano era pequeño, Tony le cogía la mano y se la apretaba tres veces para decirle que lo quería, y entonces Nick le daba cuatro apretones para decirle que él también.

El hecho de no tener ni idea de la desgracia por la que estaba pasando Nick, de sentirse tan distanciado de él, le oprimía el pecho.

Pero no se lo dijo. Era como si todo lo hiciera mal. Y quizás Nick estaba preocupado por cómo le estaba afectando todo a Tony, cuando lo que debería hacer era preocuparse por sí mismo.

—Yo también te pido perdón —dijo Nick—. No sé por qué me he

puesto así.

—No pasa nada. —Tony hizo una pausa—. No pasa nada, y no voy a decir nada más.

—Ja —contestó Nick—. A Dios gracias.

Ese fin de semana, Nick se volvió a su casa.

19

JULIA HALL, 2015

Julia siempre se había opuesto a comprar un segundo televisor. «Con uno en el salón basta», le decía a Tony cuando, más o menos cada seis meses, él mencionaba que estaría bien ver películas en la cama o enterarse de cómo iba el partido mientras preparaban la cena. Pero, cuando nació Chloe y empezó a darle el pecho, cambió enseguida de opinión sobre lo de tener una tele en la habitación. Ella y Tony hicieron un trato: podía comprar una pequeña en el Target, pero cuando Julia dejara de dar el pecho la sacarían de la habitación y la pondrían en la cocina. Estaba en una mesita en una esquina, al lado del cesto de la ropa sucia, y se entretenían viendo episodios de *Perdidos*, *CSI* y *El soltero*, la serie favorita de Tony, aunque en secreto. Y llegó el día en el que Chloe dejó de tomar el pecho, pero Julia no dijo nada, y luego nació Seb, así que el televisor se quedó. Tony disfrutó del lujo de ver la tele en su habitación durante cuatro años, pero, al final, Julia se la llevó un día mientras él estaba trabajando. Cuando llegó a casa y se la encontró en la cocina, se tiró al suelo y fingió estar devastado, para regocijo de sus hijos.

Y por eso, tres años después, mientras les preparaba el almuerzo a los niños con las noticias locales matutinas de fondo, Julia se enteró de que Raymond Walker había salido bajo fianza. Estaba metiendo zanahorias pequeñas en sendas bolsitas de plástico cuando lo oyó a su espalda: «Un hombre de Salisbury acusado de agresión sexual, libre tras pagar una fianza de cien mil dólares». Se volvió hacia el televisor y se acercó.

Eran dos presentadores, y la mujer tenía el semblante serio mientras hablaba. «Raymond Walker, un hombre de negocios de la zona, fue detenido por agresión sexual grave tras un supuesto incidente el 2 de octubre de este año. La víctima es un hombre de veinte años del

condado de York. En este momento, en el expediente judicial no se menciona su nombre».

Julia notó los latidos del corazón palpitando en los oídos; exhaló con fuerza al escuchar lo siguiente:

«Esta mañana, Walker fue puesto en libertad tras presentar pruebas del embargo preventivo de su vivienda en Salisbury por valor de cien mil dólares. El Estado tiene previsto solicitar su imputación el mes que viene».

Julia oyó pasos fuertes en las escaleras. Aflojó las palmas húmedas del borde de la encimera y apagó la tele antes de que Tony lo viera.

Esa noche no encendió el televisor cuando se puso a preparar la cena.

Había estado todo el día aguantándose las ganas de llamar al inspector Rice y preguntarle por qué habían dejado que Raymond Walker se librara pagando una fianza. Si hubiera conocido a la fiscal, la habría llamado, pero no habían coincidido nunca durante el periodo breve en el que ejerció. El inspector Rice era la única persona relacionada con el caso de Nick con la que sentía que conectaba de verdad. Pero él qué le iba a decir. Cómo no iba a salir bajo fianza Walker. Por injusto que fuera, solo a la gente pobre le tocaba esperar en una celda a ver qué pasaba con su caso. Walker había ofrecido su casa como garantía de su asistencia al juzgado periódicamente. En realidad, no era nada raro. En otras circunstancias, Julia habría reconocido que era bueno: se suponía que el acusado era inocente hasta que se demostrara lo contrario. Se suponía que tenía que haber un equilibrio: el Estado no podía castigarte sin demostrar que habías hecho algo malo. En teoría, la ciudadanía se amparaba en las condiciones de la fianza mientras el acusado esperaba el juicio. Pero ahora se trataba de su familia, y, de repente, el concepto de juicio justo le parecía peligroso.

Era consciente de que las condiciones de la fianza ya eran efectivas, así que ese mismo día le había mandado un mensaje a Nick para ver cómo estaba. Como no respondió, lo llamó. Él le prometió que estaba bien, lo que no quería decir que ella se lo creyera del todo. Durante

las semanas que había vivido con ellos, a Julia nunca le había parecido que él estuviera mostrando cómo se sentía realmente por todo el asunto. Pero, sí, al menos estaba a salvo. A pesar de que Walker tendría prohibido hablar con Nick y, sobre todo, acercarse a él, las órdenes judiciales no siempre evitaban la violencia. ¿Y si huía? ¿Y si desaparecía? Nick se asustaría. ¿Y si Walker hacía daño a otros hombres?

Cuando Tony llegó a casa ella estaba cortando tubérculos variados para asarlos. Nada más poner un pie en la cocina, Chloe entró corriendo, seguida por Seb. Ambos lo reclamaron a gritos; parecían misiles chirriando.

Julia dejó el cuchillo en la tabla de cortar y se volvió hacia él, con un mohín en la cara.

—¡Parad, salvajes! —gritó Tony—. ¡Dejadme darle un beso a vuestra madre!

Entonces se acercó a Julia, con un niño en cada pierna, y la saludó con un beso. Ella miró a su preciada y ridícula familia y respiró profundamente. «Es perfecta. Sé feliz».

Con los niños ya durmiendo, Julia y Tony, cada uno en un lado de la habitación, se estaban desvistiendo para meterse en la cama. Mientras ella se quitaba los pendientes y los dejaba en la cómoda, pensaba en si debía contarle a Tony lo de Walker. Llevaba toda la noche de buen humor y ahora estaba detrás de ella tarareando. Era imposible que lo supiera. ¿Era pecar de paternalista no decírselo? Le había evitado pasarse el día cavilando sobre Nick y Walker. Egoístamente, quería contarle a alguien alguna de las malas noticias para librarse de la culpa que sentía por ocultárselo. Pero podía cargar con eso por él, con el peso de saber que el hombre que había agredido a Nick estaba libre otra vez, de momento. «Dios, ¿te estás escuchando? ¿Crees que no contarle a tu marido una noticia de dominio público te convierte en una especie de mártir? Un poco de humildad».

Se volvió hacia él y le dijo:

—Ray Walker ha salido bajo fianza esta mañana. —Tony terminó de

quitarse la camisa. Tenía los pelos de punta por la electricidad estática; parecía que le había dado una descarga—. Cielo… —dijo riéndose y se acercó a él—, tienes…

—Ha pagado la fianza —la interrumpió él, esquivando la mano.

—Lo he visto antes en las noticias. Ha tenido que poner su casa, así que muy lejos no va a irse.

—Eso no… Él… —Tony buscó las palabras—. ¿Has hablado con Nick? ¿Lo sabe?

—Sí. Le he mandado un mensaje para cerciorarme.

—Y a mí no.

—Pensé que te ibas a disgustar —respondió Julia, gesticulando con la mano—, y tenía razón. —Ella misma notó que se había puesto a la defensiva, pero Tony ni se inmutó; estaba mirando por la ventana, con los puños cerrados y el ceño fruncido—. Cielo, Nick lo sabe, pero está bien.

—Debería dormir aquí esta noche, solo por si acaso.

—No es lo que quiere él —repuso Julia, negando con la cabeza—. Ese tío no puede acercarse a Nick ni hablar con él; no sabe dónde vive y tiene prohibido comunicarse con él. —Había acortado las distancias y ahora le estaba alisando los pelos de punta—. No le va a pasar nada. —Tony agachó la cabeza—. Yo también he pensado en todo eso —continuó Julia—. De verdad. Pero he hablado con él y está bien, en serio. Se alegra de haber vuelto a clase, de estar con sus compañeros de piso. Lo que quiere es regresar a la normalidad. No le podemos negar eso. —Lo dijo susurrando—. ¿Vale?

Tony asintió. Ella le dio un beso largo y lo guio hasta la cama.

20

NICK HALL, 2015

Cuando Nick volvió a su casa, la costra seguía con él. Ese fin de semana se dio cuenta de que hacía dos semanas que la tenía; habían pasado dos semanas desde aquella noche y la heridita aún no se le había curado. Decidió ignorarla.

Los primeros días estuvo inquieto, y en clase enseguida desconectaba de lo que decían los profesores. Estaba inmerso en una maraña de pensamientos: ¿por qué se fue con Ray?, ¿qué estaba haciendo con su vida?, ¿qué se había imaginado que iba a pasar?… Y no paraba de toquetearse la costra, de frotarla y de manosearla, pero cuando se percataba —«Joder, ya estoy otra vez»—, se sentaba sobre las manos para refrenarse.

El miércoles por la mañana cuando se despertó, tenía un mensaje de su cuñada: Hola, guapo. Espero que todo vaya bien. Quería avisarte de que RW ha pagado la fianza; prefiero que lo sepas por mí a que lo oigas en las noticias. Si necesitas lo que sea, aquí estamos.

Se llevó la mano a la cabeza y sumergió los dedos en el pelo; esa vez, cuando el picor le advirtió lo que estaba haciendo, se rascó más fuerte. Deslizó la costra por el cuero cabelludo y al sacarla vio unos cuantos pelos. Si se arrancaba unos pocos, a lo mejor conseguía que la herida respirase y se curase más rápido, y así dejaría de molestarle. Pellizcó un par de mechones y tiró; notó tensión en el cuero cabelludo y luego oyó cómo se desprendían las raíces; sintió un dolor placentero. Se miró la mano. Tenía sangre de color rojo claro en la uña del índice y un mechón de su propio pelo entre los dedos.

«Madre mía. Me acabo de arrancar un mechón».

Había pasado todo muy rápido. Nick se arrastró desde la cama hasta la puerta y aguzó el oído. No oyó a ninguno de sus compañeros, así que abrió y echó a correr por el pasillo hasta el baño. Encontró el

espejo de mano de Mary Jo donde recordaba que estaba; se acercó al espejo del lavabo y con el de mano se inspeccionó la cabeza por detrás. No vio na… Bueno, un momento, sí que vio algo.

—Joder, ¿qué coño he hecho? —bufó en alto.

En el paisaje virgen de su cabello moreno había una mácula blanca y una herida roja.

Oyó su teléfono sonando en el dormitorio y fue corriendo por el pasillo vacío. Era Julia.

Quería saber si estaba bien.

Él le dijo que sí.

Entonces le preguntó que si había leído su mensaje.

Sí que lo había leído. Estaba bien; genial, de hecho. Contento de haber vuelto a la normalidad. Ni siquiera pensaba en Josh. O sea, Raymond.

Ella le dijo que vale con voz suave; le creyó. Al parecer, no lo conocía tan bien; no se había percatado de la tensión en su voz.

Se pasó el resto de la semana con una gorra de los Red Sox en la cabeza; se la había dado su padre hacía años. No era de su estilo, pero se la quedó por sentimentalismo; le recordaba un día agradable que pasó con su padre. Y ahora le venía bien, aunque nadie parecía percatarse de la calvita cuando se quitaba la gorra. También esa semana, a veces se sorprendía toqueteándose la zona, frotando inconscientemente, aunque se resistió a seguir hurgando en la herida.

Pero entonces Ray hizo unas declaraciones en público.

Fue el último domingo de octubre; qué forma más horrible de terminar el peor mes de su vida. Ese día, ya de madrugada, Nick por fin cerró el ordenador portátil y se fue a dormir. Se despertó con la vista nublada y desorientado; no sabía dónde estaba. La luz del sol iluminaba la habitación. El reloj de la mesita de noche marcaba las 11.27. Alguien llamó a la puerta; se dio cuenta de que estaba en su habitación y de que alguien quería entrar.

—Qué —gruñó, con las cuerdas vocales adormiladas.

—¿Puedo pasar? —Aunque la voz se oyó amortiguada, reconoció a Elle.

—Sí.

Se volvió hacia la puerta mientras ella abría. Elle se adentró con cautela en la habitación, solo dos pasos.

—¿Te acabas de despertar?

—Sí.

Las cosas entre ellos estaban enrarecidas desde la mañana posterior a los hechos. Él no la culpaba de nada, pero sabía que ella sí se sentía culpable. Le pedía perdón todo el rato. Era extremadamente cuidadosa cuando coincidían. Nick estaba harto.

—¿Has mirado el móvil? —Él se dio la vuelta y cogió el teléfono de la mesita de noche—. Espera —añadió mientras se acercaba a él.

Tenía un montón de notificaciones en la pantalla.

—Qué pasa. —Nick se desesperó de repente.

—Eh, el tío ese, Ray, sale en todos los periódicos. Ha hecho una declaración o algo así.

Nick tenía llamadas perdidas y mensajes de Tony y de Julia, de la madre de Tony, de amigos e incluso de Chris. No hablaba con él desde que lo dejara plantado esa noche. Leyó el mensaje: Lo siento mucho.

—¿Qué ha dicho Ray? —dijo, mirando a Elle, que parecía que iba a ponerse a llorar.

—Eh, básicamente, que os fuisteis juntos a casa y que, eh, básicamente que fue en plan consentido y que tú… Bueno, lo expresa de una forma extraña, pero da a entender que tú querías que hiciera lo que te hizo. —Nick negó con la cabeza mientras intentaba asimilar aquel galimatías—. Lo del sexo salvaje. Como que tú lo estabas buscando. Y que ahora estás mintiendo.

Sintió una oleada de incredulidad subir desde lo más profundo del estómago. Al principio fue incapaz de hablar; notó que tenía la boca abierta y sonreía con terror. Nadie iba a creerse eso…, ¿no?

Inexplicablemente, lo primero que preguntó fue en qué periódico.

—En todos. Bueno, no sé —dijo Elle con la voz quebrada—. Digo yo que en la prensa de Maine.

—Pero ¿menciona mi nombre? —preguntó Nick, incorporándose.

—Dice que estudiaste aquí. —A Elle se le llenaron los ojos de lágrimas.

Nick volvió a mirar su teléfono. Chris sabía que era él.

—¿La gente sabe que soy yo? —Ella se echó a llorar. «No. Joder, no», pensó él—. Elle —insistió.

—Sí —dijo entre sollozos.

—¿Cómo?

—Por su carta. Dice lo que estás estudiando. —«No. No»—. Y… —Hizo una pausa—. Y creo que el novio de Mary Jo se lo ha contado a alguien.

—¿Y él cómo lo sabe?

Elle se acercó a Nick, con los hombros caídos.

—Se lo he contado a Mary Jo. Lo siento mucho. Te fuiste y no contestabas a mis mensajes; pensé que podía decírselo. Y ella se lo ha contado. Si llego a saber que es tan tonto no se lo habría dicho a Mary Jo.

La mente le iba a mil por hora. Chris lo sabía… Pero él no se juntaba con Mary Jo ni con su novio. ¿Cómo había llegado hasta sus oídos? ¿A cuánta gente se lo había contado el novio?

—¿Cuánta gente lo sabe? ¿Qué dicen?

—No lo sé —contestó ella en voz baja; estaba mintiendo.

—¿Lo creen?

—¿Al novio de Mary Jo?

—A Ray —respondió Nick.

Elle se encogió de hombros y él vio el dolor en su cara. Eso parecía confirmarlo.

—Sí —contestó él.

—Pero solo esa gente asquerosa que se dedica a comentar en las páginas de los periódicos —dijo ella mientras sorbía con la nariz, escondida tras la mano—. Son solo comentarios; eso no significa nada. Quién se va a creer algo tan absurdo. Quien te conozca te cree fijo. —Nick miró el móvil otra vez. Abrió el navegador, pero Elle se lo arrebató de las manos—. No, no lo leas.

—Y una mierda que no. Ya lo creo que lo voy a leer. Dame el puto móvil, Elle. —Nick se obligó a soltar aquellas palabras con una voz desconocida para él; cada vez salían con más fuerza, y eso sentaba bien. Podía desahogar su ira con Elle; se lo merecía. Lo de aquella noche no fue su culpa, pero eso sí. Tenía la cara húmeda, pero ya no

estaba llorando, y los ojos muy abiertos, cual cervatillo triste. «Genial. Me hace sentirme mal cuando soy yo al que le han jodido la vida. Muy típico de Elle».

—Por favor, prométeme que no vas a leer los comentarios —dijo bajito mientras le devolvía el teléfono.

—Adiós —sentenció él.

Elle se dio la vuelta y se fue apresuradamente. Nick se hurgó en el pelo y se quitó la costra. Tras varios días de respiro, era más pequeña y estaba más reseca, así que se la arrancó de un tirón rápido y limpio. Por fin. Acto seguido se puso a ojear el periódico local, el *Seaside News*, aunque al parecer también salía en periódicos más grandes, pero el *Seaside* le tocaba más de cerca. Ahí estaba, en la portada: un hombre detenido por agresión sexual da su opinión en una carta al editor. Mientras Nick hacía clic en el enlace con la mano derecha, notó que con los dedos de la izquierda estaba retorciendo un mechón de pelo, al lado de la calva. «¡Para!». Se sentó sobre esa mano y empezó a leer.

El primer párrafo estaba en cursiva y decía que la carta no reflejaba la opinión del periódico. Era un artículo de opinión de un lector sobre el sistema de justicia penal. Leyó la carta de Ray por encima, sin procesar las palabras: «metiste en casa a quien no debías»; «estaba muy bebido», «le va la marcha»… «Le va la marcha». Notó una masa compacta y caliente en el estómago y la adrenalina propagándose cual maremoto. «Le va la marcha». Ray había dicho que Nick quiso hacerlo, todo. Que fue él quien fue detrás de Ray, y no al revés. Que él le pidió que le infligiera daño, que le hiciera lo que Ray le hizo. La bofetada, el puñetazo, ahogarlo con las manos… «Para, para ya; no lo pienses más».

Nick se hizo un ovillo en la cama; le costaba respirar. La sangre le palpitaba en los oídos. La cabeza le iba a mil por hora, le daba vueltas, estaba a punto de estallarle…, pero era incapaz de moverse; se había quedado de piedra. Había pasado. Ray le había devuelto el golpe. Cómo no. Ya le había demostrado que no era tan débil como él. Y la petición de anonimato de la fiscalía no había servido de nada. Todo el mundo sabía que era Nick. Su versión contra la de Ray. Habría que

demostrar si era una víctima o un mentiroso. De nuevo, empezó a llevarse la mano a la cabeza. «Para. Se ve mucho». Buscó su muslo derecho debajo de las sábanas. Pellizcó un mechón de pelitos finos y tiró, despacio. Oyó las minirraíces bulbosas salir de la piel al unísono.

21

TONY HALL, 2015

El paisaje que se veía desde el porche delantero había cambiado. El heno esparcido por el campo había perdido su color dorado; tras varias semanas de temperaturas bajas y lluvias ocasionales, ahora era gris verdoso. En el horizonte, la silueta de los árboles también se había tornado gris y el suelo estaba lleno de hojas de colores que acabarían descomponiéndose. Tony estaba de pie envuelto en su bata y notó el aire frío en los tobillos. ¿Siempre era así de desagradable el final del otoño?

Oyó a Chloe bajar las escaleras. Se volvió y la observó a través de la puerta cuando pasó por el pasillo. Había dejado la puerta interior cerrada al salir al porche. La parte de abajo era una mosquitera y la de arriba, una ventana. Vio a Seb también al final del pasillo, de pie en la cocina, observando a Julia mientras preparaba masa para hacer tortitas.

La caldera ya había arrancado, pero la casa aún no estaba caldeada. Lo de Nick había alterado su dinámica habitual y Julia todavía no había retomado su debate anual sobre la configuración idónea del termostato. Hasta entonces, Tony estaba a cargo, así que por la mañana hacían más que falta varias capas. Chloe tenía el pelo como era habitual en ella después de levantarse (una especie de nido de ratas), y cuando vio su cabellera desparramada por encima de la manta en la que iba envuelta sintió que entraba en calor.

«Qué haces aquí con el frío que hace; entra con tu familia», pensó.

Bajó las escaleras del porche y se agachó para recoger el periódico del sendero del jardín. Lo cierto es que la suscripción al periódico dominical mermaba su presupuesto. Pero ya era una tradición importante que no podían dejar; era una parte casi integral de su identidad. Empezó a leer el periódico el verano que dejó la facultad de

Derecho, el mismo en el que empezó a salir con una excompañera de clase, la por entonces Julia Clark. Mientras que ella se afanaba en los estudios, él acabó dejándolos. Jamás lo admitiría en voz alta, pero leer el periódico en papel le hacía sentir que todavía era un intelectual; que podía ponerse al mismo nivel que ella cuando hablaban, o al menos seguirle el ritmo.

Sacó el periódico del envoltorio de plástico mientras subía las escaleras. Llevaba unas semanas peinando la prensa en busca de alguna mención a la agresión de Nick. Publicaron varios artículos breves en internet tras la detención de Walker, pero el incidente no salía en el periódico dominical. Enderezó las páginas. Ese día no iba a tener que peinarlo: estaba en la portada.

En la esquina inferior derecha había un titular: un hombre detenido por agresión sexual da su opinión en una carta al editor. Tony se oyó inspirar. «Que no tenga nada que ver —pensó—. Que sea otro caso, por favor».

Pero no se trataba de otro caso. Debajo del titular estaba el nombre de Raymond Walker. Tony empezó a leer:

Empecé a escribir esta carta estando en la cárcel de Salisbury. Uno de los funcionarios me dio papel y un lápiz desafilado que solo podía usar en la zona común. Al parecer, no quería que apuñalara a nadie ni que me cortara las venas. De la noche a la mañana me despojaron de mi humanidad; dieron por sentado que me iba a comportar como un animal en una jaula, quizás porque me han metido en una.

Tú, que estás en tu casa tan tranquilo, ponte por un momento en mi lugar.

Imagina que estás enjaulado. ¿Cómo has acabado así? Muy fácil. Metiste en casa a quien no debías.

Conoces a un hombre en un bar. Se sienta a tu lado, te ofrece un chupito y te pregunta cómo te llamas y a qué te dedicas. Te cuenta que estudia en una escuela de negocios y te pide que lo instruyas. Tú lo único que ves es un tío joven y dinámico que, para tu deleite, que estás solo, se pone a ligar contigo. Lo que no has visto es que llevaba un rato bebiendo antes de que tú llegaras, y mientras estáis hablando te dobla el ritmo.

Tú crees que se acabará cansando de tu pelo canoso y tu estilo desfasado. Sin embargo, para tu deleite y tu desgracia, te pide que os vayáis a tu casa.

Seguro que vive por allí, cerca de la universidad, pero no te paras a pensar en por qué no quiere que te vean en su casa. Simplemente, te pueden las ganas, así que lo llevas a un hotel.

Allí te vuelve a sorprender con una invitación que no te esperabas del chico dulce de la barra: sexo salvaje.

Es una invitación que has aceptado previamente de otras personas y esa noche accedes de buena gana. La conversación da paso a palabras y tocamientos, un tira y afloja que

acaba ascendiendo hasta culminar.

Tony empezó a ver doble, borroso. Cada línea nueva le costaba más leerla. Gritó con exasperación, un bramido arrastrándose desde lo más profundo de la garganta, y arrancó la primera página del periódico, y la segunda, y la tercera… Lo tiró a las escaleras y se dio la vuelta; estaba buscando algo para darle de golpes, lo que fuera. «Suéltalo. Suéltalo». Miró hacia la casa. «La puerta». Tony arremetió con el puño cerrado y atravesó el cristal, a la altura del pecho; lo mismo con la mosquitera, pero esta vez con el pie. Y se cayó y se arañó el brazo con los trozos de cristal.

—¡Madre mía! —La voz de Julia resonó en el pasillo.

Tony se incorporó tambaleándose y vio a su mujer corriendo hacia él y a sus hijos detrás, de pie en la cocina.

22

JOHN RICE, 2015

Esa mañana, un abogado defensor que era un listillo había llevado un par de cajas de doce dónuts a la comisaría, y Rice vio a O'Malley en la sala de descanso justo delante de ellos.

—Soy un estereotipo —dijo con la boca llena después de darle un mordisco a uno relleno de crema y recubierto de chocolate.

—Lo que eres es una cochina —gruñó Rice—. Cierra la boca. —Él cogió uno sencillo, el dónut típico.

O'Malley tragó saliva para bajarlo y comentó la elección de Rice:

—Tú también eres un estereotipo.

—¡Soy un clásico! —Había elegido el glaseado.

—Anda, coge tu café y tu dónut y vete a jugar a los polis —dijo O'Malley con los ojos en blanco; luego se quedó embobada mirando el suyo con ojillos saltones—. Déjanos solos.

—Con mucho gusto.

Rice se dirigió a su cubículo. Aunque O'Malley era una inspectora seria, a veces era muy payasa, pero a él no le molestaba. Al contrario que la mayoría, era como si tuviera un interruptor que apagaba a discreción. Siempre era profesional cuando tocaba. Su sentido del humor era simplemente un mecanismo de defensa; humor, carreras de fondo y, por lo visto, dónuts rellenos de crema y recubiertos de chocolate. La salvación de Rice había sido siempre Irene: acurrucarse en sus brazos después de una larga jornada era lo que más lo aliviaba. Al menos ahora seguía teniendo la misa y la jardinería, los desayunos con sus amigos de toda la vida, las visitas de los nietos y las charlas telefónicas con su hija.

Se había pasado casi todo el fin de semana pensando en la familia Hall. No era la primera vez que le costaba aparcar el trabajo en la oficina, por decirlo de alguna manera, y tampoco sería la última. En

pequeña medida, toda esa tristeza que recaía en las víctimas de los casos se le pegaba y se hacía más grande en su cabeza. Tras décadas de experiencia, había aprendido a decirles con determinación a sus pensamientos desagradables que lo dejaran en paz cuando no estaba de servicio, pero no siempre funcionaba.

El domingo, cuando abrió el periódico, vio que Papá Noel le había adelantado su regalo. En la portada había una carta al director de Raymond Walker, donde admitía que, en efecto, él era el hombre que Nick conoció aquella noche en el bar. Se refería a lo que pasó en el motel como «sexo salvaje». Era lo único que Rice había querido en todo momento, lo único que Walker no le había concedido en la comisaría hacía dos semanas: una confesión y una excusa inverosímil. Estuvo a punto de comerse a besos el periódico.

Pero luego empezó a preocuparse. Incluso se planteó llamar a Nick, a pesar de ser domingo, sobre todo para ver cómo estaba, pero también para hablar con él. Se limitó a rezar por la familia Hall en misa.

Ahora estaba en la comisaría, delante de su mesa; arrastró la silla para sentarse y abrió la carta en el ordenador. Se desplazó hasta la parte que tenía incrustada en el cerebro.

Allí te vuelve a sorprender con una invitación que no te esperabas del chico dulce de la barra: sexo salvaje. Es una invitación que has aceptado previamente de otras personas y esa noche accedes de buena gana. La conversación da paso a palabras y tocamientos, un tira y afloja que acaba ascendiendo hasta culminar. Cuando os separáis, te sientes comprendido, el hombre más afortunado del mundo.

Una semana después, la policía te llama al trabajo y te pide que vayas a la comisaría. Te enseñan una foto del hombre que conociste en el bar. Se te revuelve el estómago y te preguntas si ha cometido un crimen. No dices nada, porque no sabes si al confesar estarías traicionándolo.

Entonces la policía te dice que ese hombre les ha contado que lo violaste.

Decir que te sorprende es quedarse corto.

Te dicen que quieren escuchar tu versión de los hechos. Casi se la cuentas, pero te hueles que hay gato encerrado y reculas. Te detienen.

Por primera vez en tu vida, te ponen unas esposas de hierro que te aprietan las muñecas. Vas en un coche de policía de camino a la cárcel. Te desnudan y te cachean. Te dan un uniforme. «Igual que en la tele», piensas. Como te detienen un viernes y no tienes 100.000 dólares en el banco, pasas el fin de semana en la cárcel.

Tienes que llevar el uniforme cuando vas al juzgado, y también grilletes, como si fueras a ser tan tonto como para huir. En el calabozo, rodeado de otros acusados, conoces a la abogada de oficio de turno, que parece que tiene dieciocho años. No hay privacidad,

aunque tampoco es que la abogada tenga mucho tiempo para hablar contigo. Aun así, lo que dice basta para que tus compañeros de calabozo arqueen las cejas.

«Te acusan por una denuncia de agresión sexual grave», te dice. Empieza una larga jornada llena de jerigonza que casi ni se molesta en traducirte.

«Te van a acusar —dice ella—, así que no tienes que declarar formalmente hoy. Lo único que podemos hacer es concentrarnos en reducir la fianza».

En la sala te espera la misma jueza que ha concedido la orden de detención. La misma jueza que le ha dicho a la policía que pueden ponerte las esposas, cogerte una muestra de ADN de la boca y encerrarte en una jaula todo el fin de semana. ¿Y por qué lo permite? Porque ha leído algo sobre ti. La versión que el hombre del bar le ha contado a la policía. Esta jueza ya te odia, ya ha elegido bando. Fija una fianza tan alta que tienes que usar tu casa como garantía.

«Primero hay que tasarla —te explica la abogada de oficio—, y tendrás que hacer una anotación de embargo; necesitas un formulario concreto. Si se te olvida, llama a la secretaría».

En su lugar, llamas a tu madre desde la cárcel y le cuentas lo que ha pasado, porque tienes que pedirle que se encargue de la tasación. Necesitas que gestione el papeleo hasta que el tribunal estime que, en efecto, es el propietario de tu casa si violas las condiciones de la fianza.

En total, pasas trece días con sus doce noches en una jaula, esperando para salir bajo fianza. Estás tan obsesionado con recuperar tu libertad que no te das cuenta de la magnitud de lo que está pasando hasta que sales de la cárcel. Ahora sabes lo que es perder la libertad. Dormir encerrado al lado de un inodoro. Sentir que los presos (y tú eres uno de ellos) te miran de reojo. Oír tu nombre en las noticias junto a las palabras «agresión sexual grave». Sabes que, si no puedes desmentir la violación, no solo te van a meter en prisión, sino que, cuando salgas, ya nunca serás libre. Tu nombre estará en una lista de por vida y la gente que lo vea creerá que sabe quién eres. Que «sabe» lo que has hecho. Que «sabe» que eres un ser infrahumano.

Entonces recuerdas que esto es un experimento y te tranquilizas: esto me ha pasado a mí, no a ti. Soy yo quien tiene que librar una batalla imposible contra una mentira. Es mi vida la que depende de qué versión es más creíble: la mía o la del hombre del bar, un hombre que me pareció encantador y fiable y con el que me acosté.

Su versión puede destrozarme la vida. No entiendo por qué ha mentido. Tengo mis conjeturas fundamentadas: autodesprecio, vergüenza. A muchos de nosotros nos cuesta aceptar que somos homosexuales. Y hay que añadir que sus gustos sexuales son tabú. En fin, puedo asegurar que no estaba en mis planes divulgar mis preferencias.

Me temo que nunca sabré por qué este joven trastornado me ha hecho esto. Yo solo espero que la verdad salga a la luz a tiempo, pero después de mi primera toma de contacto con nuestro sistema tengo poca fe en ello.

«Un acusado descontento con su detención —pensó Rice—. Digno de cualquier periódico, claro que sí». Otro acusado que quería dar a entender que la policía no tenía pruebas materiales. Pero tenían las heridas de Nick. Y la sangre del motel.

¿De verdad la gente iba a creerse que Nick le pidió eso? Acercó más la silla a la mesa y tecleó dedo a dedo para buscar la carta y abrirla en

el ordenador. Rice se desplazó hasta la sección de los comentarios. Este era el primero: Es vergonzoso que el Seaside publique esta ponzoña. «Bien», pensó Rice.

Otro: Probablemente sea verdad. Como Pedro y el lobo. Y ahora a gastar dinero público en resolverlo. «Mal».

Alguien había contestado esto: Dios odia a los maric*nes. Espero que esto sirva para heterezarlo jajaja. «Despreciable».

Rice copió y pegó el enlace en un correo electrónico para la fiscal adjunta, Linda Davis, y escribió una frase: ¿Has visto esto?

Al menos no se mencionaba el nombre de Nick. Aun con esas, tiene que ser infernal leer algo así. Había que explicarle que aquello era bueno. Rice recogió las miguitas del dónut presionándolas con un dedo y luego las retiró de la yema con los dientes. O casi bueno.

Su móvil vibró encima de la mesa. Era Linda.

—No doy crédito —dijo.

—Feliz Navidad —contestó Rice.

—No te pases de chulito —repuso ella, riéndose.

—Ya, ya.

—Ayer me llamó Eva Barr. —Notó un deje de inquietud en la voz de Linda, pero él estaba convencido de que había intentado que no se le notara.

—No me digas.

—Pues sí. Bueno, así ya sabemos a qué nos enfrentamos.

Así que Walker había contratado a Eva Barr. La gente suele decir que más vale lo malo conocido, pero a Rice no le habría importado conocer algo nuevo. Eva Barr llevando un caso de violación era sinónimo de problemas. Podría parecer una estrategia obvia, pero los jurados siempre les concedían más credibilidad a los clientes de Eva por el mero hecho de que los defendía una mujer guapa. A Eva se le daba bien aparentar que creía en la inocencia de sus clientes. Era una desfachatez cómo se involucraba en casos feos y desagradables en los que otros abogados se habrían dejado el lomo negociando un acuerdo, pero por lo general conseguía la absolución del cargo más alto o, como mínimo, la anulación del juicio. Rice la había visto en acción con sus propios ojos. Eva tenía un estilo cautivador y conspirativo que

hacía que los miembros del jurado se decantaran por ella. En pocas palabras, los jurados la adoraban, y eso se reflejaba en los veredictos. También significaba que los acuerdos que le ofrecía la fiscalía eran mejores. Sobre todo por parte de unos cuantos fiscales con miedo a enfrascarse en una buena disputa. En términos generales, Linda no era así, pero no le gustaba perder, y el año pasado había perdido con creces contra Eva.

—¿Quieres que le mande la carta a ella también?

—Me muero de ganas por saber si ella sabía lo que se traía entre manos —dijo Linda, de nuevo entre risas.

—¿Te refieres a estas confesiones? Lo dudo.

—Pero está bien escrito —repuso Linda.

Y tenía razón. Si la había escrito él, había que reconocer que se le daba bien redactar cartas. Ojalá Walker no fuera tan elocuente en persona.

—No es creíble —dijo Rice.

—No —contestó ella—. Lo estranguló.

—Y tenemos el informe de la enfermera ECAS.

—Cierto, y los traumatismos en el recto.

A su pesar, Rice sintió un retortijón en el estómago. Por su recurrencia, muchos de los horrores que veía acababan por cansar y perder fuelle. Pero cuando oía cosas así sentía siempre una puñalada.

—Sabíamos que esto iba a pasar —prosiguió Linda—, pero no me esperaba que tan pronto.

—Desde el primer momento, las lagunas de Nick lo comprometen. ¿Estás preocupada?

—No más de lo que ya lo estaba —respondió ella.

Estos casos siempre eran problemáticos en un tribunal. Y el de Nick Hall estaba lejos de ser idóneo. Había bebido. No se acordaba de la agresión en sí. Pero tenían su declaración, donde decía que Walker lo había agredido y lo había dejado inconsciente, y también pruebas materiales que hablaban por él.

La carta de Walker ponía sobre la mesa algo más, pero Rice aún no tenía claro el qué. Parecía un narcisista. Pero no cabía duda de que era inteligente y bien hablado. Tenía un trabajo estable. Y mantuvo la

compostura durante el interrogatorio en la comisaría, antes de la detención. No parecía encajar en ninguno de los perfiles de O'Malley.

—¿Tienes un rato hoy para ponernos al día? —le preguntó Linda.

—Claro.

—¿Puedes darme más información sobre el novio o lo que fuera de Nick?

—¿El chico con el que había quedado esa noche?

—Sí.

Una luz empezó a parpadear en el teléfono de Rice.

—Me están llamando por la otra línea —dijo—. ¿Qué quieres saber del novio?

—Todo lo que me des.

—Pan comido.

Rice atendió la otra llamada.

—Es Britny Cressey —dijo la recepcionista—. Tiene información sobre Raymond Walker.

«¿Quién?».

—Ponme con ella.

Y eso hizo la recepcionista. Rice se presentó.

—Hola. Llamo por Ray Walker. —Parecía joven.

—¿Y usted es…?

—Eh, una exnovia, más o menos.

Qué inesperado.

—Muy bien. Y se llama Cressey, ¿no?

—Perdón. Britny Cressey. —Se rio alegremente.

—No pasa nada.

—Acabo de enterarme de que han detenido a Ray y de que lo han acusado por eso que ha pasado, y me gustaría hablar con alguien.

¿Otra denuncia? A lo mejor Walker no se limitaba a agredir solo a hombres.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Pues me gustaría contar un poco cómo es, porque parece que solo tienen una versión de la historia.

Ah. No era otra denuncia.

—No sé si habrá leído la prensa, pero ya tengo su versión.

—Ray fue mi mejor amigo del instituto —prosiguió Britny; o sea que tenía la edad de Walker, unos treinta y ocho, pero por la voz parecía que tenía dieciocho—. Salimos juntos como, no sé, ¿un minuto?, pero luego me dijo que yo nunca le iba a gustar. —Le dio la risa tonta. Qué raro que se hubiera presentado como su ex.

—Bueno, gracias por el contexto histórico, pero…

—Ray era siempre supermajo. Era muy listo, inteligente…, muy maduro. Ojalá hubiéramos mantenido el contacto después del instituto, pero se fue a la universidad. Así son las cosas.

—Ajá.

—Lo retomé cuando vi lo que había pasado en el Facebook de su madre. Lo de la detención. He hablado con él. No ha cambiado nada, de verdad. Él no ha podido hacer algo así.

Vaya pérdida de tiempo. Parecía que no sabía que con quien realmente quería hablar era con la abogada de Walker. Pero no era su trabajo ayudarla a descubrirlo.

—Le agradezco su punto de vista, señorita Cressey. Gracias.

—¿Me deja que se lo explique? —dijo.

—¿Explicar el qué?

—Pues que lo conozco muy bien y sé que no ha hecho lo que dice el tío ese.

—No pretendo ser maleducado, pero no tiene ni idea de lo que sucedió en la habitación de ese motel.

—No, pero me pasé cuatro años yendo todos los días a casa de Ray. Estaba abonada; tenían televisión por cable y era hijo único. Mi hermana era muy pesada y solo me libraba de ella cuando salía de casa. Lo único que no molaba eran sus padres. Su madre estaba loca. Era asfixiante, un poco rara; no sé cómo explicarlo. Me odiaba. Decía que era una vulgar, y, vale, sí que lo era, pero tenía dieciséis años. —Se rio otra vez—. Ella se pensaba que nosotros…, pues eso, pero él tenía cero interés en esas cosas. Sus padres aún no lo sabían. Fijo que su padre le habría dado una paliza. Era un cabrón. Y un cerdo… Él también pensaba que era una ordinaria, pero le gustaba, no sé si me explico…

A Rice se le revolvió el estómago del asco.

—Me ayudaría saber qué tiene esto que ver con la agresión.

—Ray no es violento —contestó sin rodeos—. Es que no. Me habría encantado darle un puñetazo a su padre por asqueroso o a su madre por ser tan pesada. Lo pensé miles de veces. Pero él nunca les gritaba. No me suena que en esos cuatro años tuviera ni una sola crisis adolescente. Yo gritaba a mi madre porque sí, ¿usted no?

—No es mi caso, pero entiendo lo que quiere decir. —Él no le había gritado a su madre en la vida, pero cuando su hija Liz estaba en el instituto tuvieron varios enfrentamientos—. Voy a dejar constancia de su llamada, señorita Cressey, pero hoy estoy hasta arriba de trabajo y tengo que cortar, ¿vale? —concluyó Rice.

Ella repitió algo que ya le había dicho mientras él se la quitaba de encima, y luego colgaron. Se apostaba su casa a que Walker la había liado para llamar. ¿De verdad se pensaba que una amiga del pasado diciéndole que Ray era un adolescente paciente iba a cambiar algo lo más mínimo? Aunque fuera creíble, esas percepciones eran de hace veinte años. Y ella misma había dicho que nunca se acostaron.

Rice cogió el abrigo; tenía asuntos más importantes que investigar.

23

JULIA HALL, 2015

Julia llevaba meses dándole vueltas a la idea de abordar a Charlie. La razón principal por la que ella dejó de ejercer después de tener a los niños fue ganar estabilidad, algo que nunca había conseguido con su labor judicial. Cuando nació Chloe, decidió bajarse de la montaña rusa que era el turno de oficio, al menos temporalmente, y buscar algo con un suelo estable y donde echara menos horas. Tardó como un año en darse cuenta de que había sido una estupidez empezar a trabajar como asesora de políticas públicas que dependían de subvenciones. Le encantaba lo que hacía, esto es, analizar problemas y sugerir soluciones. Y, al igual que cuando era abogada defensora, creía que su labor era importante. Además, tenía una ventaja muy buena: como trabajaba en casa, se ahorraban la guardería. Pero una característica distintiva de los empleos que dependían de subvenciones era la inestabilidad recurrente. Su labor siempre tenía límites: si se acababa el dinero, adiós al trabajo. Siempre estaba pidiendo subvenciones y nunca dejaba de pensar en qué iba a pasar después. Con los años se había convertido en toda una experta en dejar macerando un pensamiento en segundo plano mientras trabajaba en otra cosa en primer plano. Era la única manera de sacar su trabajo adelante.

Actualmente estaba redactando un informe sobre el funcionamiento de los expedientes de menores en Maine: cuáles se abrían cuando se acusaba a un menor de un delito; cuál se dejaba fuera según la resolución del caso; quién tenía acceso a ellos; hasta qué punto dichos expedientes lastraban la vida de los menores…

Julia comenzó a investigar en primavera y en verano empezó a entrevistar a profesionales del sistema. Ahora iba a ponerse en contacto con menores acusados en el pasado para pedirles que contestaran de forma anónima un cuestionario sobre cómo habían

influido en su vida esos expedientes. Algunos fueron clientes de ella en su momento; otros los había conseguido a través de distintos abogados. Unos meses atrás, cuando presentó su proyecto, el instituto con el que estaba trabajando aprobó un presupuesto modesto para contratar a un detective privado que localizara a quienes fueran sus clientes en el pasado, que ya eran personas adultas. Y, si podía elegir, a ella solo le interesaba un detective, su preferido: Charlie Lee.

El día anterior, mientras atendían a Tony en urgencias, pensó en él por otra razón, mientras intentaba en vano ahuyentar los ruidos del incidente: Tony gruñendo cual perro anunciando un ataque; el cristal haciéndose añicos; el llanto de Seb… Pero de nada servía seguir pensando en ello. Se había pasado toda la noche dándole vueltas hasta la saciedad, y entre tanta obsesión lo mejor que se le había ocurrido era pedirle a Charlie Lee que investigara un poco a Raymond Walker. Tony no iba a querer; cuando estaba mal por algo, le gustaba arreglarlo solo. Así que no se lo iba a decir. A no ser que Charlie encontrara algo relevante para el caso de Nick, y, si fuera así, ¿cómo se iba a enfadar?

Ahora estaba sola en casa. Entró en el despacho y dejó su taza de té matinal en el alféizar de la ventana. Normalmente, después del café se tomaba una infusión, pero ese día había optado por un *earl grey*; necesitaba un chute extra de cafeína después de la nochecita que había pasado. En su despachito, detrás de ella a la derecha, había unas escaleras estrechas que llevaban al desván. Justo al lado, Tony había puesto unos estantes. Sacó una carpeta clasificadora con artículos y otros recortes relacionados con el informe, buscó su lista de clientes antiguos y la extrajo. Se sentó en el taburete, se puso a hojear las páginas y fue marcando con un lápiz los nombres que tenían al lado «M».

Para su informe quería entrevistar a gente cuyo expediente abarcara todo el espectro: desde prácticamente ningún delito hasta delitos graves públicos. Examinó la lista, pero solo se acordaba con precisión de tres resoluciones. Jin Chen: no competente, sin antecedentes. Kasey Hartwell: un caso hilarante, antecedentes de tráfico. Y Mathis Lariviere, un nombre que no iba a olvidar en la vida. Contra todo

pronóstico, acabó con antecedentes privados. El resto de los nombres le sonaban, pero no se acordaba bien de los detalles. Así que apuró el té, cogió sus cosas y subió al desván.

Julia miró la hora en el móvil: 13.45. Normal que estuviera muerta de hambre.

A pesar de que era finales de octubre, en el desván el ambiente estaba cargado y cálido en comparación con el resto de la casa. Se pasó la mano por la frente, pero no estaba sudando. Simplemente se sentía pegajosa. Guardó el archivo de Mathis en el cajón marcado con «L-Q» y cerró el armario de metal donde guardaba sus archivos antiguos. Había reducido la lista de personas que quería que Charlie Lee intentara encontrar a catorce. Apuntó los últimos datos de contacto que tenía para empezar a tirar del hilo.

Bajó las escaleras hacia el despacho y notó un aire más fresco acariciándole la frente. Dejó sus cosas y buscó a Charlie en el teléfono. No contestó, así que le dejó un mensaje.

Cogió la lista de clientes para guardarla, pero se detuvo. Tenía el nombre que había en medio de la hoja incrustado en el cerebro: «Mathis Lariviere». Su nombre… y el de su madre.

Cuando llevaba más o menos un mes trabajando en el caso de Mathis, Julia se reunió una tarde con aquel chaval de diecisiete años en su despacho. Le habían retirado el carnet de conducir por los cargos que tenía, así que lo había llevado su madre, Elisa. Cuando terminó la reunión, Julia mandó a Mathis al pasillo. Ella dio por sentado que él y su madre ya se habían ido, pero entonces vio a Elisa en la puerta.

—Julia, ¿tienes un momento?

—Por favor, toma asiento.

Elisa cerró la puerta y se sentó enfrente de ella.

—Ya sabes que Mathis está aquí amparado por mi visado.

—Sí. He estado trabajando con un abogado de extranjería. Estamos haciendo todo lo que podemos para proteger su estatus.

—Mathis no puede volver a Francia.

—¿Por qué no?

—Mi palabra debería bastarte. —Julia sacó un cuaderno de debajo del archivo de Mathis—. Nada de notas —le pidió Elisa; relajó la postura, se reclinó en la silla y entrelazó los dedos sobre el regazo.

—¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

—Tengo una duda. ¿Qué pasaría con el caso de mi hijo si el agente que lo detuvo no testificara?

—La policía no falta a los juicios. Eso solo pasa en la jefatura de tráfico.

—Pero ¿y si pasase?

—No sé cómo demostraría la fiscalía que las drogas y el arma eran de Mathis sin el testimonio del primer agente —contestó Julia tras pensarlo un momento—. Pero, no sé, tendría que investigarlo. Es una hipótesis rara. —Sonrió, pero Elisa no—. ¿Por qué lo preguntas?

—Pura curiosidad. Yo apenas entiendo de juicios, pruebas…

Según Mathis, eso no era cierto. Le había dicho que su madre era muy versada en procesos penales. Toda su familia.

Joder. Se estaba refiriendo a… ¿Quería sobornar al agente? ¿Algo peor?

—No me gusta lo que estás insinuando.

—No estoy insinuado nada.

—Yo creo que sí —dijo Julia con voz estridente.

—Relaja —replicó Elisa mientras levantaba una mano—. Tenemos el mismo objetivo.

—No trabajo con gente que infringe la ley.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —contestó Elisa, entrecerrando los ojos casi imperceptiblemente.

—Sí. —La otra se encogió de hombros y se levantó. Cuando llegó a la puerta, Julia se dirigió a ella—: Elisa, si llego a sospechar que has hecho algo, dejo el caso de tu hijo.

—No hace falta pavonearse —repuso la mujer—. Ya has dejado clara tu opinión.

Julia oyó el ruido sordo de la puerta principal al cerrarse y se asomó a la ventana. Abrió la cortina y vio a Mathis y a su madre cruzar la calle hacia el coche. Le temblaba la mano con la que

sujetaba el visillo.

Que ella supiera, la madre de Mathis nunca se entrometió en el caso. Fue a todas las comparecencias, pero no volvió a hablarle así a Julia. Y después de más de un año de terapia, doscientas horas de voluntariado y un informe impecable del funcionario del correccional de menores, Mathis consiguió un resultado excelente, incluso varios elogios por parte del juez el último día que estuvo en el tribunal.

Después de la vista, en el pasillo, Elisa apoyó ligeramente su mano primorosa debajo del codo de Julia y ambas se dirigieron hacia una hilera de ventanas, lejos de la gente que había salido de la sala.

—Bien hecho —le dijo Elisa.

—Hemos trabajado en equipo.

—Me caes bien, Julia. —Sonrió y le aparecieron unas arrugas en las comisuras de los párpados, maquillados con sombra gris—. No soy tan orgullosa como para desearte ningún mal, pero si hubieras estado en mi lugar, si fuera tu propio hijo, entenderías cómo me sentí esa noche en tu despacho.

Julia se dio cuenta de que a la mujer le preocupaba que ella le hubiera perdido el respeto.

—Sé que te costó confiar en mí —repuso Julia.

—Es más difícil seguir las reglas cuando se trata de tu familia. Y espero de todo corazón que no te veas nunca en mi situación.

Julia supuso que ahí tenía razón. No podía saber cómo se sentía Elisa por los cargos tan graves a los que se enfrentaba su hijo. Ni por la posibilidad de que lo deportasen y tuviera que volver a un lugar que ella creía que no era seguro para él.

Pero Julia nunca se habría comportado como Elisa, ni siquiera si llevara esos zapatos negros tan elegantes que calzaba.

—Sé que no lo ves como yo —dijo Elisa—, pero tengo la sensación de que le has salvado la vida a mi hijo. Si alguna vez puedo hacer algo para…

—Abonar la factura —la interrumpió Julia.

Elisa la miró con frialdad y luego soltó una carcajada.

Julia dobló la lista de clientes. Pensó que la madre de Mathis se alegría si la viera en ese momento; se daría cuenta de que se había

equivocado con Julia. Al igual que le pasó a Elisa, la vida de un chaval al que quería mucho estaba, en cierto modo, en manos del juzgado de lo penal. Pero ella agachaba la cabeza, confiaba en el sistema y no perseguía a sus excolegas en busca de chismes y favores.

Pero ¿estaba Julia siendo tan buena como ella pensaba, o simplemente estaba evitando darse cabezazos contra la pared? Porque en realidad lo único que podía hacer era esperar a que archivaran el caso de Nick, fuera como fuese.

Oyó las pisadas delatoras del cartero debajo de la ventana de su despacho, en el porche. Ordenó la mesa y bajó a la cocina.

Puso la tetera en el fuego para hacer té y sacó pan de la despensa. Oyó que el cartero volvía al porche y llamaba a la puerta. Ay, Dios, la puerta. A lo mejor quería preguntar por la ventana rota; le diría que Tony se cayó y la atravesó, que es lo que contó él en urgencias. ¿Quién se iba a creer eso? Julia abrió la puerta, pero no tuvo tiempo de evaluar si la mentira era creíble, porque, después de todo, no era el cartero. Era el inspector Rice quien estaba plantado en su porche.

24

JOHN RICE, 2015

Rice aparcó delante de la casa de los Hall y miró el móvil. Eran las dos pasadas. Aún no sabía nada de Nick, aunque a lo mejor estaba en clase. Según fueron pasando las horas, empezó a inquietarse. La carta de Walker era muy agresiva. No era raro que una víctima de violencia doméstica o de agresión sexual desapareciera de la noche a la mañana, reacia a ir a juicio. Mucha gente se habría rendido después de leer esa carta. Se sentiría mejor si hablara con Nick para asegurarle que ese escrito era útil para el caso; para comprobar si estaba bien y que supiera que era todo parte del proceso. Y para preguntarle por Chris.

Había gente en casa, pues en el acceso para el coche había un Subaru Baja rojo, un coche claramente horrible. Pero ¿estaba Nick dentro? Mientras subía los escalones del porche, cayó en la cuenta de que no sabía si seguía viviendo en casa de su hermano o si había vuelto a la suya. Tendría que haber llamado a Tony o a Julia al ver que Nick no respondía. Sin embargo, fue a Orange sin pensárselo dos veces.

Algo había pasado con la puerta exterior de la entrada… El cristal estaba roto y la mosquitera de abajo, rasgada. Abrió la puerta despacio, examinándola. Había sangre reseca en la parte interna de la puerta metálica y ligera. Llamó fuerte a la puerta maciza, la interior, y oyó pasos amortiguados acercándose.

La puerta chirrió y vio la cara de Julia.

—¡Inspector!

—Buenas tardes, señorita. Estaba por la zona con tiempo de sobra y he pensado en dejarme caer, por si estabas en casa.

—Claro, ningún problema. ¿Quieres pasar o…?

—Si no te importa, entro un momento. No quiero que se te enfríe la

casa mientras hablamos.

—Me temo que dentro no está muy caldeado —dijo Julia sonriendo mientras se apartaba de la puerta para dejarlo entrar.

—Oye, ¿qué le ha pasado a la puerta? —preguntó Rice a la vez que se sacudía los zapatos en el felpudo.

—Ah. Eh, un percance —contestó ella mientras lo guiaba—. Tuvimos un percance durante el fin de semana y aún no he podido limpiarlo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó otra vez.

Oyó el silbido de una tetera en la cocina y Julia se dio la vuelta.

—Tony se cayó ayer contra la puerta, subiendo al porche. —Retiró la tetera y apagó el fuego, que hizo un chasquido—. Se tiró dos horas del domingo en urgencias y le han puesto una especie de escayola.

—¿Atravesó el cristal limpiamente? —refunfuñó Rice—. ¿Está bien?

—Sí, sí. Suena mucho peor de lo que fue. Se rompió un dedo, pero parece que se curará pronto. —Se volvió hacia él y le preguntó—: ¿Quieres un té?

—Eh, no soy de té, pero gracias por el ofrecimiento.

—Si quieres te puedo hacer un café.

—No, guapa, no te molestes. No voy a alargarme mucho.

Julia cogió una lata y echó una cucharada de té, supuso él, en una tetera de arcilla.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, supongo que has visto la carta en el periódico. —Ella asintió y afirmó suspirando y con tristeza—. Lo siento mucho. Es horrible que lo hayan publicado.

—Me da mucha pena Nick —dijo, meneando la cabeza—. Ya era todo muy invasivo y ahora va y pasa esto.

—¿Él está bien?

—Supongo. Anoche fuimos a verlo. No contestaba, así que nos presentamos sin avisar. —Hizo una pausa—. Lo vi un poco ido, pero no paraba de repetir que estaba bien.

Rice se sintió algo aliviado al saber que sus llamadas no eran las únicas que estaba ignorando. Y que su familia se encontraba al tanto de todo y pendiente de él.

—Bueno, seguro que eres consciente de que la carta le viene bien al caso de Nick. —Julia se quedó callada; parecía que estaba intentando deducir por qué decía eso—. Admite que tenemos al tío adecuado —prosiguió él—, y ahora sabemos en qué se va a basar la defensa. En el consentimiento.

—Ah —dijo Julia, sorprendida—, es verdad. Qué curioso, ni me lo había planteado. Hemos estado los dos tan pendientes de cómo le iba a sentar a Nick que no hemos vaticinado nada. Pero tienes razón. —Rice asintió—. Es una confesión. Y está jodido, ¿no? Quién se va a creer que alguien consentiría que le hicieran lo que le pasó a Nick, ¿verdad?

—Seguramente nadie, espero —dijo Rice, asintiendo de nuevo—. ¿Tienes los horarios de clase Nick? Necesito hablar con él, pero no me responde, aunque es evidente que no es nada personal.

—No, yo creo que es que está sobrepasado. No es por ti. Así a bote pronto no me lo sé, pero…

El teléfono de Julia empezó a vibrar y a sonar sobre la encimera.

Rice miró la pantalla con la esperanza de ver el nombre de Nick, pero ponía otra cosa: Charlie Lee.

«¿Charlie Lee? ¿El detective privado?».

—Perdón, es del trabajo —se disculpó ella—. ¿Te importa que la atienda rápidamente?

—Adelante.

Julia se fue por el pasillo mientras contestaba el teléfono.

—Hola, Charlie. Me pillas con gente ahora mismo, ¿podrí…? Sí… Vale, dame un segundo y te leo la lista. —Según subía las escaleras, la voz se oía cada vez más lejos.

Rice se quedó en la cocina y oyó la voz amortiguada de Julia, pero no pudo descifrar nada de lo que decía. Si era el Charlie Lee que él pensaba, ¿por qué estaba ella trabajando con un detective privado? Sabía que tenía muy buena reputación, al menos para ser un detective privado que no había pasado por la policía. Venía del mundo de los seguros. Habían coincido en un par de casos, cada uno en un bando; los acusados solían contratarlo.

Rice se rindió y se apoyó en la encimera, al otro lado de los fuegos.

Estaba comprobando el correo electrónico cuando oyó una puerta cerrarse en algún lugar encima su cabeza y pisadas en las escaleras.

—Perdona —dijo Julia mientras reaparecía al final del pasillo.

—No te preocupes. Te he interrumpido en horario de trabajo. —Ella le quitó importancia con la mano—. Perdona que pregunte, pero ¿era ese Charlie Lee, el detective privado?

—Sí. —Julia lo miró con un brillo en los ojos y cruzó los brazos—. Cuando trabajaba de abogada defensora contaba con él, y lo llamé hace poco por un proyecto.

—Pensaba que ahora trabajabas en temas de políticas.

Julia dejó el teléfono en la encimera.

—Sí. Quiero que me busque a unos exclientes para entrevistarlos.

—Entiendo. Interesante.

Ella asintió y luego dijo:

—Bueno, el horario de Nick. Creo que acaba todos los días a las tres o las cuatro. Sí sé que este semestre no tiene clase por la tarde. —Cogió la tetera, la agitó ligeramente y luego echó té en una taza que había sobre la encimera. El chorrito cayendo fue como música para sus oídos, y Rice se arrepintió de haber rechazado el ofrecimiento—. ¿De qué quieres hablar con él?

—Solo quería ver qué tal, después de lo de la carta y eso. —Rice se recolocó contra la encimera—. Ya que estoy aquí, ¿ha dicho Nick algo sobre el chico con el que se suponía que había quedado esa noche?

—¿Chris? —preguntó Julia, sorprendida.

—Sí.

—La verdad es que no sé nada de él —dijo ella tras hacer memoria del nombre.

—¿Están saliendo?

—No. A Nick le gustaba. Recuerdo que lo comentó en verano.

—Bien —contestó Rice.

—¿Tiene algo que ver con esto? —preguntó, con el ceño fruncido.

—No creo. Solo quiero asegurarme de que he hecho bien los deberes. Comprobar si tengo toda la información.

—Ya veo —dijo ella despacio—. Tendrás que hablar con él.

Rice se quedó un momento sentado en el coche antes de irse.

Había tocado el tema de soslayo con una charla debidamente cautelosa. A lo mejor Julia había intuido a qué se refería. Antes era abogada defensora.

Walker era bueno elaborando historias. Lo sabían por la carta. Había confesado, pero también había reaccionado a los cargos. Y como Linda ya se había temido, como la víctima era masculina, los medios consideraron que el caso merecía más atención en las noticias. Walker había contratado a Eva Barr, que a su vez iba a contratar a su propio detective privado. Era cuestión de tiempo que la defensa se enterara de la existencia de Chris, y eso era un problema. Le daba a Nick una razón para mentir sobre el tipo de encuentro que tuvo con Walker. Para la defensa era otro hilo del que tirar.

25

NICK HALL, 2015

A Nick se le encogió el estómago cuando oyó el teléfono. Era una vibración corta, es decir, un mensaje, no una llamada. Pausó la serie que estaba viendo en el ordenador y rodó hacia la mesita de noche.

Era Tony: Todo bien?

Nick refunfuñó. El control rutinario.

Respondió lo mismo que siempre: Sí.

Gracias a Dios que ya no estaba en casa de Tony. Al menos ahora no tenía que tratar con él en persona. Le había mandado más mensajes y fotos en la última semana que en toda su vida. Era agotador tener que tranquilizarlo diciéndole que estaba bien. Y siempre que contactaba con él, antes siquiera de ver su nombre en la pantalla, no podía evitar pensar si sería otro compañero de clase que se había enterado de lo del caso. O peor aún: novedades sobre aquella noche. Pero eso era imposible; solo él y Ray sabían lo que pasó en esa habitación, y ellos ya habían hablado.

Llamaron a la puerta; Johnny asomó la cabeza.

—Ha venido el inspector.

—¿Qué quiere?

—No sé más.

Nick notó que le vibraba el móvil en la mano. Tony de nuevo: Necesitas algo?

Y él escribió rápidamente: Sí. Que me hagas caso cuando te digo que estoy bien.

El inspector Rice estaba al final de las escaleras, en el recibidor desordenado.

—¿Podemos hablar en privado en algún sitio?

—La verdad es que no —contestó Nick; no quería que el hombre

este viera su habitación.

—¿Damos una vuelta?

Nick cogió una cazadora y un gorro y lo siguió afuera.

Bajaron por Spring Street hacia el campus. Lo primero que hizo el inspector fue sacar el tema de la carta.

Nick le dijo que estaba bien.

Rice le explicó que era útil para su equipo. Ahora ya sabían en qué se iba a basar la defensa y podían empezar a prepararse. Y usar la carta contra Walker en el tribunal.

Nick contestó que vale.

El inspector Rice se adelantó.

—Oye, quería preguntarte qué tipo de relación tienes con Chris.

—Ninguna —contestó Nick, encogiéndose de hombros.

—¿No estáis juntos?

—Pues no.

Nick no había respondido a ninguno de los mensajes de Chris desde la noche del suceso. Era probablemente la última persona del mundo con la que quería hablar del tema.

—¿Tampoco esa noche?

—No —contestó Nick—. Me dejó tirado.

El inspector negó con la cabeza; el chaval no lo estaba entendiendo.

—¿No estabais saliendo cuando pasó?

—No —contestó Nick; ¿se lo tenía que deletrear o qué?—. No quería salir conmigo.

El inspector asintió y preguntó:

—¿Se habría molestado si te hubieras acostado con otra persona? —«Pero no lo hice», pensó Nick. Sus ojos debieron de delatar su sorpresa por la pregunta, porque el inspector volvió a hablar—: Sé que no te acostaste con Walker. Me refiero a que… —Hizo una pausa—. La fiscal adjunta quiere saber más sobre vuestra relación; cree que saldrá en el juicio. Ya has visto lo que va diciendo Walker. Él y su abogada seguramente intenten que parezca que no querías que Chris se enterara. Que fuiste infiel.

—¿Cómo se han enterado de que existe?

—Bueno, aparece en tu versión. Yo lo cito en mi informe, tú en tu

declaración…, y sale en más sitios. Tendrán toda esa información.

—Pero… —dijo Nick—. ¿Van a hablar con él?

—No lo sé —contestó el inspector Rice—. Seguramente. Puede que lo interroguen. Incluso yo.

—Él no tiene nada que ver con lo que pasó.

—Entiendo que estés confundido, pero no quiero dorarte la píldora. El tribunal puede acabar llegando a lugares inesperados.

Nick se acordó de una cosa que le dijo el terapeuta durante su primera sesión. Jeff estaba hablando sobre la confidencialidad, casi como si estuviera leyendo una lista de comprobación imaginaria, y dijo algo de que un tribunal puede exigirle a un psicólogo que entregue sus historiales.

—Pero ¿qué tiene que ver Chris con que me violaran o no? —le preguntó a Rice.

—Porque si no se le ocurre una buena razón por la que tú mentirías, está jodido. —Oír al inspector siendo tal vulgar le chocó. Parecía un tío duro; era grande, mayor y llevaba una pistola debajo de la chaqueta. Tenía la cara picada y llena de arrugas. Pero nunca le había hablado así—. Va a hacer todo lo que pueda para dejarte por mentiroso, Nick. Se enfrenta a años, incluso décadas. Y a estar en un registro de delincuentes sexuales de por vida. —Nick respiraba superficialmente. Tenía la sensación de que se estaban peleando, pero no tenía claro por qué—. Va a ir a por ti sin descanso —prosiguió el inspector—. ¿Te lo han dicho ya?

—Me lo podrías haber dicho tú —repuso Nick.

—Lo estabas pasando mal —dijo Rice en voz baja, sorprendido.

«Es decir, no quería que sufrieras más». El inspector había estado tratándolo como a un niño. Igual que Tony. Igual que toda la gente que le hablaba del puto caso. Lo estaban tratando como si fuera un crío. Y estaba dando sus frutos. Cada vez que tenía que hablar de ello, se sentía cohibido, ajeno al hombre que era antes de aquella noche.

El inspector lo observaba mientras caminaban.

—No estábamos saliendo. Yo quería, pero él no. No le habría molestado que me acostara con otro. Y ya. Eso es todo.

—Vale —dijo Rice, más calmado—. Si me estás ocultando algo

sobre vosotros, es el momento de decírmelo.

—¿Por?

—Porque no está bien visto cambiar de versión a mitad del proceso. —Algo ocurría. En lo más profundo de sus ojos, sintió las lágrimas amenazando con salir al exterior, al frío—. No puedo no contar lo que me digas. Si me cuentas algo, la fiscalía se lo tiene que decir a él. Para él todo vale, así funciona un juicio justo.

«Pero no puede disponer de información que la policía no tiene —pensó Nick—. Y lo sabes. Si tú no se lo dices a nadie, Ray no se entera».

Se le pasaron las ganas de llorar.

—No sé qué es lo que quieres de mí —dijo Nick.

—Quiero la verdad.

—Ya la sabes —contestó, encogiéndose de hombros.

26

TONY HALL, 2015

Tony tenía un agujero en la zapatilla a la altura del dedo gordo, de rozarse con la malla. Originalmente eran grises con detalles blancos, pero ahora estaban manchadas de hierba y deslucidas por el barro. Se las ponía sobre todo para jugar con los niños y para cortar el césped. No se acordaba de la última vez que había ido a correr. Se ató los cordones y salió a la calle. Cuando llegó al final del acceso para el coche fue hacia la derecha, en dirección contraria al pueblo. Había pensado en ir hasta el puentecito y vuelta, unos tres kilómetros. El aire frío y seco le recorría las fosas nasales y con cada pisada le dolían ligeramente las espinillas.

La primera vez que Tony salió a correr al aire libre fue el verano del año en el que terminó la universidad. Fue un verano de cambios, se acordaba a la perfección. El último verano que soltó un puñetazo. El último verano que, con una excepción, se tomó una copa. Todo estaba relacionado.

Beber era su debilidad; como se tomara más de dos, el interruptor de la contención de su cerebro se apagaba. Se le aflojaban las extremidades y se reía muy alto y era gracioso y divertido, y normalmente perdía el miedo a cantar, bailar o coquetear con chicas guapas. Pero a veces no era gracioso y sus bromas eran demasiado mordaces. Y a veces no era divertido. A veces algún tío lo miraba mal, como si se pensara que era el puto amo y quisiera que Tony le diera la razón. En la universidad se peleó varias veces estando borracho, siempre por culpa de cosas así, como esa actitud tosca de «¿Qué estás mirando?». Se pegó de puñetazos dos veces. Sus amigos narraban los incidentes con dramatismo y regodeo, como si Tony fuera Rocky. Él intentaba verse a sí mismo como lo hacían ellos: un macarra que no se dejaba pisotear. Pero lo que él recordaba de las peleas era esa

sensación de los brazos agitándose, casi sin poder controlarlos, como si él y el otro tío fueran marionetas dándose una paliza.

La última pelea fue el verano del año que terminó la universidad. Su novia de entonces lo llamó «pelea», pero no lo fue exactamente, aunque en su memoria lo tenía así grabado por ella. Él y el otro llegaron a las manos, pero fue cuestión de segundos, de verdad. El tío lo agarró de la camisa y él se lo quitó de un empujón. Y ya.

A la mañana siguiente ella seguía enfadada.

—Ya eres mayorcito para eso.

—Me agarró él —dijo Tony con incredulidad.

—Le estabas gritando.

—¿Eso es gritar para ti?

—Era evidente que era un gilipollas borrachuzo.

—Llamó maricón al chico ese.

—Y él no lo oyó.

—¿Y?

—No puedes vigilar a todo el mundo. ¿Y si te hubieran detenido por pelearte? ¿Y si se hubiera vuelto loco y te hubiera hecho daño, o a mí? No piensas en los riesgos; simplemente te pones en modo héroe de mierda y defiendes a gente que no te ha pedido ayuda. No me gusta salir contigo y estar preocupada por si alguien te hace estallar. Solo te pasa cuando bebes.

—¿Crees que no le habría dicho nada si hubiera estado sobrio?

—Sí, la verdad. Dudo que te hubieras metido en una pelea a empujones por eso.

Acabaron dejándolo por la pelea y por otras razones. Al parecer ella le envió un mensaje de despedida a su madre. Tony no llegó a leerlo, pero mencionaba lo de la bebida. Lo sabía porque su madre se lo comentó la siguiente vez que se vieron.

—Ya sabes que tu padre tiene la mecha corta cuando bebe.

—¿En serio me estás comparando con él?

—No, hijo. Sé que no vas por ahí buscando pelea. A lo mejor hasta tienes tus razones. Pero cuando hay alcohol de por medio razonar es escurridizo.

Tony llevaba toda su vida viendo a su padre alterarse por cosas que

alguien sobrio quizás no habría notado y, sobre todo, a las no le habría dado importancia, como miradas que a Ron le parecían irrespetuosas o infieles. Cada vez que se abría una lata, aumentaba el potencial de los celos, la ira o la desconfianza.

—Yo no soy tan capullo como él —dijo Tony en tono más suave.

—Lo sé. —Estaban sentados en la cocina de ella, comiendo una lasaña que había preparado para la ocasión—. Cuando estás sobrio, eres el mejor hombre del mundo. A veces me cuesta creer que hayas salido así. Sobre todo con tu hermano. Eres buenísimo con él. Aguanté con tu padre tanto tiempo porque me preocupaba destrozaros la vida con el divorcio. Supongo que me tragué el cuento del «hogar roto». Si hubiera sabido que ibas a ser como eres, no me habría preocupado. Te habría metido en el coche y me hubiera ido años antes. No te pareces nada a él… —Hizo una pausa—. Cuando estás sobrio. Pero la bebida… Uno no pasa de cero a cien como si nada. Es como un tobogán. Cuando conocí a tu padre, era encantador y bailaba genial. No era perfecto, porque siempre ha sido un poco impulsivo, pero era diferente. Era como un tobogán. Y creo que la bebida hacía que cada vez fuera más empinado y veloz.

Ese mes, Tony fue a ver a una terapeuta especializada en casos de adicción al alcohol y las drogas.

—¿Tú piensas que tienes un problema con la bebida? —le preguntó.

—No —contestó él—, pero a lo mejor estoy a las puertas.

—¿Te refieres a estar al borde del problema?

—Sí.

—Totalmente. —La terapeuta no dijo nada más; quería que hablara él.

—Creo que eso piensa mi madre. Ella no monta dramas. Tampoco es sobreprotectora ni hace chantaje emocional. Y eso que lo ha vivido; mi padre tuvo un problema serio con la bebida. Así que el hecho de que ella crea que… —Eran palabras muy duras; aspiró bruscamente y se le pasaron las ganas de llorar—. Lo último que quiero en la vida es ser como él. Ella no se lo merece. Y mi hermano pequeño me admira. Y me gusta, me hace sentirme importante. No quiero que piense que lo de nuestro padre es normal. Quiero ser su ejemplo. Y si me paso de

la raya…

—Pues da marcha atrás —dijo ella, asintiendo.

Se propuso no beber más en lo que quedaba de verano, para ver qué tal. La psicóloga le dio una lista de asociaciones de alcohólicos anónimos de la zona, pero nunca fue. También le dijo que se buscara una afición que lo ayudara a procesar lo que iba sintiendo. Y así empezó a correr ese verano. Era su momento para quemar la energía nerviosa y los pensamientos inútiles. Cuando llegó el otoño, siguió corriendo. Cada vez corría más tiempo y los subidones eran más fuertes.

Lo dejó a los pocos meses de empezar a salir con Julia. Perdió la costumbre de la noche a la mañana; de repente, llevaba un mes sin salir. No es que correr le hubiera ido mal; no le iba mal ahora. Notaba los tobillos más flexibles y sus zancadas eran más largas. Se acordaba de cuando la maquinaria se ponía en marcha al entrar las piernas en calor.

Quizás lo dejó porque ya no lo necesitaba. Ya se había acostumbrado a no beber. Le gustaba la persona en la que se estaba convirtiendo. ¿Y quién necesita el subidón poscarrera cuando tiene novia nueva? Julia era lo que más subidón le daba. Gracias a ella se sentía feliz y seguro de sí mismo, tranquilo y fuerte. No era perfecto, ni mucho menos. De hecho, hace diez días se cabreó, le dio un golpe a una ventana y se rompió el dedo meñique. Era como una broma del destino: «¿Te crees un malote y un machote por darle un puñetazo a una ventana? Pues ahora tienes el dedito meñique roto».

Pasó por delante de la casa de un vecino. Tenían un establo y un silo que se caía a trozos, con agujeros enormes en los laterales y la parte de arriba. El aire era muy frío y empezaron a dolerle los pulmones. Menos mal que ya era noviembre. Octubre había sido horrible de principio a fin. Por mucho que quisiera que Nick estuviera bajo su techo, acabó agotado tras su estancia, y luego la carta de Walker lo dejó rendido. Tony ya estaba más que bien desde hacía mucho tiempo. Quince años, ¿no? Sí. Habían pasado quince años desde todos esos cambios. Y él creía que habían funcionado.

Una vez, mientras estaba corriendo, pasó junto a un árbol caído y se

acordó de una fábula que su madre le leía de pequeño; iba de un roble y un junco. El árbol, con su tronco grueso, parecía sin duda alguna más fuerte que el junco fino que había en la orilla del río, pero hubo un vendaval muy violento que arrancó el árbol de cuajo y lo tiró, mientras que el junco sobrevivió porque era flexible. Y entonces entendió a qué se refería su madre. Su padre pensaba que era tan duro como el que más y quería que todos lo supieran, pero en realidad Tony no conocía persona más débil que él. Ron Hall era incapaz de ponerse en marcha por las mañanas sin su lata de cerveza. Rompía cosas para asustar a su mujer. Pegaba a sus hijos. Era patético. Por el contrario, su madre era dulce y amable por fuera, pero por dentro era todo fuerza. Ese día, mientras iba corriendo, lo entendió. Aprendió la lección. Y siguió quince años más trabajando en su persona. Trabajando su flexibilidad.

Pero, a pesar de todo, la ira arremetía contra él con demasiada facilidad. Fue leer la carta de Walker, aquellas palabras repugnantes, y cegarse. Estaba convencido de que dar un golpe a lo que fuera le aliviaría el dolor tan insoportable que estaba sintiendo. El método de supervivencia de su padre siempre iba a estar ahí, tentándolo. «No seas cobarde y sé un hombre. Devuelve el golpe. Defiéndete». Quince años y aún seguía allí. ¿Y qué había conseguido? Un meñique roto, un orgullo herido y, lo peor de todo, dos niños muertos de miedo. Seb se echó a llorar el primero, seguido por Chloe. La vergüenza que sintió en ese momento lo tenía atormentado.

Sin embargo, a pesar de ella, seguía cabreado. En el fondo, la culpa de que se hubiera comportado así era de Walker. Incluso estaba un poco enfadado con Julia por sorprenderse. Sí, lo que había hecho no era razonable; era aterrador y violento. Vale, era todas esas cosas que él normalmente no era. Pero ¿no podía perdonarlo, teniendo en cuenta lo que acababa de leer? El tío ese no solo había agredido a Nick, sino que además se había metido en su propia casa. Les había restregado sus mentiras por la cara. Se había inventado una historia y le había dado la vuelta a la tortilla.

Tony empezó a correr más rápido, dando golpes con los pies en el pavimento. El dolor en los pulmones se intensificó y empezó a salivar.

A tomar por culo Raymond Walker. A tomar por culo él y sus mentiras y su carta engreída y petulante sobre la verdad y la justicia. A tomar por culo por hacerle eso a Nick.

Nick.

Notó una punzada en la parte inferior de las costillas y bajó la velocidad; empezó a andar, jadeando y apretándose el costado. Nick le había dicho que lo olvidara, que estaba bien. Al principio no se lo creyó; era imposible que no le importara ni un poco la carta. Pero le había dicho que estaba bien, y parecía verdad. Le había contestado a los mensajes. Le había mandado fotos por Snapchat. Un día que estaba aburrido en clase le mandó un selfi. Otro día le mandó una foto de la tele; su compañero de piso estaba al lado, viéndola con él. Su vida no había cambiado. Como mucho, lo único que parecía molestarle era que Tony lo controlara constantemente.

No lo estaba ayudando; más bien se estaba jodiendo él. Se dio la vuelta y se puso a andar hacia casa. No había llegado hasta el puente, pero le daba igual.

27

JULIA HALL, 2015

Era mediados de noviembre. Julia vio en la pantalla del móvil el nombre de Charlie Lee y se fue corriendo a su despacho para atender la llamada sin que la oyera Tony.

Charlie recitó rápidamente la lista de los nombres de sus exclientes, parando lo justo para que Julia anotara las direcciones o los números de teléfono confirmados por él. Cuando acabaron, Charlie bajó la voz y preguntó con tono travieso:

—Bueno, ¿y el proyecto paralelo? —Lo dijo con secretismo. Y la verdad es que era un secreto. Ella no quería que nadie se enterara de que lo había contratado para que investigara a Raymond Walker, para ver si conseguía algo que sirviera para garantizar su condena. Ni siquiera Tony.

Charlie solo le contó dos cosas que no sabía ni por Nick ni por el inspector. La primera, que no fue Raymond Walker quien reservó la habitación de motel donde llevó a Nick. El tío de recepción le había dicho a Charlie que la reserva la hizo una mujer a cambio de dinero. Motel 4 no obligaba a los clientes a dejar una tarjeta de crédito, siempre que pagaran la habitación y tuvieran carnet de conducir, ya que el personal necesitaba una fotocopia. Charlie no había localizado a la tía que pagó la habitación de Walker, pero, por los resultados de búsqueda de su nombre, seguramente fuera nómada. Era probable que Walker le ofreciera dinero a cambio de reservar la habitación.

—Es más común de lo que te imaginas —dijo Charlie.

Julia desconocía si la policía sabía que Walker pagó a alguien para hacer la reserva a otro nombre, pero sospechaba que sí. Lo habrían comprobado en la recepción cuando aún estaban intentando localizarlo. Costaba imaginar una razón inocente por la que hacer algo así. Se le vino a la mente la expresión «con premeditación y alevosía».

Los abogados de Maine casi no la usaban, pero la había aprendido en la facultad de Derecho. Significaba algo así como reconocer internamente el mal que se va a perpetrar. Reservar una habitación a nombre de otra persona para llevar allí a alguien… sonaba a que Walker tenía en mente hacer lo que hizo. Le parecía raro que el inspector Rice lo supiera y no se lo hubiera contado a ellos, o al menos a Nick. Pero era una tontería pensar eso. Su trabajo no era contarles cosas.

La segunda sorpresa que le dio Charlie era que al buscar a Raymond Walker en las bases de datos no vio ni antecedentes penales ni órdenes de alejamiento.

—Jamás lo habría pensado —dijo Charlie—, pero creo que se trata de un delito que la gente no suele denunciar. Como viaja por trabajo, voy a hacer unas llamadas interestatales.

—Poco te he pagado por el tiempo que le vas a dedicar.

—En serio, no te preocupes. Ha llevado su tiempo, pero me interesa. Ahora mismo no hay nadie más limpio que este tío. —Se rio entre dientes—. Bueno, quizás tú.

28

NICK HALL, 2015

Nick vio a Tony aparcar desde la ventana de su habitación. Se miró en el espejo una vez más. Camisa celeste, los pantalones color canela de Tony y unos zapatos de vestir marrones desgastados. Tenía aspecto de adulto respetable y aburrido. Las tres prendas parecían apropiadas para testificar ante un gran jurado.

Fuera hacía un frío polar, pero el cielo estaba despejado.

—Gracias por llevarme —dijo al subirse al SUV de Tony.

—De nada —contestó su hermano—. Me apetecía llevarte.

—Te he avisado con poco tiempo.

Tony apartó la mirada y arrancó.

—No pasa nada. Sé que me he pasado un poco.

—No —contestó Nick.

Era mentira; sí que se había pasado un poco. Después de lo de la carta de Walker, había estado mandándole mensajes prácticamente a diario.

Solo quería saber cómo estás.

Que si cómo estás, que si todo bien… Era agotador. Así que lo capeó como otras veces: con respuestas cortas y mecánicas: Bien. Genial. No puedo hablar, tengo lío. Estoy en clase.

Básicamente, le decía lo justo para tranquilizarlo y para no alargar la conversación. Había surtido efecto y Tony por fin había reculado, pero ahora Nick se sentía culpable. Su hermano solo quería que estuviera bien. ¿Tan malo era?

Cuando se cansaba de tanta preocupación, le decía que quería ir solo al gran jurado. Tony se lo preguntó un par de veces, pero él le dijo que no, así que se rindió. Pero esa mañana Nick se despertó agarrándose el cuello porque le faltaba el aire; tardó unos segundos eternos en darse cuenta de que estaba en su cama, a salvo; en zafarse

de la risa que oía en su cabeza. Estaba a salvo. A salvo pero solo. Escribió a Tony y le preguntó que si seguía queriendo ir con él.

Cuando llegaron al juzgado, Nick fue al baño; era la cuarta vez esa mañana. El estómago lo estaba matando. Solo había desayunado unas tostadas, pero hasta eso le había sentado mal.

Un alguacil les dijo que tenían que ir a la segunda planta. Linda salió al pasillo y vio a Tony. Les pidió que se sentaran en el banco que estaba pegado a la pared. Y también les explicó que tardaría un rato, antes de escabullirse hacia la sala del final del pasillo.

Se sentaron y hablaron de la tele, de las clases de Nick, de una anécdota graciosa sobre su sobrina…, de lo que fuera menos de la razón por la que se encontraban allí. Tony estaba intentando distraerlo, y, en ese preciso momento, a Nick no le molestó.

Las tostadas y la acidez estaban rebeldes y el ruido empezó a ser evidente. Pilló a Tony un par de veces mirando fugazmente hacia su estómago.

—Parece que están de motín ahí dentro —le dijo por fin; Nick se echó a reír a carcajadas; era muy absurdo, pero le sorprendió y le encantó a la vez; Tony también se rio, claramente orgulloso de sí mismo, y añadió—: Seguro que antes has cagado hasta los intestinos.

—Estoy nervioso —se quejó Nick, aún sonriendo; y lo estaba, pero reírse le calmó el estómago.

Se abrió la puerta y apareció Linda.

—¿Listo?

De repente, Nick sintió que Tony le cogía la mano. Tres apretones, como cuando era pequeño: «Te quiero». Él le dio cuatro. Claro que lo quería. Seguramente mucho más que a cualquier otra persona. Su hermano era un grano en el culo, pero cuidaba de él mejor que nadie.

Cuando entró en la sala, lo primero en lo que se fijó fue en la gente. Sherie, la facilitadora, lo había llamado la semana anterior para hablarle sobre el gran jurado; le dijo que probablemente serían veintitrés personas. Esos veintitrés miembros del gran jurado iban a votar si Linda tenía suficientes pruebas para acusar a Ray de violarlo. Esos veintitrés desconocidos iban a decidir qué opinión les merecía Nick.

Las paredes estaban cubiertas de paneles de madera y había una bandera estadounidense y otra de Maine en una esquina, pero tampoco es que pareciera una sala de audiencias. No había juez ni asientos para el público. Se sentó en un reservado pequeño, como en las pelis de juicios. Tenía de frente a los miembros del gran jurado, y Linda se quedó de pie a su lado.

Esta empezó por lo fácil: el nombre de Nick, su edad, su domicilio, qué estaba estudiando…

—Ahora voy a hacerte unas preguntas sobre el 2 de octubre de este año.

Él asintió, con el ritmo cardiaco acelerado.

¿Por qué salió? ¿Con quién iba? ¿Hizo Chris acto de presencia? ¿Estaba saliendo con él? ¿Qué hicieron él y Elle en el pub? ¿Cuántas copas se tomó? ¿Muy seguidas? Pero ¿en qué lapso de tiempo? Así que no estaba ebrio, ¿no? ¿Cuándo se fijó en el hombre que se presentó como Josh?

—Cuando fui a la barra. Elle quería otra ronda.

—¿A qué hora fue eso?

No se acordaba. ¿Era malo? Empezó a sudar a chorros por el nacimiento del pelo.

—No me acuerdo —contestó.

—¿Te ayudaría a recordar leer tu declaración?

Nick asintió.

Linda sacó unas páginas grapadas de una carpeta que tenía en la mesa que había a su lado. Dobló una página, subrayó algo con un lápiz y se la dio.

Era una denuncia policial. En la parte de arriba ponía INSPECTOR JOHN RICE. Esta era la frase subrayada con lápiz: «Nick me dijo que conoció al hombre que luego se identificaría como RAYMOND WALKER en el pub Jimmy's en algún momento entre las 22.30 y las 23.00».

—¿Ahora te acuerdas? —le preguntó Linda.

—Sí —contestó él—. Fue entre las diez y media y las once.

—Bien. ¿Estaba en la barra cuando llegaste tú?

Nick miró hacia la moqueta y visualizó el momento.

—No —contestó—. Yo ya estaba allí cuando se sentó a mi lado.

—¿Quién empezó la conversación?

De eso se acordaba.

—Él —dijo enseguida.

Había evitado pensar en esa noche; quería que su recuerdo se apagase hasta morir en la oscuridad. Pero Ray escribió la carta esa, donde parecía que fue Nick quien lo buscó a él. No pudo evitar recordarlo y comparar su versión con la de Walker. Esa parte sí que no era verdad.

Linda siguió haciéndole preguntas. ¿Cómo le dijo el hombre que se llamaba? ¿De qué hablaron? ¿Cuánto tiempo estuvieron charlando? ¿Cuántas copas se tomó él? ¿Y «Josh»? ¿Quién propuso irse de allí?

—Él. —Lo oyó en su cabeza: «¿Te apetece que nos vayamos?»; podría sonar cursi, pero en boca de Josh (Ray) sonó de maravilla.

—¿Cómo decidisteis adónde ir?

—Dijo que estaba en un hotel, así que fuimos allí.

—¿Qué hotel?

—El Motel 4.

—¿Cómo fuisteis hasta allí?

—Creo que cogimos un taxi.

—¿Qué pasó en el taxi?

Nick notó que se ruborizaba.

Le gustó mucho Josh. Se sintió liberado y complaciente gracias al alcohol, al rechazo de Chris… Josh era guapísimo y maduro, y le salían arruguitas en esos ojos claros que tenía. Estaba muy satisfecho de sí mismo. Cuando se subieron al taxi, le indicó al conductor que iban al Motel 4 y luego se inclinó hacia Nick. A Josh le daba igual lo que pensara el taxista, y, en ese momento, a él también.

—Nos enrollamos.

Ya estaba llegando al meollo del asunto. No solo el hecho de ser gay, algo que seguramente fuera un problema para algunas de las personas que estaban en la sala, sino también su predisposición. «Al principio —se recordó—. Mostraste predisposición solo al principio».

Miró al otro bando y sin querer hizo contacto visual con un hombre que había en la primera fila. Este desvió la mirada enseguida.

—¿Solo besos? —le preguntó Linda.

Nick tenía las manos en el regazo, pero empezó a frotarse el antebrazo derecho. No se veía muy bien en el taxi, por los jadeos…, y Josh le tocó la ingle. Ese detalle no se lo había contado a nadie todavía.

—Sí —contestó Nick.

Y metió el pulgar por debajo de la manga.

Nick salió por las puertas dobles y vio a Tony esperando al final del pasillo.

—Eh —dijo y fue hacia él rápidamente.

—Linda me ha dicho que puedo marcharme si quiero —le explicó.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. —Despacio y rápido a la vez. Agotador y estresante, pero mejor de lo que se había imaginado. Se había ceñido a su versión. No la había cagado—. Creo que lo he hecho bien.

—¿Lo han imputado?

—Linda aún no ha terminado.

—¿No quieres esperar, por si acaso? —preguntó Tony, mirando por encima del hombro de su hermano, hacia la puerta.

Nick negó con la cabeza. La adrenalina se había apoderado de él mientras testificaba y estaba derrengado.

—Quiero irme a casa.

En el aparcamiento, Tony le propuso comer juntos, pero él estaba demasiado cansado.

Se subió al coche y se hundió en el asiento del copiloto. Pensó que a lo mejor se quedaba dormido de camino. Al abrocharse el cinturón de seguridad notó escozor en la carne suave del antebrazo, justo donde se rozaba con la manga. Enganchó el cierre y luego giró la muñeca hacia arriba. Agachó la cabeza lo más sutilmente que pudo y vio un puntito de sangre en la manga.

29

JOHN RICE, 2019

Julia no respondió. Se limitó a beber té. A pesar del tiempo que había pasado, cuando Rice la miró no pudo evitar acordarse de Irene. Su mujer era dura como una piedra, y Julia era así normalmente, pero ese día le temblaban las manos.

—No has estado en un gran jurado —dijo Rice.

—No.

—Por lo general es muy aburrido, pero en el caso de Nick fue interesante.

—¿Por?

—Bueno, por un lado, la víctima no siempre testifica, como ya sabes. Linda quería hacer un simulacro para ver qué tal lo hacía.

—Sí —contestó ella.

—¿Sabes que cometió un error?

—No.

Fue tan sutil que Linda Davis, la fiscal adjunta, ni siquiera lo notó, y eso que estuvo muy atenta a los detalles. Sin embargo, a Rice lo inquietó un poco. El chaval, al llegar a la parte de su versión en la que ambos entran en la habitación del motel, testificó que él cerró la puerta y Walker le dio un golpe en la cabeza. Dijo que se cayó al suelo y que Walker encendió la luz, y ahí fue cuando perdió la visión y la memoria. Rice recuerda estar mirando al chaval a la cara mientras lo contaba. Tenía la cabeza gacha, lo cual no es raro; cuesta hablar de esas cosas, y mucho más en una sala llena de desconocidos. Pero Rice notó de repente una comezón en el cuello y sintió la necesidad de levantarse. Esperó a que el chaval se fuera y a que Linda empezara a hablar con los miembros del jurado y se reclinó hacia atrás con toda la naturalidad del mundo antes de abrir su carpeta. Sacó las notas del interrogatorio de Nick, pero iba a tener que escuchar la grabación

para asegurarse.

Cuando volvió a la comisaría, se sentó en su mesa, se puso los auriculares y reprodujo el interrogatorio. Encorvado y con las manos en el regazo, se lo escuchó enterito. Sí, era sutil, pero ahí estaba. Nick nunca había mencionado que Walker encendiera la luz.

En el interrogatorio dijo que estaba oscuro cuando lo golpeó y que eso era lo último que recordaba. Ahora había dicho que se cayó al suelo y Walker encendió la luz. Un detalle muy sensorial, la típica cosa que uno no puede evitar visualizar: una habitación de motel oscura como boca de lobo inundada de luz amarilla. Entonces ¿por qué no lo había mencionado antes?

—Cambió una parte —dijo Rice.

—¿Ante el gran jurado?

—Pues sí. Y, aunque suene descabellado, fue justo en ese momento cuando el caso se me escapó de las manos.

El Estado nunca tenía el control total de un caso de principio a fin; era imposible. Rice no se refería a eso. Cuando entró en la sala del gran jurado, se sentía bastante optimista, teniendo en cuenta el tipo de caso que era. Su versión era coherente. Las pruebas materiales estaban de su parte. Hasta Chris Gosling parecía ser un problema menor de lo que se habían imaginado; le había dicho a O'Malley lo mismo que Nick a Rice: no estaban saliendo. Hasta donde Rice sabía, Nick no tenía ningún motivo para inventarse una agresión sexual.

Pero luego, ante el gran jurado, titubeó en el punto más inesperado.

—¿A qué te refieres con que se te escapó de las manos?

—Tenía la mosca detrás de la oreja —dijo él, encogiéndose de hombros—, pero me callé. —Julia lo miró con los ojos muy abiertos, abatida. Era imposible que Rice expiara los pecados que había cometido, pero al menos podía confesarse—. Ya sabes por qué te pedí que vinieras, ¿no?

30

JULIA HALL, 2015

La semana pasada habían imputado a Raymond Walker. No sabían mucho del procedimiento del gran jurado, solo que había prosperado. A la buena noticia le siguió enseguida lo que parecía una mala: la cobertura mediática.

Linda fue lista al pedir que Nick permaneciera en el anonimato, porque la prensa estaba enganchada a aquel caso de violación de una víctima masculina. Incluso un periódico del norte publicó un artículo al respecto tras la imputación. Julia no recordaba haber trabajado en ningún caso que saliera en las noticias a ese nivel, con cobertura estatal y actualizaciones periódicas.

Los artículos hablaban de las fases del procedimiento hasta la fecha (la detención, la fianza, la imputación…) y citaban aquí y allá a Eva Barr, la abogada de Walker. Las citas eran las mismas en todos los artículos; seguro que las había mandado por correo electrónico. «No nos sorprende la imputación, ya que el gran jurado solo ha escuchado la versión de los hechos de la acusación. Confiamos en que lo absuelvan cuando el jurado tenga la oportunidad de escuchar a Ray». Un artículo hacía luego una recapitulación de la carta de Walker; según él, la presunta víctima había bebido, lo abordó en la barra y luego ambos accedieron de forma consensuada a tener sexo «salvaje».

Eran palabras muy duras, pero la principal inquietud de Julia, aunque fuera infundada, era que, de alguna manera, se acabaría vinculando a Nick con el caso, y eso se cargaría la poca privacidad que tenía en todo ese lío. Ella no era muy fan de los reporteros *per se*, pero confiaba en que no publicaran el nombre, pues la jueza había ordenado que fuera confidencial en el procedimiento judicial. Lo que le preocupaba era la actividad en la sección de comentarios de los artículos. Por la razón que fuera, la gente se sentía obligada a dar su

opinión sobre el caso en internet. Las únicas personas que sabían que «la víctima» de los artículos era Nick Hall eran familiares y algunos de sus mejores amigos, aparte de los profesionales. Que alguien pudiera descubrirlo en internet era descabellado, pero la mera posibilidad ya la inquietaba. El día posterior a la imputación, ojeó la sección de comentarios de todos los artículos que encontró. Intentó limitarse a buscar la N y la H mayúsculas, pero era imposible no leer. Muchos comentarios eran anti-Walker, pero otros no.

Estaba el sexista: Me lo tragaría si la «víctima» fuera una mujer más pequeña, pero que un hombre de 20 años se quede inconsciente de un solo golpe… Me cuesta creerlo.

Y el intolerante: ¿No es así como se enrollan dos tíos?

La mayoría de los comentarios negativos cuestionaban la versión de Nick:

La verdad, huele a sexo depravado.

¿Realmente queremos que los jueces, léase los contribuyentes, aclaren cuál es el nivel de consentimiento cuando, con tanto alcohol de por medio, dos adultos se van a una habitación de hotel?

¿Por qué no decir directamente que a este tío no le dieron ningún golpe en la cabeza ni ninguna tontería del estilo, sino que perdió el conocimiento y no quiere admitir que se bebió hasta el agua de los floreros? Que no se acuerde de lo que pasó no significa que no fuera consentido.

Los comentarios tuvieron a Julia preocupada horas después de haberlos leído, pero Tony estuvo así días, e intentaba enseñarle a ella los comentarios nuevos, granadas de odio impertinentes para cualquiera que los leyera.

—No quiero leer más —le dijo.

—¿Por?

—Porque es muy doloroso. No es nada nuevo. Y… la gente es lo peor. No necesito seguir leyendo lo malas que pueden llegar a ser las personas.

—¿Y si Nick lee esta mierda?

Estaban en la cama, Tony con el teléfono en la mano y Julia dejando el libro que él le estaba impidiendo leer.

—Podría pasar —contestó ella.

Él la miró con cara de que precisamente ese era el problema, como si ella pudiera tomar cartas en el asunto de los comentarios del *Seaside*

News. Que hubiera usuarios anónimos dejando esos comentarios lo tenía revolucionado, y solo podía hablar de ello con Julia. Ella lo entendía, pero estaba empezando a tocarle las narices.

—Es horrible —enfatizó—, pero no sé qué más puedo hacer.

—Los mataría a todos.

—Muy sensato por tu parte… —repuso ella, acurrucándose a su lado; él se rio bajito—. Podemos hacer hueco a los cuerpos en la parte de atrás —añadió.

Tony estuvo un par de días más tranquilo, pero al parecer no lo suficiente, porque no dejaba de buscar noticias en internet. Julia se estaba duchando cuando entró en el baño.

—Joder, lo ha hecho otra vez.

—¿Quién ha hecho qué? —preguntó ella después de abrir la cortina.

—Walker. —Le puso el teléfono en la cara.

Era una página de Facebook. Julia leyó en alto:

—«Confirmado: el denunciante de mi hijo tiene novio». Joder —refunfuñó—. ¿Es su madre?

—Pues sí —contestó Tony—. Sigue leyendo.

—Me estoy duchando. —Jamás había afirmado algo tan evidente—. ¿No puede esperar?

Tony siguió leyendo:

—«¿Alguien podría darme una razón por la que no quiere admitir que tiene relaciones?».

—Es repugnante —dijo Julia mientras cerraba el grifo.

—Seguro que él le ha dicho que lo publique.

—¿Me pasas la toalla? —le pidió mientras se escurría el pelo.

Tony le tendió una a través de la cortina y le preguntó:

—¿Pueden usarlo contra él en el tribunal?

Ella se envolvió en la toalla y se la ajustó.

—¿La declaración de su madre? Pueden preguntarle por ella, pero no sé si serviría de algo.

—¿Por qué no estás más molesta?

—Supongo que porque sabíamos que esto iba a pasar —dijo ella tras

abrir la cortina—. Que iban a intentar aprovechar lo de Chris.

—¿No puede la jueza obligarlo a que deje de hablar?

—No lo ha publicado él.

—Pero ¿no se supone que un juez puede hacer eso?

—¿Prohibirle que hable del caso? —preguntó suspirando.

—Te estoy molestando —dijo Tony con la boca tensa.

—Un poco. Me estoy preparando; tengo que ir al súper.

El Día de Acción de Gracias era el jueves siguiente. Seguro que el supermercado era un caos.

—Voy yo —repuso Tony.

—No —contestó ella enseguida—. Sé que es duro. Es tu hermano y es una mierda. Yo me encargo de la compra.

En realidad, era una excusa para salir de casa y concederse un respiro.

Julia llevaba una lista muy larga; abarcaba las comidas de una semana normal y una cena para diez, ya que Nick iba a llevar a Elle, su compañera de piso. En unos días iban a ser los anfitriones del Día de Acción de Gracias, cosa que ya llevaban años haciendo. Para Julia, el núcleo familiar eran ella, Tony y los niños; ellos eran el vínculo entre su madre viuda, los padres divorciados de Tony, Jeannie y Nick. En algún momento su cuñado se echaría novio formal y quizás cenara con la familia política, pero ella esperaba que cuando se casara o tuviera hijos siguiera celebrando esa festividad con ellos. Lo quería. Ese otoño hubo momentos en los que Tony parecía que no se lo creía. Cuando agredieron a Nick se le partió el corazón. Sentía una pena terrible por él cada vez que el proceso desencadenaba una invasión nueva. Lo que pasaba es que sus sentimientos no perduraban tanto como los de Tony. Para él era mucho más personal. Tal vez lo entendiera si Nick fuera su hermano, pero no era solo eso. Tenían una relación distinta a la de muchos de los hermanos que conocía. Tony se sentía responsable de Nick.

Ojalá se calmara en el rato que iba a estar con Seb en el súper. Bendito Seb. Chloe normalmente pasaba del caos que implicaba ir a

hacer la compra el fin de semana, pero él estaba obsesionado con los supermercados y le daba un berrinche como lo dejaran en casa. No lo sabía por experiencia, pero Julia se imaginaba que cuando la gente tomaba LSD debía de sentirse como cuando su hijo cruzaba las puertas automáticas de su súper de confianza. No había semana que no alucinara con los colores, los olores y el ajetreo ruidoso que lo inundaban al llegar.

Hacía más de diez años que en la fachada del Shop 'n Save de Orange no aparecía ese nombre. Lo compró una empresa más grande y se lo cambiaron mucho antes de que Julia se mudara allí, pero los vecinos seguían llamándolo así. El surtido y los precios estaban más pensados para la población del centro, casi todos progres con pasta, esa mezcla tan típica del sur de Maine de jipis y aburguesados. A veces, sus propios vecinos, que también vivían en el campo, se quejaban de la evolución del súper, y ella se sentía una impostora cuando les daba la razón. Ellos, afanados en su granja destartalada y en sus labores domésticas, desconocían que Julia venía, por parte de sus padres, de una estirpe acaudalada de Yarmouth. Desconocían que le encantaba comprar pan de molde de romero a seis dólares, aceites de hierbas para la cara y todo orgánico, hasta las latas de alubias. Su vecino Willie lo llamaba «Shop 'n Overpay», porque en vez de ahorrar gastabas más. Julia le compraba huevos todas las semanas para sentirse menos culpable. Lo irónico era que baratos no eran.

Ese fin de semana el súper parecía una casa de locos, pero Seb estaba en el paraíso. Se llenó los brazos de batatas y, cuando Julia intentó interceptarlo de camino al carrito, se le cayó una al suelo, con su consiguiente golpe seco. Seleccionó una cebolla morada y la inspeccionó con severidad antes de enseñársela a un señor mayor que estaba rebuscando en la pila de su izquierda.

—Buena elección —le dijo el hombre con gesto de aprobación, a lo que Sebastian respondió con una sonrisa.

Mientras recorrían el súper, el niño parlanchín iba saludando tanto a vecinos como a desconocidos. En el pasillo de los cereales, Julia se agachó para coger un bote de avena y oyó a su hijo exclamar:

—¡Inspector!

Se volvió y vio al inspector Rice de pie, a su lado. Debió de percibir su sorpresa, porque empezó con una disculpa por acercarse con tal sigilo.

—No pasa nada —dijo ella mientras se levantaba—. Hola.

—Hola —contestó él, sonriendo.

Una mujer se aproximaba hacia él con su carrito y se apartó, pues el pasillo era estrecho.

—No sabía que también vivías aquí —dijo Julia.

—Ah, yo no. Mi cuñada y sus hijos. Me están esperando para comer y he parado a comprar pan. —Llevaba una única hogaza recién hecha. Era de la sección de panadería, al otro lado del supermercado. ¿La habría seguido?

—¿Vais a hacer sándwiches? —preguntó Sebastian alegremente.

—Eso creo, pequeñajo.

—¿Estás con tu mujer? —quiso saber Julia.

—Mi mujer murió. Hace poco más de cinco años, de hecho. —Ella puso cara de pena; él siguió hablando—: No pasa nada, de verdad.

—Qué triste —señaló Sebastian—. ¿La echas de menos?

Julia posó la mano en el hombro de su hijo; sintió la necesidad de acallarlo, pero esa preocupación tan dulce e inocente no merecía ser silenciada.

—Mucho —respondió el inspector.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar Seb.

—Cariño, el inspector tiene que irse a ver a su familia.

Rice captó la indirecta y asintió.

—Es que te he visto y quería saber qué tal. Mucho lío en las noticias últimamente. —Habló en código, por Seb—. Espero que la familia y tú estéis bien.

La fatiga se apoderó de los hombros de Julia.

—Sí, todo bien. —Le dejó que la mirara a los ojos un momento. ¿Qué esperaba que le dijera? Lo único que podían hacer era sobrellevarlo. Las ruedas de la justicia se movían despacio, y, mientras tanto, ni el inspector ni nadie podían impedir que la gente hablara.

Rice le dijo adiós en voz baja y se despidió de Sebastian con la mano, quien, aburrido de los adultos hablando de las noticias, se puso

a deambular hacia el final del pasillo. Julia se quedó mirando al inspector mientras se alejaba; iba ligeramente encorvado, y en ese momento lo vio más viejo y puede que más bajo. ¿Sería porque acababa de enterarse de que era viudo, aún con el anillo de casado en el dedo? ¿O sería su aspecto, un hombre fuera de su horario laboral, en fin de semana, preocupado por lo que estaba viviendo su familia? Ella se había sentido así miles de veces en su trabajo anterior, como si realmente no pudiera hacer nada por gente que necesita ayuda con desesperación. Había dado por sentado que un hombre con la experiencia del inspector Rice era inmune a ese sentimiento de derrota, pero ahora intuía que no lo conocía tan bien como pensaba.

31

TONY HALL, 2015

Supo que Julia estaba dormida porque habían pasado al menos veinte minutos desde que cambió su forma de respirar. Tony, sin embargo, en vez de prepararse para dormir, tenía la cabeza a mil revoluciones. Quedaban horas para el Día de Acción de Gracias y había muchísimas cosas que hacer por la mañana. Él iba a gestionar el horno: el pavo, el puré de patatas y la tarta; y Julia se iba a encargar de la ensalada, los entremeses y la mesa. Los niños iban a «ayudar», léase tardar el doble en hacer cualquier cosa. La gente llegaría a partir del mediodía. Ambas madres iban a llegar en hora y Nick no, pero lo de Ron y Jeannie era una lotería. La primera vez que Tony y Julia fueron los anfitriones del Día de Acción de Gracias, Ron se presentó bebido. Durante la comida se tomó él solo seis latas de cerveza, y Tony acabó pidiéndole que se fuera antes. Su padre y Jeannie no la liaron tanto como él se había imaginado, pero los dos años siguientes no fueron.

Era discutible si la relación entre ellos había mejorado o se había deteriorado con el tiempo. Sospechaba que para Ron él se había convertido en un hombre irreverente y sensiblero que pensaba que su padre había sido un maltratador. Pero Tony ahora era una persona muy fuerte, y su padre ya no podía controlarlo, ni con las manos ni con sus palabras. Con el tiempo, Ron había reculado, y ahora era lo bastante soportable como para que a Tony no le importara que se acercara a Chloe y a Seb, siempre que él o Julia estuvieran presentes. Había entre ambos cierta tensión normalizada pululando detrás de esa tregua tan frágil que se habían dado. Ni se respetaban ni se caían bien.

Si Nick no hubiera aparecido, Tony probablemente habría pasado de Ron Hall. Pero apareció, por eso su padre se mantuvo al tanto. A pesar de que Jeannie era una persona muy difícil, Nick la quería, y

Ron venía en el paquete. Seguramente a él también lo quisiera. Se había convertido en una versión ligeramente distinta de la que conoció Tony, y, aunque seguía siendo un padre de mierda, habría sido peor si él no hubiera intervenido.

Fue el mismo verano que dejó de beber. El mismo verano que dio su último puñetazo.

Nick tenía cinco años. Tony acababa de terminar la universidad. Volvió a casa de su madre hasta que decidiera qué iba a hacer con su vida. Empezó a trabajar de camarero, normalmente en el turno de las cenas. A veces iba por las mañanas a ver a su hermano.

Un día se pasó por allí y lo vio fuera jugando solo. Estaba sentado en la hierba, delante de la casa de una planta en la que vivía, entreteniéndose a lo bruto con unas figuras de acción. Cuando advirtió a Tony, salió corriendo hacia el coche y tiró de la puerta.

—¡Tony! ¡Tony! ¡Tony!

Él salió del vehículo de su madre y alzó a Nick, cogiéndolo con el brazo por debajo del culo.

En ese momento, Tony percibió un hedor y notó algo en el brazo. Lo bajó y vio que se había cagado encima.

Se puso de cuclillas, a su nivel, y le preguntó en voz baja:

—¿Has tenido un accidente? —Nick sonrió, le puso una mano en el hombro e ignoró la pregunta—. ¿Me dejas ver? —Le dio la vuelta y vio que llevaba pañal. «Qué cojones».

Le cogió de la mano y entraron en casa.

Ron y Jeannie estaban en el sofá con sendas cervezas y varias latas vacías a los pies. La tele estaba a todo volumen.

—Hay que cambiarle el pañal a Nick —dijo.

—Vale —contestó Jeannie.

Tony se quedó mirándolos. Obviamente, sabían que Nick llevaba pañal; no es que el niño se lo pusiera a escondidas. No estaba seguro de qué se había esperado. Una explicación.

Se llevó a Nick a su habitación y lo cambió.

—¿Me haces queso? —preguntó Nick; se refería a macarrones con queso.

—Es muy pronto para cenar —dijo Tony, pues era media tarde, y

Nick hizo un puchero—. ¿Qué has comido a mediodía?

—Mmm, nada.

—¿No has comido?

Nick negó con la cabeza. Algo pasaba. Fue al salón.

—¿Ha comido?

—Todavía no —contestó Jeannie.

—Son casi las tres.

—Lo he intentado a mediodía —contestó Jeannie, por fin mirándolo a la cara—, pero no tenía hambre.

—Y tú vas y te saltas la comida.

—Ya es mayorcito para decidir si tiene hambre o no, Tony.

—Pues si tiene hambre prepárale algo —intervino Ron.

A Tony le entraron ganas de darles de hostias («¿Todavía lleva pañal pero ya es mayorcito para saltarse las comidas?»), pero Nick estaba a su lado. Se mordió el carrillo y fue a la cocina a poner agua a hervir para la pasta. Vio una caja de macarrones con queso y una lata de judías verdes.

Se sentó con el niño mientras este comía. Nick se ventiló la pasta, pero las judías ni las tocó.

—¿Puedo comer más?

Ron se levantó para coger otra cerveza de la nevera.

—Cuando te comas las judías —dijo Tony.

Oyó a su padre reírse por lo bajo detrás de él. Y el sonido de la lata abriéndose.

—No es tan fácil, ¿verdad? —dijo.

—Mucho más de lo que me quieres hacer creer —repuso Tony.

—¿Qué has dicho?

—No me gustan —dijo Nick, apartando el plato.

Ron dio un paso al frente y le dio un manotazo a Nick en la oreja.

—Cállate y cómetelas —le espetó.

Tony ni siquiera se percató de que se había levantado, fue muy rápido. Agarró a Ron de la camisa y, zas, lo empujó para atrás y lo empotró contra la nevera. A Ron se le cayó la lata de cerveza al suelo y él sintió el líquido frío en las piernas. A partir de ahí, el recuerdo es borroso: Jeannie gritándole que parase, Ron diciendo no sé qué con

las manos levantadas y Tony dándole un puñetazo. No fue un golpe limpio, pero sabía que le había dado, porque tenía marcas de dientes en los nudillos. Más gritos, más ruido… Entonces reculó y Ron paró.

—Fuera de mi puta casa.

Nick seguía sentado a la mesa, llorando desconsoladamente.

—No pasa nada, hijo —le dijo Jeannie—. Tranquilo.

Tony intentó acercarse a su hermano.

Ron fue hacia él, con la mano en la cara justo donde su hijo le había dado.

—Fuera… de mi puta… casa —dijo.

Tony volvió al día siguiente. Aparcó y Ron salió.

—No eres bienvenido aquí —dijo su padre cuando salió del coche; Tony recorrió la mitad del sendero—. Vete si no quieres que te eche a la fuerza —añadió Ron.

—Solo he venido a verlo.

—Mala suerte.

—No he venido a veros a vosotros. Solo quiero ver a Nick.

—Te jodes—dijo Ron, encogiéndose de hombros.

—Voy a llamar a los servicios sociales.

Se hizo el silencio.

—Para qué.

—No le habéis enseñado a usar el orinal, está muerto de hambre, le pegas…

—Me atacaste. ¿Llamo yo a la policía?

—Venga. No me preocupa. Te lo van a quitar igualmente.

—Vale —dijo Ron, con una sonrisa burlona en la cara—. Llama y que lo metan en un hogar de acogida.

—¿Sabes de qué me he enterado? —Tony notó que estaba sonriendo igual que él—. Primero buscan a familiares.

—No te lo van a dar a ti.

—Puede que no, pero a mi madre sí.

—Ella no es su familia —dijo Ron, con el semblante ensombrecido.

—Es la madre de su hermano. Y ella lo acogería. —No lo había hablado con Cynthia, pero eso Ron no lo sabía.

—Ella sabe que más le vale no joderme.

—No te aguanta —gruñó Tony apretando los dientes—. ¿Sabes el esfuerzo tan grande que he tenido que hacer para ser capaz de volver a verte después de que ella te mandara a tomar por culo?

—Porque tú quisiste. —Sonó a insulto, como si fuera patético que quisiera ver a su propio padre.

—No sabía cómo eras. Ahora ya sí.

—¿Y por qué sigues viniendo?

—Por él —dijo, señalando la casa—. Sé que me necesita, porque yo me sentía igual. Estaba tan desesperado que me conformaba con un mierda como tú.

—Me estás tocando los huevos —dijo Ron.

—Vuelve a ponerle la mano encima y llamo. Si vengo y tiene hambre o frío o se ha cagado, llamo. Compórtate y no lo haré.

El cambio no fue de la noche a la mañana, pero Ron debía de haberse dado cuenta de que había algo de verdad en aquella amenaza. Tony nunca más lo vio pegar a Nick.

Miró la hora en el móvil: era casi medianoche y estaba acelerado. Necesitaba apagar el cerebro y dormir si quería ser productivo a la mañana siguiente. Cuando viera a Nick se sentiría mejor. Se habían mandado algún mensaje desde lo del gran jurado la semana pasada, pero le iba a venir bien verlo en persona, para asegurarse de que realmente estaba tan bien como le había dicho. Y entonces se acordó de la publicación de Darlene Walker en Facebook y se puso a mirar su página en el móvil.

Inclinó el teléfono para que a Julia no le molestara la luz y abrió la página. Qué gran error.

El martes de esa semana había escrito en su muro: «Una lección para todos: si te acuestas con un pervertido, asegúrate de grabarlo, por si luego dice que lo has violado».

A Tony le hirvió la sangre. Se levantó de la cama, cruzó el pasillo a oscuras hasta el baño, cerró la puerta y lo leyó de nuevo.

Le preocupaba que Nick hubiera visto las publicaciones, aunque no tenía por qué. Si las viera, se sentiría atacado. Y, aunque no las viera…, Walker estaba envenenando a la gente para ponerla en su contra. Tony se quedó plantado en el baño, mirando esa frase en el

móvil. Lo peor de todo es que hurgaba en un asunto problemático.

Nada de la defensa de Walker era creíble, pero, a pesar de que era 2015, todavía había gente que pensaba que los hombres homosexuales eran unos lunáticos obsesionados con el sexo. Había quienes creían que Nick había actuado en complicidad con Walker; gente que pensaba que no lo habían violado, sino que era más probable que le gustara que le pegaran hasta sangrar y que lo estrangularan.

¿Y si alguna de esas personas acababa en el jurado? ¿Qué pasaría si Walker alborotara tanto a la gente que hasta la fiscal adjunta se asustara?, ¿o si el resultado fuera un acuerdo mierdoso? Tony era consciente de que un juicio no iba a cambiar lo que le había pasado a Nick, pero tenía que recuperar su dignidad. Y Ray Walker se merecía sufrir por lo que había hecho.

Abrió Google en el teléfono y escribió unas palabras en las que había pensado hacía más de un mes; quería hacer una búsqueda que no se planteó entonces. Hizo clic en el enlace. Otra barra de búsqueda y un menú desplegable. «Buscar por propietario». Oyó un crujido en el pasillo y se sobresaltó. Asomó la cabeza desde el baño. No era nada, simplemente un sonido de la casa. Por un momento se había sentido como si estuvieran a punto de pillarlo haciendo algo malo. Y puede que así fuera. Se estaba calentando de nuevo por algo que los demás, Nick incluido, parecía que habían asumido. Walker pretendía echarle la culpa a su hermano para intentar salvarse. Y Nick iba a tener que esperar a que el caso dejara de hacer ruido, puede que hasta un año. Al menos de momento tenía anonimato. Cerró el navegador; necesitaba dormir un poco.

—¿Me disculpáis un momento? —dijo Tony, que luego se dirigió a Seb—: Madre mía. —Su hijo tenía las comisuras de la boca manchadas de puré de patatas y salsa de carne, y él le indicó con un gesto que se limpiara con la servilleta.

Esa mañana se había despertado con una inquietud que no había hecho más que avivar tomándose dos tazas de café y no comiendo nada hasta que se sentaron a la mesa, sobre la una. Después de la

comilona, con el estómago ya asentado, empezó a notar lo cansado que estaba. Cansado y aliviado. Todo estaba yendo bien. La comida había salido genial (su mejor pavo hasta la fecha, según Julia) y todos se estaban llevando bien. Marjorie, la madre de Julia, sacó a relucir el lado divertido de su propia madre, y ambas se habían pasado toda la tarde riéndose. Ron y Jeannie llegaron sobrios y fueron amables. Nick parecía que estaba bien. Fue con Elle, su compañera de piso, la que estuvo con él aquella noche. Aunque no sabía exactamente por qué, a Tony le inquietaba la posibilidad de verla, pero cuando Nick le preguntó si podía ir con ella le dijo que por supuesto.

—¿Yo también puedo irme? —preguntó Chloe; llevaban casi una hora sentados a la mesa.

—Antes —dijo la madre de Tony— me gustaría que cada uno dijera por qué da las gracias.

Cynthia tenía en la mano un cartelito con su nombre escrito a mano; ella evidentemente daba las gracias por sus nietos. Julia les había pedido que los hicieran para los invitados, y, después de colocar la mesa plegable pegada a la mesa del comedor y de poner un mantel largo, Tony se percató de que había colocado los carteles de sus padres lo más lejos posible. Miró a Julia, que tenía la copa levantada, y le dijo:

—Adelante.

—Bueno, yo solo quiero que sepáis que doy las gracias por teneros en mi vida. Os quiero mucho a todos. —Estiró el brazo hacia la derecha y le pellizcó la mejilla a Chloe, que sonrió e intentó zafarse—. Tengo la mejor familia del mundo y estoy muy contenta de que estemos juntos. Todos. —Se aseguró de mirar a Ron y Jeannie en ese momento. La verdad es que fue muy bonito.

Su madre fue la siguiente, y luego Elle, y siguieron en el sentido de las agujas del reloj. Tony se dio cuenta de que Nick estaba un poco incómodo, pues su turno se acercaba; no paraba de retorcerse las manos debajo de la mesa.

Seb parecía aún más incómodo. Ya estaba aburrido de estar en la mesa y empezó a deslizarse de la silla a cámara lenta.

—Quieto ahí, colega —le susurró Tony, pero Seb siguió

deslizándose.

Elle, después de darles las gracias a los Halls por invitarla a su reunión familiar, se volvió hacia Nick.

—Gracias a ti, Nick. Eres mi mejor amigo y la mejor persona que conozco. Admiro tu valentía.

—¡Seb, venga, sube! —dijo Tony a todo volumen.

—¿Qué es eso? —La voz sonó amortiguada debajo de la mesa.

Nick se dio en las manos con la parte inferior de la mesa y los cubiertos de plata tintinearon. Estaba pálido.

—Hijo, siéntate —le ordenó Julia a Seb.

—¿Qué es qué? —preguntó Elle, levantando el mantel.

—¿Qué te pasa en el brazo, tío? —quiso saber Seb.

Jeannie miró a su hijo, que se estaba tirando de las mangas.

—Sí, ¿qué tienes en el brazo? —Se acercó a él y le subió la manga izquierda.

Desde su sitio, Tony vio una herida alargada y roja con manchitas que le recorría el antebrazo y seguía por debajo de la manga.

—¿Qué cojones es eso? —dijo sin querer.

—Tony… —lo reprendió Julia enseguida por decir palabrotas delante de los niños.

—¡Por el amor de Dios! —Jeannie tiró de la manga y dejó al descubierto unos cortes en el brazo.

Nick se zafó de ella y se levantó, y al hacerlo se dio con el alféizar de la ventana que tenía detrás.

—¡Mamá! —Se bajó la manga, se abrió paso por detrás de sus padres y salió corriendo del salón.

Tony empujó su silla hacia atrás y lo siguió.

—¡Tony! —lo llamó Julia.

Este subió las escaleras hacia el baño y justo se dio de bruces con la puerta cerrándose. El portazo lo espabiló y se percató de lo que acababa de pasar.

—¿Nick? —preguntó, tras vacilar un momento.

—Vete, Tony —dijo su hermano con voz cortante, recalcando las palabras.

Vivían en una casa vieja y las puertas no tenían cerrojo, pero

resistió el impulso de girar el pomo. Se inclinó hacia delante y apoyó la frente en la puerta.

—Por favor —dijo en voz baja—. Venga, déjame entrar. Me tienes muy asustado. —El alivio que sintió al decir esas palabras en voz alta fue casi abrumador.

Hubo una pausa y entonces oyó que Nick se movía al otro lado; luego, un crujido al abrirse la puerta.

Se deshizo en lágrimas y Tony lo abrazó. Nick se estremeció y su hermano notó sus sollozos húmedos y calientes en el cuello.

«¿Qué está pasando?».

Tony reprimió la pregunta. Sabía lo que estaba pasando. Empezó a llorar y apretó más fuerte a Nick.

Se quedaron así, abrazados, hasta que volvieron a este mundo. Estaban plantados en el pasillo y oyeron voces exaltadas en el comedor. Predominaba la de Jeannie.

Nick se zafó del abrazo.

—¿Podemos hablar? —preguntó Tony, y su hermano asintió.

Se sentaron en la cama de Tony y Julia. Nick suspiraba temblorosamente. Él no quería ver las marcas otra vez, pero ¿estaba en la obligación de verlas más de cerca?

—Eso es… Eh… ¿Desde cuándo… lo haces?

—No hace mucho, creo —respondió Nick, encogiéndose de hombros.

«Por qué». ¿Era una pregunta tonta? No lo tenía claro. Era más fácil afirmar lo obvio.

—No estás bien. —Nick se encogió de hombros. Tenía los brazos cruzados delante del pecho, y también las piernas. Era como si estuviera intentando encogerse y hacerse una bolita. Tony se percató de que estaba haciendo lo mismo inconscientemente. Descruzó las piernas y se sentó bien—. ¿Se lo has contado al terapeuta?

—No.

—Necesito que se lo cuentes.

—Lo haré —contestó Nick enseguida.

Le costaba confiar en él; ya llevaba tiempo yendo a terapia. Pero ¿cómo podía explicárselo a Nick?

—No quiero meter la pata… —le dijo.

—Suéltalo —dijo Nick, mirándolo.

—Me preocupa que no se lo vayas a contar.

—Te lo juro.

Tony le miró los brazos, ya tapados.

—Tengo la sensación de que me has estado mintiendo. —Nick frunció el ceño y apartó la mirada—. ¿Te estás haciendo cortes?

—No —contestó Nick—, no son cortes…

—¿Y entonces qué son?

—Es de rascarme —respondió tras un silencio largo.

—Nick… —susurró Tony.

Su hermano lo estaba pasando mal. Mucho más de lo que él se había imaginado.

—Te he mentido —dijo Nick en voz baja; ¿sobre las autolesiones, o es que había más?; Tony no dijo nada, sino que esperó a que siguiera hablando—. La gente sabe que soy yo.

Tony estaba confundido. ¿A qué se refería?

—¿Te refieres a la víctima del caso? —Nick asintió y las lágrimas reaparecieron en sus mejillas—. ¿Y eso?

—Qué más da.

—¿Quién lo sabe?

—Todo el campus.

—Joder —bufó Tony.

—Pues sí —contestó Nick; se limpió las mejillas con las manos y luego las dejó en el regazo.

—¿Qué hago? Joder, Nick, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Su hermano se quedó mirando de suelo y él le cogió la mano y le dio tres apretones.

—¿Me traes un pañuelo? —preguntó Nick, suspirando.

—Vale. ¿Puedo decirle a Julia que venga?

—Sí.

Más o menos una hora después, Tony, Nick y Julia se unieron a Marjorie y a Elle, que estaban a cargo de los niños en el salón. Julia les había dicho arriba que el resto se había ido a casa, para darles privacidad. Tony había oído a Jeannie antes; se había ido enfadada. Julia probablemente le habría dicho que se quedara abajo para no agobiar a Nick.

—Perdón —le dijo, nervioso, a la madre de Julia.

Marjorie negó con la cabeza y lo atrajo para darle un abrazo. Le susurró algo que él no oyó bien.

Elle estaba en el sofá, flanqueada por los niños, que casi estaban sentados en su regazo. Se había dado la vuelta hacia el resto de los adultos; detrás de ella, en la tele, estaban echando *El libro de la selva*. No dijo nada y Nick ni le dirigió la mirada.

Arriba, Julia había abordado la situación con una calma digna de un técnico de emergencias. Se arrodilló y miró a Nick a los ojos desde abajo; le pidió que llamaran al teléfono de la esperanza. Él se opuso al principio; le explicó que no quería suicidarse, que no se estaba autolesionando, pero Julia insistió y él acabó accediendo. La mujer que cogió el teléfono le dio cita para una sesión de terapia urgente al día siguiente, ya que su terapeuta estaba de vacaciones hasta el lunes.

Nick rechazó pasar allí la noche, y Tony se sintió aliviado y a la par abochornado cuando su hermano le dijo a Elle: «Cuando tú digas».

Fue a la ventana y observó a la pareja meterse en un coche que no le sonaba y alejarse.

—Papá, has dicho una palabrota —dijo Chloe.

Tony se dio la vuelta. Seb no quitaba los ojos de la película, pero ella lo estaba mirando fijamente.

—Lo siento, hija. No debería haberla dicho.

—¿Por qué la has dicho?

—Me he asustado.

—¿Por qué?

Lo invadió una fatiga que le caló hasta los huesos. No supo qué responder. Julia podría echarle un capote.

—Porque sí —contestó—. Voy a recoger, luego lo hablamos.

Se fue a la cocina, donde Julia y Marjorie estaban lavando y

secando platos.

—No hace falta —le dijo a la madre de Julia—. Ya lo hacemos nosotros.

—Ni hablar —respondió Marjorie—. Si me he quedado es para ayudar.

Julia se acercó a él y le preguntó:

—¿Estás bien, cielo?

—La verdad es que creo que voy a meterme en la cama.

—Deberías —dijo ella—. De verdad, ya nos encargamos nosotras, que tú ya tienes bastante.

—Os echo una mano un momento —dijo, a su pesar.

Tony salió de la cocina y entró en el comedor; los platos y los cubiertos ya los habían recogido; las servilletas de tela estaban arrugadas sobre la mesa y en las sillas, y había copas de vino y vasos de agua por doquier.

Apiló los vasos y luego fue a coger dos copas de vino con una mano. La de Julia estaba casi llena. Si la cogía se le iba a derramar. Amparado por las puertas francesas y la pared, Tony miró a su alrededor y apuró la copa.

Estaba a oscuras en la habitación.

—¿Cuánto más vamos a aguantar? —dijo Tony con la voz adormilada.

Julia se estaba metiendo en la cama y él notó que se quedaba quieta.

—¿Qué? —preguntó ella.

Él se despertó ligeramente y empezó a distinguir en la oscuridad la mesita de noche, el reloj, la lámpara…

—¿Mmm?

—Has dicho algo.

—Perdona, estaba soñando. —Intentó aferrarse al sueño, pero se le estaba escapando—. ¿Qué hora es?

—Pasadas las once. Mi madre por fin se ha ido —dijo riéndose—. He intentado despertarte antes, pero estabas fuera de combate.

Había subido las escaleras a trompicones y se había desplomado en la cama sobre las cuatro de la tarde. Ni siquiera se acordaba de haberse quedado dormido.

Julia se acurrucó en su nuca y le dio un beso en la oreja.

—¿Todo bien? —le preguntó.

«No quiero hablar ahora. Estoy muy cansado».

—Quiero dormir —dijo él, dándose la vuelta—. Te quiero.

—Yo también —contestó ella, acariciándole la nuca.

Intentó sumergirse en el sueño, tranquilamente, sin forzar.

De repente, visualizó el brazo costroso de Nick.

«Chisss, fuera».

Sintió su cara llena de lágrimas en el cuello.

«Basta». Intentó respirar profundamente. El aire que inspiraba silbaba en su garganta y notó cierto regusto a alcohol. Se había bebido una copa de vino antes de meterse en la cama. ¿O lo había soñado? ¿Lo había hecho de verdad?

El asunto se estaba demorando demasiado. Alguien tenía que hacer algo. ¿Un año entero así? ¿Un año de artículos y de comentarios y de cartas y de Facebook? ¿Y encima toda la gente que a Nick le importaba, a la que veía a diario, sabía que era él? Su cuerpo, su historia, su reputación… ¿Nick iba a tener que sobrevivir un año así? No. No iba a poder. Había que hacer algo.

Por la mañana su hermano iba a hablar con alguien. Bien.

Pero ya estaba hablando con alguien y aun así se arrancaba la piel.

Al rato, Tony sintió una descarga de adrenalina. No lograba quedarse dormido.

Bajó los pies de la cama despacito hasta tocar el suelo. Se deslizó por debajo del edredón y se levantó. «Anda sin más, como si fueras al baño», se dijo y salió resueltamente de la habitación. Julia no dijo nada.

Bajó las escaleras arrastrando los pies y fue por el pasillo hasta el salón. No estaba allí. Recorrió la planta baja y al final encontró lo que estaba buscando en la cocina: su móvil. Se apoyó en la encimera y abrió el navegador. Tenía que terminar lo que empezó la noche anterior. Registro de la Propiedad de Salisbury. Base de datos digital.

Buscar por propietario. Walker. Y ahí estaba: la dirección de Raymond Walker.

32

JULIA HALL, 2015

Julia se despertó y vio la cara de Chloe a unos centímetros de la suya.

—Hija, qué susto.

—He pillado a Seb comiendo las galletas del postre antes de desayunar —dijo Chloe con amargura y el ceño fruncido.

Julia se limpió las legañas.

—¿Qué hora es? —Se volvió y vio que Tony ya se había levantado. El móvil decía que eran las 8.23. ¿Cómo había dormido hasta tan tarde?—. Hija, a no ser que alguien esté en peligro, nada de chivatos en esta casa.

—Pero me dijiste que no es sano comer postre antes de desayunar. —Chloe arqueó las cejas y miró a Julia como si cada una estuviera en un bando en una sala de audiencias.

La madre que la parió, qué lista era. Acababa de despertarse y no fue capaz de darle una definición mejor de «chivato». Era como eso que dijo la Corte Suprema de Estados Unidos de la pornografía: la reconozco cuando la veo.

—¿Por qué tengo yo el honor de saber esta información y no papá?

—Papá no está —contestó Chloe.

«Por fin ha retomado lo de salir a correr», pensó Julia. A lo mejor sudando se le pasaba la resaca emocional con la que, sin duda, se habría despertado. Se le hizo un nudo en la garganta solo de pensar en el día anterior. Pobre Nick.

—Ven y acurrúcate —dijo.

Chloe se metió en la cama y Julia la abrazó y sumergió la cara en su pelo.

—Entonces ¿yo también puedo comerme una galleta? —La voz de Chloe sonó amortiguada.

—Sí —dijo Julia, apretándola más fuerte—. Vamos a desayunar galletas.

Se levantaron y salieron de la habitación, Julia detrás de Chloe.

Abajo, en la cocina, vio las zapatillas de Tony en su sitio habitual, en una esquina del recibidor de la cocina, al lado de la puerta. Si se hubiera parado a pensar en lo que estaba viendo, esto es, que Tony no había salido a correr, las cosas habrían sido de otra manera.

33

TONY HALL, 2015

Tony llevaba horas sentado en la calle de Raymond Walker, delante de su casa, esperando a ver si pasaba algo. Tenía que tomar una decisión en algún momento si no quería que el otro la forzara cuando saliera.

Había comprobado el sitio web de nuevo, para estar seguro, y no había duda: estaba en el lugar correcto. Era un bungaló gris en una calle tranquila de Salisbury, a un trecho del piso de Nick, en la otra punta de la ciudad desde el bar donde se conocieron. La casa no le cuadraba; no era como Tony se la había imaginado. Había flores en la parte delantera: altas y moradas; globos de pétalos blancos con el tallo fino; eclosiones naranjas y amarillas… No había ningún coche en el acceso y la puerta del garaje independiente estaba cerrada.

Tony tenía claro lo que quería decirle: su mujer era abogada, y si él y su madre no dejaban de publicar cosas sobre Nick en internet lo iban a demandar por invadir su privacidad o por difamación. Julia ya le había dicho que era probable que no pudieran demandarlo, pero Walker no tenía por qué saberlo. Tony lo miraría a los ojos con la cabeza bien alta y le diría que dejara de intimidar a Nick; que tenía suerte de que el asunto estuviera en manos de los tribunales y no en las suyas.

Pero, ahora que estaba allí, algo le impedía salir del coche. Una vez que llamara a la puerta de esa casa, no habría vuelta atrás. Mientras el sol de la mañana se alzaba al otro lado del parabrisas, la idea de amenazarlo con una demanda fue perdiendo fuerza. Walker era un sinvergüenza. Le encantaba hacer daño a los demás, y él no haría sino demostrarle que le estaba funcionando. ¿Y qué pasaría si Tony acabara cabreándolo?

Entonces alguien abrió la puerta lateral: Raymond Walker, claro

como el agua. El hombre que le había hecho tanto daño a Nick que había empezado a autolesionarse. Walker cerró la puerta, se dio la vuelta y se dirigió hacia el garaje. ¿Se estaba yendo o qué? Abrió el coche a tientas y salió.

—¡Eh! —gritó.

Al final del acceso, la puerta del garaje estaba empezando a subir; Walker estaba delante, esperando a que se abriera. Se volvió hacia Tony.

—Raymond Walker —dijo con fuerza y autoridad mientras cruzaba la calle.

—¿Sí? —dijo el aludido, ladeando la cabeza cada vez más.

Tony ya estaba en el acceso. Sus piernas iban más rápido que sus pensamientos. Según se acercaba a Walker, este iba retrocediendo hacia la camioneta, que estaba en el garaje.

—¡Eh, eh, eh! —voceó Walker.

Tony lo agarró de la cazadora y lo estampó contra la caja de la camioneta.

—No te acerques a Nick Hall, hijo de puta —dijo con voz temblorosa.

—Vale, vale.

Tenía las manos levantadas y los ojos apretados. En la frente le brillaban unas gotitas de saliva que habían salido volando de la boca de Tony. Estaba tan cerca que hasta le veía los poros de la nariz. Tony soltó las solapas de la cazadora y reculó. Dio media vuelta y recorrió el acceso. ¿Qué había hecho? ¿Qué acababa de hacer? Cuando alcanzó la calle, Walker se pronunció:

—Oye, de cara al futuro, ¿eres el hermano o el novio?

Lo estaba incitando; tenía que meterse en el coche e irse, pero se detuvo. Osciló, pero no se dio la vuelta. «No pares. Entra en el coche».

—Me habló de su hermano mayor —añadió aquel con entusiasmo y tensión a la vez—. La verdad es que sí que eres mayor.

«Venga, da otro paso y el siguiente vendrá solo. Entra en el coche».

—A lo mejor, cuando esto se acabe… —empezó a decir Walker.

—Como digas algo más, te juro que te mato. —Tony se volvió hacia él. Ya no había fuerza ni temblor en su voz; ahora, con la cara llena de

lágrimas calientes, se había convertido en un susurro—. Te lo juro. Déjalo en paz.

Walker le dedicó una sonrisa desagradable y complacida. Él se volvió, fue hacia el coche a zancadas, se subió, dio un portazo, arrancó y se fue. El otro se quedó allí plantado, mirándolo.

34

JOHN RICE, 2015

Inspector, tiene una llamada.

Rice acababa de pasar por la puerta del departamento cuando el agente Thompson lo llamó.

—Coge el mensaje.

—Perdón, señor —repuso Thompson; era un agente nuevo, exasperadamente joven y un poco despistado con el tema del protocolo de la comisaría.

Rice había recibido una llamada a las cuatro de la mañana por un robo con violencia y acababa de llegar a la comisaría; no necesitaba que lo abordaran nada más pasar por la puerta. Dejó atrás los cubículos y se dirigió a la sala de descanso; iba tan despacio que le dio tiempo a oír a Thompson.

—Lo siento, señor Walker. Si quiere dejar un mensaje…

—¡Eh! —Rice se dio la vuelta y agitó la mano libre hacia Thompson; llevaba un vaso de poliestireno con café en la otra y se derramó por la tapa—. Ponme con él —murmuró.

—Ah —dijo Thompson, mirándolo—. Pues todo suyo. Le paso la llamada.

Rice dejó el café en su mesa, en un extremo de la sala de los cubículos, y activó el altavoz para escucharlo de pie. El departamento estaba relativamente vacío, y además le dolía la espalda; se había olvidado de coger una pastilla antes de salir de casa.

—Inspector Rice al habla.

—Buenas tardes, inspector. Me alegra que estés disponible. —Qué voz de sabandija asquerosa; aunque estuviera haciéndose el encantador, desprendía cierto sarcasmo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ray? —repuso Rice, poniéndose a su altura.

—Me gustaría dar parte de que el hermano de Nick Hall acaba de estar en mi casa y me ha amenazado con matarme.

—Ah, ¿sí? —Rice descolgó el auricular.

—Sí, señor. Sé que debe de ser difícil para él que su hermano pequeño esté mintiendo sobre nuestro encuentro. —Rice se mordió la lengua; Ray bien podría estar grabando la llamada. Hoy día no hay que decir nada por teléfono que no quieras que luego se reproduzca en un juicio—. Empatizo con la familia, de verdad —prosiguió—, pero no puede ser que vengan a mi casa a ponerme las manos encima y a zarandearme. —Rice hizo una mueca; ¿tan tonto era Tony Hall?—. Tendré que poner límites, ¿no? La compasión no lo vale todo.

¿Estaba Rice dispuesto a oír «¡Empatía mis cojones!» en el juicio?

—¿Estás seguro de que era el hermano de Nick Hall? —dijo, en su lugar.

—Ya lo creo. Se parecen mucho. Y seguro que sabes que tiene un Ford Explorer gris.

«Mierda». ¿En qué estaba pensando Tony? Manipular a un testigo era un delito grave, por no hablar de los cargos de agresión e intimidación. Esto no hacía más que complicar las cosas. Julia se iba a quedar hecha polvo. A Rice casi le da un vahído; negó con la cabeza para disipar sus pensamientos.

—Vale, Ray. ¿Puedes venir a declarar?

—Eh, no voy a denunciarlo. —«¿Cómo?», pensó Rice, pero no dijo nada, así que Ray prosiguió—: Solo quería dar parte, pero si lo hace otra vez lo denuncio. Me asustó, inspector. Me dijo que iba a matarme. Pero soy una persona razonable. Sé que lo está pasando mal. Y no tiene motivos para creer que me he olvidado de su hermano pequeño… ya.

¿A qué estaba jugando? Rice se sacó un bolígrafo del bolsillo de la pechera y buscó un papel en blanco en su mesa. Escribió: «27/11/15, llamada de R. W. T. H. ha amenazado con matar a R. W. R. W. no denuncia, solo da parte, sabe que lo está pasando mal». Rice hizo una pausa y luego puso entre comillas «solo da parte».

—Bueno, tú decides si denuncias o no.

—He decidido que no.

—¿A qué hora ha sido esto?

Una pausa.

—Esta mañana, sobre las diez menos diez.

—Pues son casi las dos —dijo Rice, mirando la hora—. ¿Por qué no has llamado antes?

—He ido a almorzar. Me ha sorprendido saliendo de casa. Estaba esperándome en la calle.

—Mmm. ¿Y dónde has ido a almorzar?

—¿Por?

—Para dejar constancia. Mejor preguntarte ahora por los detalles, para que no tengas que hacer memoria si cambias de opinión posteriormente. —Todo apuntaba claramente a que había gato encerrado. Rice garabateó las horas en el papel.

—Fork & Napkin —dijo Ray muy rápido; luego añadió—: Tengo que colgar. —Rice notó algo en su voz. Walker pretendía que escribiera solo lo que él quería…, sin ahondar en la parte de la cafetería.

—¿En Ogunquit? Buena elección, aunque es un poco pequeño. Muy bien, Ray. Puedes seguir con tus cosas. Yo voy a dejar constancia del parte antes de archivarlo.

—Gracias —dijo Ray con rotundidad antes de colgar.

Rice colgó despacio el auricular. ¿Y ahora qué?

Llamó a Fork & Napkin y una chica joven le contó que habían tenido una mañana bastante ajetreada, como era habitual el día posterior a Acción de Gracias. Pero sí se acordaba de que había entrado un hombre cuyo nombre desconocía. Tenía unos treinta años, puede que más o puede que menos; era muy mala con las edades. Pero este hombre le llamó la atención.

«Me dijo que llegaba tarde a una reserva para las diez en punto y me dio varios apellidos, y encontré la reserva, pero no había ido nadie. Aparte de él, quiero decir. —Le dijo el nombre al que estaba hecha la reserva, que a él no le sonó de nada, y prosiguió—: Se quedó chafado cuando le dije que era el único. Creo que lo dejaron plantado».

Rice le dio las gracias a la chica y colgó. Bueno, al menos algunos amigos de Ray Walker habían tenido la sensatez de distanciarse. Ojalá

los estúpidos de sus seguidores de internet hubieran hecho lo mismo.

Tenía que ponerle los puntos sobre las íes a Tony Hall. Si lo que le había contado Walker tenía algo de verdad…, ¿cómo había sido tan tonto? Sabía que Tony y Nick estaban muy unidos. En cierto modo, el mayor era una figura paterna para el pequeño. Evidentemente, a Tony todo aquello lo estaba volviendo loco, pero lo único que había conseguido era darle artillería pesada a Walker: «¿Lo ven? La familia Hall es inestable». Estaba perjudicando a la misma persona a la que estaba intentado proteger. Por no hablar del riesgo que estaba corriendo Tony, lo que sin duda haría daño a sus hijos o a su mujer.

Se quedó pensando en ella un momento. Siempre que la cara de Julia aparecía en su cabeza, la rehuía, pero ese día se recreó en su pelo bañado por el sol, como la primera vez que la vio, delante del fregadero. Cuanto más la visualizaba, más le recordaba a su difunta esposa. No en el pelo, ni en la nariz ni en la constitución, sino en sus ojos, su sonrisa y su amabilidad. Sí, era igual que Irene. Ambas llevaban escrito en la frente que eran mujeres sumamente buenas. Mujeres buenas que se habían casado con sendos hombres que tenían que esforzarse en ser buenos.

35

JULIA HALL, 2015

Julia oyó el móvil de Tony en la cocina. Encendió la tele, dejó a los niños en el sofá y se apresuró hacia allí para enterarse de la conversación. Tony había llegado tarde esa mañana y le había contado lo que había hecho: buscar la dirección de Walker en el registro de Salisbury, ir a su casa, zarandearlo y amenazarlo. Entonces Julia se tumbó a su lado, él se puso a llorar y luego ella se refugió con los niños en el salón mientras él intentaba procesar la locura que acababa de confesar.

Y así pasaron las horas. Ella sabía que la calma no iba a durar.

Y tenía razón. La llamada era del inspector.

—Acabo de hablar por teléfono con Ray Walker —dijo Rice.

A Julia le dio un vuelco el corazón. Iban a detener a Tony. Este se disponía a hablar, pero ella levantó una mano. No quería que la policía oyera lo que fuera que iba a decir. Nada de confesiones.

—¿Hola? —dijo el inspector unos segundos después; Julia asintió.

—Dime —contestó Tony.

—¿Está Julia?

—Sí —contestó ella.

—Bien —dijo el inspector—. Tony, Ray Walker dice que esta mañana lo has agredido en su casa. —Julia pasó de mirar el teléfono a la cara de su marido, que tenía los ojos cerrados e hinchados y el ceño fruncido de preocupación—. Que lo has amenazado de muerte. —Ella sintió un escalofrío recorriéndole la espalda y se estremeció—. Estamos hablando de agresión, intimidación y manipulación de un testigo.

Julia se tapó la cara con las manos. Todo el follón que ya estaban viviendo se iba a repetir, pero esta vez el acusado iba a ser Tony. Empezó a enumerar mentalmente las posibles consecuencias: libertad

condicional, pena de cárcel, antecedentes… Se iban a enterar en su trabajo, y no hay nadie más cotilla que los abogados. Se iban a enterar los medios de comunicación, que ya estaban hasta en la sopa por lo del caso de Nick. Se iba a enterar todo el mundo.

—Te podría haber denunciado —dijo el inspector después de una pausa larga; Julia se quitó las manos de la cara y Tony la miró con perplejidad—. Pero no lo va a hacer.

—¿Cómo? —preguntó Julia.

—Pues eso. Te has librado por los pelos.

Tony le dio el teléfono a Julia y se tumbó en el suelo de la cocina.

—¿Y… ya está? —preguntó ella.

—De momento —contestó él—. Tony, no sé en qué estabas pensando, pero esto no ayuda, ¿entiendes? —Tony asintió; seguía en el suelo, con la cabeza muerta sobre las baldosas y los brazos a los costados—. No soy muy fan de *Los elegidos*, ¿me oyes? Ya nos encargamos nosotros.

—Gracias —dijo Julia.

—No me las des a mí —repuso—. Si Walker lo hubiera denunciado, esta conversación habría sido distinta.

Y colgaron.

—Te juro que no sé en qué estaba pensando —dijo Tony, mirando al techo.

Julia sí lo sabía.

Tony siempre quería solucionarlo todo. Le gustaba solventar problemas, sobre todo los ajenos.

Le costó darse cuenta, pero cuando fue consciente le molestó. Una vez, la luz del porche de su casa se fundió y él se presentó con una bombilla, un destornillador y una escalera de mano. Otra vez que estaba resfriada, él le llevó sopa y le dijo que se echara un rato. Cuando estaba de mal humor, él insistía en hablar de ello. Su mejor amiga, Margot, le decía que era romántico. Pero a ella le parecía una falta de respeto, como si él creyera que no podía valerse por sí misma. Puede que hubiera tenido una infancia perfecta, con la máxima seguridad financiera y emocional que cualquier niño querría, pero cuando estaba en la universidad lo pasó peor. Vivió el ocaso y la

muerte de su padre en el lapso de un mes. Su madre tuvo que cerrar su negocio. Julia se puso de camarera para ayudar con los pagos de la universidad. Cuando conoció a Tony era una persona segura y autónoma, y estaba orgullosa de ello.

Pero una noche, durante su primera cita en invierno, agredieron a una compañera de trabajo de Julia. La chica cerró el Ruby, el bar donde trabajaban, en Portland, y de camino a su coche un tío blanco con sombrero y bufanda le sacó una navaja y le exigió que le diera el bolso. Cuando la amiga se lo contó, le dijo que estaba bien, pero que se había quedado conmocionada. Julia se lo contó a Tony de camino al trabajo y le faltó tiempo para arrepentirse. En los cinco minutos que duró la llamada, él le dijo que no entrara, le pidió que se buscara otro trabajo, se enfadó y le dijo que lo dejara. Ella le colgó. Nunca había oído hablar de casos de atraco en Portland. Parecía que había pocas probabilidades de que le ocurriera a ella; además, a su compañera no le había pasado nada, y a ella poco le iban a robar. Casi al final de su turno, Tony se presentó en el bar. Primero se disculpó por haberse vuelto loco al teléfono. Ella casi se lo creyó, pero entonces se percató de que había ido para acompañarla al coche.

Cuando los últimos parroquianos salieron de misa a la hora del cierre, echó el cerrojo y se volvió hacia Tony. Le soltó todas las cosas que no le había dicho, como si tuviera una lista preparada para cantarle las cuarenta. Sabía lo que él pretendía. Tony no creía que supiera cuidarse sola. No respetaba sus decisiones. Y luego ella subió la apuesta.

—Eres posesivo.

—¿Posesivo? —dijo él, negando con la cabeza, confundido.

—Sí.

—No sabes lo que dices. Anoche atracaron a tu compañera de trabajo. Solo le sacaron un cuchillo, pero podrían haberle hecho de todo.

—¡No es solo eso! ¡Es todo! ¡Te crees que no puedo ni cambiar una bombilla! ¡Me asfixias! ¡No soy tu hija!

—¡Pero qué hija ni qué nada! Eres mi novia y te quiero, ¿tanto te cuesta entenderlo?

—¿Por qué te cuesta tanto a ti dejar que me cuide yo sola?

—¡Eso hago! —Tony empujó el taburete hacia atrás y se levantó—. Cuido de la gente a la que quiero. —Le costaba respirar, como si acabara de estar corriendo—. ¿Mi amor te asfixia?

Julia cruzó los brazos e intentó recomponerse. Pero el pánico la invadió. Puede que aquello no fuera una discusión, sino el final.

—Me gustan muchas cosas de tu forma de quererme —dijo ella—. Lo que no me gusta es esa necesidad constante que tienes de salvar a todo el mundo. No es lo que necesito ni lo que quiero. Y espero que tú tampoco necesites estar con una mujer débil para sentirte un hombre. —Él abrió la boca, pero ella levantó la mano—. Yo creo que no, al menos conscientemente, pero te pido que me escuches. No quiero un novio que se comporte como tú ahora mismo. Tienes que cambiar. —Inspiró… Espiró… Mierda, no había conseguido contener las lágrimas —. Eso o te vas.

Acaba de decirle todo lo que tenía que decirle. Sus miradas se encontraron y ella lo desafió a replicarle que no tenía razón. Había poca luz y el pelo moreno de Tony se tornó negro; tenía la cara blanca y los rasgos marcados. Se acercó a ella. La cogió por la cintura con ambos brazos y apoyó la cara en su cuello. Le dio un beso en la clavícula y la soltó.

—Vale —susurró él.

Luego metió la mano por detrás de ella, abrió el cerrojo, la rodeó, empujó la puerta y salió a la calle.

Se estaba yendo. La estaba dejando.

Entonces se dio la vuelta.

—No soy yo quien se va. —Fue como si le hubiera leído la mente. Entrecerró los ojos, mitad enfadado, mitad jocoso—. Vete sola al coche. —Sacudió la cabeza, se giró y se fue.

Había hecho bien pronunciándose, pero también se había equivocado. El amor era muy contradictorio. Para Tony, querer a Julia era dejar que ella fuera su propia heroína, a pesar de que parecía que su autoestima dependía de lo que hacía por la gente a la que más quería. Para Julia, querer a Tony era dejar que la cuidara, por mucho que le diera miedo empezar a necesitar algo que podía perder.

Y en ese momento Tony quería cuidar de Nick; su hermano pequeño, el niño al que no paraba de socorrer. No sabía dónde meter tanta ira y tanta desesperación.

Julia se tumbó en las baldosas frías de la cocina al lado de Tony y le envolvió una mano con las suyas.

Al día siguiente, por la tarde, estuvieron jugando a algo parecido al fútbol americano en el jardín lateral. Era una versión de Chloe que consistía en lanzarse su balón Nerf entre todos y hacer *touchdowns* en el manzano. Era lioso, como poco, pero cuando Chloe anunciaba una regla nueva según avanzaba el partido a Julia le parecía tan encantadora que le costaba hacerla entrar en razón, así que se limitaban a obedecer. Se rio muchísimo con los niños y se sintió de mejor humor, y se veía que Tony estaba poniendo de su parte. Estuvo corriendo por el jardín, se quejó en broma de las reglas y la miró como intentando discernir si se lo estaba pasando bien. Era su forma de disculparse.

—Para, Seb —le dijo Chloe a su hermano, al que pilló corriendo hacia el manzano; él se quedó quieto, apretando el balón con las manitas—. Ahora el árbol es un gul.

—¿Cómo? —preguntó Tony, negando con la cabeza.

—Papá, un gul. —Lo dijo como si su padre fuera tonto.

—¿Y por qué tiene que haber un gul en un partido de fútbol americano? —dijo Julia, riéndose.

Tony la señaló con el brazo estirado como para darle las gracias. Ella sonrió y lo miró a los ojos. Le encantaba cuando hacían equipo, aunque fuera contra sus propios hijos.

—No es fútbol americano; es fútbol-bandera-balón prisionero —puntualizó Chloe.

—Balón prisionero —dijo Seb entre risas mientras le lanzaba el balón a su hermana.

Julia notó que le vibraba el móvil en el bolsillo. Podría contar con los dedos de una mano las personas a las que les cogería el teléfono en un momento así, pero Charlie Lee era una de ellas.

—Tengo que cogerlo. Vuelvo enseguida —dijo mientras iba corriendo hacia la casa; no quería que la oyeran; paró en los escalones de la entrada y se sentó al lado de las calabazas de Halloween, que llevaban allí pudriéndose desde a saber cuándo.

Charlie le pidió perdón por llamar en fin de semana.

—Pero qué dices, si me moría de ganas de saber de ti.

—Ah —dijo él, suspirando, y ella de pronto pensó que ojalá no hubiera contestado.

—Bueno, qué. ¿Nada?

—Lo siento, Julia. Si se lo ha hecho a alguien más, no doy con quién.

«Mierda».

—No pasa nada.

—Por un momento pensé que había dado con algo, pero… —Hizo una pausa.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es un callejón sin salida. Hay un camarero en Providence que cree que vio a Ray Walker un fin de semana en su bar, hace dos años.

—¿En Rhode Island?

—Sí. La empresa de Walker vende por toda Nueva Inglaterra. Así que he llamado a un montón de bares de ambiente de varias ciudades grandes.

—¿Y? —Notó los latidos del corazón en la oreja donde tenía el teléfono.

—Y nada, la verdad. Se acuerda de un chico muy muy guapo que fue dos noches seguidas y que habló con un habitual, un chaval tímido. La segunda noche se fueron juntos. El camarero tenía en mente preguntarle el fin de semana siguiente, pero el chaval no volvió a aparecer. —Julia oyó a Chloe gritando en el jardín y miró hacía allí. Tony la estaba persiguiendo, balón en mano—. Mucho después, el camarero lo vio con una chica en un mercado de productores. Él la llamó «postiza»; supongo que estaban haciéndose pasar por pareja. El camarero cree que ella lo sabía. Nunca se planteó que hubiera pasado algo malo… hasta que recibió mi mensaje.

—¿Se acuerda del nombre del cliente habitual?

—No. Al menos no del apellido.

—Entonces… —Entonces era verdad que no tenía nada.

Julia se quedó observando sus botas. Giró los tobillos y miró las suelas. Estaban llenas de barro y hebras de hierba.

—Estoy muy frustrado —dijo Charlie—. Seguro que se lo ha hecho a más gente, lo que le hizo a tu cuñado, pero me está costando dar con ellos.

—Es todo un detalle que me hayas ayudado con la búsqueda, de verdad.

—Quizás se pongan en contacto conmigo de otros bares. Si eso pasa…

—Sí, me llamas, pero no pierdas más tiempo con esto.

—Sé que te preocupa el tema del juicio, pero intenta que no —dijo Charlie tras una pausa; Julia se remangó para limpiarse la nariz con la franela de debajo; le estaban entrando ganas de llorar—. Tienen mucho material para pillarlo —añadió—. Si tuviera que apostar, diría que a Raymond Walker se le está acabando la racha de buena suerte.

Después de colgar, Julia se quedó sentada al lado de las calabazas; le dio la vuelta al teléfono. Quizás esa racha de buena suerte fuera la explicación. Charlie era bueno, pero si nadie había denunciado a Walker ni había fotografías ni muestras de ADN… Se estremeció. Una racha de buena suerte. Miró hacia el césped. Tony tenía a Chloe cogida por la cintura y la estaba balanceando, y Seb se lanzó hacia ella para intentar quitarle el balón de las manos. Los niños parloteaban y gritaban con alegría. Tony se reía; dejó a Chloe en el suelo, echó los hombros hacia atrás y su sonrisa se desvaneció. Observó a los niños correr hacia el árbol con cierta melancolía en la mirada. ¿Qué había pasado con su larga racha de felicidad? ¿Se había acabado también?

36

JULIA HALL, 2019

Ese año nevó el último día de noviembre. Se despertaron una mañana y se encontraron con que el otoño había llegado a su fin. El invierno subsiguiente acabó sepultándolos.

Fue ese mismo invierno cuando Julia aprendió que era posible perderse en la nieve. Como no estuvieras alerta, te desubicabas. La primavera ya quedaba más cerca que cuando era otoño, pero la luz escasa y la nieve acumulada te impedían augurarla. Al igual que las plantas de fuera, tenías que despojarte de lo prescindible y curtirte para sobrevivir.

Miró de reojo al inspector Rice.

Ojalá no hubiera tenido que verlo de nuevo. Ahora no sabía si podría irse tranquila a la tumba.

—Ya sabes por qué te pedí que vinieras, ¿no?

«Sí».

—No —contestó ella.

¿Habría visto las gotas de sudor en el nacimiento del pelo?

—Cuando pienso en el caso de Nick —dijo el inspector—, me doy cuenta de que cometí muchos errores. Oculté cosas… No vi otras… Cuando me llamó Walker y me contó lo que había hecho Tony… Ojalá ese día me hubiera visto venir lo que se avecinaba.

El inspector Rice se lo estaba tomando con calma, ofreciéndole sus recuerdos como si fueran manzanas recién recolectadas de un árbol durante un paseo ocioso por una huerta; como si se le acabaran de ocurrir y a ella le gustara revivirlos. Pero estaba avanzando de forma cronológica y metódica. La estaba guiando por aquel otoño y el invierno subsiguiente.

En un momento dado, Julia sosegó la voz de su víctima interior. «No tengo por qué rememorar todo esto. No es justo». Entonces acalló

la voz. Una voz impostada. La verdad es que pensaba mucho en ese invierno, al margen de inspectores pidiéndole que acudiera a su aparente lecho de muerte. Había aprendido a controlar esos sentimientos tan fuertes que le generaba aquella época; los recuerdos seguían ahí, pero los observaba en frío, con ese desapego propio de un investigador que estudia las acciones de gente desconocida. No fueron ellos, Tony y Julia. Fue otra pareja. Y las noches de invierno, o nada más despertarse por culpa de una pesadilla, o, por alguna razón que no recordaba, cuando Tony hacía sándwiches, ella se quedaba observando un segundo a esa pareja desconocida y luego la dejaba marchar.

Ese día, sentada delante del inspector, sintió en la boca del estómago el despertar de una emoción que llevaba mucho tiempo dormida, la encarnación del proceso penal. Esa piel flácida y esa palidez eran una distracción, una estratagema fortuita por su parte, pero ella sabía quién era. Un policía nunca dejaba de serlo, ni siquiera estando jubilado o moribundo. Y en la historia siempre se hacía justicia, ¿no?

Ella sabía por qué estaba allí. Sabía qué venía después. El inspector se lo había tomado con calma, pero ya casi habían llegado a su destino: el invierno en el que desapareció Raymond Walker.

III.

DICIEMBRE

«Queda menos para la primavera
de lo que quedaba en septiembre»,
trinó un pájaro fuera,
en la oscuridad de diciembre.

OLIVER HERFORD, «Trinó un pájaro fuera»

37

NICK HALL, 2015

La consulta de Jeff era pequeña y estaba calentita. La pared de detrás del sofá donde estaba Nick sentado era de ladrillo visto, y había una ventana que proyectaba esa luz brillante tan característica de principios de invierno en la cara amable y morena del terapeuta. Como de costumbre, Jeff iba con jersey y pantalones de vestir. A veces enganchaba un dedo en la correa de su reloj de pulsera de plata y tiraba de ella mientras escuchaba a Nick. Este se había quitado las botas en la entrada y, a la vez que hablaban, arrastraba los pies arriba y abajo por la alfombra de pelo largo.

—Entonces, te sientes aliviado —dijo Jeff.

—Sí.

Estaban hablando de lo que se hacía Nick. Lo de rascarse y tal. Ya había hablado del tema con la mujer de la sesión de terapia urgente que tuvo después de Acción de Gracias. Hablarlo de nuevo con Jeff no iba a ayudar. Sabía por qué estaba haciendo eso, lo de rascarse: para no pensar en la realidad. Una vez estuvo a punto de contárselo a Jeff. Y a Tony, en Acción de Gracias. Pensaba que podía cambiar la realidad si se repetía una y otra vez la misma historia falsa, pero lo único que hacía era complicarla.

Jeff estaba diciendo algo y Nick lo interrumpió.

—¿Podrías explicarme otra vez cómo va esto, lo del tribunal?

—¿A qué te refieres?

—A ver, sé que puedes contar que podría autolesionarme o hacer daño a otra persona, pero una vez me dijiste algo del tribunal, no me acuerdo bien.

—¿Sí?

Nick asintió y dijo:

—Cuando nos conocimos me dijiste que el juez puede exigirte que le

des mi historial.

—Ah. Bueno, puede pasar. Supongo que depende. Me gusta decirles a mis clientes de antemano que la confidencialidad tiene ciertos límites. Por mucho que quiera que sepas que voy a guardar tus secretos, también necesito que seas consciente de que no siempre va a ser posible. Creo que es muy importante aclararlo antes de que pase cualquier cosa.

Nick se llevó una mano a la cabeza. Ahí seguía la costra; más reseca y pequeña, pero aún le picaba bastante, y no era capaz de dejar que cicatrizara del todo.

—Nick —dijo Jeff, asintiendo hacia él; este bajó la mano—, si lo que te preocupa es que Ray consiga tu historial, no se me ocurre ningún supuesto en el que eso podría pasar. —Cuando estaba en la consulta de Jeff hablaban de «Ray». No le gustaba llamarlo «Walker», como hacían la fiscal y Tony—. ¿De qué quieres que hablemos? —A Nick empezó a picarle el brazo y se lo frotó—. Nick…

Este entrelazó las manos sobre el regazo. Ya no aguantaba más; no podía seguir guardando el secreto. Había intentado reprimirlo y bloquearlo, pero era demasiado débil. O se lo contaba a alguien o no sabía qué hacer ya.

—Quiero contarte lo que pasó de verdad.

Nick oyó el Volvo oxidado de Johnny antes de verlo. Había llegado pronto y lo estaba esperando, igual que después de cada sesión desde que volviera de casa de Tony.

Estiró la cabeza para ver el coche; estaba aparcado en la calle, detrás de un banco de nieve nuevo, cortesía de la tormenta del día anterior. Tenía la cara hinchada de haber estado casi toda la hora anterior llorando; cuando llegó a la acera, le picaron los ojos por el aire frío. Sintió una oleada de esperanza totalmente novedosa en el pecho. En esa sesión con Jeff por fin había hecho eso que había fingido hacer tantas veces ese otoño: contar la verdad y nada más que la verdad. Cuando terminó, Jeff se inclinó hacia delante y pronunció el nombre de Nick. Este levantó la cabeza y lo miró a los ojos, y luego

el terapeuta le dijo dos palabras totalmente inesperadas: «Te perdono».

Le dijo muchas cosas después, pero Nick tenía esas dos palabras grabadas en la mente cuando llegó al coche de Johnny: «Te perdono». Le perdonaba por lo que había hecho.

Nick abrió la puerta y se sentó al lado de Johnny. Por fuera el Volvo era una mierda, y se ponía a rugir en cuanto pasabas de sesenta por hora, pero estaba calentito y limpio y olía a fresas. Johnny cambiaba de ambientador cada dos por tres, y el último era una especie de gelatina rosa que estaba enganchada en la rejilla de la calefacción del copiloto. A Nick siempre le entraban ganas de comerse una tostada con mantequilla y mermelada.

—¿Qué tal ha ido?

—Normal. Bueno, bien. —Se abrochó el cinturón de seguridad y sonrió a Johnny—. Gracias por venir a recogerme.

Él también le sonrió mientras se ponía en marcha.

—No hace falta que me lo digas todo el rato —contestó, y su sonrisa se desvaneció—. Al menos mientras sigas poniendo pasta para gasolina.

Nick resopló una sonrisa. Como Johnny era el único compañero de piso que tenía coche, no le quedaba más remedio que hacer de chófer habitualmente. Después de dos semanas viviendo juntos, empezó a molestarle, pero decidieron poner dinero para gasolina y el problema ya no lo fue tanto. A esas alturas, el sistema era fácil: no hay pasta, no hay Taxi Maserati. Nick se inventó ese nombre en septiembre, pero hacía meses que no llamaba así al Volvo.

Ya en casa, le dio un billete de cinco dólares, subió directamente las escaleras húmedas hasta su habitación y se encerró.

Se sentó en la cama y sacó el móvil para buscar el número de la fiscalía. Jeff le había dicho que tenía que intentar hablar con Sherie, la facilitadora. Ella probablemente fuera la más adecuada para encargarse del asunto. Nick presionó el número que encontró en la página web de la fiscalía del distrito. O llamaba ahora que aún confiaba en que estaba haciendo lo correcto o posiblemente ya nunca lo hiciera.

Nick fue sorteando botones hasta llegar a un ser humano.

—Fiscalía del distrito. Lo atiende Jodi.

—Eh, hola, quiero hablar con Sherie, la facilitadora. Por favor.

—Sherie no está esta semana. ¿Es usted víctima de un caso abierto? —Dale que dale con la palabrita.

—Sí. Eh… Sí, sí.

—Se le ha muerto un familiar, pero debería de estar de vuelta el lunes que viene. —La mujer había suavizado la voz—. ¿Le gustaría hablar con la abogada que tiene asignada?

¿Le gustaría? No. Lo intimidaba. El trabajo de Sherie consistía en asistir a Nick; iba a ser más fácil hablar con ella.

—¿Es ella la persona adecuada para hablar de mi versión de los hechos, del testimonio? Si fuera necesario, quiero decir. —«Pero qué estoy haciendo…»—. Déjelo, ya llamo la semana que viene. Gracias.

—¿Puedo…?

Nick colgó. Necesitaba hablar exclusivamente con Sherie, al menos de momento. Podía aguantar una semana. Ya no era solo su secreto; se lo había contado a Jeff, y eso ya era algo.

Se subió las mangas despacito, con cuidado de no rozar las heridas costrosas que le recorrían toda la parte baja de los antebrazos; estaban resecas y eran de color rojo pardusco, con los bordes rosados. Pedían a gritos que las rascaran, pero se limitó a observarlas. Parecían islas. Se acordó de la cara que puso Tony cuando vio lo que él mismo se había hecho. Se bajó las mangas y se levantó de la cama. «Se acabó —pensó —. Tienes que centrarte, como ha dicho Jeff».

Bajó las escaleras y fue a la cocina a coger un cubito de hielo. Lo apretó con fuerza con la mano izquierda. Le dolió la palma del frío. La mano le palpitaba; la abrió sobre el fregadero para que cayeran las gotas. Lo único que sentía era dolor, justo lo que quería.

38

JULIA HALL, 2015

Julia estaba al pie de la escalera y oyó ajetreo en la cocina: el beicon chisporroteando, la cafetera espurreando, las voces familiares de las personalidades de los informativos regionales… Sonaba un programa muy tonto del canal 8 llamado *Saturdays with Michelle and Miguel*; Tony se lo ponía a veces mientras hacía el desayuno. Era el típico programa matinal de noticias regionales sobredimensionadas donde intercalaban secciones sobre recetas de cocina y adopción de mascotas. No obstante, no tenía queja ninguna del programa: cuando lo oía sabía que el desayuno estaba en marcha.

Paró delante del salón y vio a los niños jugando. Al final del pasillo, en la cocina, oyó otra voz que no era ni la de Michelle ni la de Miguel. No la reconoció, pero supo al momento de qué estaban hablando.

«Lo que hace que este caso sea tan interesante es que la víctima es un hombre adulto. No quiero decir que sea inaudito, pero es que prácticamente lo es».

Julia aceleró hasta la cocina y se encontró a Tony inmóvil, sudando. En la pantalla del televisor había un hombre corpulento y trajeado. Se puso al lado de él.

—¿Qué es eso?

—¡Chisss! —siseó Tony.

El hombre estaba sentado en una silla enfrente de Michelle y Miguel. «Va a ser fascinante ver la reacción del jurado a una situación así».

Julia dio un paso hacia la tele.

—¿Qué haces viendo esto? —dijo y se dispuso a apagarla.

—Quita. —Tony le dio un manotazo—. Estoy intentado verlo.

—Pero ¿por qué te haces esto?

—¿Te puedes callar? —dijo él con cara de fastidio, pero sin apartar

los ojos de la pantalla.

Julia relajó los talones y cruzó los brazos.

Miguel se inclinó hacia el hombre y le preguntó: «¿Y cuál es la situación hasta el momento?».

«Dos hombres se conocen en un bar de Salisbury, un pub llamado Jimmy's. De alguna manera concluyen que hay un interés mutuo y se van del bar para ir al hotel de Walker. El Estado pretende demostrar que, básicamente, Raymond Walker le dio un golpe a la víctima estando en el hotel y que la agresión sexual tuvo lugar mientras este hombre estaba inconsciente».

«Bien. ¿Y por qué es relevante que la víctima sea un hombre?», preguntó Michelle.

«Será relevante de verdad en función de la versión que den la defensa y la acusación, y puede influir en lo que crean o no los miembros del jurado. Puede pasar cualquier cosa. ¿Creerán los miembros del jurado que un hombre fuerte y sano se quedó básicamente fuera de combate y no recuerda los hechos? Se está especulando mucho sobre la cantidad de alcohol que consumió la víctima, pero los hombres, y él lo es, tienen más tolerancia. Y probablemente no le preguntarán qué ropa llevaba puesta», dijo el señor con una sonrisita asquerosa.

Julia estiró el brazo y apagó la tele. Tony se quedó inmóvil, mirando la pantalla apagada. Ella hizo amago de tocarlo, pero él ya se estaba yendo, y la mano se quedó suspendida en el aire.

Sin mediar palabra, se dirigió al recibidor de la cocina. Una pausa, un portazo y el crujido de la gravilla bajo sus pies.

Tony estaba sentado en la cama con un libro en el regazo, mirando por la ventana que tenía delante. Llevaba un mes leyendo el mismo libro. En realidad, amagando con leerlo. Julia siempre lo veía así, con el libro en las manos, pero la cabeza la tenía en otra parte. Se metió en su lado de la cama y cogió su libro de la mesita de noche, pero él empezó a hablar:

—Ese hijo de puta tiene que ir a la cárcel.

Se refería a Walker. No hacía más que hablar de él.

—Seguramente vaya. —Iba a decir algo más, pero Tony la interrumpió.

—¿Seguramente?

—Nunca se sabe. Pero que vaya a la cárcel no significa que Nick vaya a dejar de autolesionarse.

—Puede que sí.

—Creo que estás simplificando demasiado lo que le pasa Nick.

—¿A qué te refieres?

—Que Walker vaya a la cárcel no va a ayudarlo a asimilar lo que sea que pasó esa noche.

Una sonrisita se dibujó en la cara de Tony. Era una sonrisa fea, como si hubiera pensado para sus adentros: «Bingo»; como si ella acabara de darle la razón en algo.

—Qué.

—Nada —dijo Tony mientras abría el libro.

—¿A qué viene esa pasivoagresividad?

—Vale… —Cerró el libro—. A veces tengo la sensación de que no crees a Nick.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado eso?

—Es una sensación, por la forma en la que hablas de él.

—¿Y cómo hablo de él?

—Como ahora, como si él no supiera lo que le pasó.

—Lo que digo es que no sabemos dónde se desmayó…

—Déjalo. —Apartó el edredón y se levantó de la cama.

—¡Pero bueno! —Claramente, había sido un error.

Ahora él estaba delante de la cómoda.

—Antes de que digas lo que creo que vas a decir, quiero que hagas memoria de cómo estaba en el hospital. En esta casa. Lo que dijo la enfermera. ¿Sabes qué? No me interesa tu opinión.

—Tony…

—No puedo mirarte a la cara si crees que…

—Tony…

—No, calla. Se acabó.

Se estaban pisando al hablar.

Ella no quería levantar la voz, los niños estaban al otro lado del pasillo.

—Tony. To-ny. Escucha. Lo que estoy diciendo es que sí creo a Nick, pero él mismo ha dicho que no sabe lo que pasó. ¿No te parece raro que Walker no se lo haya hecho a nadie más?

—Siempre hay una primera vez —dijo Tony, mirándola con clarividencia.

—¿Qué? ¿Para discrepar?

—No sabemos si hay más afectados.

—¿Y si lo supiéramos?

—Cómo. La policía no tiene tiempo para buscar.

—Quizás ellos no.

—¿Qué quieres decir?

¿Estaba segura de querer contarle lo de Charlie Lee? Creía que quería mantenerlo en secreto y evitar que él se desilusionara si Charlie no encontraba nada útil para garantizar que lo condenaran, como era el caso. Pero era evidente que sí quería decírselo; ella misma lo había ido guiando hasta ese momento.

—Le pedí a Charlie Lee que investigara.

—¿Quién es Charlie Lee?

—El detective privado con el que trabajaba antes.

Tony se quedó mirándola fijamente un segundo.

—¿Has pagado a un detective privado?

No había sido muy caro, pero ese tema no lo iba a tocar.

—Ya estaba en contacto con él por el informe sobre antecedentes de menores que estoy redactando.

—¿Cuándo has hablado con él?

—Varias veces.

—Así que estás trabajando con un detective privado y no me lo has contado.

—No me pareció buena idea… Lo llamé justo después de que atravesaras la puerta de un puñetazo delante de los niños. —Tony frunció el ceño y de repente le recordó muchísimo a Sebastian; estaba al borde de las lágrimas. Se había pasado; no tendría que haber dicho eso—. Lo siento —añadió ella con voz tenue—, pero creo que tenemos

que ser realistas sobre lo que podría pasarle a Nick en el tribunal. Sé que hay pruebas, pero realmente va a ser la palabra de Nick contra la de Walker, y Nick va a decir que no se acuerda de lo que pasó. Y eso no es bueno. Por eso le pedí a Charlie que buscara a más gente, porque es una máquina, pero no ha dado con nadie.

—¿Y qué ha hecho? ¿Llamar a todos los hombres del mundo y preguntarles: «Oye, ¿te han…?».

—Claro que no —intervino Julia—, pero ha contactado con un montón de bares gais de Nueva Inglaterra, por si Walker había ido a alguno estando de viaje de trabajo. Uno cree que puede que estuviera en su bar.

—¿Lo reconoció? —dijo Tony, con la cara iluminada.

—No. Bueno, puede, no estaba seguro. Se acuerda de una vez que un tío se fue a casa con un cliente habitual, un chico joven, pero ya. Charlie no ha conseguido averiguar quién es ese cliente habitual, así que en realidad lo único que sabemos es que alguien que se parece a Walker se fue a casa con un chico joven y tímido, pero el camarero nunca se enteró de lo que pasó.

—¿Te estás escuchando? Es su tipo. Su *modus operandi*. Esto tiene que saberlo la fiscalía del distrito para llevarlo al tribunal.

—¡De eso ni hablar! Si yo fuera la abogada de Walker, me pondría las botas con eso. «¿De dónde ha salido esa información? La familia de Nick Hall contrató los servicios de un detective privado. Y lo único que ha averiguado es que alguien que se parece a mi cliente se llevó a casa a un chico que conoció en un bar hace dos años». Eso es peor que no haber indagado.

—¿Ves? —dijo Tony, señalándola—. Ese es el problema.

—Qué.

—«Si yo fuera su abogada…». Ya lo has sido, Julia. Has defendido a gente de su calaña.

—Y qué.

—Lo estás viendo desde su punto de vista, no desde el de Nick.

—Me ofendes. Fue por trabajo. Esto es personal, es mi familia. Solo quiero que seas realista, que sepas cómo podría acabar esta fase. Walker a lo mejor va a juicio y, si eso pasa, Nick va a tener que

testificar, pero puede que gane el otro.

Tony levantó la mano y dijo:

—Me voy a dar una vuelta.

—¿Ahora? —La ventana que había al otro lado de la habitación parecía un espejo negro—. Es noche cerrada y hace un frío que pela.

—Me llevo la cazadora.

Hacía demasiado frío para salir a caminar. Aunque a lo mejor cogía el coche y se iba a dar una vuelta. Y, si eso pasaba, iba a acabar en casa de Walker.

—Por favor, no salgas ahora. —Si le decía lo que estaba pensando, lo único que iba a conseguir era que se atrincherasen más todavía en esa disputa… o lo que fuera. Pero necesitaba saber que no iba a hacer nada de lo que pudiera arrepentirse—. Por favor, no vayas otra vez.

Quizás él se temiera eso mismo, porque acabó cediendo.

—Vale. —Cogió su almohada de un tirón y sacó el libro de debajo del edredón. Ni siquiera la miró.

—Vale —dijo ella.

—Quiero añadir —dijo desde la puerta— que, aunque se te llene la boca diciendo que crees que no te lo cuento todo, tú me has ocultado que contrataste al tío ese, lo cual es peor.

Julia intentó disculparse, pero no pudo. No lo sentía.

—Buenas noches —repuso; luego estiró la mano hacia la mesita de noche y apagó la luz, y Tony se quedó a oscuras.

39

JOHN RICE, 2019

Se habían terminado el té y el tiempo seguía pasando. A Rice le extrañó que Julia se hubiera dejado llevar sin rechistar desde el otoño hasta el invierno, ese en concreto; sin preguntar adónde quería llegar. Estaba tan pálida como él cuando se veía reflejado en la panera (hacía semanas que había quitado todos los espejos). ¿Era esa docilidad del ciudadano medio lo que le gustaba cuando hacía preguntas en su propio territorio? Normalmente, su territorio era la comisaría, pero ese era su primer interrogatorio en Maple Street. Quizás fuera eso. O quizás Julia no necesitaba preguntarle adónde quería llegar porque ya lo sabía.

—Aquí estoy hablando de lo que yo sentía entonces, a pesar de que no tenía ni idea de cómo lo estaba pasando tu cuñado.

—Yo tampoco lo sabía, la verdad —repuso ella, asintiendo.

—¿Te ha dicho alguna vez por qué…? —Se quedó callado.

—¿Por qué se provocó una sobredosis? —añadió Julia sin reparos.

—Sí.

—Creo que se le juntaron muchas cosas. —Volvió la cabeza y se quedó pensativa—. Recuerdo que había tenido una semana muy complicada.

40

NICK HALL, 2015

Así transcurrió esa semana.

El sábado por la noche, Nick estuvo bebiendo solo. Se acabó el vodka de Mary Jo, que mezcló con zumo de arándano de una garrafa abandonada en el fondo de la nevera. Se planteó si su compañera le preguntaría cuando se diera cuenta de que la botella estaba vacía o si evitaría el tema, como hizo con la agresión, ya que su novio se lo había contado a todo el campus. Nick seguía pillando a la gente mirándolo, incluso cuchicheando, porque Mary Jo no tenía dos dedos de frente y no se había dado cuenta de que su novio era un gilipollas.

Acabó la noche en el baño. Se puso de rodillas delante de la taza sucia y se indujo el vómito con la esperanza de evitar la resaca. Luego se puso de pie, se enjuagó la boca en el lavabo y miró fijamente su reflejo. ¿Realmente esa persona era él? Tenía las líneas de expresión muy marcadas, los ojos húmedos y la mirada vacía. La imagen era nítida, pero su mente se estaba desvaneciendo, difuminándose. Ojalá pudiera fusionarse con el agua fría y escaparse por el desagüe.

El domingo, a pesar de todo, tuvo resaca.

El lunes lo llamó Sherie. Al principio pensó que, de alguna manera, ella sabía que había sido él quien la había llamado la semana anterior. Pero enseguida se puso a hablar del tribunal y Nick se dio cuenta de que era una mera coincidencia. Le dijo que tenía una comparecencia el martes siguiente, que llamaba para recordárselo, pero él no se acordaba de que se lo hubiera dicho.

—La conciliación —dijo— es cuando el fiscal y el abogado defensor

se reúnen en el tribunal y hablan del caso para intentar llegar a un acuerdo.

—Entonces ¿todo esto se termina el martes que viene?

—Puede ser, pero no te hagas ilusiones.

Genial… Nick se acordó de la reunión en la fiscalía. Si llegaran a un acuerdo, probablemente sería más cerca de la fecha del juicio. A Nick esos dos meses se le habían hecho eternos, pero al parecer su caso no estaba tan avanzado aún.

—¿Cómo funciona?

—¿En el tribunal? El acusado está presente, y hay una parte en la que está el juez, pero el resto del tiempo solo están los abogados. Linda le dirá a Eva, la abogada defensora, por qué cree que va a ganar el juicio y qué considera que es una sentencia justa. Eva le dirá a Linda por qué cree que va a perder y qué sentencia aceptarían para archivar el caso.

—¿De qué sentencia estamos hablando?

—A Linda le gustaría saber qué opinas de cuatro años de cárcel, diez si viola la libertad condicional.

Nick no supo qué contestar. Cuatro años en la cárcel era mucho tiempo. O a lo mejor no. Si llegaban ya a un acuerdo, sin contarle él la verdad a Sherie, todo el mundo entendería esos cuatro años como el pago de Ray por lo que Nick contó que le había hecho: invitarlo a un hotel, dejarlo noqueado y agredirlo sexualmente mientras él estaba indefenso. En ese caso, cuatro años no eran tantos.

—Es solo una oferta para ver si acepta un acuerdo —prosiguió Sherie—. Si no lo acepta y Linda gana el juicio, pedirá mucho más tiempo.

—O sea que serían cuatro años si nos saltamos el juicio.

—Exactamente —confirmó Sherie.

Si no había juicio, no tenía por qué contarle a la fiscal lo que pasó de verdad, ¿no? ¿Se sentiría más liberado realmente solo por decírselo, cuando hacerlo no iba a servir de nada?

—Suena bien —le dijo Nick a Sherie, y no se lo contó.

El martes fue a terapia. Entró en la sesión dispuesto a decirle a Jeff lo que había decidido mientras hablaba con Sherie: no iba a contarle a nadie más lo que le había dicho a él la semana anterior hasta después de la próxima comparecencia. Pero al verlo en persona se dio cuenta de lo mucho que lo apreciaba. Durante los últimos meses, él le había enseñado lo que era ser un hombre que también había sido víctima. Le había demostrado que se puede ser víctima sin que eso te defina. Jeff estaba casado. Era divertido y amable, seguro de sí mismo. Nick quería ser así. Y ese hombre quizás le perdiera el respeto si se enterase de que quería esperar a ver si se archivaba el caso. Quizás pensara que era un cobarde, o incluso que no era tan valiente como él se había imaginado. Así que Nick cambió de opinión y le mintió.

—¿Has hablado ya con la facilitadora?

—La llamé la semana pasada, pero no estaba; tuvo una urgencia familiar. —«Ni siquiera es mentira», pensó, pero aun así se sintió culpable.

—Ah. ¿Y has hablado con la fiscal?

—No. Voy a esperar. Quiero decírselo a la facilitadora esta semana. —«Eso sí que es mentira»—. Lo intentaré de nuevo cuando acabemos.

Jeff enganchó un dedo en la correa del reloj.

—No tienes que hacerlo si no estás listo —dijo—. La decisión es tuya, de nadie más. —Nick se percató del ligero tictac del reloj de pared que tenía detrás—. Y como te dije la semana pasada, estaré encantado de atenderte si me llamas.

Cuando se lo contara a Sherie, si es que se veía en la tesitura porque no llegaban a un acuerdo la semana siguiente, se sentiría bien. Normal.

—Puede —contestó Nick; puede que se sintiera bien, o puede que se sintiera como siempre, como si fuera un niño que acaba de volcar un vaso de leche y observa cómo lo limpia otra persona.

Nick se fue de la consulta de Jeff mucho peor de lo que estaba cuando llegó. Mientras Johnny lo llevaba a casa, pensó que ojalá tuvieran un accidente. Visualizó un coche estampándose contra ellos, golpeando el lado del copiloto del Volvo y dejándolo inconsciente, en coma. Johnny, no se sabe cómo, saldría ileso, y tan contentos, porque

todos sabrían que el coma no sería para siempre. Se acabarían las preocupaciones para su madre, para Tony, para Johnny y para Elle. Y él, mientras tanto, estaría dormido. Se despertaría cuando el caso estuviera archivado, cuando la gente ya hubiera perdido el interés en su vida.

Como suele pasar después de tener un mal día, el miércoles fue bien.

El jueves soñó que Elle llamaba a su puerta y le pedía permiso para entrar. Luego le preguntaba si había visto las noticias y le dejaba un teléfono, pero él veía las palabras borrosas.

—Has mentido —le decía Elle—. Has mentido. Me has engañado. Me contaste lo que quería oír. Ahora lo sabe todo el mundo. Todos saben quién eres de verdad.

Ella sollozaba, Nick sollozaba… Y entonces se despertó.

Cogió el móvil y buscó su nombre en Google. Ninguna novedad. Buscó el nombre de Walker. Ninguna novedad. Debería haberlo dejado ahí, pero no lo hizo. Se sentía extremadamente culpable. Pero no se iba a rascar. Iba a leer.

Entró en el artículo más reciente del *Seaside* y se desplazó hasta el final. Ningún comentario nuevo, pero releyó los que había.

Me lo tragaría si la «víctima» fuera una mujer más pequeña, pero que un hombre de 20 años se quede inconsciente de un solo golpe… Me cuesta creerlo.

¿Por qué no decir directamente que a este tío no le dieron ningún golpe en la cabeza ni ninguna tontería del estilo, sino que perdió el conocimiento y no quiere admitir que se bebió hasta el agua de los floreros? Que no se acuerde de lo que pasó no significa que no fuera consentido.

Nick había hecho bien en no decírselo a Sherie. No si podía evitarlo. La gente ya pensaba que era un mentiroso. Ya creían que era menos hombre por lo que había contado. No quería ni imaginarse qué dirían o qué pensarían si supieran la verdad.

Podía esperar una semana, quizás menos, hasta saber si, milagrosamente, el caso se archivaba solo. Tomaría una decisión solo si eso no pasaba. ¿Diría la verdad y presenciaría cómo se frustraba el caso y cómo se venía abajo su reputación? ¿O se dividiría en dos, el

Nick real al que solo Jeff tenía acceso y el Nick falso que apareció en el hospital y contó una historia que al parecer nadie creía?

Sherie volvió a llamarlo el viernes. Habían pospuesto la comparecencia hasta el 12 de enero.

Un momento. El 12 de enero. Para eso quedaba un mes.

—¿Por?

—La abogada tiene problemas de agenda la semana que viene.

¿Y? ¿Por qué tenía que perder Nick otro mes de su vida?

—Bueno… —¿Qué iba a decir? ¿Qué podía hacer ella?

—Ya —dijo—. El caso es que realmente no podemos hacer nada de momento. Te llamaré en enero después de la comparecencia para informarte de cómo queda la cosa. Y ahora —añadió con tono de estar dándole buenas noticias—, a centrarse en las vacaciones. ¿Algún plan especial?

Lo único que Nick había pensado sobre las vacaciones era que a lo mejor, solo a lo mejor, para entonces todo aquello ya se habría terminado.

El sábado estaba bebiendo solo de nuevo cuando Elle llamó a su puerta. Se le revolvió el estómago cuando se acordó del sueño. Ella abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¡Anda! —gritó—. ¿Toca beber?

41

JOHN RICE, 2015

El 13 de diciembre, Rice salió de misa sosegado y centrado. Aspiró aire fresco por las fosas nasales y lo dejó salir por la boca en forma de nube blanca y helada.

Su ritual matutino del domingo consistía en ir a misa a las ocho en punto y desayunar con los amigos en el centro a las diez y cuarto. Bob Lucre y Jim Allen debían de estar esperándolo en su reservado habitual del Dorothy's Diner, en Cape. Café, media ración de tortitas y el resumen de la semana. La mayoría de la gente parecía satisfecha después del culto. Rice normalmente se sentía vacío, como si se hubiera despojado de todas sus cargas y sus pensamientos negativos y se los hubiera entregado a Dios. Todos sus errores y sus malas decisiones, importantes o insignificantes, se quedaban bajo las vigas de la iglesia. Era muy liberador sentirse tan liviano, pero después del desayuno de los domingos volvía a tocar tierra.

Bajó los escalones cubiertos de sal de la catedral y se dirigió al coche. A principios de esa semana había nevado bastante, y se notaba que habían limpiado el aparcamiento con una quitanieves. Había aparcado al lado de un banco de nieve no muy alto que ya estaba sucio, lleno de gravilla.

Se sentó en el coche y cogió el móvil. Tenía dos llamadas perdidas de la comisaría, un mensaje de voz y un mensaje de texto de Brendan Merlo: Nick Hall en el hospital. Intento de suicidio. Voy de camino.

Era de las 8.03.

Rice volvió a leerlo.

Acto seguido mandó un mensaje para avisar de que no iba a ir a desayunar y se dirigió al hospital.

Brendan Merlo llegó a su coche patrulla justo cuando Rice estaba aparcando al lado de urgencias. Este tocó el claxon dos veces y el otro se detuvo y esperó a que aparcara. Le dedicó un silbido cuando salió del coche.

—Pero qué elegante.

—Vengo de misa —contestó Rice—. ¿Qué ha pasado?

Merlo se acercó con calma a su lado.

—No hacía falta que vinieras. Ya está todo.

—¿Qué ha pasado?

—Su compañera de piso, Ellen, llamó sobre las tres de la mañana. —Merlo se sacó un cuadernito de la cazadora mientras hablaba—. Perdón, Elle. Estuvieron en casa bebiendo hasta entrada la madrugada. Según ella, estaban pasando un buen rato, desahogándose. Él le dijo que iba al baño, pero tardó tanto en volver que ella fue a buscarlo. Se lo encontró en el suelo tirado con un bote de psicofármacos vacío. No tengo claro si ha sido un intento genuino.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No me he expresado bien —contestó Merlo—. Nick dice que no recuerda haberlo hecho, y ya, y que no tiene intención de suicidarse. Obviamente, meterte un bote entero de pastillas entre pecho y espalda suena a suicidio, pero lo que no sé es si realmente quería morirse.

—¿Qué pastillas son?

—Joder, a ver si sé pronunciarlo; el genérico del Zoloft. Dice que no tiene intención de hacerse daño. —Merlo se encogió de hombros—. Yo lo creo.

Rice no. Sintió una descarga de pánico y frustración.

—No habrán dejado que se vaya a casa, ¿no?

—No ha hecho falta. Su cuñada se lo ha currado para que se apunte a una especie de programa hospitalario. Va a ir al norte, a Goodspring, en Belfast.

Tenía que entrar.

—Gracias, Brendan —le dijo y le dio una palmadita en el hombro al pasar por su lado.

—No hay de qué —respondió Merlo a lo lejos.

Rice se despidió con la mano sin volverse.

Era la tercera vez que recorría uno de esos pasillos estériles del Centro de Atención Médica del Condado de York para ver a Nick Hall. Pero en esa ocasión sintió que sus pasos los impulsaba un apremio ausente las dos primeras veces.

Entrar en urgencias le hizo abrir los ojos. Había ido allí fuera de servicio para ver a un chaval que había intentado suicidarse.

Había un mostrador grande en el centro de la unidad y el enfermero levantó la vista del historial que tenía en las manos.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Era un error. Una invasión en toda regla; nadie le había pedido su ayuda. Nadie lo había invitado.

—Eh… Nada —contestó Rice.

—¿Inspector Rice? —Julia Hall estaba en la entrada de lo que parecía un baño, en la otra punta de la unidad.

«Mierda».

—Hola, Julia.

Ella se acercó a él, no muy sonriente.

—¿Has venido por Nick? —Se fijó en su atuendo de misa—. ¿O es algo personal?

—Bueno, he venido por un asunto personal, pero me he encontrado al agente Merlo hace un momento. Y he pensado en pasarme, por si acaso… —No terminó. «¿Por si acaso qué? ¿Qué puedo hacer yo por ellos?».

Por un momento, fue como si Julia estuviera pensando eso mismo. Luego medio sonrió y dijo:

—Muy amable de tu parte, pero creo que no hace falta.

—Pues genial. Me alegro. Me he enterado de que va a ir a Goodspring, ¿no?

—Eh, aún no es seguro —contestó ella, con el ceño fruncido—, pero parece que sí. ¿Por?

—Ah, no, por nada.

Julia se cruzó de brazos y asintió.

—Si influye en el caso, pues que influya. Esa es mi opinión.

—Julia… Ni se me había pasado por la cabeza. Lo que quiero es que Nick se cuide, de verdad.

Ella relajó el semblante, pero seguía de brazos cruzados.

—Yo también. Gracias por pasarte.

—No hay de qué —contestó Rice, y se dio la vuelta antes de que ella le ganara por la mano.

42

TONY HALL, 2015

Buscadores de casas está bien —dijo Tony.

—Puede que para la gente mayor —respondió Nick.

Tony estaba de puntillas, zapeando en la tele que estaba en lo alto de una esquina. En la pantalla apareció una novia.

—Pasando —dijo Nick.

—Oye, ¿y un concurso canino? —preguntó Tony, entusiasmado de verdad.

Nick giró el mando a distancia estropeado y asintió.

—Podría valer.

—Si no te apetece…

—No, déjalo.

Tony estiró los hombros hacia atrás mientras volvía a la butaca, al lado de la cama de Nick.

—¿Y si adoptamos un perro? —dijo para evitar que un silencio horrible se apoderara de ellos; bien se lo podría haber preguntado a Chloe o Seb, porque no lo decía de verdad, estaba de broma.

Nick lo miró a él y luego la pantalla.

—Sí —contestó Nick—. ¿Por qué no adoptáis… ese? —Era una especie de dóberman en miniatura al que estaban manoseando encima de una mesa.

—Dios. Seguro que es mucho más peligroso que la versión grande —dijo Tony, y su hermano se rio flojito.

—¿Cómo es que no tenéis perro ya?

—A Julia le dan alergia.

—Ah, sí, es verdad. —Nick no paraba de girar el mando a distancia —. Es su único defecto.

Eso no era del todo verdad. La mayoría de la gente pensaba que Julia era perfecta. Era guapa, amable y atenta hasta la saciedad.

Nunca se presentaba con las manos vacías, siempre se acordaba de cumpleaños y aniversarios, y siempre te preguntaba cómo estabas porque le importaba de verdad. Pero era muy cabezona y criticona cuando creía que sabía más que los demás. Sobre todo con Tony. A veces simplemente no lo entendía; no tenía claro que él supiera lo que hacía. Tenía mucha pasta cuando llegó a la universidad, al menos en comparación con la familia de Tony, pero luego, de repente, adiós. Se murió su padre y a su madre y a ella se les cayó el mundo encima. Cuando se conocieron pocos años después, ella estaba muy obsesionada con cuidar de sí misma. Cada vez que Tony intentaba hacer algo por ella, lo cuestionaba, lo criticaba o lo rechazaba. Averiguar cómo hacer que se abriera lo desquiciaba y lo excitaba a partes iguales. Todavía tenían alguna confrontación de vez en cuando.

—Hablando de la reina de Roma —dijo Nick sonriendo ligeramente cuando Julia apareció por la puerta.

—Eh, ¿qué estabais diciendo de mí?

—Estábamos hablando de tus alergias —contestó Nick.

—Muy estimulante… —respondió ella, entrecerrando los ojos—. Voy a bajar a la cafetería. ¿Queréis algo?

—¡Sí! —dijo Nick con un entusiasmo insólito desde que llegaran esa mañana—. Café con crema y azúcar.

—Yo creo que ahora mismo podrías prescindir de la cafeína, ¿no? —planteó Julia, con una mueca en la cara—. Podría darte ansiedad.

—Ah…

—Joder, Julia. Déjale que se tome un café —dijo Tony mientras se apretaba las sienes; se avecinaba un dolor de cabeza horrible.

—Sí, perdón. Qué tonta —repuso con desaliento.

—No, no —dijo Nick—. Puedo tomarme un té.

—No, tómate un café —insistió Tony, señalándolo.

—Bueno, si puedo…

—No pasa nada por un café —dijo Julia mientras se adentraba en la habitación—. No sé por qué lo he dicho. ¿Quieres algo de comer?

—Una galleta, si hay —contestó Nick tras una pausa—. O algo dulce.

—Hecho. ¿Tony?

—Voy contigo —dijo mientras se levantaba—. Así vemos qué hacemos con los niños.

Julia se apartó para dejarlo pasar. Se sentía como inquieta cuando estaba cerca de él, como si le diera miedo estar a su lado. Era agotador.

—Vamos un momentito a la cafetería —le dijo al enfermero del mostrador.

—No os preocupéis, yo le echo un ojo —dijo asintiendo en voz baja mientras pasaban.

Prácticamente no hablaron mientras recorrían el pasillo. Tony se preguntó si Julia estaría preparándose para disculparse. Eso sería muy propio de ella, pedir perdón cuando él se había pasado de brusco. Solía hacerlo demasiado rápido, lo que delataba que no siempre lo sentía de verdad.

—He visto al inspector Rice —dijo ella, en cambio.

—¿Dónde? ¿En casa?

—Aquí, en urgencias.

—¿Cuándo?

—Hace un momento. Me lo he encontrado al salir del baño. Ha sido un poco raro.

—Pero ¿estaba en urgencias por él o…?

—No, para ver a Nick.

Tony se quedó pensando en ello mientras recorrían un vestíbulo enorme; el suelo rechinaba por la sal y la suciedad de las botas.

—¿Por qué no ha entrado?

—Le he dicho que no hacía falta. No creo que a Nick lo ayude volver a hablar de lo mismo con otro policía. Además, no es que tengan ningún vínculo más allá de la razón por la que Nick está aquí. —Tony asintió—. Lo que no sé es si ha venido porque estaba preocupado o porque, no sé, porque quería controlar a su testigo relevante, ¿me explico?

Genial. De puta madre. Seguro que había ido para controlar cómo estaba su testigo estrella, para asegurarse de que no estaba demasiado inestable para testificar. Fijo que la siguiente era la fiscal adjunta.

—Si es así, que lo jodan —repuso Tony.

Julia se quedó callada un momento, pero luego dijo:

—Me alegro un montón de que haya accedido a ir a Goodspring.

—¿Tú sabes qué tal es? —Tony pensaba que a lo mejor sí, por su trabajo anterior.

—Goodspring en concreto no, pero sí que es mejor que estar en casa.

—¿Incluso la nuestra?

Ella paró y lo cogió del brazo.

—Cielo, no podemos encargarnos nosotros solos. Necesitamos ayuda de verdad. Y él ahora mismo tiene que estar… vigilado.

—Eso lo podemos hacer nosotros. Tú estás en casa y yo puedo cogerme una semana.

—No —contestó ella—. Lo siento, pero no. No quiero hacerme cargo de esto. Y están los niños.

—¿Qué pasa con los niños? Él nunca haría nada delante de ellos, los adora.

—Ya lo sé, pero es evidente que se le ha ido de las manos.

—¡Pero si él no quiere sufrir! Esto no habría pasado si no hubiera mezclado alcohol y pastillas. Y sabe que no se puede repetir.

—No quiero hablar de esto ahora —repuso ella, retomando la marcha; Tony la siguió.

—¿Te has parado a pensar que va a pasar las Navidades allí encerrado?

—¿Qué Navidades? —repuso Julia casi gritando mientras se volvía hacia él, que retrocedió inconscientemente—. A ver, Tony, ¡que ha estado a punto de quedarse sin Navidades para siempre! Pero en qué estás… Anoche casi se muere.

—El doctor dice…

—No me refiero a eso. Podría haberlo hecho de otra forma. No me importa lo que habría hecho si hubiera estado sobrio. No lo estaba. Estaba borracho como una cuba e intentó suicidarse. —Tenía razón—. Estoy muy harta de que te comportes como si supieras más que nadie —prosiguió—. ¡Madre mía! Nick necesita ayuda profesional, es lo que quiere, y por la razón que sea no lo soportas. No eres el único que puede cuidar de él.

Tony sintió una opresión en el pecho y la cara roja como un tomate; empezaron a arderle los ojos.

—Ya lo sé.

—Ah, ¿sí? —dijo ella, relajando el semblante, pero sin acercarse a él.

Un hombre pasó por su lado en el pasillo, y Julia se calló y sonrió. No quería que un desconocido los viera discutiendo. Otra característica de ella: le abochornaban los conflictos.

Cuando el tío desapareció, dijo:

—Sé que estás muerto de miedo. —Se llevó una mano al pecho y dijo con voz ahogada—: A mí también me supera. No me puedo creer que hayamos estado a punto de perderlo. —Como no dejara de hablar, se iba a echar a llorar. Se secó los ojos para contener las lágrimas antes siquiera de que brotaran—. Yo también siento impotencia, pero lo único que podemos hacer por él es llevarlo a Goodspring.

Él no supo qué decir.

Fueron en silencio durante el resto del camino hasta la cafetería. En su cabeza resonaban las palabras de Julia cual canción triste.

Nick había estado a punto de morir. Casi lo pierde.

Ahora la situación había cambiado: la vida de su hermano estaba en peligro. Ya no solo lo que pensaban de él en la universidad ni lo que pasara con el juicio, sino su vida.

A Julia no le gustaba sentirse impotente, pero a Tony tampoco, y se preguntaba si él era tan impotente como ella creía.

El viaje a Goodspring fue largo y tranquilo. Tony intentó sacarle conversación a Nick un par de veces, pero fue incapaz de distraerlo de lo que lo tenía tan callado. No le quitaba ojo al GPS, como si estuviera contando los minutos que le quedaban en el coche con él. Al final, Tony desistió de intentar charlar y fueron en silencio.

¿Cómo habían llegado a eso? Hace dos meses, Nick era un universitario más, con sus buenas notas, su piso compartido con sus amigos y más gracioso de lo que le convenía. Ya era genial cuando nació, y Tony se las había apañado para que siguiera así. Sonaba a

coña, pero era verdad: era gracias a Tony. Si no, ¿cómo se explicaba que fuera tan funcional después de haberse criado con dos alcohólicos? Él había estado ahí desde el principio. Cuando era pequeño. Cuando sufrió los horrores de la pubertad masculina. Fue la persona con la que Nick salió del armario. Cuando tenía dieciséis años, Tony y Julia lo acogieron en su casa varias semanas, ¡con un niño de tres años y un bebé en casa!, porque Ron lo sorprendió besando a un chico en el salón y lo echó. Posteriormente, Tony medió entre su padre y su hermano para que este volviera a casa y terminara el instituto sin tener que cambiar de centro.

¿De verdad había conseguido sacar a Nick de casa de su padre y convertirlo en un adulto equilibrado para que ahora otra persona se lo cargara?

Al salir de la autopista y coger la Ruta 3, siguiendo la señal que indicaba Belfast, Tony notó que Nick se ponía tenso. Algo cambió en el ambiente, como si se hubiera tornado húmedo. Lo vio por el rabillo del ojo toquetearse las mangas y el nacimiento del pelo y refrenándose para no ir más allá.

Goodspring era un edificio uniforme de corte industrial al que se accedía por una carretera que atravesaba un bosque. Estaba rodeado de senderos para pasear, según una enfermera del hospital. Durante el mes que iba a estar allí Nick, podría salir a caminar. Mientras Tony enfilaba un hueco del aparcamiento, pensó en decirle algo al respecto, lo que fuera.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Nick mientras Tony aparcaba el coche.

—Dime. —Nick se frotó las mangas y luego se metió las manos debajo de los muslos—. Puedes contarme lo que quieras.

—No he… —Paró y respiró.

A Tony le latía tan fuerte el corazón que su torso no paraba de moverse atrás y adelante.

—Qué pasa.

Nick exhaló, dejando escapar una corriente de aire muy fina, como un niño que está aprendiendo a silbar.

—No he sido sincero contigo —dijo—. Sobre esa noche. —Una parte

del cerebro de Tony le advirtió que algo horrible estaba a punto de pasar y sintió un escalofrío en la espalda—. Y sé que no es la única razón por la que lo estoy pasando mal. Eso lo tengo claro. —Era como si estuviera intentando convencerse de algo—. Pero mentir… Mentir ha complicado mucho las cosas.

Mentir. ¿A qué se refería?

Que Dios lo perdone, pero Tony pensó en Julia y en lo que había dicho de Nick. Y por un segundo se preguntó si se lo había inventado todo.

43

NICK HALL, 2015

Tony lo estaba mirando como si pudiera ver el interior de su mente, como si estuviera leyendo lo que estaba a punto de decirle en una marquesina imaginaria que había detrás de su frente. Entonces Nick lo verbalizó:

—Me acuerdo de todo. —Tony negó con la cabeza; no entendía nada—. Me inventé lo de que me quedé inconsciente. —Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar con ímpetu. El dolor se apoderó de golpe de él y se sintió abrumado, igual que cuando se lo contó a Jeff. Por lo que le había hecho Ray y por lo que se había hecho él mismo; por la vergüenza que sentía y por el cabreo por sentirse así—. Me acuerdo de todo lo que me hizo. —Con la cara entre las manos, su propia voz era como un lamento en una caverna—. Pensaba que me iba a morir.

—¡Nick! —Tony gritó su nombre como si él no pudiera oírlo, como si no localizara a su hermano—. ¡Nick!

Le puso las manos en los hombros y apretó, estrujándolo contra su pecho.

—Lo siento mucho —sollozó Nick, que le estaba llenando la camisa de mocos—. Lo siento mucho, Tony.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haber mentido, cagarla. —Se apartó para mirarlo a la cara.

—No la has cagado —le respondió Tony.

—Sí —repuso Nick—, he mentido, y mucho. He mentido bajo juramento. Cuando la gente se entere me van a odiar. Incluso la fiscal y los inspectores. Me va a odiar todo el mundo.

Tony negó con la cabeza.

—Seguro que lo entienden. Estabas conmocionado.

—Sí, pero se me pasó y seguí mintiendo. Seguí fingiendo que no me

acordaba de lo que ocurrió entre medias, en la habitación. —Tony frunció el ceño y reprimió algo. Nick sabía el qué; su hermano quería saber lo obvio: ¿por qué había mentido? Quiso evitar que lo preguntara—. Lo pensé de camino al hospital. Todo fue muy deprisa. Estaba muy alterado y me costaba respirar, no podía pensar. Y luego me relajé y pensé que iba a decir que me dejó inconsciente. Que me dio un golpe.

—Vale —dijo Tony.

—Mentir era muy fácil. Y fue fácil hacerlo. Fue muy fácil decir que no me acordaba. No quería acordarme.

—No pasa nada —dijo Tony.

—Cuando llegaste… —Nick hizo una pausa para limpiarse la nariz con la manga—, ya le había mentido a la policía. Y me dije que no se lo iba a contar a nadie en la vida, que eso sería como si no hubiera mentido.

Tony se inclinó por encima de la consola central y le frotó el brazo.

—¿Por qué…? ¿No querías contar lo que… te había hecho?

—No. Es que… —Hizo una pausa—. Estaba sangrando. —Tony empezó a llorar—. No podía ocultar que me habían violado, pero no quería que nadie supiera lo que pasó antes.

—Qué pasó antes.

—Me daba mucha vergüenza —dijo Nick—. Estaba muy perdido. Con Ray. Estábamos a otra cosa y de repente… Casi ni me daba tiempo a pensar. Yo no quería.

—Tú no tienes la culpa de lo que pasó o no pasó —dijo Tony enseguida—. Eso no significa que…

—No me refiero a eso —lo cortó Nick—. Le dije que parase. Lo intenté. Pero no… —Hizo una pausa y empezó a recordarlo.

Entraron en la habitación. Él estaba nervioso, pero con ganas; le temblaban las manos sin parar. Josh (Ray) cerró la puerta. Nick se sentó en la cama y notó que los muelles rebotaban. Ray sonrió, se acercó a él y lo puso de pie. Le dio un beso. Estuvo bien, aunque fue un poco violento, más brusco que en el taxi. Entonces Ray apartó la cara y le pegó. No como le había contado a la policía. Fue raro; esa es la palabra que mejor lo definía. Le pegó con la mano abierta, a cámara

lenta; no fuerte, pero sí con perversidad, y eso lo desconcertó.

«¿Te gusta?», le preguntó Ray.

Nick contestó con una tontería, no recordaba el qué exactamente. Que no sabía si le gustaba, algo así.

Ray lo miró con ojos juguetones y le dijo: «Eres un niño malo».

Nick sintió que le ardía el estómago.

Ray le dio otra bofetada, pero esa vez sí fue fuerte.

A él se le llenaron los ojos de lágrimas y le pitaron los oídos. Fue horrible a la par que familiar; una humillación conocida.

«No», dijo Nick con voz débil e infantil, con la respiración entrecortada. Se había equivocado. Aquello era un error.

«¿No? —le preguntó Ray, que se inclinó hacia él y le besó en el cuello—. Lo siento, mi niño».

Nick se quedó quieto. Quería irse, empujar a Ray y coger la puerta, pero se quedó quieto. No sabía por qué no reaccionó, pero así fue.

Ray empezó a tumbarlo en la cama a empellones.

Él plantó los pies en el suelo y llevó las manos lentamente hacia los hombros de Ray.

Empezó a decir algo, pero no se acordaba de qué. A lo mejor se acordaría si se lo hubiera contado a la policía en el acto. No estaba seguro. Lo único que sabía es que después todo fue muy rápido. Ray le pegó otra vez y Nick le devolvió el golpe. Luego lo forzó para que se agachara y él le arañó los brazos y gritó e intentó darle un cabezazo, pero Ray se impuso. Y lo violó.

—No me lo esperaba —le dijo a Tony—. Bueno, sí; justo cuando me pegó me di cuenta de que quería hacerme daño, pero fue como si me hubiera quedado congelado. —Unas lágrimas calientes le bajaron por la cara y le empaparon el cuello—. Pero luego me resistí, de verdad; intenté que parase, pero estaba debajo de él y no podía salir. Pensaba que me iba a matar. —Nick se llevó una mano a la garganta. Ray lo ahogó con tanta fuerza que él pensó que le iba a partir el cuello—. Me quedé sin fuerzas. Me defendí, pero pudo conmigo.

—Lo voy a matar —dijo Tony con voz seria.

Nick negó con la cabeza y dijo:

—Cuando le cuente a la fiscal lo que pasó va a tener que decírselo a

Ray y a su abogada. Eso lo cambia todo. Va a usar en mi contra que mentí. Va a salir en la prensa. Se va a enterar todo el mundo.

—Lo voy a matar —repitió su hermano.

—No hagas ninguna tontería, Tony —repuso Nick—. No digas eso. Solo tengo que decidir si lo cuento o no.

—¿Y si no? —preguntó Tony, girándose un poco hacia él.

—Dejo el caso —contesto Nick, con los hombros encogidos—. Ni siquiera sé si me importa.

—Eso no. Le has contado a la policía la parte que necesitan saber, que sí que lo hizo.

—Pero no se lo conté yo. Fue Elle. Cuando me preguntaron qué quería hacer, ella ya se lo había contado.

—No le dejes salirse con la suya —le pidió Tony.

—No me estás escuchando. Pase lo que pase, yo pierdo.

Estuvieron un rato callados. Nick vio a una mujer salir del edificio y meterse en un coche que estaba aparcado.

—Ojalá me lo hubieras contado.

—Lo siento. —Notó la culpa atravesándole el estómago.

—No, no es un reproche. Me refiero a que ojalá hubiera estado ahí para ayudarte.

—Estabas —repuso Nick—, pero es que… Te lo tendría que haber contado, pero no quise.

—¿Por qué?

—No sé. —Había muchas emociones implicadas, sentimientos abrumadores que apenas sabía describir. Orgullo, vergüenza, miedo, protección… Todavía no sabía cómo hablar de ello, eso era.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—La verdad es que estaba cansado de ocultártelo —repuso, encogiéndose de hombros.

—¿Por eso te has atiborrado a pastillas?

—Sigo sin saber por qué lo he hecho. No estaba en mis cabales.

—Nick… —Tony ya no estaba llorando—. Haría lo que fuera por salvarte la vida. Lo sabes, ¿no?

44

JULIA HALL, 2015

Me iba a echar yo! —voceó Sebastian.

—¡No grites, Seb! —dijo Chloe más alto aún.

Julia se asomó al comedor. Chloe estaba sujetando la caja de cereales con el brazo estirado para que no la cogiera su hermano pequeño, que estaba inclinado sobre la mesa.

—De eso nada —dijo Julia mientras le quitaba la caja a Chloe—. Si seguís con hambre, hay más avena en la cocina. Nada de repetir cereales. —Uno de los dos debía de haberlos sacado del armario mientras ella estaba liada.

—Seb ya se ha echado —se quejó Chloe.

Julia se puso a su nivel y le dijo:

—Hija, no me gusta que te chives. —Le dio un beso en la frente que significaba que la perdonaba—. Y tú, Seb, si no eres capaz de seguir las reglas, se acabó desayunar cereales.

—¿¡Qué!? —protestó Seb con el gesto desencajado.

Ella intentó no reírse en su cara, tan adorable.

—¿Queréis avena? —Ambos refunfuñaron que no—. Pues a por la mochila —los azuzó.

Atajó hacia las escaleras por el salón. En breve tenía que llevar a los niños a la parada del autobús, pero antes quería cambiarse los pantalones de pijama por unos más calentitos. Esa mañana, el viento golpeaba las ventanas y parecía que hacía un frío que pelaba.

Cuando llegó arriba, oyó a Tony en su despacho. A veces lo usaba, sobre todo para hablar por teléfono sin los niños haciendo ruido de fondo. La noche anterior también se había metido. Algo del trabajo, pero Julia no sabía el qué.

«Pues yo creo que deberías esperar a después… Sí».

Se paró en la puerta de la habitación; tenía curiosidad por saber con

quién estaba hablando a esas horas de la mañana.

«Eso es… Si se lo cuentas antes, no… Justo. Vale. Es que me he despertado pensando en ello y quería preguntarte. Es la mejor decisión».

Ella no tenía ni idea de quién era, hasta que Tony se despidió: «Yo también te quiero, tío».

Era Nick. Qué cosa más rara. ¿De qué estarían hablando?

Abrió la puerta del armario y se quedó quieta un momento. Por dentro, la puerta estaba forrada de extractos de una carta de amor que llevaban escribiendo más tiempo del que llevaban casados. Había notas de ella para Tony, notas de él para ella, alguna que otra de los niños…, todo ello salpicado de fotos y entradas de conciertos aquí y allá, y justo en medio estaba el perchero donde Tony tenía las corbatas. Con el paso de los años aquel *collage* casi había rebasado la puerta.

Sus vaqueros con forro polar estaban en la balda superior, doblados. Julia se quitó la parte de abajo del pijama y se puso los pantalones, que parecía que cada invierno le apretaban un poco más, pensó mientras se abrochaba los botones y se embebía en el *collage* de su vida con Tony.

Margot, la amiga de Julia, lo vio una noche que había ido a cenar allí. Le preguntó qué iba a ponerse para una boda en común que tenían y Julia la llevó arriba. Cuando abrió la puerta del armario, Margot se acercó y suspiró.

—No doy crédito. ¡Pero qué monos!

—Ni caso —dijo Julia sonriendo mientras buscaba el vestido.

—Imposible. —Margot escudriñó la colección—. Ay, qué romántico, Julia —dijo con voz melosa a la vez que le daba un empujoncito con la mano.

Pero, en realidad, la colección era de Tony. Ella había añadido cosas sueltas aquí y allá, pero el encargado en verdad era su marido; él guardaba la cinta adhesiva en su cajón de los calcetines. Algunas mañanas se lo encontraba plantado en el armario mirando la puerta mientras se vestía para ir al trabajo. Ella se quedaba observándolo y podía pasar un minuto fácilmente antes de que él se volviera hacia

ella con los ojos un poco empañados.

La dulzura era una de las mejores cualidades de Tony. Era tan guapo y tan fuerte que incluso después de más una década juntos su ternura aún la cogía desprevenida a veces. Como cuando le tocaba la espalda suavemente al pasar por su lado en la cocina mientras preparaban algo; o cuando les daba un besito a los niños en la cabeza; o cuando se dirigía con voz paternal a su hermano pequeño.

Justo al salir de la habitación, lo vio cerrando la puerta del despacho.

—¿Era Nick?

Él se sorprendió, como si acabaran de pillarlo in fraganti.

—Sí.

—¿Ha pasado algo?

—No —contestó él enseguida—. Es que ayer hablamos del tema del juicio en el coche.

Tony lo había llevado a Goodspring el día anterior. A ella le había dicho que Nick estuvo muy callado y que no hablaron de la sobredosis, de nada en general.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero de pasada. Prácticamente nada. Está nervioso por lo de testificar. Ya sabes.

Julia asintió. Iba a ser horrible. La posibilidad de llegar a un acuerdo en enero era pequeñísima, pero era lo único que la tranquilizaba cuando pensaba en lo que le tocaría vivir a Nick si las cosas iban por otro derrotero.

—¿Le has dicho que no le dijera a la fiscal adjunta que está nervioso? Seguro que lo entiende.

—No que no se lo diga; simplemente que no piense en ello. —Se notaba que estaba un poco a la defensiva—. Al menos hasta la siguiente comparecencia. Porque quizás haya acuerdo. Y eso.

Julia asintió. Tenía lógica. Tony debía de estar muy disgustado por lo que estaba pasando: Nick había intentado provocarse una sobredosis, luego lo del programa… Ella rememoró la discusión (¿fue eso?) que tuvieron en el hospital y le entraron remordimientos por la dureza con la que se dirigió a Tony. Pero tenía que entender cuán

grave era la situación de la salud mental de Nick. Y que no podían encargarse de cuidarlo ellos solos.

Pero ya estaban ambos otra vez pensando en el juicio. Aunque aún era pronto, era lícito que Nick estuviera asustado. Si el otoño siguiente había juicio, iba a ser horrible. Eva Barr intentaría dar a entender que Nick estaba borracho y dispuesto. Se exhibirían fotos de su cuerpo en el tribunal. Y Eva diría que las acciones de Nick ponían de manifiesto un único desenlace lógico: una relación sexual consensuada con su cliente.

Y al final del juicio, un jurado formado por ciudadanos de Maine decidiría qué opinión les merecía la situación. El tribunal intentaría evitar sesgos y descartar del grupo de jurados potenciales a personas con prejuicios sobre los homosexuales y las víctimas masculinas. Pero seguramente se colaría gente con inclinaciones implícitas y creencias frustradas; gente que buscaría algo en las pruebas que afianzara sus creencias preconcebidas sobre cómo son los hombres como Nick o Walker y qué había pasado entre ellos.

Era demasiado pronto para preocuparse por eso. Se acercó a Tony y le dio un beso en la mejilla. Se alegraba de que él también lo viera así.

45

TONY HALL, 2015

Una ráfaga cálida recibió a Tony al entrar en la biblioteca pública de Portland. Tenía la cara congelada del paseo desde la oficina. Empezaron a dolerle las orejas mientras cruzaba el vestíbulo, donde se oía el fluir del agua de la fuente.

Bajó las escaleras que llevaban al piso inferior y se dirigió a la sección de no ficción, sin mirar en ningún momento hacia el mostrador de circulación. Recordó que los dos días anteriores había estado buscando en la categoría general del rango 363-364. Luego seguiría con la sección de farmacia, pero quería abarcar las temáticas de una en una.

Era más que probable que se encontrara con algún conocido en Portland, pero estaba harto de invertir casi toda la pausa de la comida en ir en coche a bibliotecas más lejanas. Además, a principios de esa semana, precisamente durante los trayectos, había ensayado qué hacer si se daba el caso.

«Ah, ¿esto? *[Risa tímida]*. Estoy intentando escribir un libro sobre un asesinato misterioso. Uf, qué vergüenza».

Quizás fuera una estupidez acudir a la biblioteca para eso, pero le parecía arriesgado usar el móvil o el ordenador para diseñar su plan. A principios de esa semana había borrado el historial del ordenador de Julia, pero no se quitaba de la cabeza esa idea vaga de que la policía podía rastrear cualquier cosa electrónica.

Tony fue recorriendo la sala y leyendo los números que había en los laterales de las estanterías para dar con la categoría que buscaba. Fue un alivio cuando vio enseguida el lomo de un libro muy prometedor que había fichado en una visita previa. «Venga, cógelo y siéntate».

—¿Tony? —Este sacudió la mano y el libro salió disparado de la estantería. Lo cogió torpemente, con las páginas abiertas—. ¡Uy,

perdona! —dijo la otra persona.

Cuando se dio la vuelta vio que era Walt Abraham, un compañero del primer año de la facultad de Derecho.

—¡Hola, Walt! —Se juntaron en medio del pasillo y se dieron la mano—. ¿Qué tal todo? —Tony cruzó los brazos sobre el pecho, con el libro en medio.

Walt le soltó la misma retahíla que Tony oía siempre que se encontraba con un excompañero de clase. Que si había pasado mucho tiempo. Que si qué estaba haciendo él. Que qué bien hizo no siendo abogado, que era muy duro (como si fuera mejor trabajar en el departamento de recursos humanos de un bufete de abogados). Que si qué tal Julia. Que si qué edad tenían ya los niños… Tony apretaba el libro contra el pecho mientras respondía con cuentagotas. A pesar de que decidió dejar la universidad después del primer año, tanto por su profesión como por su elección marital seguía teniendo un pie dentro del mundo de la abogacía. Normalmente no le molestaba encontrarse con tíos como Walt, pero en ese momento no quería tener nada que ver con él.

—Bueno —dijo Walt por fin—, tengo que irme, pero no podía no pararme. Me alegro mucho de que estéis bien los dos. La verdad —añadió en voz más baja, acercándose a él— es que cuando me encuentro con algún compañero después de siete años siempre pienso que seguro que ya no está casado con la misma mujer. Pero aquí estás tú, ¡que hasta se te ve feliz! —Walt se divorció el año siguiente a que Tony dejara la carrera y se casó otra vez unos años después de graduarse, según tenía entendido. A juzgar por su mano izquierda, en la que no llevaba anillo, el segundo intento tampoco había salido bien —. ¿Cómo lo hacéis? —le preguntó.

—Bueno, supongo que es cuestión de suerte —contestó Tony.

—Me ha encantado verte —concluyó el otro, ya marchándose.

—Igualmente —dijo él.

Notaba los latidos del corazón contra el libro. Walt ni siquiera había reparado en él. ¿Por qué iba a hacerlo?

Lo miró, ahí acurrucado en su pecho; tenía una salpicadura de café o té en el canto superior. «Siéntate y ponte a leer. No te quedes aquí

parado mirándolo, que da mucho más el cante que sentarse a leer». Cruzó la sala, se acomodó en un sillón extremadamente mullido y se puso a leer.

De camino a la oficina, Tony probablemente tendría que haber meditado sobre todo lo que había leído en los cuarenta minutos anteriores; sin embargo, fue incapaz de no pensar en la pregunta de Walt. Obviando el bache que estaban atravesando en ese momento, ¿cómo habían conseguido seguir siendo felices después de tanto tiempo?

En su primer y único año de carrera, Tony se fijó en Julia Clark, sí, pero también en otras compañeras monas. Ella era reservada en clase, como la mayoría de la gente que estaba en su primer año, y él no es que pensara mucho en ella; estaba demasiado ocupado suspendiendo. Cuando acabó el primer curso, lo dejó. Pero ese verano fue a un bar una noche con un amigo y la vio allí, poniendo copas.

El sitio se llamaba Ruby. En aquel contexto, Julia parecía distinta. Llevaba su melena rizada e indomable recogida en una coleta, que se meneaba a la altura del cuello mientras secaba los vasos con un paño. Llevaba una camiseta de tirantes ajustada y unos pantalones cortos de tela vaquera y talle alto que le hacían un culo generoso; se lo había mirado de soslayo alguna vez durante el curso y no era así, pero esa ilusión óptica lo excitaba igualmente.

Impresionado por lo bien que le sentaba estar al otro lado de la barra, se preguntó qué iba a pensar ella cuando pidiera algo sin alcohol. Después de saludarlos, les preguntó qué querían, y Tony se pidió una cosa que ponía en la pizarra que había detrás de ella. No sabía a alcohol, más bien a vainilla y algo picante, y se lo bebió demasiado rápido.

Estuvieron como una hora charlando y riéndose, ella detrás de la barra, y el amigo, cuando se percató de que estaba de sujetavelas, se marchó. Ya habían hablado de sus compañeros de clase y de por qué él había dejado la carrera, y estaban empezando a hablar de la tele cuando ella le preguntó si quería algo más de beber.

De repente, ese sentimiento de deseo cálido y gustoso se amodorró.

¿Cuántas llevaba ya?

—Espera. —Ella se volvió. A su espalda tenía un telón de botellas de alcohol de color azul, verde, ámbar… Un rizo solitario se le había escapado y descansaba en la clavícula, y, en la penumbra, esos rasgos tan bonitos que tenía se pronunciaron. Entonces añadió—: No bebo.

—Ah. —Miró el vaso vacío que él tenía en la mano—. Pero acabas de beber.

—A ver, sí. Es decir, puedo. —Notó que se ruborizaba—. Pero es que no me gusta, sin más. —Esa era la parte en la que ella le preguntaba la razón, si porque era alcohólico o por miedo a serlo.

—Vale… —dijo ella con escepticismo—. ¿Quieres agua?

Y a partir ahí, todo cambió. Dejaron de tontear y empezaron a hablar. Durante las siguientes tres horas, se sinceraron, bajo la premisa de que si uno de los dos se echaba atrás no contaría como un rechazo de verdad, porque en realidad no estaban teniendo una cita. Tony le contó a Julia como buenamente pudo por qué no bebía. Quien sí lo hacía era su padre, le dijo, con quien aún vivía su hermano. Cuando él bebía le entraban unas ganas locas de pegarse, por muy estúpido que sonara.

—¿Los chicos que tienen problemas con su padre son atractivos? —preguntó Tony.

—¿Te cuento yo? —repuso Julia, arqueando una ceja.

—Por favor —contestó él, inclinándose hacia delante.

Ella se apoyó en los codos y casi se tocaron con la cara.

—Mi padre era el mejor. —Tony se rio y luego se reclinó; ella sonrió —. Al menos durante los primeros veinte años de mi vida. Pero un día fui a casa de mis padres a cenar y me contó que tenía cáncer de páncreas, estadio cuatro, y un mes después mi madre estaba dedicándole una elegía.

—Joder.

—Pues sí. Una mierda enorme. ¿Sabes qué es lo peor? —Tony negó con la cabeza—. Que se negó a que lo trataran.

—¿Por?

—No quería gastar ni tomar medicamentos que lo pusieran peor.

Nunca tuve claro si sus razones eran reales o pura mentira, porque ninguna era tan buena como para no intentar quedarse con nosotras. —Tony no supo qué decir a eso—. Para que conste, si alguna vez me caso, el tío tiene que ser un luchador.

—Como ya sabes —dijo Tony, inclinándose otra vez sobre la barra —, yo lucho tanto que ni siquiera confío en mí cuando bebo.

—Me he dado cuenta. —Asintió ella con una sonrisa.

Mientras ese recuerdo se desarrollaba en su mente, a Tony se le hinchió el pecho de determinación. Aquella noche, Julia y él confrontaron su bagaje emocional y vieron que había compatibilidad. Él a veces la ponía de los nervios, y al revés también, pero si lo suyo funcionaba era precisamente por su pasado. Julia siempre había querido un luchador… y Tony lo era.

46

JOHN RICE, 2015

Rice y O'Malley estaban en la sala de descanso preparándose su café matutino y Merlo asomó la cabeza y le dijo a Rice que tenía visita.

—Britny Cressey —dijo Merlo.

Rice refunfuñó.

—¿Quién es Britny? —preguntó O'Malley.

—Una chica que me llamó hace un par de meses; era amiga de Ray Walker. O novia, pero no —dijo y se encogió de hombros.

—Ya veo —repuso O'Malley mientras él seguía a Merlo—. «Simplemente quiero que sepa que no es una persona violenta» y todo ese rollo.

—Tal cual —confirmó Rice.

Ese día tenía trabajo de verdad, y lo único que iba conseguir ella era hacerle perder el tiempo. Dejó el café en su mesa y fue al vestíbulo al encuentro de la mujer de voz aniñada.

—¿A qué debo este placer?

—No sé ni por dónde empezar —dijo Britny; a pesar de su voz, sí que aparentaba su edad: cerca de los cuarenta.

—Intenta hacer un esfuerzo.

Tenía el pelo largo y teñido de un rojo artificial; cogió una buena mata y se lo colocó por delante del hombro.

—Ya te conté que Ray y yo éramos amigos en el instituto, pero que perdimos el contacto.

—Sí.

—Lo retomé cuando me enteré de lo que estaba pasando, y al principio solo charlamos un poco, nada del otro mundo. El caso es que ahora estamos hablando más. Creo que se está quedando sin amigos; se siente solo. —Se apartó el pelo del hombro y se alisó la raya.

—Vale —dijo Rice.

—Hemos quedado un par de veces para tomar algo y hablamos mucho por teléfono, y al principio me daba mucha pena, pero ahora tengo la impresión de que oculta algo.

—¿Sobre esto?

Britny asintió y arqueó las cejas. Volvió a alisarse el pelo con ambas manos y luego lo agitó sobre los hombros.

—No sé, creo que sí agredió al chico ese.

A Rice se le erizó el vello de la nuca. ¿Walker se lo había confesado a su amiga?

—¿Te ha dicho algo de Nick o de esa noche?

—No, pero creo que si se lo preguntara con las palabras adecuadas me lo diría. Me ha contado prácticamente de todo. Está muy agobiado por el dinero y por el juicio. Me cuenta todo lo que habla con su abogada. Ella quiere que acepte un acuerdo con la fiscalía, aunque luego conste en el registro de delincuentes sexuales. Ha tenido que pedir muchísimo dinero para pagarle, y discuten todo el rato, pero no se puede permitir buscar otra persona. Me parece que quiere testificar que no detuviste a alguien que lo agredió.

Era de esperar. Se refería a cuando lo llamó por lo de Tony Hall y le dijo que no quería denunciarlo.

—¿Te ha dicho que no quise detenerlo?

Ella asintió con arrogancia.

—Me dijo que te dijo que no lo detuvieras, pero que iba a testificar otra cosa. Que quería contar que es una prueba más de que todo el mundo lo tacha de culpable. Para demostrar que también os habéis equivocado con lo de la violación. Pero la abogada no le deja mentir en el juicio. Está muy cabreado. Supongo que están teniendo muchos problemas y que por eso ella ha aplazado el juicio.

—Para —le pidió Rice, levantando una mano—. Eh, te estaría mintiendo si te dijera que no me interesa todo esto, pero creo que no deberías contármelo a mí. Es decir, entiendo que si te cuenta todo esto sabe que renuncia a cualquier tipo de confidencialidad. —La cabeza le iba a mil por hora. Se suponía que lo que Walker hablaba con su abogada era secreto profesional, confidencial. Pero, si se lo había contado a Britny, él no tenía por qué impedirle hablar, ¿no? Pero ¿por

qué lo estaba haciendo?—. ¿No se supone que es tu amigo?

—No si es un violador —repuso ella, abriendo mucho esos ojos grises que tenía—, y ahora creo que sí lo es.

—Vale. Bueno…

—Creo que puedo ayudar.

—¿Cómo?

—Me lo cuenta todo. Está muy agobiado. Su madre lo pone de los nervios. Solo me tiene a mí. A lo mejor consigo que me cuente lo que necesitáis saber.

—No quiero que hagas nada por mí.

—No entiendo —contestó ella, bajando las manos a los costados.

—A ver, voy a ser claro, señorita Cressey. En ningún momento te he pedido que me ayudes.

—Lo sé, pero…

—Te voy a explicar una cosa. Él tiene abogada. Ha hecho valer sus derechos. No puedo ni voy a intentar conseguir que declare a través de ti, saltándome a su abogada. ¿Lo entiendes?

—Sí —contestó, con los labios temblorosos.

—Sé que tu intención es ayudar. Pero no a mí.

No se trataba solo de ayudar; esa tía era la típica persona que quiere ser el centro de atención. Quería testificar, probablemente por eso abordó a Walker en un principio, para colarse en las noticias o alguna cosa de esas. Y le daba igual en qué bando estaba; solo quería que el foco la iluminara a ella.

—Es mejor que te vayas —dijo Rice, señalando con la mano la salida—. No quiero tener nada que ver con esto. —Se dio media vuelta y se dirigió a las escaleras.

—¿No quieres una confesión? —gimoteó ella con su vocecilla infantil.

—Así no. —No se quedó a ver si ella se iba; la puerta del vestíbulo se cerró de golpe tras él.

Su café seguía caliente. En la taza ponía: «Si huyes, vas a llegar cansado a la cárcel». Era un regalo de despedida de cuando se jubiló el anterior administrador de la comisaría de Salisbury. Echarse café en esa taza, cogerla y beber de ella, o simplemente el hecho de verla en

su puesto, le hacía sentirse bien. Como más competente. O'Malley estaba en la otra punta de la sala hablando por teléfono, pero en cuanto colgara le iba a preguntar por Britny Cressey. Vaya amiga, menuda víbora era. Rice no necesitaba que lo acusaran de convertir a una ciudadana en su espía para intentar que Walker confesara. No necesitaban ninguna confesión.

¿O estaba equivocado? Le dio un sorbo al café y se quedó mirando a O'Malley con aire ausente. Tenía la mesa mucho más desordenada que la suya, pero era como si nunca perdiera nada entre tanta carpeta y tanta hoja suelta. Se estaba riendo mientras hablaba; cruzó una pierna sobre la otra. Algo le pasaba a Nick Hall. Intento de suicidio… Quizás fue por el trauma, sí, pero ¿y si lo hizo porque algo lo estaba carcomiendo? ¿Estaba intentando zafarse de algo más, aparte de una noche de la que no se acordaba?, ¿de algo que había hecho?

A esas alturas, no le correspondía a él cuestionar si creía a Nick Hall. Ahora el caso estaba en manos de Linda Davis. El sistema iba a tener que hacer todo lo posible por resolverlo.

47

JOHN RICE, 2019

De eso también me arrepiento —dijo Rice—. No se lo puse fácil a Nick para que me contara la verdad.

—No creo que fuera culpa tuya —dijo Julia, sorprendida.

—Yo sí —repuso él—. Un buen inspector lo habría enfocado de otra manera. Le habría transmitido seguridad. Tendría que haberle dicho desde el principio que nunca es tarde para dar información nueva.

—En un trabajo como el tuyo es normal equivocarse con la gente. Es lo peor, pero es inevitable.

—Podría haberlo hecho mejor. No tendría que haberme centrado tanto en saberlo todo de antemano y en que no se modificara nada.

Julia negó con la cabeza y dijo:

—Desconozco qué pasó entre vosotros, qué dijiste o dejaste de decir exactamente, pero sé que eres buena gente y él sabía que estabas haciendo todo lo que estaba en tu mano por él. Y tu trabajo es averiguar qué ha pasado antes que nadie. Uno quiere pensar que las declaraciones son coherentes, porque luego está el contrainterrogatorio. La prensa las repite hasta la saciedad. Así funciona el sistema. No contempla los casos de agresión sexual.

—Pero nunca lo supimos.

—No entiendo.

—Nunca llegamos a saber si el sistema habría hecho lo correcto con el caso de Nick. —Rice analizó su cara; ella miró su taza, que estaba en la mesa que había entre ambos—. Porque el acusado desapareció. Muy raro, ¿no?

A Julia se le crispó la boca; era una amenaza de sonrisa.

Era increíble lo mucho que sonreía la gente cuando la interrogabas. Durante sus primeros años en el cuerpo dio por sentado que era un intento por mostrar despreocupación; que era demasiado simplista

pensar que una persona culpable no sonreiría. Posteriormente se planteó si sería una especie de hipo psicológico; es decir, el cerebro sonríe por lo raro que es que te interroguen como si estuvieras en la tele. Con el tiempo se enteró de otra explicación posible, en un curso de lenguaje corporal: era un vestigio evolutivo que consiste en sonreír cuando tenemos miedo.

—Sí —contestó Julia antes de aclararse la garganta—. Supongo que dimos por sentado que había desaparecido.

Él la miró fijamente y le dijo en voz baja:

—No me digas.

48

JULIA HALL, 2015

Julia estaba en su despacho intentando trabajar en el informe sobre antecedentes. La cosa se le había complicado mucho y le estaba costando condensarlo todo en una exposición legible. El proyecto le generaba cada vez más desconcierto, y no paraba de distraerse con otras preocupaciones.

Llevaba unas semanas notando conatos de ansiedad en el pecho, pero el informe no tenía nada que ver. Tony estaba ausente últimamente, por una razón obvia: la sobredosis de Nick lo había dejado conmocionado. No podía echarle en cara que estuviera disgustado, pero pasaba algo más. Para empezar, le había dicho que el sábado había ido a ver a su hermano, pero no era verdad.

Después de una semana en Goodspring, Nick se sentía solo, así que Tony había ido a verlo el sábado. Eso le había dicho a ella, que se lo creyó…, hasta que el día anterior llamó a su cuñado para enterarse de cómo iba el tema de las visitas el día de Navidad, que estaba a la vuelta de la esquina.

Se inquietó un poco cuando se enteró de que iban a ir a verlo con los niños.

—¿No quieres que los llevemos?

—No estoy seguro —contestó tras una pausa larga—. No quiero que piensen que estoy loco.

—No lo estás, cariño. Podemos plantearlo de mil maneras. Incluso podemos decirles simplemente que estás allí para sentirte mejor. O, si lo prefieres, que es donde estudiabas o algo así. Pero lo que tú digas. Lo que quiero es que sepas que no tenemos ninguna intención de ocultarles nada.

—Gracias —contestó Nick en voz queda—. Estaría bien veros a todos.

—Lo mismo digo. Y los niños ya sabes que te adoran.

—¿Tony no?

—Evidentemente, él también quiere verte —contestó ella, riéndose—, pero como ha estado hace nada…

—Ah —dijo Nick—, vale. Es que esta semana se me ha hecho eterna.

—Vas a alucinar cuando te diga que fue ayer.

—¿El qué?

—Cuando viste a Tony.

—No lo vi ayer —dijo él tras una pausa.

Esa noche iba a intentar pillar a Tony con la guardia baja. Esperó a que estuviera desvistiéndose para meterse en la cama y le preguntó, como quien no quiere la cosa, si Nick quería algo por Navidad cuando fueran a visitarlo. Tony le dijo que no le había dicho nada.

—¿Le preguntaste? —Pero él no contestó—. Porque hoy me ha comentado que ayer no fuiste a verlo.

Tony tartamudeó fugazmente, pero luego le confesó que lo había pillado.

—Estuve comprando regalos. —Una explicación de tres palabras incuestionable.

Aunque ella se creyera que se había tirado el sábado entero buscando una sorpresa navideña para ella, ya estaba raro desde el intento de suicidio de Nick. Todos los días se iba antes al trabajo y llegaba más tarde. Cuando estaba en casa, parecía ausente, y cuando los niños le hablaban, desconectaba. Él no era así.

Además, le mosqueaban otras cosas, pero eran más difíciles de explicar. Como cuando le preguntaba por su día y él contestaba como si hubiera ensayado la respuesta, por ejemplo. Igual que aquel brindis que hizo en la boda de un amigo recién casado. Le cambiaba el tono de voz cuando decía algo que había ensayado.

Le estaba costando muchísimo concentrarse en el trabajo que tenía entre manos, así que fue un alivio cuando vio el móvil vibrando sobre la mesa. Era Charlie Lee.

Se le había pasado totalmente que aún le estaba haciendo el favor de investigar a Walker.

Respondió enseguida, ansiosa por saber si tenía buenas noticias sobre el caso.

—Nada me gustaría más que decirte que tengo novedades. —Aquel saludo fue como una derrota.

—No pasa nada, Charlie, de verdad. Ni me acordaba de que seguías buscando.

—Llamo por lo que te comenté la otra vez. He tenido noticias del último bar con el que me puse en contacto, pero nada. Yo creo que fue más prudente en el pasado. Eso y que tuvo suerte. Y, por lo que sé, ahora se está portando bien.

Se le pasó por la cabeza contarle a Charlie lo que había pasado con Nick, lo de la sobredosis y la hospitalización. Pero ¿para qué? Seguramente lo único que iba a conseguir era que se frustrara por no haber encontrado nada.

—Gracias por intentarlo, Charlie.

—Sé que en público se comporta como un gilipollas, en las noticias y tal, pero al menos no es beligerante. Con tu marido, digo.

—Ya —contestó Julia, intentando procesar a qué estaría refiriéndose.

—Porque es así, ¿no? No seguiría en libertad bajo fianza si lo hubieran amenazado o algo así en el gimnasio.

—¿Qué gimnasio?

—Pues el gimnasio al que van tu marido y él.

Tony no iba al gimnasio.

—¿El de Orange?

—No, Weight Room, en Salisbury.

—Tony no va a allí.

Charlie hizo una pausa. Luego dijo:

—Me pasé por allí la semana pasada y vi su coche en el aparcamiento. —A Julia se le erizó el vello de la nuca—. La verdad es que parecía él. Me acuerdo de la foto que tenías en la oficina. Estaba en un SUV gris, aparcado en el lateral del gimnasio.

—¿Qué día?

—Creo que el jueves.

El escalofrío del cuello se convirtió en quemazón.

—Sería alguien que se parece a él —repuso Julia—. Tony no va al gimnasio, y Salisbury no queda tan cerca.

—Será eso, tiene más sentido. Supongo que si se hubieran visto me lo habrías mencionado.

—Muchas gracias por haberlo intentado, Charlie. Puedes dejarlo ya, de verdad.

—La cosa va despacio, pero yo encantado de seguir con ello un poc…

—Para, por favor. Déjalo.

—Ningún problema.

—Júrame que no vas a volver a investigar a Walker.

—Vale. Te lo juro. —Hubo un silencio, y luego dijo—: Se hará justicia, Julia. Sé que la espera es dura, pero llegará el momento.

El jueves Tony llegó tarde a casa por una emergencia en el trabajo, según le había dicho. ¿Qué probabilidad había de que un doble de él estuviera en un SUV gris delante del gimnasio de Raymond Walker en Salisbury?

No podía decirle a Charlie que estaba muy equivocado, que ella estaba convencidísima de que ya era hora de hacer algo.

Cuando Julia vio a la recepcionista al otro lado de la puerta de cristal de la oficina de Tony, se dio cuenta de que quizás parecía una chalada, presentándose allí en plena jornada laboral. Le importaba una mierda lo que pensara Tony, pero había más gente en la oficina. Por ejemplo, Shirley, la recepcionista.

Si esta se hubiese enterado de lo que se le estaba pasando por la cabeza a Julia en ese momento, le habría dado algo.

Cuando la vio, dejó con ímpetu sobre la mesa una carpeta que tenía en la mano.

—Julia Hall, ¡qué sorpresa! —canturreó—. ¿Qué te trae por aquí?

Julia se sintió confrontada de repente y puso ademán autoritario. Sonrió, pero notó que era una sonrisa floja.

—Tengo que ver a Tony un momentito.

—¿Ha venido hoy? —dijo Shirley, con el ceño fruncido.

—No entiendo.

—Se ha cogido el día libre. Eso o yo he perdido los papeles. —Se sentó y empezó a teclear en el ordenador—. Siempre reviso las agendas cuando llego, y él se ha cogido hoy y el resto de la semana. A no ser que se haya pasado por aquí y yo no lo haya visto… Confirmado, sí. Hoy no ha venido.

—¿Puedes llamar para comprobarlo? —le pidió Julia, apoyando los nudillos blancos en el borde de la mesa.

—Claro, guapa. —Shirley marcó un número y activó el manos libres. Sonó una vez, y otra, y otra…, y entonces saltó el contestador de Tony.

—Lo habré entendido mal —dijo Julia en voz baja.

—Mecachis… —murmuró Shirley—. A ver si no le estoy fastidiando una sorpresa navideña.

—Puede ser —contestó Julia—. Perdona, pero tengo que irme corriendo.

—Ah, vaya —repuso Shirley amablemente, aunque con cara de desilusión—. ¡Ya nos pondremos al día en otra ocasión!

Julia asintió con la cabeza mientras se marchaba. Es posible que Shirley ni la viera asentir, pero la educación no le dio para más; se había quedado sin palabras.

De camino al ascensor sintió que la atmósfera la oprimía. Pulsó el botón y este se iluminó. Sintió una quemazón en el estómago, que fue subiendo hacia el pecho, el cuello, la cara… Decidió ir andando; fue por el pasillo hasta las escaleras y, justo cuando empezaba a bajarlas, oyó que llegaba el ascensor. Siguió bajando hasta el siguiente rellano y se sentó en un escalón. Apoyó la cabeza entre las piernas e inspiró por la nariz; los vaqueros olían a productos químicos. Espiró por la boca. Empezó de nuevo. Y una vez más. La atmósfera se enrareció y le entró frío.

Sacó el móvil y llamó a Tony, y este respondió a los dos tonos.

—¿Qué pasa? —dijo con la voz entrecortada, como si lo hubiera interrumpido.

—¿Dónde estás?

—Pues en el trabajo.

—Genial. Estoy en la entrada. Nos vemos en el vestíbulo. —Se recreó en su silencio.

—¿Estás en mi trabajo?

—Pues sí, de camino.

—Pero… —Silencio. Como mintiese otra vez…—. Tengo una reunión. No puedo.

—Y una mierda como un piano —bufó ella—. Ya estoy aquí. Pero tú no.

—¿A qué has ido?

—Muy buena pregunta. Me presento en el trabajo de mi marido un martes porque se supone que está aquí, porque es lo que me ha dicho esta mañana cuando se ha despedido con un beso, y tú vas y me saltas con esa pregunta, cuando soy yo la que se merece una explicación. Pero ya la tengo, Tony, y puesto que no estás en el trabajo te veo en casa en una hora, que te voy a contar por qué he venido a buscarte.

Tony se quedó callado un momento. Julia estaba desatada de verdad.

—¿Prefieres hablar en casa?

—Tiene que ser allí. Hay que recoger a Seb de la parada del autobús.

—¿Y Chloe?

—La recoge mi madre, van a pasar la tarde juntas. Te lo dije el otro…

—Sí, es verdad. Se me había olvidado. Yo recojo a Seb.

—Ya voy yo.

—En serio, yo lo recojo. Nos vemos luego en casa.

Quería decirle que no. Que le dijera dónde estaba, qué estaba haciendo, qué cojones estaba pasando. Pero Seb no tenía la culpa de nada. No podía tomarla con los niños.

—Bueno —respondió ella, que colgó sin darle pie a hablar.

Le había dado tiempo para que ideara algo, y, como él le iba a salir con cualquier excusa inventada, ella quería guardarse lo del gimnasio hasta que lo tuviera delante. ¿En qué momento había pasado todo eso? ¿Cuándo había empezado a maquinar, o lo que fuera que estuviera haciendo, a sus espaldas? ¿Y dónde estaba ahora?

49

TONY HALL, 2015

Julia le había dejado recoger a Seb. Necesitaba ver a su hijo y revolverle el pelo y abrazarlo fuerte, porque lo que se avecinaba, ya fuera una discusión o una bronca conyugal en toda regla, iba a ser gordo. Julia parecía más que dispuesta a ponerlo de vuelta y media.

Tony hizo cálculos rápidamente y concluyó que, si se iba ya, sí que llegaba a tiempo a la parada del autobús. Se alegró, porque tener que llamarla para decirle lo contrario habría sido una debacle.

Miró una última vez la casa de Walker y arrancó el coche.

Tony vio a Julia en la ventana del salón mientras él y Seb aparcaban en el acceso. Se preguntó en vano si ya se habría calmado. Lo dudaba.

Seb lo adelantó corriendo. Ya estaba charlando con Julia cuando él entró en casa. Los oyó en la cocina mientras se quitaba las botas en el recibidor.

—Papá me ha dicho que puedo jugar a la Wii —anunció Seb.

—No me digas —contestó Julia.

Tony entró en la cocina en ese momento.

—He pensado que puede jugar mientras hablamos.

Ella asintió, ya sin rastro de la sonrisa que le había dedicado a Seb.

—Lo que tardemos en envolver unos regalos de última hora —le dijo Julia a su hijo; quedaban solo unos días para Navidad—. Oye, pero aquí abajo, ¿eh?

El niño asintió, con los ojos muy abiertos y sonrisa de loco. Los niños ya prácticamente se habían olvidado de la Wii, hasta que vieron un anuncio de un juego nuevo la semana anterior, así que ahora estaban obsesionados otra vez con el dichoso aparatito.

Tony le dejó el juego preparado y se inclinó para darle un beso en

su coronilla de rizos suaves. Cuando se enderezó, vio a Julia mirándolo desde las escaleras. Lo llamó con la mano, impaciente.

Sabía lo que se le venía encima, pero no habían ni llegado al final de las escaleras cuando Julia empezó.

—Bueno, ¿cómo es que has librado hoy? —Se detuvo en el rellano y se dio la vuelta para mirarlo.

—Qué pasa, ¿es que no puedo tener un poquito de privacidad ahora que se acerca la Navidad? —dijo y sonrió al pasar por su lado de camino a la habitación; si no lo hubiese practicado tanto, hasta habría sonado despreocupado.

Ella cerró la puerta de la habitación y respiró hondo. Se la veía cansada.

—No me mientas, te lo pido por favor. Ya que no eres capaz de decirme la verdad tú mismo, al menos no me mientas tan descaradamente. Y no me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si te hubiera ofendido.

—¿Cómo quieres que me sienta? Me has llamado mentiroso.

—¿Y cómo quieres que te llame? Me dices que te vas a trabajar, todo encorbatado, y resulta que tienes el día libre.

A él se le agolpó en la garganta todo lo que no le había contado. Se volvió hacia el armario y se contuvo como pudo de mirar la puerta mientras estiraba el brazo para coger el último regalo sin envolver. Vio por el rabillo del ojo todas esas notas que se habían dejado a lo largo de los años que llevaban juntos, y se acordó de las cosas que se habían dicho.

—¿Podemos terminar con esto de una vez? Si Seb se impacienta va a subir.

—No. Lo que tenemos que hacer ahora mismo es arreglar esto —dijo, señalándolos a ambos—. Esta mañana te has vestido para ir al trabajo, has cogido tu mochila y te has ido a su gimnasio. —Tony se sobresaltó bruscamente y se le cayó al suelo una caja de plástico. Soltó el resto de los regalos sobre la cama—. Ajá.

Él se volvió hacia ella. No estaba enfadada; más bien era odio. Por un segundo, pensó que lo sabía todo.

—¿Me estás vigilando?

—Vete a la mierda —susurró ella—. ¿Cómo iba a saber yo que vigilar a Walker significaba vigilarte a ti?

—¿Lo estás vigilando?

—No —contestó ella—. Charlie estaba haciendo un último intento.

Charlie Lee otra vez.

—¿Cuándo me vio?

—O sea que encima has estado varias veces. —No lo dijo enfadada, sino cansada. Lo miró sin dejar de mover los ojos de izquierda a derecha, escrutando su semblante, buscando algo. Sí, la había cagado. Pero no solo con eso. Y la culpa era exclusivamente de él. Se quedó callado—. Me tienes asustada. Necesito que empieces a contarme las cosas. No puedo… Estoy perdiendo los papeles —dijo con la voz quebrada—. No sé qué hacer. —Las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos—. Con todo lo que tengo encima, lo último que necesito es que me des estos sustos. —Se abrazó a sí misma y bajó la cabeza.

La estaba torturando. Tony estiró el brazo para acercársela al pecho. Le dio un beso en la coronilla y la sosegó. Sintió la necesidad imperiosa de contarle toda la verdad para consolarla. El problema era que no iba a ser de ningún consuelo. Lo único que iba a conseguir era ponerla en peligro. Era mejor que no supiera nada, por si algo salía mal.

—Yo también lo estoy vigilando —dijo él por fin.

Ella apartó la cabeza y lo miró a la cara.

—¿Por?

—Pues… —empezó a decir, pero paró—. Pensé que a lo mejor lo pillaba con las manos en la masa y conseguía que lo metieran en la cárcel de nuevo.

—Júramelo —le pidió ella, zafándose del abrazo.

—El qué.

—Que no hay nada más.

Él contestó enseguida:

—Te lo juro. —Nunca le había mentido así. Jamás había jurado en falso. No le sonaba para nada que ella le hubiera pedido alguna vez que le jurara que estaba diciendo la verdad. Era la primera vez. Y

necesitaba que se lo creyera para protegerla—. Te lo juro —repitió él —. Solo lo estoy vigilando.

—Pues para ya —dijo ella—. Ya se lo he dicho a Charlie y ahora te lo digo a ti.

—Vale —contestó él.

—No se puede enterar nadie de que hemos estado acechándolo.

—No —dijo Tony—. Se acabó, de verdad.

—Y nada de secretos —añadió ella—. Prométemelo.

—Te lo prometo —respondió él.

Sin embargo, lo que en realidad le estaba prometiendo era que iba a protegerla, pero eso ella no lo sabía. Y también se hizo una promesa a sí mismo: cuando todo aquello acabara, no volvería a ocultarle nada en la vida.

50

JOHN RICE, 2019

Era evidente que Rice había metido el dedo en la llaga. Julia estaba sentada en su sillón reclinable con las manos apretadas. Seguro que la mente le iba a mil por hora mientras consideraba qué decir a continuación.

—Creo que no tengo muy claro adónde quieres llegar —dijo—. ¿Por qué no íbamos a pensar que había huido?

No hubo respuesta. Rice no podía decir nada, pero su silencio iba a obligarla a decirlo todo. Ella, muy a su pesar, iba a tener que hablar, que intentar explicar lo que ella pensaba que él sabía, revelándole así todo lo que pasó.

—Creo que no me estoy enterando —añadió Julia.

Ya estaba asomando. Empezó a brotar delante de él. Lo veía perfectamente, como a ella. Estaba totalmente aterrada e iba a seguirlo adonde fuera que la llevara. En sus manos estaba ponerle fin a todo. Tarareó en voz baja antes de hablar.

—¿Tampoco te enteraste entonces?

—¿De qué? —contestó ella con voz áspera.

Rice suspiró. «Se acabó».

—Sé lo que pasó —afirmó—. Y siempre me he preguntado si tú también lo sabías.

51

NICK HALL, 2015

La sala de visitas de Goodspring era amplia y tenía mucha luz. Sus paredes firmes estaban pintadas de blanco y llenas de obras de arte hechas por los pacientes. A Nick le recordaba a un comedor de colegio. Había mesas con sillas repartidas por toda la sala, donde los pacientes se reunían con las personas que iban a visitarlos. Era el día de Navidad. A medida que pasaban los años, esa festividad perdía su magia, pero ese año era distinto. Ese año, Tony y Julia habían metido a los niños en el coche esa mañana y habían hecho un viaje de dos horas para ir a verlo. Ese año era especial otra vez.

—Tengo que ir al baño —dijo Tony a la vez que se levantaba de la mesa.

Julia miró a Chloe y le dijo:

—¿Quieres ir a elegir un juego para que juguemos?

—Quiero elegirlo yo —se quejó Seb.

—No empecemos —contestó Julia, mirándolo con una ceja levantada—. Elige tú otro, pero nada de lloriquear. ¡Y menos hoy, que es Navidad! —añadió mientras los niños se dirigían hacia la otra punta de la sala.

Le dedicó una sonrisa a Nick y apoyó la cara en el puño.

—¿Lo estás llevando bien?

Estaba a un fin de semana de cumplir dos semanas en el programa.

—Sí —contestó él—. Al principio, después de contárselo a Tony, me sentí como hacía meses que no me sentía. Tuve la sensación de que todo iba a ir bien otra vez, de que había vuelto a mi ser. Pero se me pasó y lo pasé fatal. Menos mal que ya estaba aquí. —Julia puso cara de confusión—. La terapeuta de aquí me ha dicho que parece que ya estoy empezando a procesar todo lo que ha sucedido. Le conté a Jeff que había mentido a principios de mes, pero por encima, ya sabes;

tenemos que hablarlo bien. Íbamos a ir poco a poco, pero la cosa ha surgido así. ¿Me explico?

—¿Has mentido? —preguntó ella, negando con la cabeza.

¿Su hermano no le había dicho nada?

—¿No te ha contado Tony lo que le dije?

—¿Cuándo?

—Cuando me trajo aquí.

—No me ha contado nada.

El susodicho apareció por la puerta que había en la otra punta de la sala.

—Por favor, no le digas nada —susurró Nick.

—¿Qué no me ha contado? —contestó ella susurrando también.

—Julia, hoy no, te lo pido por favor.

Se hizo el silencio cuando Tony llegó a la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Julia miró a Nick, que le estaba suplicando con los ojos.

—Los niños han ido a coger unos juegos —contestó ella con cautela.

—Guay —dijo Tony mientras se sentaba.

Ella se quedó mirándolo fijamente. ¿Por qué no se lo había contado? ¿En qué estaba pensando?

Dos juegos de mesa aparecieron sobre la mesa con un golpe seco.

—Eh, tranquis —advirtió Tony, con el ceño fruncido.

—Cuatro en raya —leyó Nick—. ¡Me encanta!

Chloe se alegró del visto bueno.

—Puz… ¿En serio has elegido esto, Seb? ¿Un puzle de mil piezas?

Sebastian le dedicó una sonrisa tan amplia a Tony que Nick se preguntó si el niño estaría de broma.

—Le gusta por la foto de la caja —repuso Chloe, encogiéndose de hombros.

Nick se quedó mirando a Julia, que no le quitaba ojo a Tony.

52

TONY HALL, 2015

No doy crédito —dijo Julia, tumbada de lado en la cama, mirando hacia Tony—. Se acuerda de todo. —Él asintió—. Qué solo se habrá sentido todo este tiempo.

—Ya.

La nieve caía al otro lado de la ventana que había enfrente de la cama. Julia estaba procesando lo que acababa de descubrir sobre Nick, como haría cualquier persona. Tony estaba expectante, esperando a que cayera la otra espada de Damocles: ¿por qué no se lo había contado?

—No sé si he entendido bien lo que ha dicho sobre la pelea —dijo ella.

—No quería que nadie supiera que no pudo pararle los pies.

—Pero eso es evidente, ¿no? Incluso en su primera versión.

—Sí, pero… es distinto. Cuando lo contó al principio dio a entender que el otro jugó sucio y que él no pudo hacer nada. Pero en realidad lo que pasó fue otra cosa, y él se sintió impotente. —Las lágrimas empezaron a brotar—. Estuvo consciente todo el rato, incluso mientras lo subyugaba. ¿Lo entiendes?

Julia asintió. Y puede que sí lo entendiera, en cierto modo. Pero Tony no sabía explicar qué significaba para Nick, o para él, haber sido dominado por otro hombre, al margen de que estuviera consciente o no cuando pasó. Ni lo que significaba pasarte toda la vida oyendo que hay que ser fuerte y ganar siempre las peleas, porque, si perdías, no eras un hombre.

—¿Qué vas a hacer?

Ahí estaba. Julia se quedó mirándolo fijamente.

—Nada.

—Siempre haces algo. Es superior a tus fuerzas. ¿Qué vas a hacer?

Tony le puso la mano en el hombro y repitió:
—Nada.

53

JULIA HALL, 2015

Dos días después de Navidad, Julia habló con Margot y se pusieron al día. Eran amigas desde que empezaron Derecho y con el tiempo se habían hecho íntimas. En teoría siempre habían sido muy distintas. Margot ya se había comprometido cuando empezó la universidad y era directa y segura de sí misma, y Julia estaba solterísima y a ella normalmente había que obligarla a responder en clase. Aunque los puestos de la biblioteca eran individuales, ellas se sentaban cerca, y estrecharon lazos gracias a su amor por la cafeína y por las series que las hacían trasnochar. Más de diez años después, Margot estaba divorciada y no tenía hijos, y Julia estaba casada y sí los tenía, pero lo importante persistía: quedaban al menos una vez al mes para tomarse un café, comentaban *Mentes criminales* después de ver cada episodio y aún se querían.

—Oye, siempre se me olvida pedirte la receta del cuscús de coliflor —dijo Margot.

—Uf, hace muchísimo que no lo hago.

—Yo improvisé una receta, pero me salió fatal.

—A ver, es que es coliflor —repuso Julia.

—Ya, pero me encantó cuando lo hiciste. Mándame por correo la receta que tú hacías.

Julia entró en su despacho y movió el ratón para activar el ordenador.

—Sí, te la busco.

—Eres la mejor.

Nada más colgar, Julia abrió Google y buscó «cuscús de coliflor». Salieron muchísimos resultados, pero ninguno de los hipervínculos estaba morado. Se desplazó, pero no dio con la receta que usó en primavera.

Abrió el historial de internet y tecleó «coliflor». Ningún resultado. ¿Cómo era posible? Había abierto esa página como diez veces.

Volvió a la página principal del historial y fue bajando. La lista de páginas que había visitado terminaba el 14 de diciembre, pero no había ningún resultado anterior a esa fecha.

Había búsquedas y títulos de páginas del día 14, todo relacionado con su trabajo de esa jornada. Pero todo lo anterior había desaparecido. Alguien había borrado el historial el día 13, el mismo día, como ahora sabía, que Nick le contó a Tony lo que pasó de verdad con Ray Walker.

Cerró el historial, volvió a Google y buscó «Cómo restaurar el historial». Aparecieron muchos artículos. Hizo clic en el primero. Al parecer, bastaba con ejecutar una «restauración del sistema» para recuperar el historial eliminado. Guardó todo su trabajo en una memoria USB, por si acaso, y luego siguió los pasos del artículo. Puso 13/12/2015 en el apartado para la fecha de restauración y esperó sentada en el taburete mientras observaba.

Estaba paranoica. Pero ¿por qué habría borrado Tony el historial? Cuando volvió de llevar a Nick a Goodspring, estuvo un buen rato metido en el despacho, por lo menos una hora. Por la noche le dijo que había estado trabajando, pero no tenía por qué eliminar cosas del trabajo del ordenador. Seguramente lo único que iba a ver era dónde le había comprado los regalos de Navidad. Joder, o quizás porno. Se rio bajito. Tenía el estómago tan revuelto por la preocupación que estaba convencida de que se alegraría cuando comprobara que esa noche simplemente había estado viendo porno, aunque fuera con ella leyendo en la habitación de al lado.

Unos minutos después, el ordenador se reinició. Abrió el navegador y entró en el historial. La última búsqueda era una página cuyo título era «Cómo eliminar el historial de Internet».

Lo anterior era una búsqueda en Google: «Borrar historial».

Y antes, una entrada de un blog que se titulaba «Cuchillos para hielo y frutas con hueso». ¿Qué cojones era eso?

Y antes de eso, una página que la dejó helada; una página que decía: «Foro: ¿Cómo llevarías a cabo el asesinato perfecto?».

Y antes de eso: «Foro: ¿Cuáles son las principales causas de los asesinatos sin resolver?».

Y antes de eso, una noticia de un periódico: «Por qué hay tantos asesinatos sin resolver».

Y antes de eso, una búsqueda en Google: «Causas de asesinatos sin resolver».

Se lo iba a cargar.

Tony iba a matar a Ray Walker.

54

TONY HALL, 2015

Julia estaba en la habitación. Eran poco más de las cuatro, pero estaba metida debajo de las sábanas.

—Cielo.

Ella ni se inmutó. ¿Qué le pasaba? Margot la había llamado y se había ido arriba a hablar, pero ya había pasado más de una hora cuando él se dio cuenta de que no había bajado.

Algo pasaba.

Se sentó con cuidado en la cama.

—Cielo.

—He visto el ordenador —soltó ella, sin abrir los ojos.

—No entiendo.

—Sé lo que estás tramando.

—¿De qué me hablas? —El pavor se apoderó de su estómago.

Ella se incorporó. Apretó los ojos con fuerza y se llevó una mano a la cabeza, como si estuviera mareada. Entonces los abrió y se quedó mirando el edredón.

—Dime que lo he malinterpretado.

«No, joder. Por favor, que no lo sepa».

—¿El qué?

—¿Qué cojones te pasa en la cabeza? —susurró violentamente mientras lo empujaba.

—¡Eh!

—He visto las búsquedas sobre asesinatos. ¿En serio? —Lo empujó de nuevo en el pecho, pero él interceptó las muñecas.

«Joder. Me cago en mi vida».

—¿Cómo lo sabes?

—Muy fácil. El ordenador lo guarda absolutamente todo —dijo ella, zafándose de sus manos.

—Te compro otro.

—Claro, porque cuando lo mates y se lleven el ordenador no van a sospechar que sea nuevo.

—Chisss —susurró él—. Baja la voz.

—Dime qué estás tramando.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No quiero que lo sepa nadie. Ni tú, ni Nick ni nadie.

—Así que me compras un ordenador nuevo y tan contentos —dijo Julia asintiendo, con los ojos como platos y los labios apretados.

—Ha sido puntual. Es la primera vez que lo hago.

—Tony, todo deja rastro.

—No, he tenido cuidado.

—Con lo demás, será, porque has usado el ordenador de casa.

—Sí. Te lo juro.

—Así que vas a hacerlo. —Tony apartó la mirada—. A ver, explícamelo. Dime por qué te crees con derecho a hacer eso.

—¿Derecho?

—Sí. Nick está haciendo lo que se supone que tiene que hacer. Se lo contó a la policía, está dispuesto a testificar, se está dejando la vida con el tema del juicio… Y tú… ¿Qué coño te hace pensar que puedes hacer una locura así?

—No puede seguir así. Tú sabes que ha intentado suicidarse.

—Ya no corre peligro. Lo están ayudando. Quieres hacerme creer que es por él, pero en realidad es por ti.

—No sé cómo hacerte ver que esto es por el bien de Nick. Es parte de la familia.

—¿Quieres hablar de la familia? Tu hijo está en la planta de abajo mientras tú estás aquí hablando de matar a una persona.

De repente se dio cuenta de lo que necesitaba Julia; tenía que simplificarlo para que lo entendiera.

—Sí, nuestro hijo está abajo —dijo él en voz baja—, pero mi primer hijo está en un hospital de Belfast. —Ella lo miró con los ojos muy abiertos; luego desvió la mirada hacia la cama—. A lo mejor lo entenderías si fuera Seb o Chloe. Para mí es un hijo más. —Julia se

tumbó y se apartó de él—. Siempre lo ha sido. —Rodeó la cama y se arrodilló al lado de ella—. ¿Es que no lo ves? —Julia no se movió. Tenía la mirada rara, como ausente, pero con los ojos fijos cerca del pie que él tenía más atrás—. Ha intentado suicidarse. —Lo dijo con la voz quebrada y los hombros encogidos—. Si lo cuenta todo…, si no llegan a un acuerdo, contará lo que le hizo Walker. Y, cuando se enteren, va a ser mucho peor. —Esperó un rato antes de continuar—: Casi se nos va. Tú misma lo dijiste, y lo sabes. También es tu familia.

—Lo sé —dijo ella, esta vez mirándolo.

—Pues déjame ayudarlo —le pidió.

Julia volvió a mirar al suelo y Tony se puso de pie; ninguno dijo nada. Él sorteó la cama y, al llegar a la puerta, ella se pronunció:

—Júramelo —dijo en voz baja; él estaba de espaldas, pero entonces se dio la vuelta—. Júrame que vas a esperar a ver si llegan a un acuerdo en enero.

Y él asintió. Le parecía bien. Enero era un buen mes para hacerlo.

55

JOHN RICE, 2015

Tristemente, la semana posterior a las Navidades siempre había mucho ajetreo en la comisaría. Por lo general, la delincuencia se disparaba durante las vacaciones de diciembre: problemas de dinero, alcohol, demasiado tiempo con la familia… Rice se estaba preparando para atender un caso de violencia doméstica cuando la recepcionista lo llamó al teléfono fijo. Era Julia Hall.

—Perdona que te moleste —dijo ella—. Tendrás mucho lío.

—No pasa nada. ¿Va todo bien?

—Eh, sí. Verás, llamaba porque quería preguntarte una cosa —dijo con tono de derrota—, aunque creo que ya sé la respuesta.

—¿Y bien?

—¿Puede pasar que, eh, le revoquen la condicional a Ray Walker si ocurre algo?

—¿Lo dices por Nick?

—Bueno, sí. La madre y él no paran de hablar con la prensa, y todo eso influye muy negativamente en la salud mental de Nick.

—No, no creo. —Otra vez les había fallado—. No ha incumplido las condiciones de la fianza, no se ha puesto en contacto con Nick… Nada de lo que ha hecho es delito. Es horrible lo que le está pasando a Nick, pero ningún juez nos va a dejar detenerlo solo porque lo está pasando mal. He hablado con Linda. Ella cree que, si intentamos mediar para que la prensa y él dejen de darle tanto a la lengua, vamos a acabar compitiendo por ver quién mea más lejos, con perdón. Técnicamente hablando, no han hecho público nada que no pudieran. Seguramente solo conseguiríamos llamar más la atención sobre el caso.

Julia tardó un buen rato en hablar y Rice llegó a pensar que la llamada se había cortado.

—Claro, supongo. Es que sentí la necesidad de preguntar.

—¿Todos bien por allí?

Qué pregunta más tonta. Si todo fuera a pedir de boca, no habría llamado.

—Estoy un poco desquiciada —contestó ella en voz baja.

—Lo siento mucho, Julia. Ojalá pudiera hacer algo, pero, mientras no viole la condicional, toca esperar a que haya un acuerdo con la fiscalía o un juicio.

—A Nick le han dicho que creen que puede demorarse hasta un año. ¿Crees que, no sé, para no darle esperanzas? A lo mejor es antes, ¿no?

—Puede ser. Es decir, yo tengo un juicio el mes que viene de un caso que archivé hace tres años, así que no sé. —Julia se quedó callada. ¿Por qué le sorprendía tanto? Ella misma había sido abogada defensora—. Ya sabes cómo son estas cosas. El tribunal está atascado, la fiscalía del distrito también y el tiempo juega en contra del caso de Nick, así que Eva lo va a demorar todo lo que pueda.

—¿Y qué pasa si no puede esperar tanto?

—Nick tiene que seguir con su vida e intentar no pensar en el caso. —Otra pausa larga; luego prosiguió—: Eh, mira. —Aunque ella no trabajara en el caso, en cierto modo pertenecía a ese mundillo—. Que quede entre los dos, Julia.

—Dime.

—No tengo claro que vaya a haber juicio.

—¿En serio?

—Acabo de enterarme por una supuesta amiga de Walker de que él sabe que lo tiene crudo. Y creo que va a aceptar un acuerdo con la fiscalía. Seguramente no antes de la víspera del juicio, ya sabes cómo es esto, pero me la juego a que va a ser así. Creo que en parte sus bravatas son pura fachada. Está acojonado.

—¿Sí? ¿Y a ti te dio la impresión de que va a ser dentro de poco?

—No, qué va. Yo creo que es el típico tío que no se rinde hasta que empieza el espectáculo de verdad. Pero puede que Nick no tenga que testificar. No se lo digas a él, que se puede hacer ilusiones, pero yo creo que no hay que preocuparse tanto por el desenlace. Yo creo que va a haber acuerdo. Pero no podemos hacer nada aparte de esperar.

—Vale —contestó ella con voz aguda pero sosegada tras un silencio;

parecía que estaba intentando evitar que se le saltaran las lágrimas—. Gracias por tu tiempo —concluyó.

—Siento no ser de más ayuda, Julia. —Ella ya había colgado, pero él sintió la necesidad de decirlo igualmente.

56

JULIA HALL, 2015

Julia llevaba dos noches sin dormir. Hubo momentos en los que entró en duermevela, pero soñaba todo el rato que estaba despierta. Despierta y preocupada por lo que tramaba su marido.

Le había preguntado cómo iba a hacerlo, pero no se lo dijo. También cuándo y dónde, pero tampoco le respondió. Cómo iba a asegurarse de no levantar sospechas, a lo que él contestó que lo tenía todo controlado. No hacía más que repetirle su mantra: «Cuanto menos sepas, menos riesgos habrá».

Pero Julia sentía el peligro. Estaba histérica. Él le había jurado que iba a esperar hasta la reunión de conciliación, porque puede que llegaran a un acuerdo. Si Walker accedía a declararse culpable, Nick no le contaría la verdad a la fiscal y a lo mejor Tony se olvidaba del tema. Así que tenía hasta el 12 de enero. Dos semanas. Tenía dos semanas para buscar una solución.

Podía hablar directamente con Nick para intentar que dejara el caso, pero ¿iba eso a solucionar el problema o Tony acabaría haciéndolo igualmente? Porque, si dejaba el caso, Walker quedaría impune. Y si le pasaba algo después de eso, ¿no sospecharían más aún de Tony?, ¿no parecería que Nick lo había dejado para que Tony se tomara la justicia por su mano?

El día anterior había llamado al inspector Rice, pero había sido en vano, como ya se había imaginado. Walker no había hecho nada que conllevara meterlo en la cárcel otra vez, fuera del alcance de Tony.

Había intentado razonar con su marido: ¿había pensado en los niños?, ¿en Nick?, ¿en ella? Pero fue como quien oye llover. Se tenía en tal superioridad moral y se había venido tan arriba que le había dado mal de altura.

La moral… Le chocaba que su desesperación por detenerlo

prácticamente no tuviera nada que ver con lo inmoral del hecho en sí.

Gran parte de su identidad, como abogada, madre, esposa, amiga y persona, se basaba en ser buena. Era un objetivo muy difuso, pero nunca lo había cuestionado, quizás porque le salía de forma natural hacer lo correcto, tratar bien a la gente. Normalmente identificaba enseguida qué era lo correcto. La primera vez que se reunió con Mathis Lariviere y su madre tuvo que convencerlos a los dos, no solo al chaval, de que tenía que someterse a una evaluación de consumo de drogas y empezar un tratamiento *a priori*, mucho antes de que lo condenaran.

—Cuanto mejor se comporte —dijo Julia—, más favorable será el fallo.

—Querrás decir cuanto mejor parezca que se comporte —repuso con frialdad la madre, Elisa.

—No —contestó Julia—. No puede tirarse un año yendo a terapia con los auriculares puestos. Va a tener que cambiar. El juez se da cuenta de esas cosas.

—Yo no lo tengo tan claro —respondió Elisa—. Hay gente a la que se le da bien parecer buena, como yo.

En ese momento, Julia hizo caso omiso del comentario. Pocas veces se ponían de acuerdo, y el hijo le había contado cosas escalofriantes sobre su familia. Así que, cuando Elisa insinuó que la integridad de Julia era puro teatro, le dio la risa.

Pero ahora tenías dudas. A lo mejor lo que había estado haciendo, y bien, era parecer buena, aparentar que creía en los principios morales. Porque en este momento le importaba mucho más parecer buena que serlo. Para empezar, todo lo que le impedía dormir y le perlaba la frente de sudor tenía que ver con la posibilidad de que pillaran a Tony, no con sus intenciones.

Si lo cogían, se quedaba sin él. Y los niños también. Y era buena persona. Aunque pareciera imposible teniendo en cuenta lo que estaba haciendo en ese momento, Tony Hall era buena persona y mejor padre, y como no tuviera cuidado se iba a quedar sin hijos. Y ella ya se lo dijo cuando se conocieron, la primera noche que hablaron: nunca se iba a casar con un hombre que no se tomara en serio lo que eso

significaba para ella, que no se dejara la vida protegiendo cualquier cosa que hicieran juntos. Y ella tuvo clarísimo que él era ese hombre. ¿Cómo podía hacerle eso?

Solo se le había ocurrido una cosa que quizás funcionase.

Le mandó un mensaje a Charlie Lee: Necesito un último favor.

Y él contestó: Por supuesto.

57

JULIA HALL, 2015

Julia estaba inclinada sobre la cómoda poniéndose rímel en las pestañas de arriba del ojo izquierdo mientras de fondo, en su móvil, Nina Simone cantaba con dulzura a media voz. Se echó atrás para ver qué tal; solo le faltaba el pintalabios. Eligió el rojo ladrillo. No era su favorito, pero a Tony le encantaba, y le daba vidilla al vestido negro que se había puesto. Se lo aplicó con la boca abierta y se soltó el pelo. Las canas de la coronilla reflejaron la luz tenue de la lámpara de la cómoda; ya le tocaba teñirse. Se espachurró las raíces con los dedos y se concentró en la música. Seguro que a Nina no le preocupaban las canas; es más, probablemente ella dijera que son como la plata. Julia se meció un poquito cuando oyó los instrumentos de viento de «Feeling Good», dejándose seducir por la melodía. En algún momento posterior a haber sido padres, había llegado a sentir que el mero hecho de arreglarse para salir con su marido era la primera oportunidad que ofrecía una velada para los preliminares. Esa noche, ella estaba forzando la magia.

Si no hubieran reservado con meses de antelación, seguramente se habrían quedado en casa. Uno de los efectos colaterales de la decisión que tomaron hacía nueve años de casarse el día de Nochevieja era que reservar era imperativo si querían comer fuera el día de su aniversario. Julia había reservado mucho antes de saber que se iba a pasar el tiempo libre preguntándose si su marido de verdad era capaz de matar a una persona.

Cogió el bolsito que había dejado antes en la cama, abrió el broche y vio que asomaba el sobre con su tarjeta de felicitación. Lo que había escrito no era perfecto ni casi de su cosecha, pero se contentaba con haber plasmado lo que sentía en lo más profundo de su ser, al margen de los demás sentimientos. Quizás acabara en el *collage* del armario, o

quizás no. ¿Querría alguno de los dos recordar esa ocasión?

Ella era consciente de lo que sus notas significaban para él, pero ese año andaba perdida; no sabía qué escribir. Esa misma tarde, antes de ducharse, la tarjeta seguía en su despacho, en blanco. Y justo mientras se duchaba se acordó de la canción de su primer baile: «You're the First, the Last, My Everything», de Barry White. Se echó una toalla encima y fue corriendo por el pasillo a escribir sus frases favoritas en la tarjeta. Él era el sol y la luna, «el primero, el último, mi todo», escribió.

Ese mismo día, nueve años atrás, bailaron esa canción. Todo parecía muy fácil por entonces. Ella asumió que pondrían sus votos a prueba a lo largo de su vida en común, pero no así. Releyó las frases de la canción. Dadas las circunstancias del momento, le parecieron palabras vacías. Pero tenía que decirle algo; además, aún había cierta verdad en esa letra. Seguía siendo su todo. Por eso le dolía tanto.

Metió el pintalabios en el bolso, junto a la tarjeta.

—Guau —exclamó Tony desde la puerta; ella lo vio de soslayo en el espejo al darse la vuelta, sus líneas definidas y su pelo moreno.

—Lo mismo digo —repuso ella—. Me encanta esa americana.

—Lo sé —contestó él, que se contoneó despacito hacia ella al ritmo de la música—. ¿No has notado nada… nuevo? —le preguntó mientras extendía el brazo al compás del lamento de una trompeta.

Por la manga asomó su reloj nuevo, y ella se rio, muy a su pesar. Estaba aferrada al enfado y a la tristeza, se palpaba; tenía que desembarazarse de ellos, aunque solo fuera esa noche.

Se agachó para ponerse los tacones y, al enderezarse, él se acercó a ella. Con esos centímetros de más, estaban casi a la misma altura. Él la cogió por la cintura y se inclinó para besarla con ternura, y ella se dejó envolver, suspirando levemente. Cuando su marido se apartó, tenía los labios manchados de cera roja. Ella se rio y se los limpió con el pulgar mientras le sujetaba con la otra mano la barbilla afeitada.

—Cuando mi madre se lleve a los niños podríamos saltarnos la cena —murmuró él, estrechándola contra su cintura.

—Van a quedarse aquí. Cuando volvamos estarán dormidos. —Le dio un beso en la mejilla y retrocedió.

—No te vayas —dijo Tony con una sonrisa voraz mientras la atraía hacia él.

—No —contestó ella rotundamente mientras le retiraba las manos y retrocedía.

Él se sorprendió, se quedó descolocado. Ella también. Fue solo una milésima de segundo, pero le dio mucho coraje que le dijera que no se fuera mientras la cogía tan firmemente. Cruzó la habitación y paró en la puerta. Últimamente estaba muy fría con él; a veces era por voluntad propia, pero otras era por impulso.

—¡Ha llegado la abuela! —gritó Chloe desde la sala de estar.

Julia dejó allí a Tony y bajó corriendo las escaleras.

Notó el calorcito que hacía en el Buona Cucina mientras se sacudía la aguanieve y la sal de los pies en el felpudo.

—Feliz fin de año —dijo la anfitriona mientras cogía las cartas de su puesto—. Detrás tienen un perchero.

Buona Cucina era un restaurante italiano pequeño y caro del centro de Orange; allí habían celebrado varios aniversarios y cumpleaños a lo largo de los años. Sus paredes de ladrillo visto, el suelo de madera y su decoración le recordaban a Julia a varios locales de Portland, como el Ruby, el bar donde trabajó. En parte, prefería ir allí cuando planeaban una velada romántica porque se parecía mucho a los sitios a los que iba con Tony cuando empezaron a salir.

Cruzaron un descansillo hacia la sala más pequeña de las dos que había. Mientras iban caminando, Julia le cogió la mano a Tony y se la apretó; se estaba disculpando tácitamente por haberse zafado antes de él. Su marido le devolvió el apretón.

Pidieron una botella de agua con gas para el centro y Julia pidió una copa de *pinot noir*.

—Podrías contarme al menos cómo vas a hacerlo.

—El qué —contestó Tony, sorprendido.

—Ya sabes —repuso ella en voz baja.

—¿En serio quieres hablar de eso el día de nuestro aniversario? —Suspiró.

—Es que no me lo quito de la cabeza. No me cuentas nada. Venga, qué vas a hacer.

—No quiero meterte en problemas. Ni a ti ni a los niños. Así que creo que lo correcto es no decirte nada.

—Pero no puedes planificar algo así solo. No paras de decir que estás teniendo cuidado, pero cómo voy a saberlo si no me dejas preguntarte nada…, analizar tu plan.

—Ni siquiera se va a notar que no fue un accidente.

—Bueno… —contestó ella, negando con la cabeza—. A mí eso me suena demasiado optimista.

—Para nada. —Recolocó el tenedor que había junto al plato.

—¿De verdad vas a hacerlo?

—Pensaba que te parecía bien —contestó Tony, sorprendido.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—Pues necesito que te parezca bien —repuso él, con el ceño fruncido.

—¿Y si no?

—Pues nada, supongo —dijo mientras se enderezaba—. Ya te he dicho lo que voy a hacer.

—¿Y eso en qué lugar me deja a mí?

—A mi lado, apoyándome, o eso pensaba.

—O entre la espada y la pared —dijo ella—. Me tienes acorralada.

—No sé qué hacer para que lo entiendas.

—Soy consciente de vuestra relación —dijo, meneando la cabeza—. Aunque yo no tuviera que cuidar de nadie de joven, te tengo a ti, y tú y yo tenemos a los niños. ¿Qué pasa con nosotros?

—Te prometo que no va a pasar nada. —A la luz de las velas su expresión era más tierna—. Lo sé con certeza. Igual que tantas cosas de nosotros. —Posó la mano sobre la de ella y prosiguió—: Supe que me iba a casar contigo el día que fuimos a pescar en hielo con Margot y su ex, ¿te acuerdas? Metiste la petaca en el agujero y luego le diste un trago. —Se rio bajito—. En ese momento supe que nos casaríamos y que todo iría bien. Sentí una calma rara, casi paranormal. Y ahora mismo me siento así. Seré cuidadoso. No va a pasar nada.

Julia sintió ganas de zafarse de su mano, pero las reprimió. Vio al

camarero por el rabillo del ojo acercándose a la mesa sigilosamente, como si supiera que los estaba interrumpiendo. Les tomó nota y se fue. Se quedaron callados un momento, sin saber dónde retomarlo.

Tony dejó de nuevo la servilleta en el plato y dijo:

—Voy al baño.

Julia se quedó sola, observando el parpadeo de las llamas en el interior de los vasos esmerilados que había en el centro de la mesa. Entre las dos velas había un vaso estrecho con una flor naranja cuyos pétalos finos estaban desplegados.

Había perdido. Lo único que podía hacer era admitir que en realidad no era tan buena persona como pensaba. Eso que había dicho Tony de dejarla al margen no tenía sentido. Cuando todo llegara a su fin, sería cómplice de lo que le pasara a Ray Walker.

Él acababa de contarle en qué momento supo que se iba a casar con ella. En su caso no fue un instante concreto, sino un día que fueron de pícnic con Nick. Ella ya lo conocía, y llevaba bastante tiempo saliendo con Tony, así que no había necesidad de impresionarse mutuamente. Estaban juntos, ya está. Presenció cómo se dirigía Tony al chaval, la calidez con la que le hablaba. En un momento dado le pasó el brazo por encima a Nick y lo achuchó. Entonces pensó que él era el hombre del que quería quedarse embarazada. «Quiero que él sea el padre de mis hijos». No se había dado cuenta de que, en cierto modo, él ya era padre.

Y por mucho que al principio la volviera loca a veces, siempre intentando hacer las cosas por ella, le gustaba que fuera así, un factótum y un luchador. No se quedaría de brazos cruzados si su matrimonio empezase a marchitarse. Haría lo que fuera por su familia. Y si alguna vez se pusiera enfermo lucharía a muerte para quedarse con ellos. Si bien ella quería mucho a Nick, muchísimo, no se había percatado de hasta qué punto era parte de su familia, por extensión. Tony lo era todo para ella, pero eso no significaba que no quisiera a sus hijos. Puede que incluso los quisiera más que a él. En el alma hay cabida para varios amores. Ella tenía tres; Tony, cuatro.

Miró por la ventana que había al lado de su mesa. Distinguió la forma de la nieve en la calzada, pero ya, porque fuera reinaba la

oscuridad. Ojalá fuera primavera; quizás lo viera todo de otra forma. El sol y las flores de azafrán le alegrarían el corazón a Tony y comprobaría que el mundo, en realidad, no era del todo negro. Pero aún faltaban meses, y entremedias Nick iba a rectificar su versión, y la fiscal adjunta se vería obligada a contárselo a Walker. Volverían los medios de comunicación, las habladurías y las opiniones sobre cosas que la gente ignoraba. Y por eso Tony iba contra reloj. Todo acabaría mucho antes de que llegara la primavera. Cuando volviera la luz, ¿serían capaces de afrontar lo que habían hecho en la oscuridad?

Julia se reclinó sobre la mesa y acarició con las yemas la amplia corola de la flor. La inclinó hacia la llama y se quedó mirando los pétalos mientras se quemaban.

58

TONY HALL, 2016

Las cosas se calmaron después de su aniversario. Posteriormente a que Julia descubriera la dichosa búsqueda en el ordenador, siguió sorprendiéndolo con preguntas y argumentos hasta la saciedad, siempre que los niños no estuvieran presentes. Percibía su mirada cuando estaba con el móvil o incluso cuando simplemente iba de un sitio a otro por la casa. Ojalá no supiera nada de lo de Walker; la quería al margen, solo por si acaso. Así, si algo salía mal, ella no sería cómplice. Pero igualmente apenas sabía nada. Él se mostraba impertérrito cuando le preguntaba, y al final, después del aniversario, ella desistió.

A veces se preguntaba si estaba de su lado, pero parecía que la tormenta había escampado de verdad. El día anterior Charlie Lee había llamado a Julia. Tony lo vio en la pantalla y la miró a los ojos por encima del móvil. Ella puso el manos libres y le preguntó a Charlie que qué pasaba. Él le dijo que tenía la información de contacto que necesitaba para su informe. Fulminó a Tony con la mirada y él alzó las manos en son de paz mientras ella se iba a su despacho. Así que era verdad: Charlie Lee ya había dejado de investigar a Raymond Walker. Aun así, algo raro había, y quería averiguar el qué. Se cogió un par de días en enero, a principios de mes. Los niños seguían de vacaciones y él tenía intención de pasar esos días con ellos y con Julia, pero ella estuvo casi todo el tiempo trabajando en el informe. Era una especie de castigo sutil por haberle mentido sobre lo del curro, y en vez de estar en familia ella se dedicó precisamente a eso.

No obstante, en ese momento estaban los cuatro en el salón. Él se encontraba echado en el sillón reclinable con Seb, cuyo cuerpecito descansaba encajado en el suyo. Julia se había sentado en el sofá y tenía a Chloe detrás, sobre el respaldo, con una pierna a cada lado de

su madre. Tony leía en voz alta *Swallows and Amazons*, un regalo de ese año de la madre de Julia. Tenía una dedicatoria de puño y letra de su suegra que demostraba que fue de Julia cuando era pequeña: «Tu padre te leía este libro. Seguro que a Chloe y a Seb también les gusta». En momentos como ese Tony pensaba que ojalá hubiera conocido al padre de su mujer. Según le había dicho, fue un padre maravilloso. Julia pensaba, desesperada, que ojalá hubiera tomado decisiones distintas en el ocaso de su vida, pero hasta entonces para ella había sido perfecto.

Chloe le estaba haciendo trenzas mientras él leía ese libro de aventuras de antaño, pero de vez en cuando levantaba la vista para ver cómo lo llevaba. Primero le hizo dos trenzas, una muy gruesa y recta a la izquierda y otra fina y torcida a la derecha. Pero se deshicieron y empezó a hacerle una cayendo por la espalda. Esa vez, cuando Tony alzó la vista, vio a Julia enjugándose los ojos. Ella se quedó mirándolo, suspiró y negó con la cabeza.

—Tengo que hacer una llamada —dijo mientras se levantaba.

Tony dejó de leer y le preguntó:

—¿Ahora?

—¡Mamá, que se te deshace la trenza! —se quejó Chloe.

—Perdona, mi niña. —Luego se giró hacia Tony y le dijo—: No tardo nada. Y cuando termine me traigo una goma para el pelo.

Chloe asintió con satisfacción y se sentó en el sofá, en el sitio que acababa de dejar libre su madre.

Julia cogió el móvil de la mesa de centro y se fue escaleras arriba.

Cuando bajó, Tony estaba preparando unos sándwiches.

—Beicon, lechuga y tomate —dijo con voz dramática, mostrando con la mano el despliegue que tenía delante, como si fuera un truco de magia; estaban aún abiertos, con su lechuga y sus rodajas de tomate maduro, y al lado tenía una fiambrera con las sobras de beicon del desayuno.

—Huele de maravilla —dijo ella—. ¿Hay para mí?

—Por supuesto, tesoro —susurró él mientras meneaba una tira de

beicon delante de ella, que sonrió ausentemente.

—¿Té? —preguntó Julia.

—No, gracias. —Notó que se molestaba un poco, porque ella seguía resistiéndose, evitando sus jueguecitos. Pero no era justo por su parte; él llevaba ya un tiempo procesándolo todo—. ¿Con quién hablabas?

La oyó encender un fogón a su espalda, el sonido del gas y la llama prendiéndose.

—Era por un tema del informe.

—¿Sí? ¿Hoy?

—Tenía mensajes de voz.

Entonces apareció en su campo de visión y se apoyó en la encimera, a su lado. Él le dio un plato con un sándwich.

—¿Cenas con nosotros?

—Sí. —Miró el móvil y luego se lo guardó en un bolsillo de su pantalón de chándal. Acto seguido, empezó a vibrar. Lo sacó de nuevo y lo observó—. Tengo que contestar —dijo mientras salía de la cocina —. ¡Luego vengo a por el té! —añadió a gritos, ya por el pasillo—. ¡Apártalo cuando hierva, por favor! Luego vengo a cogerlo. — Entonces bajó la voz y dijo—: Hola, Elisa.

Tony oyó que cerraba la puerta del despacho y dejó de oír la voz de Julia. Sintió un gusanillo cuando oyó aquel nombre, un recuerdo truncado retumbando en la cabeza, pero, fuera quien fuese Elisa, ya no estaba en ningún recoveco de su memoria.

59

NICK HALL, 2016

Qué valor decías que tiene esto? —Nick le reveló su mano al hombre que tenía enfrente: cuatro cartas de picas.

—Cuatro —contestó David.

—Mierda —susurró mientras dejaba los naipes sobre la mesa; pues sí, era la típica mano que parecía que valía más, pero no llegaba a quince con ninguna carta; puso cuatro clavijas en el tablero de Cribbage y dijo—: Creo que me vas a dar otra paliza.

—*Skunk* —dijo David mientras ponía doce clavijas; se colocó bien las gafas sobre su nariz porosa y sonrió—. Seguramente, sí.

Él llevaba allí una semana y media. A Nick le quedaba un día para cumplir un mes. Anne Marie, su terapeuta en Goodspring, había mandado una carta para preguntar si le dejaban quedarse allí un poco más y había convencido al seguro, o a quien fuera que tuviera potestad para ello, de que alargaran su estancia un poco más tras la próxima cita en el juzgado, que daba la casualidad de que era ese día.

A Nick le alegraba que David estuviera allí. Tenía cuarenta y tantos años, era mordaz y divertido, y le encantaban los juegos de mesa, como a él. Antes de que llegara, Nick no había conectado realmente con nadie aparte del personal. Había un tío que se llamaba Kedar que le parecería mono si se cortara el pelo y si hubiera dormido algo el año pasado; pero probablemente en ese momento no le harían ningún bien los chicos monos. En cierto modo, por eso estaba allí. Sus terapeutas ya le habían dicho insistentemente que no debía flagelarse, y tenían razón. Pero se había ido con un desconocido, aunque esa no fue la primera vez. Quería tener novio, pero se conformaba con lo que surgiera. Estaba a años luz de sentirse preparado para volver a acostarse con alguien, pero, si el chico mono lo buscaba, él no estaba tan seguro de que fuera a evitarlo. Así que mejor poner mucha tierra

de por medio.

La mayoría de la gente que había en Goodspring no quería estar allí. Había quien lo decía abiertamente, pero a otros los delataban sus acciones. Algunos creían que no necesitaban ayuda; otros odiaban las camas ajadas, la luz fuerte, la dieta rica en verduras, los ventanucos de las puertas de los dormitorios por los que se asomaba el personal por las noches durante los controles de seguridad… Pero a Nick le gustaba estar allí. Era tan raro y tan ajeno a todo lo que había conocido previamente que se olvidaba de su vida en el exterior. Allí no había ni caso ni fiscal. Vivía en una burbuja.

O así se sentía normalmente. Justo ese día, a pesar de la seguridad de su burbuja, había notado la presencia del mundo exterior oprimiendo las paredes. Fuera, la vida seguía su curso. Tony estaba agobiado por él. Sus padres probablemente estarían discutiendo. Había empezado el segundo semestre. En ese preciso momento, la fiscal adjunta estaba en el juzgado con Walker y su abogada. Cuando saliera de Goodspring, la vida real estaría esperándolo. Volvería al punto de partida, justo en medio de aquel caos que él mismo había desencadenado. Empezaron a picarle los antebrazos.

—Nick. —Él alzó la vista y vio a Anne Marie de pie en la entrada del salón comunal—. Tienes una llamada.

Era Sherie.

—No hay acuerdo —le dijo—. Lo siento.

Lo que se esperaba, pero se le cayó el alma a los pies igualmente.

—¿Puedes contarme lo que ha pasado?

—Sí, claro. Las abogadas tenían opiniones muy dispares y no han llegado a un acuerdo. Ya te dije lo que le iba a ofrecer, ¿verdad?

—Sí —dijo Nick—. Cuatro años en la cárcel que podrían convertirse en diez, ¿no?

—Eso es. Bueno, técnicamente hablando, sería prisión, no cárcel. Y Linda ha sugerido cambiar la agresión sexual grave por agresión con agravantes. —Le sonaban esos términos, pero aun así era como ir corriendo detrás de ella para seguirle el ritmo—. Y al acusado y su abogada no les ha gustado. Iban buscando agresión simple y seis meses de cárcel, aunque ella ha dado a entender que era imposible

que su cliente se planteara siquiera seis meses, pero estas negociaciones son así. Linda y ella no se han puesto de acuerdo. Al menos hoy.

Agresión simple, que a saber qué implicaba, y seis meses de cárcel. Se preguntó si aquello se traduciría en que archivaran el caso cuando les dijera que había mentido; que era peor de lo que había dicho, pero que no había sido veraz. Tenía que hablar con Anne Marie y prepararse para contar la verdad.

—Y ahora qué —preguntó Nick.

—Técnicamente, lo siguiente es elegir el jurado.

—¿Ya? —Al final no iba a demorarse tanto como le habían hecho creer.

—En tu caso, la elección está programada para marzo. Pero es probable que el acusado presente una moción para retrasarla. Y la siguiente comparecencia es básicamente para que el juez intente programar qué casos pueden ir a juicio ese mes concreto. —Hizo una pausa—. Creo que puede pasar cualquier cosa, pero tienes que mentalizarte de que cabe la posibilidad de que se alargue, ¿vale?

—Vale.

Después colgaron y Nick se sentó un momento. Anne Marie lo había dejado a su aire en su despacho para que atendiera la llamada. Ojalá pudiera saltarse la parte de decirle a su familia que no había acuerdo. Quería meterse en la cama. Pero todos estaban a la espera de noticias. Y meterse en su habitación a dormir no iba a cambiar el hecho de que el caso seguía abierto.

Se puso de pie y se asomó al pasillo. Anne Marie estaba por allí, hablando con Kedar.

—Dime —le preguntó ella cuando lo vio.

—¿Me puedes dar el teléfono de mi cuñada?

Allí prácticamente no tenía acceso al móvil y no se sabía el número de Julia de memoria. Iba a llamarla para que se encargara de comunicarle la noticia a Tony y a sus padres. Seguro que era mucho más fácil hablar con ella que con él.

60

JULIA HALL, 2016

Julia estaba con los niños haciendo un puzle de *La Patrulla Canina* en la mesa de centro cuando empezó a sonar su teléfono. Era Nick. Se levantó del suelo quejosamente.

—Hola. Dame un segundo. —Salió del salón y subió corriendo las escaleras—. ¿Cómo ha ido la vista?

—No ha habido acuerdo.

—Joder. Qué mierda —bufó, y lo decía muy en serio, más de lo que Nick se imaginaba.

—Pues sí.

Cerró la puerta del despacho y ojeó sus notas.

—¿Estás bien?

—Sí. Un poco frustrado. ¿Te importaría decírselo a Tony?

—Claro que no. —Sin acuerdo, Tony seguiría adelante con su plan —. De hecho, acabo de recordar que me dijo que quería ir a verte.

—¿Sí?

—Sí. El viernes. Quiere ir este viernes.

—Vale —contestó Nick—. ¿Sabes por qué?

Julia suspiró, se apoyó en la puerta cerrada y dijo:

—Creo que te echa de menos.

61

TONY HALL, 2016

Tony llegó a casa y se encontró un sobre enorme atascado en el buzón. La destinataria era Julia Clark y venía de Míchigan. De no ser porque las señas estaban escritas a mano, habría pensado que era correo basura.

La oyó bajando las escaleras mientras los niños lo acosaban en la cocina.

—Alguien desconoce que estás casada —dijo, dándole el paquete.

—Sí que lo sabe —dijo sonriendo al mirar el sobre—. Lo que pasa es que no acepta que use tu apellido.

—¿En serio?

—Totalmente —contestó ella, con los ojos en blanco.

—¿Quién es?

—Una señora que me está ayudando con el informe. —Empezó a dirigirse a las escaleras, pero paró—. Ah, se me olvidaba. Nick quiere que vayas a verlo el viernes.

—¿Este viernes? —repuso él, con el ceño fruncido.

—Pues sí. La vista sobre el acuerdo se ha aplazado una semana. Quiere verte antes.

Tony le hizo una seña y subieron juntos las escaleras.

—¿Parecía importante?

—Para él sí.

—Mierda —dijo Tony en voz baja.

Al llegar al rellano, Julia levantó un dedo, recorrió el pasillo y dejó el sobre en su despacho. Luego entraron en su habitación.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó él—, pero quería darle buenas noticias la próxima vez que lo viera…

—¿Como que Walker está muerto? —dijo ella, con los ojos muy

abiertos.

—¡Chisss!

—No me mandes callar, quién me va a oír. Lo que querías era… gestionar lo de Walker antes de ir a verlo.

—Vale, sí.

—Nick quiere verte y la vista es dentro de una semana. Vas a tener que ir.

—Supongo, sí.

—Si no hay acuerdo después de la vista, ¿cuándo vas a hacerlo?

—¿Por qué no lo dejas ya?

—Cuando me des algo. Lo que sea. Dime cuándo. No te estoy pidiendo una fecha, sino en qué momento del día.

62

RAYMOND WALKER, 2016

El 15 de enero de 2016 a las 18.00, Raymond Walker bajó las escaleras en albornoz, rascándose la barba incipiente, y se preguntó ausentemente por qué estaban apagadas las luces del salón. Ya casi abajo, encendió un interruptor que había a la derecha. La lámpara del salón cobró vida. Entonces Ray vio una figura masculina en la cocina oscura, igual que cuando percibes vagamente con el rabillo del ojo una araña en una pared, fuera de su hábitat, amenazante.

63

JOHN RICE, 2016

El 16 de enero de 2016, Rice estaba redactando un informe en el ordenador cuando lo llamó la recepcionista.

—Inspector, una tal Darlene Walker llama por algo de su hijo, Ray Walker. Supongo que querrás coger la llamada, o Megan.

—Pues sí —dijo él enseguida—. Inspector John Rice al habla.

—Hola, señor Rice, inspector Rice. Soy Darlene Walker. Llamo por mi hijo, Raymond. —Era todo energía nerviosa.

—Sí, señora.

—Bueno, algo le ha pasado. Necesito que venga alguien cuanto antes.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Rice, enderezándose.

—No lo sé, ¡pero no lo encuentro! Estoy en su casa. Tengo la llave y al ver que no contestaba mis llamadas y que no ha venido a casa he entrado. Íbamos a comer juntos, pero no se ha presentado ni me ha avisado. Tampoco contesta al teléfono…

—Señora, cálmese. Está…

—No. Lo que tiene que hacer es venir ya mismo. No puede tratarlo de manera distinta solo porque cree usted que es un delincuente, que, por cierto, eso ya lo veremos en los tribunales, ya lo creo. He llamado a la policía de mi pueblo, pero me han dicho que tenía que llamar a la comisaría de Raymond, aunque es evidente que hay un conflicto de intereses.

—Muy bien, señora…, señora. —Rice se calló y la dejó terminar—. Voy enseguida.

Rice paró en el número 47, delante de una casita gris. Vaya, vaya, ahí vivía Raymond Walker. Nunca llegaron a tener un motivo fundado

para conseguir una orden de registro, aunque sí obtuvieron una muestra de ADN de Ray, que, evidentemente, coincidía con los resultados de la exploración. También tenían un inventario de lo que encontraron cuando registraron su coche después de llevarlo al depósito desde el aparcamiento donde lo detuvieron. Tras esa búsqueda no descubrieron nada de valor para la investigación, al menos aparentemente, que involucrara a Nick Hall.

Rice vio que dentro había una luz encendida mientras se dirigía a la puerta trasera por un acceso más bien corto; los escalones estaban llenos de nieve, por lo que no se distinguía el camino. El coche de Ray estaba aparcado en el acceso.

No había ni llegado a la puerta cuando esta se abrió.

Una mujer de su edad, con varias noches malas de más o de menos a la espalda, se asomó y empezó a temblar de frío.

—¿Es usted el inspector con el que he hablado?

—Sí. —Extendió su mano enguantada para saludarla—. ¿Entramos?

—Pero no tiene mi consentimiento para registrar la casa. —Frunció los labios y lo miró con la misma cara que había visto cientos de veces: como si se pensara que era profesora de Derecho.

—Entendido. Es por el frío. —Sonrió.

Darlene Walker entró en la casa y Rice la siguió.

El recibidor era pequeño, pero estaba muy ordenado. Había unas estanterías altas con zapatos y una caja de bufandas, y un perchero con abrigos de invierno. Sus botas chirriaron al entrar en la cocina.

—Señora Walker, según me ha dicho por teléfono, se supone que había quedado hoy con Ray, pero no logra contactar con él.

—Sí, se supone que…

—Disculpe que la interrumpa, pero me gustaría hacerle unas preguntas concretas. ¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

—Hablamos por teléfono el viernes por la mañana.

—¿Se refiere a ayer o a la semana anterior?

—Ayer.

Rice lo apuntó en su libreta: «15 de enero».

—Ayer quedamos en comer juntos hoy. Iba a venir a recogerme.

—Pero no ha sido así.

—Pues no.

—¿Lleva usted el teléfono encima?

—¿Por? —repuso ella con tono de sospecha y entrecerrando los ojos, como si se pensara que se lo iba a quitar.

—Me ayudaría saber las horas exactas. Cuándo hablaron por teléfono, a qué hora lo llamó, aunque fuera en vano…

Ella se levantó y sacó el móvil de un bolso que había en la encimera.

—Ayer hablamos a las diez y dieciséis.

—¿De la mañana? —preguntó Rice mientras escribía.

—Sí —contestó ella, que lo tomó por tonto.

Seguramente parecía una pregunta evidente, pero la gente siempre se dispersaba cuando hablaba con él. Mejor hacer las cosas bien ahora y asegurarse que lamentarse después de no haber sido más minucioso.

—¿Algún contacto desde entonces?

—No. Lo he intentado, pero nada.

—¿Cuándo?

—Anoche le mandé un mensaje sobre otra cosa, y esta mañana le he mandado otro sobre la comida de hoy.

—¿Horas?

—Anoche le escribí a las 20.27 —dijo suspirando—, pero nada. Y esta mañana le he preguntado a las 11.15 a qué hora iba a llegar a mi casa, pero nada tampoco. Y ya luego lo llamé.

—Vale —contestó Rice—. ¿Normalmente responde al momento? Lo digo porque mi hija es un poco informal con el tema de los mensajes.

—Él es igual —repuso Darlene en voz baja.

—¿A qué hora se suponía que iba a venir a recogerla?

—A mediodía.

—¿Cuántas veces lo ha llamado esta mañana? —Eso lo preguntó sobre todo por curiosidad.

—Trece —respondió tras consultarlo en el móvil.

No estaba mal.

—¿Y a qué hora ha llegado aquí?

Ella consultó el móvil de nuevo.

—Ahora no conduzco. He pedido un taxi a las doce y media y he

llegado antes de la una.

—¿Por qué no conduce?

En ese momento ella alzó la vista hacia él.

—Eso es privado —dijo con tono seco.

—Muy bien —contestó Rice, encogiéndose de hombros y sonriendo —. ¿Me enseña la casa?

—Ya le he dicho que no tiene permiso para registrarla. —De nuevo, cara de sospecha—. Está todo en su sitio.

—No pretendo abrir ningún cajón ni tocar el ordenador. —«Eso ya vendrá después», pensó con malicia y satisfacción—. Es parte de mi trabajo. A lo mejor veo algo que usted no puede detectar. Porque cree de verdad que le ha pasado algo, ¿no?

Darlene lo miró fijamente. Tenía pinta de ponerse a llorar de un momento a otro; por un segundo, le dio pena de verdad. Era como si no supiera si confiar en él o no. Aunque Ray fuera su responsabilidad, un error que ella misma había traído al mundo y a la familia Hall, era su hijo, y Rice no podía evitar compadecerse de ella. Esa lástima le suavizó la expresión.

—Le prometo que no se la estoy jugando —dijo.

La madre de Raymond Walker acabó enseñándole la casa. La planta baja básicamente consistía en un espacio abierto que se iba extendiendo: la cocina desembocaba en un salón con un comedor pequeño que luego se estrechaba y daba paso a una estancia reconvertida en una terraza acristalada y mejor aislada. También había un baño, una habitación de invitados y un par de armarios. Estaba todo limpio y ordenado y no había indicio alguno de altercados o de una marcha repentina.

Darlene lo llevó arriba, a la habitación principal, que tenía baño privado. Esa planta era más pequeña, pero el dormitorio era bastante grande, ocupaba todo el espacio. Todo parecía en orden también.

A petición de Rice, ella abrió el armario para enseñarle la maleta de su hijo. Además, en una esquina de la habitación vio lo que parecía una bolsa de deporte, al lado del cesto de la ropa sucia.

—¿Le suena que tenga alguna bolsa más?

—No. Le regalé la maleta por su cumpleaños hace dos años. Quería

deshacerse de la anterior porque tenía una rueda rota, o chirriaba, no sé. Me suena que no rodaba bien. Así que solo tiene esa, la que le compré yo. —No era exactamente lo que él le había preguntado, y le había dado muchos más detalles de los que necesitaba, pero no tenía claro si era algo sospechoso. Quizás la mujer hablara así en general. Estaba plantada al lado de la cama de su hijo con los brazos cruzados, balanceándose sobre los pies—. Bueno, ¿me cree ya? —preguntó.

Él percibió cierto engreimiento en su expresión. ¿Sería porque se pensaba que lo había embaucado? ¿O porque era la típica persona que se vanagloriaba cuando llevaba la razón en algo, incluso en que su hijo había desaparecido?

Rice entró en el baño. El cepillo de dientes seguía allí. Darlene se quedó en la puerta, con las cejas levantadas, como si le estuviera preguntando: «¿Y bien?».

—¿Le comentó que tuviera en mente irse?

—No se ha saltado ninguna norma.

—¿Hay alguien que pudiera tener una idea de dónde está? ¿Su abogada?

—A ella se lo iba a decir… —dijo riéndose con voz bronca.

—¿Por qué no?

—Porque está en el ajo, igual que usted. Aunque al menos usted no finge que está de su parte.

Él se acordó de la llamada de Britny Cressey. Walker estaba a malas con su abogada porque no le gustaba cómo estaba gestionando el asunto. A lo mejor se había ido. De ser así, Rice tenía que hacer algo, clausurar la casa y pedir una dotación. Y sacar a Darlene.

—Vamos abajo, tengo que llamar a la comisaría. —Le indicó a Darlene con un gesto que fuera ella primero.

—¿Qué va a hacer?

—Intentar encontrar a su hijo —le dijo, haciéndole otro gesto.

—Y supongo que va a investigar a toda la gente que lo ha amenazado en internet, en la prensa y en la radio, y a todos los agresores sexuales de verdad que viven por aquí, y sobre todo al chico ese que se inventó que mi hijo lo violó, ¿no?

—Sí, voy a investigarlo todo, pero tiene que irse.

—Yo me quedo aquí, por si vuelve.

Rice se acercó a ella, engallado. La mujer apestaba a humo rancio.

—No, señora Walker. Tiene que salir de la casa.

—¿Y qué tal si se va usted a la mierda, inspector? —Incomprensiblemente, dijo lo de «inspector» haciendo comillas con los dedos. A la mujer le dio un espasmo raro mientras se acercaba airadamente a la cama de su hijo para sentarse—. Lo que quiere es una excusa para registrar la casa. Es ilegal y voy a llamar a su supervisor, no le quepa duda.

—Es usted libre de hacer lo que le plazca, pero levántese de la cama y salga de la casa ahora mismo si no quiere que la detenga por obstrucción. —No tenía tiempo para delicadezas. Si Walker se había ido, no podía esperar más. En caso contrario… Darlene lo miró con odio, fijamente—. Si quiere esperar a Ray, adelante. Puede hacerlo en casa o en un calabozo.

Ella se levantó de la cama de un bote y pasó volando junto a él, amenazándolo con la voz tomada por el llanto con llamar a un abogado, demandar a su departamento y quitarle la placa.

Cuando Rice llegó abajo, Darlene ya se estaba preparando para salir. Tenía el abrigo en una mano y el bolso en la otra.

—¡Mi hijo no es ningún delincuente, joder! —gritó, amenazándolo con el bolso, y luego se fue dando un portazo.

Él se acercó a la puerta y echó la llave. La vio en el acceso desde la ventana de la cocina, haciendo algo con las manos. Cuando llegó al final se dio la vuelta; tenía en la boca un cigarro recién encendido. Miró la casa frunciendo el ceño con amargura, dijo algo y se puso a tocar el teléfono mientras se echaba a andar. A Rice se le había olvidado que tenía que esperar a que la recogiera un coche. Bueno, había una gasolinera y una cafetería en la calle principal, así que podía esperar allí. Sintió retortijones en el estómago. ¿Sería por Darlene? No, era por la casa. Algo había pasado allí. Puede que Ray hubiera huido, aunque era demasiado arrogante, ¿no? Además, no se había llevado nada.

Y, cómo no, estaba el asunto de la amenaza. Alguien con toda la razón del mundo para odiarlo había ido allí y lo había amenazado con

matarlo. Tony Hall no tenía pinta de hacer algo así, pero, a la hora de la verdad, nadie la tenía.

64

JULIA HALL, 2016

El inspector Rice se presentó sin avisar. No era la primera vez que lo hacía, pensó Julia mientras le daba la bienvenida, pero en esa ocasión era diferente. La policía debía de haberse enterado de que Walker había desaparecido y él no quería darles tiempo para conciliar sus versiones.

Era domingo y acababan de desayunar. Julia y Tony no habían dormido nada ese viernes, y ella se había pasado todo el sábado mirando compulsivamente el móvil, sobresaltándose bruscamente cada vez que sonaba. Tony le rogó que intentara calmarse, pero fue en vano. Y el domingo por la mañana apareció allí el inspector.

Este declinó el café que le ofreció Julia mientras se quitaba unas botas de invierno muy pesadas. Tony le cogió el abrigo y mandó a los niños arriba, a leer a sus respectivas habitaciones. Fueron al salón y Julia y Tony se sentaron en el sofá y el inspector Rice, en una silla al lado de ellos.

Al sentarse se quedó un momento pensativo, aparentemente, y luego metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó su grabadora plateada.

—Ray Walker ha desaparecido.

Rice no se anduvo con paños calientes y eso a Julia le sorprendió. Ojalá él se lo hubiera visto en la cara, pero miró a Tony, que le devolvió la mirada.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Cómo que «desaparecido»? —dijo Tony al mismo tiempo.

—Se ha esfumado. —Rice los observó manifiestamente—. Tengo que haceros unas preguntas y me gustaría grabar la conversación.

—Vale —dijo Tony.

El inspector encendió la grabadora y la dejó en la mesa de centro.

—Como ya he dicho, Ray Walker ha desaparecido. Me gustaría que me contarais qué hicisteis el viernes y el sábado de esta semana. Es decir, ayer y antes de ayer.

Julia miró a su marido. Los tres sabían que, aunque lo había dicho en plural, se estaba refiriendo a él.

—Eh —dijo Tony, moviendo la cabeza—, el viernes terminé antes de trabajar y fui a ver a Nick a Goodspring, y ayer estuvimos en casa todo el día. Bueno, a mediodía fuimos un momento a la biblioteca.

—¿De qué hora a qué hora estuviste en el trabajo el viernes?

—Más o menos desde las ocho hasta las dos. —Miró a Julia. Ella asintió y una descarga de adrenalina le recorrió todo el cuerpo. ¿La había visto asentir? ¿Parecía que habían ensayado?

—¿Y en Goodspring?

—De cuatro a ocho —contestó Tony; a ella le hervía la sangre en las venas—. Bueno, me fui pasadas las ocho. Como a las ocho y diez o así.

—¿Y luego?

—Luego me fui a casa. —Se volvió hacia Julia—. Llegué poco después de las diez, ¿no?

Ella se aclaró la garganta; tenía la cara entumecida.

—Sí, pasadas las diez.

El inspector Rice la miró a los ojos y ella, milagrosamente, no se derrumbó. Él asintió y lo apuntó en su libreta.

—Y ayer… —empezó a decir Tony, pero Rice lo interrumpió.

—¿Paraste en algún sitio de camino a casa?

—No. Me fui pasadas las ocho y me vine directamente a casa. Desde Belfast son como dos horas de viaje.

—¿Llevan un registro de visitas en Goodspring?

—Sí, sí —dijo tras vacilar un momento.

—¿Y en el trabajo tienes que fichar?

No contestó. Se quedó mirando la mesa de centro.

—Cielo —le dijo Julia, posando una mano en su muslo.

—Perdón. ¿Qué decías?

—¿Tienes algo que confirme de cuándo a cuándo estuviste en el trabajo?

—No tenemos que fichar ni nada de eso, pero seguro que la

recepcionista puede dar fe de que estuve allí hasta las dos. Es la que se encarga de gestionar las agendas.

—¿Y ayer estuvisteis con los niños todo el día, solo vosotros? —Lo dijo mirando hacia el techo, y Julia se preguntó si es que iba a pedir que lo dejaran hablar con ellos.

—El viernes durmieron en casa de mi madre —dijo Julia—. Los trajo el sábado por la mañana, pero no me acuerdo de la hora.

—A las nueve o las diez —añadió Tony.

Los dos sabían muy bien que fue a las 9.17; esa mañana estuvieron mirando el reloj obsesivamente. Pero si daban detalles muy concretos se les iba a ver el plumero.

—No podemos contarlo todo con pelos y señales —le susurró Julia en algún momento difuso entre la madrugada del viernes y el sábado; estaban tumbados en la cama, él con la cabeza apoyada en su pecho y ella con la camiseta húmeda por sus lágrimas; le había hablado con mucha serenidad—. Seguro que nos interrogan, porque saben que lo amenazaste. Pero estabas en Goodspring. —Tony asintió—. Tardarán lo suyo en averiguar si estuviste o no con Nick. Y antes nos van a interrogar. Tenemos que hacer como si no supiéramos que iba a pasar. Y parecer indecisos, pero sin pasarnos.

El inspector Rice estaba rodeando algo en su libreta. A lo mejor estaba pensando en llamar a Marjorie para asegurarse de que Tony se encontraba en casa cuando llevó a los niños el sábado por la mañana. A lo mejor la policía aún no sabía que para entonces Walker ya hacía un buen rato que había desaparecido. Julia se puso recta para disimular un escalofrío que acababa de recorrerle la espalda.

No paraba de repetirse que no iba a pasar nada. La hoja de registro de Goodspring indicaba que Tony había estado allí desde las 16.00 hasta las 20.00. El trayecto de vuelta hacia el sur era de dos horas. De momento, Julia era la única persona que podía atestiguar lo que había hecho Tony entre el viernes por la noche y la primera hora del sábado por la mañana. Había muchas fisuras. Por eso iba a mentir por él; eso lo daba por sentado cualquiera. Pero la policía iba a acabar

averiguando que Tony tenía una coartada para el momento clave.

—Julia —dijo el inspector Rice mientras se volvía hacia ella—, ¿tú estabas en casa cuando Tony llegó el viernes por la noche?

—Sí —contestó ella.

Y así había sido. Estuvo esperándolo sentada en el comedor, con la televisión de la habitación contigua a todo volumen. Todavía se le encogía el estómago al recordar que estuvo a punto de vomitar mientras lo esperaba.

—¿Y recuerdas cuándo llegó?

—Unos minutos después de las diez. —Él la miró a los ojos un segundo. ¿Debería decir algo más?—. Me acuerdo porque estaba viendo la tele y acababa de empezar un programa, así que probablemente fueran como las 22.03. Quería esperarlo para que me contara qué tal con Nick. —Tony le cogió la mano y le dio un apretón. Estaba hablando demasiado.

—Y desde que llegó a casa hasta que volvieron los niños, ¿alguno de los dos salió en algún momento?

—No —contestó ella—. Estuvimos un rato hablando de la visita a Nick y luego nos fuimos a la cama.

El inspector Rice cogió la grabadora de la mesa de centro y la paró. Se metió en el bolsillo esa especie de barra plateada, su libretita y el bolígrafo.

Ella lo acompañó a la puerta y él se puso las botas y el abrigo. Mientras lo observaba avanzar fatigosamente por el acceso, se dio cuenta de que no los había dividido, que era lo que ella se había imaginado que iba a hacer. Les había preguntado a los dos a la vez, y gracias a eso ella había estado atenta a las respuestas de Tony, que simplemente tuvo que confirmar. No había hecho ni una pregunta sobre ella.

Creía que eran inocentes. O quizás eso quería pensar él.

65

TONY HALL, 2016

Julia acompañó al inspector a la puerta. Tony, desde el sofá, lo vio poniéndose las botas y atándose los cordones en silencio.

«Vete, vete, vete, vete, ¡veteee!»; las palabras le llenaban la boca y le presionaban tanto los dientes que a punto estuvo de decirlo gritando.

Se cerró la puerta y él se puso de pie.

—Joder. Madre de Dios.

—Chisss… —susurró Julia desde el pasillo—. No hables tan alto.

—Qué más dará. Ya da igual.

—Pero ¿qué dices? —repuso Julia, apostada en la puerta del salón.

—La he cagado. —Tenía la lengua suelta, atorada con su respiración caliente.

—No la has cagado, lo has hecho bien. Solo estás alterado. Respira.

—No digo hoy. El otro día.

—¿Cómo?

—Si creen que está muerto, se acabó —dijo, y se chocó con una silla mientras caminaba por el comedor—. Van a ir a por mí.

—Respira hondo —le pidió Julia, siguiéndolo a la cocina—. No entiendo lo que dices.

—Una coartada sin horas no vale de nada —gruñó, pasándose las manos por el pelo.

Oyeron pasos pesados en las escaleras. Los niños bajaban hablando a gritos de películas que querían ver.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julia en voz baja, aunque perfectamente canalizada.

—El otro día en Goodspring —susurró Tony, con los niños de fondo correteando por el pasillo—, se me pasó rellenar la hoja de registro cuando me fui.

66

JOHN RICE, 2016

Rice se montó en el coche en casa de los Hall a última hora de la mañana del domingo y de camino llamó a la policía científica de la unidad, Tanya Smith, para que lo pusiera al día con el tema de la casa de Walker.

—Hemos encontrado un teléfono móvil. —Su voz delataba la tendencia que tenía de ventilarse un paquete de Marlboro Lights en cada turno—. O'Malley ha conseguido una orden judicial, pero da igual. Es un iPhone. Seguro que tiene código de acceso. Como no sea el cumpleaños de su madre, dudo que lo desbloqueemos.

Rice refunfuñó. La llegada de los teléfonos inteligentes ofrecía todo un universo de pruebas jugosas, pero solo si tenías acceso a ellas. No había forma de convencer a Apple de que diera acceso a las claves a los cuerpos de seguridad, con o sin orden judicial. Daba igual que hubiera gente grabando pornografía infantil con el móvil; ellos ni se inmutaban. Ese teléfono era un callejón sin salida.

—De momento hemos registrado la planta baja de la casa. Williams tiene varias huellas. Yo he buscado fluidos, pero estoy a secas. —Al decir esto se rio entre dientes de su propia broma, que él ya le había oído al menos un par de veces.

—Gracias, Tanya. —Rice empezó a despedirse, porque quería llamar a Goodspring, pero al otro lado de la línea oyó un mechero.

—¿Acaso te he dicho que he acabado? —dijo Smith, cigarro en boca.

—¿Estás fumando en mi escenario del crimen?

—Anda y vete a la mierda —le dijo entre carcajadas de bruja; él sabía que estaría en la calle, lejos del escenario—. Quizás no sea nada —prosiguió ella con prudencia—, pero Basak se ha recorrido la calle y la vecina de al lado le ha dicho que vio a dos hombres andando por la

calle el viernes por la noche.

—No me digas —exhaló Rice.

—Sí te digo. Sobre las siete y media. En dirección contraria a su casa y la de Walker.

—¿Y recuerda algún detalle?

—Altura y constitución estándar, aunque uno de ellos parecía algo más corpulento. No pudo distinguir el color de piel ni de pelo ni nada más. No había luz y dudo que se fijara demasiado.

—Pero cree que eran las siete y media, ¿no?

—Eso ha dicho.

Ya habían colgado cuando Rice aparcó en un Dunkin' Donuts. Llamó a O'Malley, que lo desvió al buzón de voz. Un minuto después le sonó el teléfono. Era un mensaje de ella: Te llamo en breve.

Se dirigió hacia la ventanilla para coches y pidió una caja pequeña: dos rellenos de crema y dos glaseados de azúcar.

La noche anterior, O'Malley había enviado escrupulosamente a todas las compañías de taxis, estaciones de autobús y de tren, y aeropuertos de Nueva Inglaterra los datos identificativos y la foto policial de Walker, y ahora estaba con el seguimiento telefónico. La explicación más fácil era que Walker se había puesto nervioso y se había quitado de en medio, pero él ya se había dedicado a regurgitar en todo tipo de medios (prensa, radio, redes sociales…) lo mucho que confiaba en sí mismo, y era incapaz de ver cuán culpable parecía. En el artículo más reciente sobre el caso que había leído Rice, en algún momento de las dos últimas semanas, su abogada parecía estar armada hasta los dientes. Pero entonces Britny Cressey le contó que Walker se había acojonado. Una persona capaz de hacer lo que él le había hecho a Nick Hall debía de ser buena ocultando sus verdaderas intenciones, ¿no? Ahora que lo pensaba, esa verborrea sobre su inocencia quizás había sido una distracción. A lo mejor tenía un plan a largo plazo para alzar el vuelo y por eso no presentó cargos cuando denunció el incidente con Tony Hall; quería enturbiar las aguas para camuflar una desaparición orquestada.

Un chico larguirucho le pasó a Rice el café por la ventanilla. Rodeó el edificio, volvió al aparcamiento y estacionó.

Dos hombres, uno un poco más grande y corpulento. Podrían ser hermanos.

Pero los vieron a las siete y media, por lo que no era posible que fuera Tony Hall el que iba caminando por una calle de Salisbury si realmente estuvo en Goodspring de cuatro a ocho. Incluso si a la vecina le habían bailado un poco las horas, era un trayecto de un par de horas desde allí hasta Salisbury. Rice buscó el número de teléfono del centro psiquiátrico en internet; se le revolvió el estómago cuando pulsó la tecla de llamar.

El hombre que respondió había librado ese viernes por la noche, pero revisó encantado la hoja de registro.

—Aquí consta un tal Tony Hall el 15 de enero a las cuatro de la tarde en punto.

—¿A qué hora se fue?

—Eso no consta.

—Eso no consta —repitió Rice.

—Correcto, señor.

—Entonces no hay forma de saber cuándo se fue.

Adiós a la coartada impecable de Tony.

—Puede hablar con la persona que estuvo en recepción. Creo que es Ida, pero voy a comprobarlo. O con el paciente al que vino a ver, si sabe quién fue, pero no puedo darle…

—¿Es normal que la gente no firme al salir?

—Sí. Bueno, digamos que no es anormal. Siempre le digo a la gente cuando llega que a la salida tiene que firmar. Al final del turno reviso la lista y compruebo si ya se ha ido todo el mundo. Pero a la gente se le olvida. Cuando se van, si me doy cuenta de que se les ha pasado, yo se lo recuerdo. En realidad es para llevar un registro y por temas de seguridad, para saber quién está en el edificio.

—¿Podría un visitante escabullirse sin que usted lo viera?

—Supongo que podría pasar, pero solo me ausento cuando voy al lavabo. Y si viene en coche tiene que recoger las llaves.

—¿Se quedan las llaves?

—Pues sí.

Rice le pidió que averiguara quién estuvo el viernes en la recepción

y que le dijera a esa persona que lo llamara al móvil. Le preguntó por las grabaciones de la cámara de seguridad de la entrada, pero el tío le dijo que llamara entre semana para hablarlo con la persona pertinente.

Luego colgó y le dio un sorbo al café. Al principio le había jodido que Tony tuviera una coartada tan oportuna, pero al parecer no lo era tanto. Si Walker había alzado el vuelo sin más, el tema este de la hoja de registro daba más bien igual. Pero si aparecía muerto en el campo, pues evidentemente Tony Hall era sospechoso. Rice dejó el café en el portavasos. Le estaba dando dolor de tripa. La posibilidad de que todo esto le acarreara problemas a la familia de Tony (Julia, sus hijos, Nick…) no cambiaba nada. Ese era el trabajo del juez: determinar la sentencia para un padre de familia cabreado que había hecho una atrocidad que, hasta cierto punto, era comprensible. A él no le incumbía. Primero era cosa del juez y, en última instancia, de Dios. Pero su trabajo era más fácil que todo eso. Él no tenía qué discernir el bien y el mal; no era cosa suya. Lo que él tenía que hacer era averiguar qué había pasado de verdad.

67

JULIA HALL, 2016

Julio oyó un ruido y se levantó antes siquiera de darse cuenta de que era su teléfono. Notó una descarga amarga en el fondo de la garganta. Tenía el móvil en la mesa y lo agarró abruptamente. «Por favor, por favor, que no sea…».

Era Nick.

—¿Está Tony? —preguntó.

—No, no está.

Julia se encontraba sentada en el comedor y se fue para la cocina. Tony estaba arriba dándose una ducha de agua fría para intentar calmarse tras la visita del inspector. No quería que la oyera hablando por teléfono cuando saliera, porque se iba a agobiar más todavía.

—¿Todo bien? —preguntó Nick.

«No», pensó ella para sus adentros mientras entraba en el recibidor de la cocina; luego cerró la puerta. Nada bien.

—¿Por? ¿Te ha llamado alguien?

—Lo he llamado a él primero, pero no lo ha cogido. ¿Dónde está?

—Nick, ¿por qué lo preguntas?

—El de recepción me ha dicho que un inspector ha llamado preguntando por él.

Julia apartó de una patada los zapatos de los niños y empezó a pasearse de un lado a otro.

—¿Ya han hablado contigo?

—¿La policía?

—Sí —exhaló Julia.

—No. ¿Me van a llamar? ¿Qué pasa? —No había ninguna razón para no decírselo, ¿no? Si la policía hablaba con él y se enteraban de que había hablado con Julia, pero ella no se lo había mencionado, iba a parecer raro; Nick retomó la conversación—: ¿Le pasa algo? —Ese

«le» llevaba el nombre de Raymond Walker.

—Puede. —Le dio un puntapié a un zapato con el pie derecho y fue a dar contra la pared—. Ha desaparecido.

—¿Ray ha desaparecido? —dijo él muy bajito.

—Sí. Nos lo ha contado el inspector Rice esta mañana. Se ha pasado por aquí. No saben dónde está. —Se hizo el silencio—. Nick…

—Dime.

Julia tenía el estómago revuelto. Respiró hondo y el olor a goma mojada y pies rancios le inundó la nariz.

—Dime que Tony estuvo contigo el viernes.

—Sí.

—Hasta las ocho.

Nick se quedó callado.

—¿Te ha contado lo que hablamos? —preguntó luego.

Sí, se lo había contado todo; demasiado tarde para hacer algo por su parte, pero sí que se lo había contado. Todo.

—Creo que es mejor no hablar más de la cuenta ahora mismo —dijo ella.

La posibilidad de que el centro controlara las llamadas de los internos era remota, pero de ninguna manera iba a correr ese riesgo. No podían dar detalles. Pero había una cosa que sí que tenía que decirle. No era justo pedirle nada a Nick. Y menos aún después de todo lo que le había pasado y de todo lo que le habían arrebatado. Pero necesitaba estar segura de que él respondería correctamente si le preguntaban.

—Puede que te llamen —prosiguió Julia— para saber si Tony estuvo allí el viernes hasta pasadas las ocho. Parece que lo están vigilando por…, ya sabes. Aunque ya les ha dicho que el viernes estuvo contigo hasta las ocho.

—Sí, así es —dijo él tras una pausa.

—Me parece que no firmó la hoja de registro cuando se fue. Así que a lo mejor te preguntan hasta qué hora estuvo.

—Vale. Se lo diré.

Julia se desmoronó; se apoyó en la puerta de la cocina y le entró frío en la espalda. Ojalá pudiera colgar el teléfono en ese mismo

momento. Salir corriendo al campo de atrás y gritar. Derrumbarse en el suelo, junto a los zapatos sucios. Llorar. ¿Por qué no podía llorar? Tenía el estómago a rebosar de agua salada, de todas las lágrimas que se había tragado ese fin de semana. Tony y ella siempre se compensaban: cuando uno subía, el otro bajaba. En ese momento él estaba hecho polvo y ella era el sostén. Ni siquiera se había esforzado en serlo. Le había venido solo, sin más. Pero no quería ser el sostén. Lo que quería era salir corriendo y gritar y llorar. Expulsar todo lo que llevaba dentro.

—Qué desastre —dijo.

—¿Y qué hago yo ahora?

¿Qué se suponía que tenía que hacer Nick? ¿Cómo iban a ponerle ese peso encima? Por el amor de Dios, que estaba en una clínica. Se había atiborrado a antidepresivos hasta la sobredosis. Se había autolesionado con cuchillas. Guardarse un secreto casi lo había matado. ¿Qué cojones se suponía que iba a hacer ahora?

Y entonces pensó en lo que le había dicho Tony sobre la última vez que habló con Nick. Todo lo que se dijeron antes de que él se montara en el coche y volviera al sur. Su cuñado estaba harto de que lo trataran como a un niño. Harto de que todo el mundo creyera que era de porcelana, de que se comportaran como si la violación fuera una muestra de su fragilidad. Y ella creía saber cómo hacer qué él sobreviviera a otro secreto.

—Te toca proteger a Tony.

68

JOHN RICE, 2016

Rice aparcó delante de la casa de Walker a última hora de la mañana del lunes. El acceso estaba precintado para disuadir a la gente de que dejara sus huellas en la nieve. La dotación había estado accediendo y saliendo por la puerta principal. Investigar un escenario del crimen potencial siempre implicaba ciertos deterioros en dicho escenario. Como el día que Rice estuvo allí con Darlene Walker el acceso estaba inmaculado, decidieron usar esa vía para entrar y salir.

Esa misma mañana, Rice y O'Malley se habían visto en la comisaría a primera hora para repasar la agenda para ese día. Él quería comprobar si el equipo de pruebas ya había terminado en la casa. Y ella iba a seguir llamando a todas las empresas de transporte para intentar hacer presión y que revisaran los sistemas de vigilancia y las listas de pasajeros.

Rice también quería llamar a Tanya Smith para que lo pusiera al día, pero ella se adelantó con un mensaje donde le decía que quería verlo en la casa porque tenía que enseñarle una cosa. A Smith le gustaba la intriga y se lo quería contar en persona, pero, si él la hubiera llamado, ella le habría revelado lo que había encontrado. Sin embargo, prefirió no llamar, porque no quería saberlo aún si no era necesario. Tampoco quería pensar en lo mal que había dormido esa noche, preocupado por lo que Tony Hall podría haberle hecho a Walker.

Al salir del coche, el agente Mike Basak lo estaba esperando en la entrada de la casa. Era el policía de uniforme que había hablado con la vecina, la que contó que le había parecido ver a dos hombres por la zona el viernes. Le hizo señas a Rice para que fuera por el sendero.

—Tengo varias huellas del acceso al garaje y de la entrada lateral —le dijo—, así que necesito las huellas de tus botas en algún momento,

porque tú estuviste aquí con la madre. Tiene muchos zapatos y a lo mejor las huellas son suyas, pero no lo puedo saber hasta que lo compruebe. —Se encogió de hombros y le dio unos cubrezapatos desechables para entrar en la casa—. Aunque parece que sí estamos ante el escenario de un crimen. Smith te está esperando en el baño de arriba.

Cuando llegó al final de las escaleras que llevaban al dormitorio de Walker, Rice vio a Tanya Smith en la penumbra del baño, al otro lado de la habitación. Ella había tapado la ventana de la bañera y el habitáculo era todo sombras.

—Me has llamado —le dijo Rice.

Smith se levantó y se perdió de vista un momento; estaba cogiendo algo.

—Ya sabrás por qué. —La voz resonó en el techo.

Rice notó que se le revolvía ligeramente el estómago; visualizó una bañera con una silueta humana de luminol. Forzó una conversación.

—¿No lo limpiaron bien?

—Pues no —dijo Smith, saliendo del baño.

Llevaba la cámara en la mano derecha y la correa se balanceaba. Se encontraron en el centro del dormitorio y él percibió ligeramente el olor a tabaco rancio de su pelo. Ella empezó a reproducir un vídeo en la pantalla LCD de la cámara. Era el baño a oscuras, y en el borde de la bañera había una manchita brillante de luminol, y una más grande en el suelo, a la misma altura.

—¿Mortal?

—No —contestó Smith; a continuación, apareció en el vídeo el interior de la bañera, totalmente impecable—. Encontramos una toalla manchada de sangre en la papelera, así que rocié el baño con el luminol, pero solo ha salido esto. La mancha es del tamaño de una toalla de manos; no es una pérdida de sangre mortal. Es la ubicación lo que me tiene mosca; no tiene pinta de que se cortara afeitándose.

—No —convino Rice mientras se acercaba al baño.

Ya no se apreciaba el resplandor del luminol, pero quería ver la bañera. Era antigua, con patas en forma de garra, y estaba en medio del baño; aparte había una ducha, en la esquina de la derecha. El

lavabo estaba en la esquina de la izquierda. Así que habían encontrado sangre en el borde más exterior de la bañera y en el suelo, justo debajo. Los accidentes más típicos en el baño eran cortarse afeitándose, como había dicho Smith, y quizás resbalarse en la bañera y darse un golpe en la cabeza, pero no estando fuera de ella, donde se llenaría todo de sangre.

—En el sótano hay un fregadero industrial y una lavadorasecadora —dijo Smith—. Pensé que querrías acompañarme a inspeccionar los otros puntos clave.

Rice notó un zumbido en el bolsillo del abrigo.

—Sí —contestó ausentemente mientras sacaba el teléfono: el prefijo era del área de Belfast; le enseñó la pantalla a Smith y dijo—: Goodspring.

Atravesó la habitación y bajó a la cocina mientras atendía la llamada.

Era Ida, la persona que trabajaba en la recepción de Goodspring.

—Me dijeron que lo llamara —dijo en tono cordial, aunque teñido ligeramente de inquietud.

Rice se presentó y luego le preguntó:

—¿El viernes pasado trabajó en la recepción?

—Sí.

—¿Estuvo allí un hombre llamado Tony Hall visitando a su hermano?

—En teoría no puedo dar nombres de pacientes…

—Bueno, solo quiero…

—Pero, sí —prosiguió Ida—, Tony Hall estuvo aquí el viernes.

—Vale. ¿Le enseñó su carnet de identidad?

—No, no hizo falta. Ha venido más veces. Es imposible olvidar esa cara. —Soltó una risa nerviosa.

—No es feo, no —repuso Rice.

—Pues no. ¿Le ha pasado algo?

—¿Se acuerda de hasta cuándo estuvo allí el viernes?

—Me dijeron que preguntó a qué hora se fue. Era muy tarde; yo ya había recogido mis cosas para irme; creo que por eso se me olvidó pedirle que firmara a la salida.

—¿Cómo de tarde?

—Las visitas son hasta las ocho y probablemente ya habían pasado unos minutos más.

—¿Cuántos?

—Diez o así. —Así que Tony sí había estado en Goodspring hasta las ocho pasadas. Un trayecto de dos horas en coche. A lo mejor, solo a lo mejor, rascó quince minutos yendo a toda leche. Ida prosiguió—: Él y…, eh, la persona a la que vino a ver estaban teniendo una conversación seria y no quise atosigarlos, pero al final tuve que echarlo.

—¿De qué estaban hablando?

—No lo sé. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué dice que era una conversación seria? —preguntó Rice.

—No sé, esa es la impresión que me dio —contestó ella tras una pausa—. Los vi desde la recepción y por un momento me pareció que estaban discutiendo.

—¿Se quedó con las llaves del coche cuando llegó?

—Sí, es obligatorio.

—¿Y lo tuvo siempre a la vista?

—Bueno —dijo tras una pausa—, digamos que las visitas no se supervisan. Así que no estuve mirando todo el rato.

—Pero ¿estaban cerca de la recepción?

—Las visitas son casi siempre en la sala de visitas, y yo solo veo una parte. Pero Tony Hall estuvo primero con alguien del personal.

Rice le dio las gracias a Ida y le dijo que lo llamara de nuevo si se acordaba de algo más. También le dijo que a lo mejor contactaban con ella para pedirle una declaración escrita. La notó decepcionada cuando colgaron. A lo mejor él había malinterpretado su tono al principio de la llamada, y en vez de nerviosa lo que estaba era emocionada porque quería aportar información valiosa; quería que estuviera pasando algo, tal como había preguntado constantemente. Pero, si Tony Hall estuvo en Goodspring hasta después de las ocho, no podía ser uno de los hombres que vieron en la calle de Walker a las siete y media. Puede que no tuvieran nada que ver con el tema, pero a él le parecía que sí. Fuera lo que fuese, ¿dio lugar a las manchas de

sangre del baño?

—¡Smith! —gritó hacia las escaleras—. Cuando quieras bajamos al só… —Le sonó el teléfono de nuevo y se rio en voz alta. Era un nunca acabar. Esa vez vio el nombre de O'Malley en la pantalla—. ¡Un segundo! —le dijo y se volvió hacia la encimera de la cocina—. Tengo sangre en el baño de Walker y muchas preguntas —soltó con voz grave.

—Pues eso va a tener que esperar. Yo tengo a Walker.

69

JULIA HALL, 2016

Seb iba en la parte de atrás y su voz dulce sonó amortiguada por un pañuelo de algodón que había estado chupeteando.

—¿Jugamos al pillapilla cuando lleguemos a casa?

Julia iba al volante y lo miró por el retrovisor. Vio un cerco de humedad en medio del pañuelo, a la altura de la boca de su hijo.

—Hay mucha nieve —dijo Chloe, que se acercó a él y tiró del pañuelo.

—¿Y? —contestó él.

—Yo quiero hacer un fuerte —dijo ella.

—¿Nos ayudas, mami? —gritó Seb.

—No me encuentro muy bien, hijo —repuso Julia, mirándolo por el espejo con una mueca en la cara—. Yo me quedo dentro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Chloe.

—Me duele la cabeza. Cuando guarde la compra voy a echarme un ratito. —Julia retorció las manos de un lado al otro del volante—. Pero podéis jugar afuera.

Aunque ella y Tony estaban muy alterados, delante de los niños quería aparentar normalidad, pero ese día era incapaz de retozar en la nieve con ellos. Ya le había costado horrores ponerse unos pantalones normales para ir a la compra antes de recoger a los niños en la parada del autobús.

Se dirigió hacia el acceso y aparcó. Los niños se desabrocharon el cinturón mientras ella cogía del maletero las dos bolsas de tela con la compra.

Seb pasó de largo, pero Chloe paró en la entrada.

—¿Nos vas a vigilar?

—Un ratito —contestó ella.

Chloe sonrió y fue corriendo detrás de su hermano.

Julia dejó las bolsas en el suelo nevado, al lado de la valla. Su hija fue corriendo hacia una punta del patio, donde un estallido de flores de azafrán cubría la tierra en primavera. Ahora estaban enterradas, durmiendo profundamente debajo de la nieve. Por un momento, Julia sintió que incluso se había olvidado de que existía dicha estación. Se había olvidado de que, hasta cierto punto, todo tenía fin. Incluso ese invierno sombrío que hacía apenas unos días le había parecido interminable iba a acabarse.

Seb se puso a gritar mientras perseguía a Chloe, intentado seguirle el ritmo. Ambos dejaron el patio trasero lleno de huellas de botas. Detrás de ellos, al fondo, los prados ondulados de Orange se extendían hasta la arboleda nevada.

Cuando llegara la primavera la tierra bostezaría y se desperezaría, y todo cambiaría otra vez. Todo menos una cosa; lo que había pasado no iba a cambiar nunca.

«Cómplice». Qué palabra tan persistente. Esa mañana el sol había amanecido de un blanco frío y amarillento; con él había llegado el lunes, y a partir de ese momento ella sería cómplice de por vida. Ya nunca iba a ser buena persona. Los niños se pusieron de rodillas y hundieron las manos en la nieve.

Un pensamiento lacerante le atravesó la mente; era mentira, no era «cómplice». Ese término se quedaba demasiado corto, era demasiado plácido. Empezaron a pitarle los oídos, un zumbido electrónico que fue aumentando, y el patio empezó a desdibujarse. Julia se agarró a un listón de la valla y lo apretó con todas sus fuerzas. Por un momento lo único que sintió fue la madera presionándole la palma. Las rodillas le cedieron, pero no se cayó. Seguía aferrada al listón cuando empezó a oír el mundo de nuevo, lenta y apaciblemente. Cuando volvió en sí, se enderezó y miró hacia el patio. Los niños no se habían enterado de nada, estaban formando un montículo de nieve.

El corazón le iba a mil por hora, pero ya tenía mejor el estómago y veía con claridad, así que se soltó de la valla. Sus hijos estaban bien. Tony estaba bien. Todos estaban bien. Estaban enteros. Eso era lo único que importaba. Lo demás iría mejorando. Cuando llegara la primavera, se olvidaría de la persona en la que se había convertido ese

invierno.

Se volvió para coger las bolsas de la compra. Una se había volcado, así que se agachó para recoger las naranjas y el pan y meterlos en la bolsa. Entonces vio un coche oscuro en la carretera, pero pasó de largo. No le dio mayor importancia y entró en casa.

70

JOHN RICE, 2019

Sé lo que pasó», había dicho Rice. Le parecía que habían transcurrido varios minutos desde que pronunciara esas palabras, pero probablemente había sido cuestión de segundos.

«Y siempre me he preguntado si tú también lo sabías». «Bueno, ya no», pensó.

Su cara de pura conmoción lo decía todo: durante todos estos años ella ni se había imaginado que él se había dado cuenta. No tenía idea de que lo había hecho cómplice de su delito.

Ella era la responsable del pecado más infame que él había cometido en sus días en la tierra, pero ni siquiera lo sabía. Al menos hasta ese momento.

Julia estaba sentada a su lado. Su labio inferior cedió al temblor y dejó a la vista una hilera de dientes.

¿Qué estaría sintiendo? Una parte pequeña de él quería castigarla, aplastarla con sus palabras.

En comparación con los años que él llevaba cargando con ese peso oneroso y rezando por el perdón de un pecado eterno, pensaba que un momento de sufrimiento era ciertamente una condena demasiado corta.

—Se acabó. —Lo dijo con dureza, y ella se sobresaltó—. Cuéntamelo.

—¿Cómo? —susurró Julia.

—Quiero escucharlo de ti. Cuéntame lo que ya sé. Cuéntame qué pasó el día que desapareció.

IV.

SUERTE

No intentes comparar la vida con un problema de matemáticas donde tú eres el protagonista y el resultado es siempre el mismo. Por muy buena persona que seas, siguen pasando cosas malas. Y la gente mala también tiene suerte.

BARBARA KINGSOLVER, *La Biblia envenenada*

71

TONY HALL, 2016

Eran las 16.00 del día en el que iba a desaparecer Raymond Walker cuando Tony Hall llegó a Goodspring. La recepcionista, una chica mona, se espabiló cuando lo vio entrar por la puerta. Tenía unos cuarenta años y siempre que él iba llevaba su pelo rubio y tieso recogido atrás con una pinza. Había algo en ella, como si supiera lo de Nick y quisiera que Tony fuera consciente de ello.

—Tony Hall, ¿no?

—Sí —contestó él, sacudiéndose las botas en el felpudo.

—La supervisora de tu hermano me avisó de que ibas a venir. Está aquí.

—¿Normalmente no?

—Eh, sí, sí. Me refiero a que va a estar presente mientras estés con Nick. —Le rogó con la mirada que le preguntara por qué.

—Ah, vale —contestó él, en cambio, y luego deslizó las llaves del coche por el mostrador.

Ella las cogió y le acercó la hoja de registro. Probablemente se sintiera importante por trabajar allí, donde tenía la oportunidad de adentrarse en las miserias de la gente.

—Voy a avisar a Anne Marie de que estás aquí —dijo tras retirar la hoja.

Detrás de él había entrado una pareja, así que se apartó del mostrador. Se quedó a un lado, mirando fijamente las puertas dobles que la recepcionista había señalado un par de veces mientras hablaban.

Un minuto después apareció por ellas una mujer. Aparentaba la edad de Nick; era demasiado joven para ser su terapeuta o lo que fuera.

—¿Tony Hall? —Él fue enseguida hacia ella—. Soy Anne Marie. —

Se dieron la mano y ella se volvió y empezó a andar por el pasillo—. Soy la psicoorientadora de Nick. Está deseando verte.

—¿Ha pasado algo? —Tony aún no sabía por qué le había pedido su hermano que fuera a verlo.

—Bueno, como ibas a venir, Nick me preguntó si podíamos hacer una sesión de grupo. Quiere contarte una cosa. —Señaló la puerta a la que se dirigían diligentemente—. En realidad, yo solo estoy como apoyo. Apenas me voy a quedar un rato. Luego podéis ir a la sala de visitas.

Abrió la puerta sin detenerse. Nick estaba sentado en una sillita en la otra punta de la habitación y le brillaban los rizos a la luz del sol vespertino.

Se levantó para darle un abrazo. Tony ya se había acostumbrado a la tensión con la que lo abrazaba ahora, y empezó a zafarse tras el primer y único apretón, pero Nick lo estaba aferrando fuerte. Miró hacia un lado, volvió a rodear a su hermano pequeño con los brazos, cerró los ojos y lo estrujó muy fuerte, más que nunca en toda su vida, al menos que él recordara. El típico abrazo que te deja sin respiración.

Al separarse vieron a Anne Marie sentada en un escritorio pequeño que había cerca de la puerta. Le indicó a Tony que se sentara al lado de su hermano.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Nick.

Este miró a Anne Marie.

—Venga, Nick —dijo ella.

—Pues es que quería contarte varias cosas.

—¿Sobre esa noche?

—No. Sobre nosotros.

—Ah. —El nudo que tenía en el estómago se aflojó. Miró a Anne Marie y dijo—: O sea que estamos haciendo terapia.

Ella se echó a reír y Nick sonrió con nerviosismo.

—¿Te parece bien?

—Sí —respondió él—, claro.

—Quiero hablarte de una cosa, pero es que siempre que lo intento me hago un lío tremendo. Y cuando estoy con Anne Marie, o cuando estaba con Jeff, no me costaba tanto hablar del tema.

—No te preocupes, de verdad. ¿Qué quieres contarme?

—Me da pánico que parezca que te estoy echando la culpa.

—¿De qué? —preguntó Tony, de nuevo con un nudo en el estómago.

—Pero no es el caso, ¿eh? Por favor, préstame atención y escúchame bien, porque tú no tienes la culpa de nada. Has hecho mucho más por mí que papá o que mi madre en toda su vida. Más de lo que creo que… Dudo que puedan querer como la gente normal, pero esto no tiene nada que ver con ellos ni con su manera de ser. Tengo muchísima suerte de tenerte y sin ti estaría jodido.

—Vale —dijo Tony.

Nick miró a Anne Marie, que asintió con la cabeza.

—A veces siento que me tratas como a un niño. —Ah. Eso no era ninguna novedad. Tony empezó a ponerse tenso—. Sé que eras un chaval cuando empezaste a hacerte cargo de mí. Eras más joven que yo ahora. Y evidentemente yo era un niño y estaba desamparado. Y cuando eres pequeño dependes de la gente de tu entorno, es así. Pero ya no soy un niño.

—Ya lo sé.

—Tony —intervino Anne Marie—, a Nick seguro que le ayuda mucho que le dejes terminar de contarte lo que te quiere decir.

—Perdón.

—No pasa nada. —Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Nick—. Por favor, no tienes que disculparte por nada de lo que has hecho por mí. Simplemente quiero que sepas que necesito sentir que ahora soy yo quien cuida de mí. Nunca en la vida me he sentido tan impotente como cuando Ray me violó. Fue como si se confirmaran todos mis miedos: que soy débil, que no soy un hombre, que no puedo impedir que la gente me haga daño…, que me pueden usar. Incluso que me pueden matar. Si él hubiera querido, esa noche me habría matado, y llegué a pensar que iba a hacerlo. Sabes lo que opinaba papá de que yo fuera gay. En ese momento fue como si Ray me convirtiera en todo lo que papá me decía que era.

»Y no voy a recuperarme hasta que no empiece a creerme lo que siempre me dicen Jeff y Anne Marie, bueno, todos. Que yo no tengo la

culpa. Que lo que pasó no tuvo nada que ver con cómo soy. Y cuanto más me dices que ojalá hubieras estado allí, que tú le habrías parado los pies, que vas a cuidar de mí, cuanto más me lo repites, más siento que sigo siendo una víctima. Es como si no pudiera mantenerme a flote solo.

—Nick —dijo Tony en voz baja; su hermano asintió para indicarle que ya podía hablar—. Lo siento mucho. Siento mucho haberte tratado así. Te juro… Sé que no puedo cambiar lo que he hecho, pero te juro que yo no te veo así para nada. —Mientras Nick había estado hablando, Anne Marie se había levantado para darle un pañuelo. Ya estaba empapado, pero Tony seguía limpiándose la nariz con él—. No conozco a ningún tío mejor que tú. Te admiro. —Agachó la cabeza—. Soy un gilipollas.

—No —lo cortó Anne Marie; Tony la miró, sorprendido; ¿no le parecía despreciable después de lo que acababa de escuchar?—. Nick y yo hemos hablado largo y tendido. ¿Quieres saber qué es lo yo que creo? —Tony miró a Nick y este asintió—. Creo que te criaste en un hogar inseguro con un padre impasible, cruel y con arrebatos de violencia impredecibles, hasta que tu madre te sacó de allí. Y luego llegaste a la adolescencia y, cuando empezaste a averiguar quién eras, te enteraste de que ese mismo padre tenía otro hijo, pero ese niño no tenía una madre como la tuya. Y entonces decidiste ser su héroe.

—Una vez hablé con Jeff de eso —dijo Nick tras aclararse la garganta—. Le pregunté qué iba a pasar conmigo, en plan, no sé, que si me iba a volver violento por lo de Ray. Y me dijo que la gente a la que le han hecho daño, en plan maltrato, a veces tiene dificultades para evitar que le sigan haciendo daño. Y algunos empiezan a tratar mal a los demás. Pero otros como que se obsesionan con ayudar a la gente. Y Jeff estaba hablando de él y de mí, pero creo que eso es lo que hacías tú.

—Yo creía que te estaba ayudando —le dijo Tony—. Yo solo quiero que estés bien.

—Y te quiero por ello. Pero no puedes protegerme de todo. —Eso era obvio, teniendo en cuenta lo que había pasado—. Me gustaría que intentásemos relacionarnos de otra forma. No quiero sentirme… frágil

cuando hablo contigo.

Tony se sonó la nariz con el pañuelo y dijo:

—Vale.

Nick le cogió la mano y se la apretó tres veces.

Él le devolvió cuatro apretones.

72

NICK HALL, 2016

Eran las 17.30 del día en el que iba a desaparecer Raymond Walker cuando Tony y Nick entraron en la sala de visitas. Fueron directamente al armario de la esquina y cogieron un montón de juegos de mesa. Luego se sentaron y jugaron a las damas, luego al Cribbage, luego al Risk, luego al Conecta 4 y luego a las damas otra vez. Cuando Ron y Jeannie estaban borrachos o se peleaban, o cuando a alguno de ellos se le hacía cuesta arriba el colegio, siempre se refugiaban en los juegos de mesa. Desde ese otoño, todo lo que hacían juntos se le hacía cuesta arriba; le pesaba demasiado y le costaba demasiado. Tenía la esperanza de que las cosas mejorasen.

—He decidido que voy a seguir adelante. —Nick saltó por encima de una ficha de Tony y la sacó del tablero—. Al menos de momento.

—¿Te refieres al caso? —Su hermano asintió—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Nick lo miró y Tony levantó las manos en son de paz.

—Vale, perdona. Es tu decisión y me fío de ti.

—Si la cosa se complica otra vez, siempre puedo decirles que se acabó.

—Pero se va a enterar todo el mundo.

Ahí tenía razón. Nick sabía que su ausencia en la universidad no significaba que la gente ya no se acordara de que él era el chico de la historia esa. Y la versión nueva, la de verdad, iba a salir en las noticias. Le iba a tocar enfrentarse otra vez a los comentarios de la gente, como que no lo dejaba en buen lugar que, como hombre que era, no hubiera sido capaz de pararle los pies a Ray; o que, como persona, no hubiera dicho la verdad. O que no sabían si creerle o no.

—Lo sé —dijo Nick—, pero esa lucha me corresponde a mí, si es que quiero. Y así es.

Tony acarició brevemente una ficha con un dedo antes de hablar.

—¿De verdad quieres pasar por todo eso? ¿Un año entero así? ¿Un juicio?

—Sí —contestó Nick.

—Si de mí dependiera, no habría elegido esa opción —dijo Tony mientras movía la ficha hacia delante.

—Eres peor que un padre —repuso su hermano entre risas.

A Tony se le iluminó la cara por la sorpresa y también se rio.

—A lo mejor llegáis a un acuerdo —dijo Tony.

—A ver, no ha pasado. Quizás más adelante.

—¿No habían cambiado la vista para la semana que viene?

—No, fue hace unos días. ¿No te lo dijo Julia? —Tony, al otro lado del tablero, lo miró con cara de no saber de qué le hablaba—. Guau. Seguro que has estado insoportable con el tema del caso.

—Ni te lo imaginas —suspiró Tony.

No parecía que se hubiera enfadado, así que Nick sonrió.

—Le insistí en que te lo dijera. —La llamó el mismo día que… Espera. El mismo día que ella le dijo que Tony quería ir a verlo a Goodspring—. ¿Por qué has venido a verme hoy?

—Porque tú querías —respondió su hermano.

—Qué astuta es tu mujer —repuso él entre risas—. Yo no le dije que vinieras. En cuanto le conté que no había acuerdo, me dijo que querías venir a verme.

—¿En serio?

—Supongo que pensaría que mejor te lo contaba yo mismo. Eso o simplemente no quería tener que decírtelo ella.

—No me extraña —dijo Tony tras recostarse en la silla y cruzar los brazos—. No es que haya llevado todo esto con mucha… sensatez. ¿Te dijo algo de mí, o de lo que hemos hablado hoy?

—No —contestó Nick con sinceridad—. Llevaba tiempo queriendo que hablásemos.

Tony se quedó un momento mirándolo fijamente y luego deslizó una ficha del tablero hacia delante.

—Así que no hay acuerdo y quieres hacer las cosas a tu manera de verdad, yendo a juicio.

—Pues sí. ¿Me acompañas la próxima vez que haya una vista?

—Claro, lo que necesites.

—¿Seguro que vas a poder soportarlo? ¿Ya estás en tus cabales?

—Sí —respondió Tony—. Me has hecho entrar en razón.

—Menos mal —dijo Nick mientras saltaba por encima de otra ficha de Tony—. Pensaba que ibas a hacer una locura y estaba empezando a rayarme.

73

JULIA HALL, 2016

Eran las 18.00 del día en el que iba a desaparecer Raymond Walker y Julia Hall estaba en la cocina de un desconocido; tenía una mano apoyada en la encimera y empezó a sudarle la palma cuando lo oyó bajar las escaleras.

Al llegar abajo, él encendió una lámpara que había en un rincón del salón.

Antes de que la viera, ella lo vislumbró apenas un segundo que dio de sí como si fuera de caramelo caliente. Era él, Raymond Walker. Igualito que en la foto policial, pero en vivo y en directo. Iba en bata, como Tony. Julia sintió una punzada de arrepentimiento; ojalá hubiera podido desaparecer con solo parpadear. Raymond Walker, con la mirada turbada al verla, retrocedió y se dio en los talones con el último escalón de las escaleras por las que acababa de bajar. Flaqueó y acabó sentado de un batacazo.

—¿Quién eres? —preguntó, totalmente perplejo.

No era imperceptible… La había visto y tenía que decir algo. «Venga, tú puedes», pensó.

—No voy a hacerte nada —dijo Julia, con las manos levantadas en son de paz; se le había pasado por la cabeza llevar un arma para asustarlo y hacerse escuchar, pero le preocupó la posibilidad de usarla antes siquiera de mediar palabra; le temblaban tanto las manos que dio gracias por no tener el dedo en un gatillo.

—¿Quién coño eres? —preguntó él—. ¿Eres…? —Ladeó la cabeza para intentar verle mejor la cara. Si la ropa que llevaba estaba cumpliendo su misión, puede que incluso la confundiera con un hombre. Tenía el pelo hacia atrás, escondido en un gorro, y llevaba una parka de hombre muy grande.

—No te voy a hacer nada —repitió ella—. Soy Julia. —Se dirigió

gradualmente hacia él—. Hall.

—¿La hermana de Nick Hall? —repuso, negando con la cabeza.

—La cuñada —respondió ella.

—Joder… —susurró mientras se giraba.

Julia no reaccionó hasta que vio a Walker trepando para ponerse de pie y subir aporreando las escaleras.

—¡Eh, eh, eh! —gritó mientras atravesaba la cocina corriendo.

Subió los escalones de dos en dos; menos mal que llevaba cinturón, porque iba con unos pantalones holgados y se podría haber tropezado. Visualizó a Walker al final de aquella escalera angosta, preparado para darle una patada, pero cuando se asomó no vio a nadie arriba.

Irrumpió en el rellano y vio a Walker en la otra punta de la habitación, junto a la cama, de espaldas a ella.

Julia fue corriendo hacia él y este empezó a dirigirse al baño, pero tenía un teléfono en la mano que estaba enchufado al lado de la cama. Ella arremetió contra él con los brazos por delante y lo condujo hacia el marco de la puerta, gañendo. El teléfono se desenchufó y se cayó en el suelo del baño.

Walker se inclinó para cogerlo y Julia lo agarró de los brazos, pero él se retorció y se soltó. Ella se encaramó a su espalda, gritando de una forma muy extraña.

—¡Quita! —bramó él, aturdido, mientras daba una sacudida hacia la derecha.

—¡Solo quiero hablar! —gritó ella, rodeándolo con las extremidades y apretando.

Él se acercó al teléfono otra vez y ella soltó una pierna y arrastró el pie por el suelo, por delante de él. Palpó el móvil y, de milagro, consiguió darle un empujón y mandarlo debajo de la bañera con patas.

Walker corcoveó y ella se cayó al suelo.

—Para —refunfuñó Julia, cuyas costillas resonaron al aterrizar sobre el fajo de papeles que tenía en el bolsillo del abrigo.

Se levantó y lo vio gateando a duras penas, buscando el teléfono.

Entonces se abalanzó sobre él, lo empujó en los hombros y lo lanzó directamente contra un lateral de la bañera. La cabeza se estrelló

contra el borde y rebotó. El metal retumbó y él se desplomó en el suelo.

Y allí estaba Julia Hall, meciéndose y con palpitaciones en los oídos en el baño de Raymond Walker.

Y este no se movía.

74

TONY HALL, 2016

Eran las 20.10 del día en el que desapareció Raymond Walker y Tony estaba llamando a Julia mientras recorría el aparcamiento de Goodspring. Se había puesto muy pesada con que la llamara en cuanto terminara con Nick. No sabía por qué, pero aquella visita la tenía muy inquieta. No le cogió el teléfono. Qué pena, porque seguro que se alegraba de la noticia.

Nick y, en cierto modo, la terapeuta lo habían convencido. Tony se había hecho con la mano que Ron Hall le repartió: ser un héroe, primero para Nick y luego para el resto. Lo cual estaba bien si la persona necesitaba de verdad que la protegieran, pero Nick ni quería ni le hacía falta. Y Tony llevaba mucho tiempo sofocándolo. Al parecer, el límite entre ayudar a alguien a quien quieres y hacerle daño era muy difuso. Pero él ni siquiera se había molestado en buscar ese límite.

Se metió en el coche, le mandó un audio a Julia («Voy para casa, llámame») y arrancó.

Pero ella no le devolvió la llamada en todo el trayecto. Y él, mientras dejaba atrás los hitos borrosos de la 95 y luego de la 295 dirección sur, lloró la muerte de su plan de matar a Ray Walker.

75

JULIA HALL, 2016

Eran las 18.15 del día en el que Raymond Walker iba a desaparecer y Julia Hall estaba en la planta baja de su casa palpando a ciegas la pared de su derecha desde las escaleras. Con los dedos temblorosos, encontró por fin el interruptor y lo apagó, suspirando profundamente. Una vez más, se hizo la oscuridad en el salón.

—Vale —dijo—. Sígueme. —Miró hacia atrás y luego se dirigió a la cocina. Él vacilaba a cada paso, pero la siguió. Ella se volvió, pero el hueco de la escalera estaba oscuro y no vio nada—. Venga —dijo con firmeza.

—No me irás a apuñalar con un cuchillo de cocina, ¿no? —La voz resonó por toda la escalera.

—Ya veo que me oyes desde el otro lado —dijo ella, resoplando una sonrisa.

Raymond Walker se mimetizó con la oscuridad del hueco de la escalera. Esperó un segundo, se adentró en el salón y fue hacia ella. Seguía apretándose el nacimiento del pelo ensangrentado con la toalla.

Julia había empezado con su rutina de antaño en el cuarto de baño. Cuando quería ganarse a un cliente para que le confiara algo muy importante, bromeaba con él. Eso hacía que pareciera que estaba tranquila, aunque en realidad estuviera muerta de miedo, como en ese momento. Paró al lado de la nevera y, sin quitarle la vista de encima, abrió el congelador y cogió un salteado de verduras.

—De verdad, tranquilízate ya —dijo mientras cerraba la puerta; él estaba en la isla, fuera de su alcance—. Si quisiera matarte, te habría ahogado en la bañera.

Él la miró con incredulidad. Julia dio un paso y le tendió la bolsa. Walker se la arrebató y reculó.

—¿Quién eres? —le preguntó mientras intercambiaba la toalla por la bolsa congelada.

—Te he dicho que soy la…

—No, ya me he dado cuenta. —La señaló con la toalla y añadió—: Eres igual que él, que vino «a hablar» y acabó pegándome.

—Es que he venido a eso, pero tú no…

—Eso has dicho mientras limpiabas la sangre del suelo —suspiró él, mirándola de un modo raro.

Julia se percató de que se estaba haciendo el gracioso. ¿Estaba actuando igual que ella o su truco de siempre estaba funcionando?

—Lo siento por lo de la cabeza, de verdad.

—Me daría confianza que me devolvieras el teléfono.

Ella negó con la cabeza; lo tenía en la mano, toda sudada. Tenía la adrenalina a tope. Estaba deseando quitarse la parka, pero no quería arriesgarse a que la vieran sin ella. Antes, en el baño, Walker le había dicho que se había pensado que era un hombre cuando la vio al principio en la cocina. Ella sabía que su atuendo era un buen camuflaje, pero se estaba cociendo a muerte.

—Vamos arriba —le dijo—. Ahora te lo explico todo.

—Yo de aquí no me muevo.

—Necesito luz para enseñarte lo que he traído —dijo ella, palpándose el bolsillo.

—Enciendo esta —repuso él, estirándose hacia la pared donde acababa la encimera.

—¡No! —gritó Julia, que se abalanzó sobre la isla y le agarró la muñeca—. Nos van a ver.

—¿Y qué? —contestó él, zafándose de ella—. ¿Qué van a ver?

Ella respiró hondo y soltó el aire.

—He venido para ayudarte a escapar.

76

JOHN RICE, 2019

Qué amable, esta Julia. Que Dios lo perdone por haberla juzgado nada más cruzar el umbral de esa casa. Con esa carita redonda, lavando los platos y vigilando a los niños, era la viva imagen de la feminidad. Había asumido que solo se le daba bien encarnar lo que él creía que debería ser una mujer como ella.

Ahora, sentada a su lado, la vio igual que aquel día que fue a interrogarlos sobre la desaparición de Walker: cándida, tiesa como un palo y con los dedos temblorosos. Esa vez lo confundió con miedo; miedo por lo que podría haber hecho su marido. Pues resulta que él se lo tragó. Qué pardillo se sentía. ¿O'Malley se lo habría tragado? No. Ella se habría dado cuenta. Toda la gente recibía el mismo mensaje sobre cómo eran los hombres y las mujeres. Pero O'Malley pertenecía a una generación más joven, que veía el mundo de una forma distinta.

En su búsqueda desesperada por encontrar a Walker, ella se dedicó a hacer llamadas, así que Rice fue solo a casa de los Hall. Si O'Malley lo hubiera acompañado, se habría percatado de lo que él no vio. No era miedo por lo que hubiera hecho su marido lo que reflejaba la mirada de Julia, sino culpa. Culpa y miedo protector, como en ese momento.

Rice se inclinó hacia ella.

—¿A quién estás invocando? —Julia se quedó callada—. ¿A quién, Julia? ¿A Dios o a tu derecho a guardar silencio?

Acto seguido, ella lo miró, se rascó un brazo y se mordió la lengua mientras el viento silbaba en la ventana que tenía detrás.

77

JULIA HALL, 2016

Eran las 19.00 del día en el que Raymond Walker iba a desaparecer y Julia estaba sentada con él en el suelo del salón, resguardada de la ventana que había al lado del sofá. Walker había puesto una lamparita en el suelo y su resplandor anaranjado iluminaba los papeles de Julia.

Ya los habían revisado juntos, y le había explicado todo el itinerario. Primero había que recorrer varias calles hasta donde estaba aparcado el coche de Julia. Ella se dejaría la capucha puesta e iría con la cabeza gacha; así, con suerte, cualquiera que la viera pensaría que era un hombre, como Walker. Luego lo llevaría a la estación de Portland para coger un autobús a Boston con un billete a nombre de Steven Sanford. Le había dado una cantidad pequeña de dinero para, una vez allí, pagar el taxi hasta la estación de tren, donde cogería uno hacia el oeste, a Chicago, también con un billete a nombre Steven Sanford. Él levantó las cejas con asombro cuando le explicó que se tenía que bajar antes del tren, en Toledo, una ciudad de Ohio, donde cogería un autobús a Columbus con un tercer billete a otro nombre.

—Y allí me recoge tu amiga —dijo él mientras lo repasaban todo.

—Sí. —Miró el móvil: ni rastro de Tony. Eso significaba que aún estaba con Nick, aunque en cosa de una hora estaría en el coche.

—¿Y ella cómo se llama?

Julia levantó la vista del teléfono.

—No te lo he dicho. Elisa.

—Elisa qué más.

—Eso no te lo voy a decir —contestó ella, negando con la cabeza—. Y tu teléfono me lo quedo yo.

Ray volvió a mirar el extracto bancario. Incluso al repasar antes los papeles, ese en concreto se le había quedado grabado.

—¿Te da miedo que cambie de opinión de camino a Toledo?

—¿Entonces te vas? —preguntó ella.

—¿Qué harías si dijera que no? —repuso él, entrecerrando los ojos.

—Nada —contestó ella, con el estómago encogido y una sonrisa forzada.

—¿Y si llamo a la policía?

—Quién se va a creer que la familia de la víctima te ha ayudado a librarte.

—Crees que soy culpable —dijo él, sonriendo.

—Sé que lo eres.

—Eso solo lo sabemos Nick y yo. De hecho, ni siquiera Nick lo sabe, porque al parecer se desmayó. Muy oportuno. —Julia ni siquiera se dignó a responder—. Tengo curiosidad. Si crees que soy culpable, ¿qué te lleva a hacer esto? —Se calló un momento—. ¿Por qué me liberas?

Estaba poniendo el dedo en la llaga que le había salido por culpa de esas preguntas, las mismas que ella seguía haciéndose. Si todo salía a la perfección, es decir, si Walker se iba, a ella nunca la pillaban y Tony y los niños estaban sanos y salvos cuando todo acabara, ¿qué significaría aquello? ¿Qué habría hecho ella, a mayor escala? ¿Acabaría haciéndole a Nick más daño incluso del que Walker ya le había hecho? ¿Más todavía que la cobertura mediática de los medios?, ¿que las opiniones ajenas en internet?, ¿que las habladurías de sus compañeros de clase?, ¿que el sistema?

—Prefiero hacer algo que no hacer nada —contestó ella finalmente —. ¿Tú no? —Walker se quedó callado—. ¿De verdad quieres averiguar si el jurado te cree? Porque si no te creen ya puedes despedirte de tu vida. Sé que lo sabes, porque al parecer te cuesta cerrar la boca. ¿Te has planteado qué pasaría si te absolvieran? No podrías demostrar que eres inocente, y además nadie lo creería. Pensarían que te has salido con la tuya, sin más. ¿Sabes que Nick está a tiempo de llevarte a juicio?, ¿que podrían despedirte por esto?, ¿que cada vez que alguien te busque en Google tu nombre aparecerá al lado de la palabra «violación» hasta que te mueras? —Él volvió a mirar los papeles que tenía en las manos—. A mí no me engañas —prosiguió ella—. Estás tan acorralado como yo.

Walker rebuscó entre los documentos que había en el suelo, en medio de los dos, y cogió la fotocopia del pasaporte. Elisa se la había enviado a Julia y se había quedado con el pasaporte de verdad. Al parecer era de un tal Avery King.

—Entonces, tu amiga, la tal Elisa, me dará el pasaporte cuando me recoja en Columbus. —Lo dijo como si fuera a irse de verdad, como si ella tuviera razón; pero él no quería verbalizarlo y Julia no quiso presionarlo.

—Eso es —contestó ella.

—Sí que nos parecemos —dijo él mientras observaba la foto—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Ni lo sé ni me importa.

Siempre había abordado así su relación con Elisa, incluso cuando representó a su hijo, Mathis. Tanto entonces como ahora, ella solo veía la punta del iceberg de esa familia, y le daba pánico mirar debajo del agua.

—Tu amiga me da muy mal rollo —dijo Walker—. ¿De qué la conoces?

Julia descruzó las piernas y las volvió a cruzar del revés.

—Ayudé a su hijo hace mucho tiempo.

—Avery King. Creo que podría acostumbrarme a ese nombre.

—Es un buen nombre —dijo Julia, sonriendo.

—Mucho mejor que Steve Sanford —repuso él con una mueca.

Luego cogió del suelo el carnet de identidad falso. La foto era precisamente la que le hicieron para la ficha policial cuando lo detuvieron. Quién se lo habría imaginado, con la tranquilidad que desprendía y esa sonrisa ligerísimamente torcida en la cara. Pero Julia lo reconoció al instante cuando abrió el paquete que Elisa le había mandado por correo, de verlo en la prensa.

—En cuanto estés con Elisa, pasas a ser Avery. Steve es provisional, hasta que te reúnas con ella.

—Tranquila —dijo Walker con una sonrisa.

Ella la descifró mentalmente: era afable, seductora y auténtica. A Ray estaba empezando a gustarle. Muy dentro de ella, sintió un dolor; se dirigió a él bruscamente con intención de parar el torrente de

pensamientos.

—¡Eh! Vuelve.

Él miró otra vez los papeles que tenía en las manos. Le estaba ofreciendo una vida nueva.

—A tomar por culo —dijo suspirando—. Sí.

Julia sintió tal alivio al oír aquellas palabras que casi le da algo.

—Vale —exhaló ella—. Pues una última cosa.

—Dime.

—No llames a tu madre todavía. —A él le cambió la cara. Era algo que había pensado; ¿cómo no lo iba a pensar? Bastaba con pedirle a alguien que le dejara hacer una llamada—. Por el bien de los dos es mejor que tu madre no sepa qué ha pasado exactamente esta noche —prosiguió Julia—. En cuanto se enteren de que has desaparecido, van a interrogarla. No lo dejes en manos de sus dotes interpretativas. Tienes que estar con Elisa antes de que se enteren de que te has ido por voluntad propia.

—Muy buena observación —dijo Ray tras pensarlo un momento.

—No me gustaría que mi madre pensara que me ha pasado algo y se asustara —dijo Julia—, pero tampoco me gustaría meterla un lío. Y como ya he dicho, así ganas tiempo para conseguir dinero e irte adonde quieras antes de decirle que estás bien.

Ray asintió pensativamente, pero no dijo nada más. Miró el salón.

—¿Lo desordenamos todo un poco? En plan como si hubiera habido una pelea o algo así. Para despistarlos, ¿no?

—No —contestó Julia enseguida—. Si sale mal el montaje, cosa que creo que pasaría, van a sospechar enseguida que te has ido.

Ray afirmó moviendo la cabeza despacio.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando todo esto? —preguntó.

La verdad es que no estaba segura. Había empezado sutilmente, como si lo estuviera viendo por el rabillo del ojo, pero no quisiera darse la vuelta para mirar mejor. La planificación en sí había sido rápida, pero idear el plan…, eso ya no lo tenía tan claro.

—Ni idea. Lo justo y necesario.

—Lo llevas en la sangre.

—¿En serio? —contestó ella, con un mohín.

—Es un cumplido.

—Pues me siento una persona horrible.

—Bueno, déjame donde el autobús y así te olvidas del asunto ya. —Apoyó una mano en el pecho—. Aunque siempre te llevaré en el corazón.

—Seguro que sí —le dijo con una sonrisa burlona, señalando el extracto bancario que él tenía en la mano.

Puede que sonara horrible, pero Ray tenía razón: se le daba bien aquello.

78

TONY HALL, 2016

Eran las 22.00 del día en el que Raymond Walker desapareció cuando Tony aparcó en el acceso, detrás del coche de Julia. Desde fuera vio el salón bañado por una luz parpadeante de color blanco azulado. A lo mejor se había quedado dormida delante de la tele.

Se quitó las botas en el recibidor y fue al salón, pasando por la cocina y el comedor. Dio un bote cuando la vio sentada en la mesa.

—Joder, me has asustado.

Su mirada le resultó familiar, pero le costaba ubicarla. Tenía la cara pálida; se estremeció y luego cruzó los brazos. Estaba helada.

—¿Has salido? —Ella negó con la cabeza—. ¿Qué te pasa? —Se quedó callada, con la mirada aún fija en la mesa—. Cielo —dijo él, acercándose a ella—, me estás asustando.

Julia se estremeció otra vez cuando Tony se arrodilló a su lado. Le puso la mano en el muslo y empezó a acariciarle la pierna de arriba abajo.

La electricidad entre ambos era palpable, pero sabía que acabaría hablando, solo tenía que ser paciente.

Y por fin, aún sin apartar los ojos de la mesa, lo hizo:

—Antes de contarte lo que he hecho, prométeme que vas a perdonarme.

79

JOHN RICE, 2019

Julia todavía no se había pronunciado. Rice habría dado lo que fuera por estar dentro de su cabeza. ¿Estaba repasando lo que sabía, lo que creía que podía revelar de forma segura? ¿Se estaba inventando una mentira? Puede. Le dolería que le mintiera, incluso a pesar de ser consciente de que lo estaría haciendo por razones obvias. Pero ella le debía la verdad. Después de lo que él había hecho, se lo debía.

La última vez que John Rice vio a Julia Hall, ella iba con ropa de invierno y estaba en el patio trasero de su casa observando a sus hijos mientras jugaban.

Parecía que se acordaba del 18 de enero de 2016 con mucha más precisión que de la hora a la que había cenado el día anterior.

Era por la tarde y hacía un frío horrible. El cielo estaba saturado de color, del amarillo del sol y de un azul vivo. Se había acercado en coche a los prados de Orange, pero no había nadie en casa de los Hall. Siguió avanzando por la carretera rural con su coche particular y aparcó. Miró por el retrovisor y vio una versión en miniatura de la casa de los Hall; le dieron ganas de arrancar el espejo y hacerlo añicos. Al final apareció el Subaru Baja rojo (tan feo que era inolvidable); era un puntito que fue creciendo gradualmente según avanzaba por la calzada. Julia se adentró en el acceso y aparcó el coche.

Madre mía, cómo le latía el corazón mientras observaba el vehículo. Lo reconoció enseguida cuando vio las imágenes granuladas de los vídeos de seguridad de la estación de autobuses de Portland. Dos días después de la desaparición de Raymond Walker, Megan O'Malley llamó a Rice y le dijo que fuera a Portland para enseñarle un vídeo

donde aparecía Walker dirigiéndose a la estación a las 20:10 del viernes, el día previo a que su madre denunciara su desaparición. El vídeo no era de buena calidad, pero él pasó justo por la fachada del edificio, y la cara era inconfundible. Luego se montó en el autobús de las 20.15 a Boston y se esfumó.

O'Malley le había pedido al empleado de la estación que le consiguiera los vídeos del aparcamiento. Su primer pecado fue negar con la cabeza cuando ella le preguntó si reconocía «la camioneta» que dejó allí a Walker, justo en el borde de la pantalla. Solo se veía un atisbo del vehículo, pero con esa caja parecía una camionetilla roja, un tipo de vehículo omnipresente en Maine. Pero Rice era muy listo. No era una camionetilla, era un Subaru Baja.

La gente culpable siempre intentaba convencerlo de que si su ADN estaba en el escenario de un crimen, o si los bienes robados estaban en su garaje, o si la marca y el modelo de su coche coincidían con los del vehículo fugado era por una curiosa coincidencia. Pero eso no era una coincidencia: alguien de la familia Hall llevó a Walker a la estación de autobuses de Portland la noche que desapareció, y Tony Hall ya se había explicado.

Hace tres años, mientras observaba el acceso de la casa de Julia, Rice se quedó mirando fijamente aquel puto coche con la esperanza de verla a ella. Estaba convencido de que lo hizo para que Tony no matara a Walker, para evitar que el delito de su marido y un arresto inevitable acabaran con su vida perfecta. Recuerda cómo le palpitaba el cuello cuando se inclinó y estiró la cabeza para intentar verle la cara. Una cara que otrora le recordó la de Irene. Ahora la veía distinta, egoísta y vanidosa. Nada que ver con Irene. Nada que ver con la imagen que él se había hecho.

Poco después vio movimiento en el coche; era la niña saliendo por el lado del copiloto antes de echarse a correr; luego Julia apareció delante del coche, acercándose a la casa. Llevaba dos bolsas de la compra grandes y al niño detrás. Rice estaba demasiado lejos, así que no estaba seguro, pero le pareció que iban hablando. Su hijo pasó por su lado corriendo hacia el patio trasero, con una sonrisa tan grande en la cara que hasta la vio desde la calzada. Julia lo siguió y entonces la

perdió de vista. Rice retrocedió paulatinamente hasta situarse enfrente del acceso. Julia estaba de pie al lado de la valla de cedro, de espaldas a la calzada, observando a sus hijos corretear por el patio. Había dejado las bolsas de la compra en el suelo y una se había volcado, y la comida estaba desparramada sobre la nieve. No le dio importancia. Lo único que quería era observar a sus hijos.

En ese momento, una revelación empezó a invadirlo poco a poco, con calidez, como si estuviera sumergiéndose en una bañera. Sabía lo que había hecho, pero había malinterpretado el motivo.

Había evitado que sus hijos se quedaran sin padre. Que su marido fuera un asesino. Y que Ray Walker muriera. Quizás ella no le diera mucha importancia a eso, pero a él tanta pureza lo abrumaba. Le había salvado la vida a Walker. No era buena persona, pero era una persona. Julia se agarró a la valla e inclinó la cabeza hacia abajo. Rice la visualizó como si estuviera mirándola de frente, desde el patio: un mechón suelto asomando por el gorro; lágrimas en los ojos y sonrisa temblorosa; embargada por la alegría mientras observaba a sus hijos jugar, con la certeza de que estaban a salvo y de que no habían perdido a sus padres, de que había cometido un pecado menor exclusivamente para evitar uno mayor.

La observó otro poco y luego arrancó el coche. Cogió la carretera rural hasta la primera salida, atravesó el centro de la ciudad, se incorporó a la autovía y volvió a la comisaría. Una vez allí, entró, se sentó en su mesa y se quedó en silencio.

Durante los meses posteriores, él y O'Malley trabajaron en la lista de pasajeros de las 20.15, intentando rastrear el recorrido de Walker. Solo tenía una imagen parcial de la matrícula de la «camioneta», y era totalmente imperceptible, así que la única opción era seguirle la pista al propio Walker. Los vídeos de seguridad confirmaron que enseñó un carnet de identidad cuando se subió al autobús, pero su nombre real no aparecía en la lista de pasajeros, así que revisaron meticulosamente los nombres de la gente que había comprado el billete con antelación. Comprobaron antecedentes penales y de conducción, buscaron en las redes sociales y compararon las imágenes de los pasajeros varones con los vídeos de las cámaras de vigilancia. Llevaba su tiempo, y además

estaban empantanados con otros trabajos y no podían ir más rápido, pero O'Malley era pertinaz. Trabajaba con rabia y empecinamiento, porque Walker había eludido la justicia e iba a buscar más víctimas. Rice colaboró con ella, cargando con un sentimiento de culpabilidad horrible, la penitencia por su pecado. Pero sentía que había elegido el menor de los males, igual que Julia.

Solicitaron la supuesta ayuda del FBI local, pero fue O'Malley quien determinó que Raymond Walker era el pasajero que figuraba como «Steven Sanford», y que este tal Steven también había comprado un billete de tren de Boston a Chicago. El agente federal les dijo que los billetes se compraron con tarjetas de crédito robadas en la web oscura. Eso fue todo lo que aportaron.

Lo único que tenían claro es que Walker nunca llegó a Chicago, pero no pudieron determinar en qué parada se bajó de todas las anteriores.

Cuando salió a la luz la noticia de que se había escapado, Britny Cressey se puso bajo el foco, como siempre había querido. Concedió entrevistas a emisoras de radio y periódicos locales, donde contó detalladamente lo que Walker le dijo antes de alzar el vuelo. Matizó enseguida que ella no sabía nada de la fuga en sí ni de la planificación. Él nunca se lo había mencionado, según ella, pero sí le había hablado largo y tendido del proceso judicial, de que debía dinero y de su miedo a que le hubieran tendido una trampa.

Con el tiempo, el suceso sobre el tío que eludió la justicia se quedó desfasado; los medios dejaron de informar al respecto y la vida siguió sin Raymond Walker.

Y luego, un mes después de que se escapara, Linda Davis llamó a Rice. Nick Hall la había llamado y le había pedido que desestimara el caso contra Raymond Walker.

—Dice que quiere seguir con su vida —le explicó—. En realidad, nunca quiso meterse en juicios. Pero quería que supiéramos una cosa: estaba consciente cuando Walker lo agredió. —Rice se quedó de piedra—. Lo sé —repuso ella—. Parece que quiere seguir con su vida y olvidarse del asunto. No me extraña, la verdad.

Estaba consciente. Rice se acordó de cuando O'Malley empezó a trabajar en el caso, del asunto de los violadores en serie. Inicialmente

descartaron el segundo tipo de sádico, personas que no herían a sus víctimas por placer, pero que fantaseaban con ello. Quizás fuera el caso de Walker. Quizás ninguna de sus víctimas se había resistido tanto como Nick, y eso despertó algo en él. Quizás por eso no dieron con ninguna víctima anterior. Él no era el primero, pero sí era la primera vez que Walker dejaba a una víctima sin opción a ocultar la violencia infligida.

El silencio se había prolongado demasiado.

—Julia —dijo—, di algo.

80

JULIA HALL, 2019

Él sabía lo que pasó. Siempre tuvo la duda de si Julia se había dado cuenta. Le estaba diciendo que pensó que a lo mejor ella sabía que él sabía lo que había hecho, pero para nada; de ser así habría perdido la cabeza. Él sabía lo que hizo. ¿Lo sabía? ¿Cómo se enteró? Siempre lo supo. ¿Por qué se lo contaba ahora y no entonces? ¿Por qué no la detuvo? ¿Qué pensó ella que iba a pasar? Ahora iba a ir a la cárcel. Los niños… Madre mía, los niños. ¿Qué quería él? ¿Qué podía hacer ella? Los pensamientos no dejaban de acosarla y fue incapaz de articular oración coherente alguna cuando el inspector moribundo habló de nuevo.

—Julia, di algo. —Parecía exhausto, como si estuviera tratando con una niña que no hacía más que levantarse de la cama por la noche.

En todos sus años como abogada de oficio, nunca había conocido a ninguna persona culpable de un delito que se alegrara de hablar con la policía, ni siquiera para negarlo o explicarlo. Y, sin embargo, se supone que una abogada defensora no se vería con alguien que había engañado a la policía, ¿no? Y su silencio era incriminatorio.

—No sé a qué te refieres, no sé qué pasó —dijo con un hilo de voz, pero no tendría que haber abierto la boca.

El inspector Rice se reclinó en el sillón y se oyó un chirrido. Estaba más tranquilo de lo que ella se habría imaginado, teniendo en cuenta que aquello quizás fuera el preludio de su arresto; que quizás no fuera una conversación, sino un interrogatorio. Pero ¿cómo iba a saber ella si él tenía templanza o no?

—No sé si sabes —dijo él— que las cámaras de seguridad de esa estación graban los coches de la carretera.

«Mierda. —Abrió mucho los ojos—. Mierda, mierda, mierda». Ella misma lo pensó justo después, y miles de veces más desde entonces,

pero nadie había ido a preguntarle. Tendría que haberle pedido un taxi, o haberlo dejado más lejos, pero necesitaba ver que se subía al autobús.

—Sé que fuiste tú quien dejó a Walker en Portland —prosiguió el inspector—. El Baja es un coche muy feo y no es muy común. —Lo dijo riéndose, pero cuando terminó estaba tosiendo con fuerza; cogió la mascarilla que tenía al lado.

Eso a ella le dio tiempo para pensar. ¿Por qué le hacía eso? Seguro que era una trampa. Barrió la habitación sin mover la cabeza, pero no vio luces parpadeando ni grabadoras, al menos a primera vista. Aunque la grabadora que él usaba antaño era muy pequeña; a lo mejor estaba debajo de su asiento. ¿Le había dicho él en qué sillón sentarse? Sí, estaba segura de que le había sugerido que se sentara en ese… Ella se había dirigido al otro.

Julia inspiró silenciosamente, temblando, y luego espiró. Como no se tranquilizara le iba a dar un ataque de pánico. Inspiró. «Tranquila». Espiró. «Tranquila». El inspector Rice estaba colocando la mascarilla en el tanque. Lo sabía desde hacía tres años. A lo mejor su intención no era pillarla, quizás tenía en mente otra cosa. Si no, ¿por qué ahora? ¿Había novedades?

¿Habían encontrado a Walker?

Solo de pensarlo sintió que las paredes de la habitación la oprimían. Le pitaban los oídos. La estancia empezó a oscurecerse y Julia sintió la necesidad de inclinarse hacia las rodillas. Eso hizo, y oyó la voz del inspector Rice mucho más allá del pitido en los oídos.

Se echó hacia atrás y luego apoyó la cabeza entre las rodillas. Con cada respiración, el pitido menguaba y el brote de pánico se atenuaba. Cuando abrió los ojos, la luz había vuelto.

—Julia. —Notó la calidez de su mano en el hombro—. Julia.

Ella lo miró y luego dirigió la cabeza al frente otra vez.

—Perdón.

—¿Estás bien? —Julia asintió—. ¿Era un ataque de pánico? —Ella asintió de nuevo. No tenía nada que decir. Su cuerpo la había delatado —. Julia, no he… No te pedí que vinieras para detenerte ni para interrogarte. No he enfocado bien todo esto. —Lo último lo dijo más

para él que para ella—. Por favor, incorpórate para que te vea. —Con pies de plomo, Julia se reclinó en el sillón—. No pretendía asustarte. Bueno —añadió él, agitando la cabeza—, no sé, a lo mejor sí. —Ella lo miró de reojo antes de volverse del todo hacia él, que la observó con cara de disculpa, y quizás de algo más—. No lo sabe nadie más —concluyó en voz baja.

—Dices que mi coche sale en las cámaras.

El inspector sonrió.

—Parecía una camioneta. No llegamos a identificarlo oficialmente. —Se calló un momento—. Pero yo lo sabía. —Como Julia no dijo nada, prosiguió—: La semana que viene me mudo a un centro de cuidados paliativos y no quería hablarlo allí. Y, bueno, evidentemente no me quiero morir sin tener esta conversación.

—Vale —dijo ella en voz baja.

—Creo que entiendo por qué lo ayudaste a escapar. De primeras no fue así y mi intención era sacarlo a la luz, lo que habías hecho, pero antes quería hablar contigo. Pero cuando fui a tu casa y te vi fuera jugando con los niños lo entendí enseguida.

—¿El qué?

—Que lo hiciste por ellos. Por tus hijos y por Tony. Creías que lo iba matar. —Ella estuvo a punto de asentir—. Por eso lo protegiste. —A Julia se le llenaron los ojos de lágrimas y una gota gorda le rodó por la mejilla—. Eres muy buena —añadió él en voz baja—. Siempre lo tuve claro contigo. Me cabreé mucho cuando vi tu coche en el vídeo. Me sentí traicionado. Qué cosa más rara, ¿no? Quería gritarte, entender por qué no eras quien yo pensaba que eras. Fui a tu casa. ¿Lo sabías? —Ella negó con la cabeza. No lo sabía; ni siquiera ubicaba el día—. Fui dispuesto a tirar de la manta —dijo riéndose—. Estaba hecho un basilisco, como habría dicho mi madre. Pero cuando te vi en el patio con tus hijos me di cuenta de que estaba equivocado. Sí que te conocía. Eras buena persona. Era lo único que sabías hacer. —El inspector la miraba con tal ternura que parecía imposible que estuviera fingiendo—. Tú lo quitaste de en medio —concluyó.

Las lágrimas se deslizaron de nuevo por las mejillas de Julia. Ella todavía se alteraba a veces, cuando pensaba en lo que hizo y en el

terror que sintió después.

El inspector Rice lo supo desde el principio. Siempre que le entraban los siete males cuando se preguntaba qué pasaría si él se enterase, resulta que ya lo sabía.

—¿Tony se enfadó contigo? —preguntó.

Estaba derrengada.

Una palabra y ya, pero no era una confesión.

—No —contestó ella.

81

TONY HALL, 2016

En algún momento posterior a las 22.00 del día en el que desapareció Raymond Walker, Tony estaba al lado de Julia, muy quieto y con la mano congelada sobre su muslo escuchando lo que había hecho.

Cuando ella terminó, él apoyó la cabeza en su regazo. Solo pensaba en una cosa: la única forma de seguir adelante era contarle la verdad.

—Jules.

—¿Me odias?

—Jules, me lo pensé dos veces.

—¿Qué? —dijo ella, abriendo mucho los ojos.

Le contó todo lo que le había dicho Nick. Que quería ir a juicio. Que necesitaba que él dejara de intentar solucionarlo todo. Que estando en la sala de visitas de Goodspring se lo pensó dos veces.

—Vale —contestó Julia—. Vale, vale, vale —repitió como un disco rayado.

—Se va a arreglar —dijo Tony enseguida; no tenía ni idea de cómo, pero no quería que se sintiera como se estaba sintiendo.

—Vale —dijo ella otra vez—. Voy a llamar a Elisa para que lo mande de vuelta.

—No va a volver.

—Pero ella tiene lo él que necesita: el dinero, el pasaporte… Si no se lo da, no le va a quedar más remedio.

—O se pondrá en tu contra. —Joder, la que había liado. La había liado parda.

—Siempre he tenido presente que cabía ese riesgo. Tendremos que apechugar con ello.

—¿Qué vamos a hacer?

—Negaré todo lo que diga. Se va a liar más, pero ya la hemos liado.

Tenemos que hacer que vuelva.

—Cielo, te pueden pillar —dijo Tony, poniéndose de pie—. Eso es precisamente lo que querías evitarles a los niños —dijo con la voz quebrada, que se convirtió en un susurro cuando añadió—: Te pueden meter en la cárcel. Y a saber qué pena te impondrían.

Julia se levantó de la mesa, le cogió las manos y dijo:

—Respira hondo. Vamos a salir de esta.

—¿Y si la policía conecta los billetes con Elisa? —preguntó Tony.

—No pueden —respondió ella—. Y si eso pasa ella no va a decir nada.

—¿Por qué quieres abortarlo? —dijo Tony lentamente.

—Le he quitado a Nick lo único que le quedaba.

—No, tú no. Pero yo sí.

—¿Y si no te lo perdona? Con todo lo que te ha dicho… —Eso era verdad. Nick llevaría toda la razón del mundo si lo culpara; él tenía la culpa de todo. Tendría que vivir con ello—. Van a averiguar que Walker cogió un autobús y se marchó. Puede que les lleve un tiempo, pero van a averiguarlo.

—Supongo —repuso Tony.

—Así que seguro que Nick también cree que se ha ido.

—Sí —respondió él—. Tienes razón.

—¿Y qué va a hacer? ¿Qué va a hacer si se queda sin juicio? —preguntó ella.

—No lo sé. Pero no creo que eso sea cosa nuestra. —Rodeó a Julia y sacó una silla. Ella se sentó a su lado. Él apoyó los codos en la mesa y descansó la barbilla sobre las manos—. Siento haberme distanciado tanto.

—No eres el único —repuso Julia tras acercar su silla a la de él—. Ni siquiera me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo. Tendría que habértelo dicho… Lo habríamos hecho juntos.

Se quedaron sentados en la mesa hablando del asunto. Era imposible parar lo que habían empezado. La herida ya estaba abierta. Así que ambos acordaron olvidarse de Walker.

82

NICK HALL, 2016

Un mes después de la desaparición de Raymond Walker, Nick estaba sentado en un sofá delante de su terapeuta, en un gabinete de Wells, no en un hospital ni en un centro médico.

—Bueno, ¿cómo estás?

Jeff llevaba un jersey de ochos azul marino. Había comenzado la sesión con la misma pregunta de siempre.

—Eso mismo quería preguntarte yo —dijo Nick, que estaba sentado en el borde del sofá.

—Todo bien.

—No. —Se rio—. Me refiero a cómo crees tú que estoy.

—Mmm —murmuró Jeff—. No me gusta este juego.

—Yo sé cómo me siento. Sé que no es cuestión de estar «mejor» o «curado», pero ¿cuál es el pronóstico?

—¿Pronóstico? —repuso Jeff, con una de sus cejas canosas levantada.

—Lo tendrás por ahí escrito. O en la cabeza. —Jeff se puso a toquetear la correa de su reloj de pulsera plateado—. ¿Cuándo voy a empezar a dormir normal? Es decir, ¿voy a ser capaz de irme a casa con un chico que me gusta después de esto?

—Tu pronóstico es bueno, Nick —contestó Jeff sonriendo mientras él se reclinaba en el sofá; a lo mejor le estaba siguiendo la corriente, pero le daba igual—. Si analizamos los datos, veo ciertos factores a tu favor en términos de buenos resultados. Aunque ya sabes que no me refiero solo a eso. Pero esta parte es la más importante, además de la única que tú controlas. Si sigues trabajando, el pronóstico será bueno de verdad.

Nick sintió que se deshacía el nudo que tenía en el estómago. Una sensación de consuelo le invadió el cuerpo mientras lo escuchaba

hablar.

—Podemos seguir trabajando con lo que pasó con Ray —prosiguió Jeff—, con las cosas que te dices a ti mismo sobre el significado que tuvo para ti la agresión; cosas dictadas por la sociedad, por tu padre e incluso por tu hermano. O podemos usar lo que te pasó para trabajar en la reconstrucción de tu identidad, quién eres como hombre. Y eso a la larga es mejor. Nunca vas a dejar de tener síntomas. Yo sigo teniendo pesadillas con mi abuso y soy más viejo que Matusalén. Pero las cosas mejoran. Y me parece bien tu forma de verte a ti mismo, cómo ves a los demás, las relaciones sentimentales…

—Guay —contestó Nick.

A veces le costaba encontrar las palabras para expresar cómo se sentía cuando estaba con Jeff. El futuro que este acababa de visualizar para él era lo único que quería. Pero el camino para conseguirlo (revivir aquella noche, verbalizar las cosas tan horribles que pensó de sí mismo o ventilar todas las estupideces que había oído sobre lo que significaba que te dominara otra persona) era demoledor, aunque iba a hacer lo que fuera necesario para labrarse el futuro que Jeff pensaba que podía tener.

—¿Alguna novedad sobre el juicio?

—Pues sí. He decidido desestimar el caso.

—¿Sí? ¿Y eso?

Lo pensó la semana pasada, cuando volvió a casa de Goodspring. Al principio, cuando Ray desapareció, no dejaba de pensar en si Tony habría hecho una locura. O algo peor. Sabía por Julia que la policía había ido a interrogar a su hermano, y la notó preocupada. Pero entonces lo llamó la fiscal adjunta: Ray había cogido un autobús a Boston. El muy cobarde había huido. Linda le dijo que la siguiente comparecencia era en marzo y que no tenía claro si iban a dejarla seguir adelante con el juicio si Ray no había aparecido para entonces, pero quería intentarlo. Y Nick decidió no contarle de momento lo de su testimonio real, porque al parecer tenía algo de tiempo para pensárselo.

Y luego Julia fue a verlo a su casa la semana pasada.

Estaba nevando ligeramente y la quitanieves no había pasado por

Spring Street, pero fueron a dar un paseo igualmente, aunque de aquella manera.

Le contó que Ray no se fugó solo. Ella, su cuñada, había ayudado a su violador a escapar.

Nick se quedó de piedra. Era como una broma sin gracia.

—Necesito que sepas que cambió de opinión gracias a ti. Pero demasiado tarde.

—¿Ray?

—Tony —dijo Julia, negando con la cabeza; él cayó en la cuenta según la escuchaba; no hacía falta ni que se lo dijera—. Pensaba que lo iba a matar. —Eso mismo le había dicho el propio Tony cuando él le contó que estuvo consciente durante la agresión. No paraba de decir que iba a matar a Ray—. Nick, dio marcha atrás gracias a ti, de verdad. Cuando volvió a casa el día que fue a verte a Goodspring me dijo que no iba a hacerlo. —Lo miró, abatida—. Pero ya era demasiado tarde. Despaché a Walker mientras estaba contigo.

—Creía que lo mandaste a Goodspring porque no querías enfrentarte a su reacción cuando supiera que no había acuerdo. —Acababa de atar otro cabo—, pero ya veo que no. Era su coartada.

—Por si pasaba algo —dijo Julia, asintiendo; pararon al llegar al final de la calle y se quedaron plantados bajo la nieve un momento, sin decir nada.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque necesito un favor —dijo ella tras limpiarse la nariz con el reverso de la manopla.

Le confesó que le daba miedo lo que pudiera pasar si él seguía adelante con el caso e iba a juicio sin Ray; básicamente, sería un circo mediático. Para empezar, la prensa se había hecho mucho eco del caso, y que un violador fugitivo fuera juzgado por el hombre al que agredió podría tener repercusión nacional. Y eso significaba salir en las noticias nacionales y que alguien de cualquier estado llamara para informar de que había visto a ese hombre. Si le daban cobertura en todo el país, podrían pillar a Ray y, por ende, a ella.

A Julia se le notaba en los ojos que estaba cansada, y la nieve se le había acumulado en el gorro.

—No tengo derecho a pedirte nada.

—Claro que sí.

—No después de lo que te he quitado —repuso ella, negando con la cabeza—, pero aun así te lo pido.

—Ah —dijo Nick en voz baja.

Julia quería que desestimara el caso. Y si así evitaba que la pillaran, lo haría, por supuesto. Pero ¿y Ray? ¿Y si le hacía daño a alguien?

—¿Nick? —La voz de Jeff lo sacó de su recuerdo cubierto de nieve.

—Perdón, dime.

—¿Por qué has desestimado el caso?

—¿Quieres que te sea sincero? —dijo tras respirar hondo.

—Claro.

Esa vez no iba a mentir ni a decir medias verdades.

—Lo cierto es que en el fondo no me apetece hablar del tema.

—Vale —Jeff esbozó una sonrisa—. Tu terapia, tu decisión. —Nick espiró con fuerza. Se sentía aliviado—. Entonces ¿qué quieres que trabajemos hoy?

Cierto. Su terapia, su decisión. Puede que en el futuro le contara a Jeff por qué había decidido desestimar el caso, lo que le había dicho Julia. O puede que no. La decisión era suya.

83

JULIA HALL, 2019

Julia se sentía vacía. Su mente renqueaba mientras intentaba no perderse por el camino por el que él la había llevado. Parecía que el inspector Rice estaba siendo sincero, todo sonaba real. Además, él ya sabía que fue ella, y si iba a entregarla qué más daba que hablara o no. A lo mejor hasta le contaba el giro inesperado.

—Cuando le conté a Tony que Walker se había ido, se le partió el corazón. No porque ya no podía matarlo, sino porque había reculado.

—No —dijo el inspector, negando con la cabeza, y ella asintió.

—Nick quería ir a juicio y Tony no quería impedírselo.

—Entonces ¿por qué le pidió a Linda que desestimara el caso? Podríamos haber intentado seguir adelante sin Walker. No sería la primera vez. El juicio no había empezado todavía y a lo mejor el tribunal no nos habría dejado. Pero Nick le dijo a Linda que no quería intentarlo. Le contó lo de su declaración, pero no quiso seguir adelante. No lo entiendo. Es verdad que habría tenido que soportar otra vez a la prensa en el juicio, pero al menos habría ganado una victoria simbólica.

—Sí… —repuso Julia lentamente—, puede ser. Pero era todo un círculo vicioso.

—¿A qué te refieres?

—Lo desestimó para protegerme —contestó ella, sonriendo; un mes después de que se fuera Walker, se lo contó todo a Nick, con pelos y señales—. Si se hubiera celebrado el juicio, probablemente se habría convertido en un circo nacional: una víctima masculina, un juicio *in absentia*, un fugitivo… Y los medios…

—Nick podría haber salido muy mal parado.

—No. Bueno, sí, evidentemente. Pero fui una egoísta. Quería que desestimara el caso por mí. No quería que alguien viera las noticias y

atara cabos. Me habría metido en un lío.

—Ah —dijo Rice.

—Tampoco quería que Walker lo viera y volviera a casa —añadió ella.

—Así que lo hizo por ti.

—Y por Tony —puntualizó—. Me sentí fatal, pero al parecer era precisamente lo que él necesitaba. Se podría decir que restableció el equilibrio entre él y su hermano. Nick desestimó el caso, la noticia perdió fuelle y no me pasó nada. —Rice se quedó callado un momento; luego ella añadió—: Me has dicho que querías contarme otra cosa.

—Nunca he sido el más católico del mundo —dijo despacio—. He pecado mucho a lo largo de la vida, pero siempre me he confesado. Sin embargo, me costó mucho confesar que había dejado escapar a un acusado y que me había callado la única pista que tenía: que era la cuñada de la víctima quien lo había ayudado. —Negó con la cabeza—. Casi me voy a Boston a confesarme, a otra iglesia. Me abochornaba contárselo a mi propio párroco. Me habría perdido el respeto. Seguro que él diría que no si le preguntara, pero cómo no iba a perdérmelo.

»Sin embargo, al final mandé a tomar por culo mi orgullo y me confesé en mi parroquia. No tenía ninguna razón para estar orgulloso. Al principio me sentí mejor, pero con el tiempo empecé a notar otra vez ese reconcomio en el estómago, como si necesitara expulsar algo. Así que fui otra vez a confesarme. Y se me pasó. Pero volvió a aparecer.

»Y luego el cáncer. Y ahora me estoy muriendo. Si los médicos están en lo cierto, esta será mi última Semana Santa. Y la necesidad de confesar mi pecado no se va. Pero por fin me he dado cuenta de que se debe a que mi pecado sigue ahí. Es mi mutismo. Soy católico, pero también soy policía. Juré mi cargo y rompí el juramento, y lo sigo rompiendo a diario no yendo a entregarme.

»Me he confesado ante Dios, pero no sé si me va a salvar, porque cada vez que salgo de confesarme ya estoy pecando otra vez. O me muero en el confesionario o me muero pecando.

Julia se quedó estupefacta.

—¿De verdad crees que Dios te va a castigar por una única cosa, solo una? —preguntó.

—Ni idea. Mi yo más joven y romántico quizás te diera la razón, pero es distinto cuando ves las radiografías, las formas imposibles del interior de tu cuerpo, cuando llamas a la señora que redactó tu testamento hace veinte años. —Negó con la cabeza—. Espero de todo corazón que me perdone. Dios es justo y misericordioso. La decisión es suya. Yo siempre he sido justo. Ese era mi trabajo: hacer cumplir la ley y dejar la misericordia en manos de Dios. Alguna vez he hecho la vista gorda, pero no así. Los delitos de verdad siempre los llevo ante la justicia. Solo me he decantado por la misericordia una vez.

Por eso estaba ella allí.

—Me vas a entregar.

—No puedo —repuso él, con cara de sorpresa.

—Ah. ¿Por qué no?

—Sería como anular todo lo que he hecho. Como el escándalo ese del ADN. Permitir que el familiar de una víctima se confabulara con el acusado para escapar es algo muy gordo. Revisarían todos los casos en los que he trabajado y reconsiderarían las condenas. Toda justicia imperfecta que he conseguido para otras víctimas se vería amenazada. Todas las familias que hallaron un poco de paz la perderían.

—Lo siento muchísimo, de verdad. No era consciente de lo que implicaba para ti.

—No lo sientas. Solo dime que mereció la pena.

—¿Cómo?

—Dime si funcionó, así al menos tendré algo por lo que sonreír si acabo en el infierno.

—Ah. —Ella se rio y tuvo que limpiarse con la manga los mocos que se le escaparon.

El inspector tenía los brazos cruzados sobre la tripa y los hombros muy caídos. Nunca lo había visto tan encogido, tan enfermo y tan triste. Pero tenía esperanza; eso era lo que rezumaban sus ojos, una esperanza desesperada. Esperanza en que ella le ofreciera algo. Esperanza en hallar consuelo. Sin ser consciente, había puesto a aquel hombre entre la espada y la pared, igual que Tony a ella. Ambos

habían tomado sus propias decisiones. Durante todos esos años, él había sido un cómplice silencioso de un delito.

Ella le contó lo que había conseguido con su comisión. Le contó que Chloe ya tenía diez años y que era tan precoz como siempre. Llevaba varios meses entregadísima al kárate y confiaba en conseguir el cinturón amarillo esa primavera. Le contó que Seb, que ya tenía ocho años, había descubierto que había vídeos en YouTube de gente haciendo y manipulando blandiblú, y él los veía religiosamente. Tony había intentado canalizar esa obsesión nueva en aumentar su interés por la ciencia, pero no hacía mucho le había dicho muy afligido que en realidad a Seb solo le interesaba el blandiblú. (El inspector se echó a reír con esto y tuvo que echar mano de su mascarilla de oxígeno). Hablando de Tony, Julia le contó que ese fin de año habían celebrado su duodécimo aniversario de boda. A raíz de lo que ella había hecho, se habían reencontrado, y ahora su vínculo era muchísimo más fuerte que cuando eran jóvenes y estaban enamoradísimos. Y por último le habló de Nick. Tenía veintitrés años y era divertidísimo. Cuando terminó la universidad se fue a Boston y empezó a trabajar en publicidad. Las Navidades pasadas se presentó en casa con su novio, y a todos les cayó muy bien.

—Entonces ¿crees que hicimos lo correcto?

—Dudo que lo averigüemos —dijo ella, revolviéndose en su asiento —. O a lo mejor lo descubres tú primero —añadió, señalando la tierra y riéndose; de repente le hizo mucha gracia la idea de ir juntos al infierno—. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría hecho las cosas de otra manera. Pero no lo sabía.

Él se quedó callado. Quería que ella le diera más. No tenía recuerdo de haber hablado del tema con nadie aparte de su párroco. Lo estaba dejando agotado, pero quería que siguiera otro poco.

—Me tiré mucho tiempo…, no sé si «destrozada» es la palabra, porque era peor —prosiguió Julia—. Al principio mantuve la compostura, porque estaba fatal, pero cuando Tony se tranquilizó me derrumbé yo. No me reconocía. Me sentía desconectada de mí misma. Pensaba que era una persona horrible, lo peor. Al principio sentí que después de hacer aquello cambié, y luego me di cuenta de que a lo

mejor nunca había sabido quién era ni cómo era mi vida. Y me sentí muy gilipollas. Cuando el estrés desapareció, se me ocurrieron otras opciones en las que no pensé en su momento. Podría haber ingresado a Tony. No es un delito querer matar a alguien. Ay, ojalá hubiera estado más rápida… No sé, podría haberlo dejado cojo, como en *Misery*. —Rice se ahogó de la risa, y ella notó que sonreía—. Haberlo encerrado en casa.

»Podría habértelo contado. —Se puso seria otra vez—. Eso eran palabras mayores. Si te lo hubiera contado, podría haberle parado los pies. Y se me pasó por la cabeza. Lo pensé antes de… despachar a Walker. Pero no sabía qué habrías hecho con él. ¿Lo habrías detenido? Pensé que si te lo decía me lo ibas a quitar, a mí, a los niños, a Nick. Así que lo despaché. Conseguí lo que quería, evitar que Tony lo pillara y que se metiera en problemas, pero no estaba orgullosa de lo que había hecho. Me quedé hecha polvo, pero Tony estuvo pendiente de mí, y creo que los niños no se enteraron prácticamente de nada, o eso quiero pensar yo, y con el tiempo empecé a olvidarme del tema.

No dejaron de mirarse a los ojos en ningún momento. Era un momento tan íntimo que rayaba en lo incómodo, pero le daba veracidad, y ella quería darle esa verdad, aunque solo fuera en parte.

—Me di cuenta de que nunca iba a saber si hice lo correcto —prosiguió Julia—. Sé que lo que hice no está bien. Pero no es tan fácil. Eso creo yo. Y empecé a aceptarlo. Y cuando me sentía en falta porque el recuerdo me acechaba, bueno, más bien me invadía la cabeza, o cuando me moría de angustia pensando que me pillaban y me metían en la cárcel y que mis hijos iban a pasar precisamente por lo que yo estaba intentando evitar, ya sabes, con Tony… —Estiró la mano y la apoyó en su brazo; luego lo apretó con delicadeza y notó su delgadez a través del jersey—. Respiraba hondo y lo miraba, y a los niños y a Nick. Ellos eran la mejor respuesta a la pregunta: había hecho lo correcto.

Rice tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Eran de alivio o de decepción?

—Eso pensé yo también —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Supiste algo de…?

—No —contestó ella, negando con la cabeza—. Nunca.

—Me pregunto si se iría del país.

Julia empezó a levantar las cejas inconscientemente y las subió más para armonizarlas con su tono delicado.

—Puede.

—Pero no parecía de esos que deja de hacer daño sin más o que quiere llamar la atención constantemente para luego no conseguir nada. Dudo que la gente que hace esas cosas no repita. Siempre pensé que lo pillarían en otro sitio o que encontrarían su ADN en otros escenarios. Seguro que salió del país.

Julia se quedó callada un momento. ¿Qué podía darle para consolarlo? ¿Se lo debía? Se acordó del día en el que Rice llamó a Tony para advertirle que no volviera a amenazar a Ray Walker. «No soy muy fan de *Los elegidos*», le dijo el inspector.

—Si quieres reconciliarte no deberías pensar en esas cosas —dijo Julia, frotándole con la mano que descansaba en su brazo, y él asintió —. Si te vale de algo, él era consciente de que estaba a punto de perderlo todo. Sabía que esa era su oportunidad para empezar desde cero.

—¿Crees de verdad que la gente como él puede cambiar?

Ahí estaba la pregunta que más la perturbaba desde hacía años. «Seguro que se lo ha hecho a más gente, lo que le hizo a tu cuñado, pero me está costando dar con ellos». Eso le dijo Charlie Lee, que no encontró más víctimas; puede que un chaval de Providence. O puede que no. Julia nunca sabría si Walker había hecho daño a alguien más. Llegaría el día de su muerte, ya fuera por vejez o por enfermedad, igual que el inspector, o vete a saber cómo acababa su vida, y se iría a la tumba sin saber si Raymond Walker era el monstruo que toda su familia se había imaginado. Ella apaciguaba la duda una y otra vez, pero siempre estaba ahí, lista para desperezarse y preguntarle: «¿Tan malo era, Julia?».

—Me volvería loca si pensara en él —dijo con sinceridad—. Por eso me centro en la familia cuando se me atora el cerebro.

—Es como si acabaran de quitarme un elefante de encima — comentó el inspector Rice, suspirando profundamente.

—Te lo debía —contestó ella riéndose, apretándole el brazo una última vez—. No era consciente de cuánto.

—Bueno, no fue nada —repuso él, encogiéndose de hombros.

—No, sí que fue —contestó ella, negando con la cabeza—. Lo fue todo. —Se quedaron callados y el viento atizó la ventana otra vez. Ella miró la hora; no es que el tiempo la apremiara, pero estaba lista para irse—. Lo siento mucho, pero tengo que irme. Si lo puedo evitar, prefiero no conducir con nieve cuando está oscuro.

—Claro —contestó él, que hizo ademán de ponerse de pie, pero Julia se levantó y le dio la mano.

El inspector Rice la guio por ese pasillo tan angosto hacia la entrada. Ella se sentó en el banco y se puso las botas.

—¿Te gusta la jardinería? —le preguntó, señalando la estantería con la cabeza.

—Uy, sí —contestó él, sonriendo—. Siempre me ha gustado, pero cuando me jubilé era lo que más me motivaba para levantarme la mayoría de las mañanas. Si te apetece, bueno, si se da un milagro y sigo vivo en primavera, me encantaría que vinieras a verme dondequiera que esté, y a ver si tengo fuerzas para que plantemos algo.

—Me encantaría —le dijo Julia con la más afable de sus sonrisas mientras se levantaba del banco.

Era una mentira manifiesta. No creía que pudiera soportar otro encuentro con el inspector. Pero de qué servía decirle eso, sobre todo teniendo en cuenta que probablemente estuviera muerto antes siquiera de que llegara a enterarse.

Iría a su funeral. Eso se lo debía.

Julia le dio un abrazo de despedida al inspector Rice y salió al porche. Se volvió para cerrar la puerta, pero él ya estaba en ello, despidiéndose con la mano a través de una ventanita que había al lado. Ella le devolvió el gesto con su mano enfundada en la manopla.

Mentir a un hombre con un pie en la tumba, ya fuera o no de forma manifiesta, le parecía particularmente inmoral. Pero era más complaciente que contarle la verdad.

84

ELISA LARIVIERE, 2016

Eran las 00.30 del día posterior al que desapareció Raymond Walker, y Elisa Lariviere llegó antes de lo previsto. Mejor así; además, no tenía nada de extraño ver un coche esperando en un lugar como aquel. Aparcó en batería marcha atrás en un hueco que había en uno de los extremos del aparcamiento y dejó su Gran Coupe de cara al edificio. Había salido de su casa, en Míchigan, hacía tres horas rumbo a la estación de autobuses de Columbus.

Esa noche hacía un frío polar, así que dejó el motor encendido. Fuera soplaba ese viento brutal típico de Ohio y parecía que estaba nevando con ganas, pero en realidad era una rafaguilla ligera. Aun así, cambiaría el clima de su pueblo por ese sin pensárselo dos veces. Después de vivir durante más de dos décadas en Boston, Elisa pensó que no tendría problemas con los inviernos de Míchigan, pero se había equivocado. El invierno en los alrededores del lago era más largo, más sombrío y más húmedo que en Nueva Inglaterra. Sin embargo, para llevar a cabo el propósito de esa noche claramente el clima de Míchigan tenía ciertas ventajas.

Tenía la radio puesta y empezó a sonar bajito una canción. No le había prestado mucha atención al DJ, que dijo algo así como que era un tema idóneo para un viernes noche, pero la melodía le sonó enseguida. Una guitarra se unió vibrando suavemente, y a Elisa se le llenó el pecho de un dulzor agridulce. Luego empezó a cantar un hombre y en cuestión de segundos reconoció esa línea tan famosa: «Whack for the daddy-o / there's whiskey in the jar». Entonces se acordó de por qué le sonaba y sonrió por la coincidencia.

Había oído esa canción irlandesa antigua el año pasado en la película *Justicia final*. Estaba basada en hechos reales e iba de una mujer que estudia Derecho y dedica toda su vida a sacar a su hermano

de prisión. Pasó sin pena ni gloria. Ella la vio una noche en casa, años después del estreno, que no tuvo gran repercusión. La historia era como el vino, que mejoraba según avanzaba, y ella acabó embriagada. El caso de Mathis, su hijo, le vino a la mente al poco de empezar, y, aunque apenas había semejanzas entre ambas historias, los temas de la justicia, la defensa a ultranza y la familia sí que estaban ahí.

A pesar de la impotencia que sintió cuando detuvieron a su hijo a principios de 2005, se empecinó en buscarle a Mathis un facilitador diligente, y eso fue precisamente lo que consiguió, y de la forma más inesperada. Elisa recurrió a los servicios de Clifton Cook, un consabido peso pesado en Maine, y este recurrió a un peso pluma, Julia Hall. Cuando la vio, con su pelo rizado y su cara de bebé, se quedó muy decepcionada. Se rio entre dientes cuando se acordó de sus primeras interacciones con ella, una defensora de la cooperación con la fiscalía que sonreía demasiado y que le recomendó a Mathis que hiciera un sinfín de servicios sociales.

—No es abogada, es trabajadora social —dijo Elisa entre risotadas, hablando por teléfono en la cocina blanca y austera de su casa, en una torre de pisos de Boston.

—Clifton dice que el tribunal de menores es complicado. La necesitamos —dijo su hijo, que estaba en el correccional—. Es maja, mamá.

—Y mona, ¿no? —repuso Elisa, poniendo los ojos en blanco.

—Para nada —mintió él.

La nieve empezó a acumularse en la luna y activó los limpiaparabrisas. Miró la hora. Diez minutos.

Mira qué era tonto su hijo. ¿Cómo se le ocurría llevar cocaína en el coche, por poquísima que fuera? Y encima entre estados, porque iba a ver a unos amigos de Maine. Y una pistola… Elisa estuvo a punto de venirse abajo cuando se enteró de que lo habían pillado con una pistola. Aunque, contra todo pronóstico, estaba limpia. Fue a visitarlo al correccional. Se vieron en una sala aséptica, donde se sentaron en una mesa larga y hablaron susurrando mientras jugaban a La solterona, un juego de cartas a prueba de tontos que tenían allí. Primero lo puso a caldo y ya luego le explicó lo que tenía que

contarles a los abogados.

Hubo gente trabajando en la sombra, por supuesto, pero Elisa fue testigo de la dedicación de Julia, que dedicó largas jornadas y hasta altas horas de la noche en el caso mientras este se abría camino en el tribunal de menores de Maine. Siempre que iban al juzgado, Clifton ponía al día al juez y le contaba que Mathis participaba activamente en los servicios dispuestos por Julia, que se sentaba al lado de Elisa sin ningún interés en atribuirse méritos.

—Lo está haciendo muy bien —dijo en voz baja durante la última comparecencia—. Ha conseguido una resolución muy favorable.

—No te restes méritos —le contestó Elisa, inclinándose hacia ella.

Al principio no le convenció que Julia insistiera en seguir las reglas. Sin embargo, su método había funcionado.

—No —repuso Julia—, pero se ha esforzado mucho. Se merece el resultado de hoy. —Hizo una pausa—. Tiene mucha presión encima. —Ella la miró de reojo, pero Julia siguió con la vista al frente y añadió—: Espero que averigüe con total libertad quién es y qué quiere hacer en la vida.

Elisa no dijo nada.

Ya en el pasillo, Mathis se despidió de ella con un abrazo y Julia le dijo que lo llamara si tenía cualquier duda. Entonces el chaval se volvió hacia Clifton y Elisa la cogió del brazo con suavidad y se la llevó aparte para decirle un par de cosas.

Había pensado mucho en ella a lo largo del último año, después de ver la película de la abogada que exoneró a su propio hermano. Cuando terminó de verla, sintió la imperiosa necesidad de llamarla al número que conservaba, pero se contuvo. A la mañana siguiente, la buscó en Google y Elisa se llevó un chasco cuando descubrió que, al parecer, ya no era abogada. Le pareció muy curioso, casi una casualidad, que Julia la llamara muy poco después.

A principios de ese mes, salió de la peluquería y se encontró con un mensaje en el buzón del móvil. Era Julia Hall; estaba nerviosa y divagaba, sin decir nada sustancial.

Elisa le devolvió la llamada ese mismo día, pero más tarde, acomodada en su terraza acristalada. Era invierno y el día amaneció

sombrío en los alrededores del lago; la lluvia resbalaba lentamente por el ventanal que tenía detrás, y al otro lado lo único que había era niebla gris. Se sentó al lado de la estufita de leña e hizo la llamada.

Cuando Julia respondió, la notó distraída. Tardó en reaccionar al saludo de Elisa, a quien le pareció oír que se alejaba de alguien. Entonces oyó una puerta cerrarse y percibió que el tono de Julia cambiaba y que hablaba con más soltura.

—Gracias por devolverme la llamada —le dijo.

—Nada. Yo encantada.

—¡Te has mudado bastante lejos de Boston!

—Me he convertido en la dama del lago —contestó Elisa, saludando con la mano para deleite de un público invisible.

—¿Qué tal los inviernos en Míchigan?

—Una mierda. ¿De verdad me llamas para preguntar por el tiempo?

—No, y ya veo que sigues siendo muy directa.

Elisa percibió la sonrisa en su voz, pero sabía que la había incomodado.

—Venga, suéltalo —dijo, devolviéndole la sonrisa; el silencio se alargó demasiado—. ¿Todo bien, Julia?

—No —contestó en voz baja.

Julia le contó lo que un tal Raymond Walker le había hecho a su cuñado. Le habló de la prensa, de los problemas del chaval y de la tensión sin precedentes que estaba experimentando su matrimonio.

—Lo siento. De verdad —dijo Elisa.

Sin embargo, le pareció raro. Le costaba creer que una mujer como Julia no tuviera confidentes íntimas con las que desahogarse.

—Creo que mi marido tiene algo en mente —dijo en voz baja tras una pausa larga.

—¿«Algo»?

—Algo que yo nunca podría deshacer.

Elisa sopesó lo que acaba de escuchar.

—Puedo llegar a entenderlo. ¿Pensabas que te iba a decir lo contrario? —Pasó la mano por encima del vapor que emanaba de la taza de té que tenía en el reposabrazos. Se acordó de una conversación que tuvieron una tarde en el despacho de Julia. De cuando Mathis,

angustiado, le confesó a la guapita de su abogada un secreto familiar —. Sé que Mathis te contó cosas.

—Ya —repuso Julia—. Tony no puede hacer eso.

Elisa apartó la mano de la taza. Ahí estaba.

—Pero yo sí, ¿no?

—He pensado que puedo intentar convencer a Walker de que se vaya. Al margen de Tony, el otro tiene que saber que va a tirarse años en la cárcel, incluso décadas. Seguro que ha pensado en huir, pero no tiene ni dinero ni quien lo ayude, pero si se lo pongo fácil yo creo que a lo mejor lo convenzo de que se vaya… —La voz se fue apagando, como si las palabras se cayeran por un precipicio—. Y no vuelva.

—Y tú crees que este tío se va a ir y no va a volver —repitió Elisa.

—A lo mejor, si consigo…

—Un tío obsesionado con ser el centro de atención.

—Si yo…

—Quieres dejar suelto al sádico ese. Que desaparezca voluntariamente para siempre y que no vuelva pidiendo más. —Julia no dijo nada a eso. Vale. Era demasiado lista para hacerse la tonta, y con Elisa precisamente—. Bueno, ¿y qué quieres?, ¿que le reserve una habitación en el lago?, ¿que le busque trabajo?, ¿que lo ayude con el pasaporte? —Nada de nuevo—. No tengo ningún problema en seguir condescendiendo si eso te hace sentir mejor, pero ambas sabemos por qué me has llamado.

Eso sí hizo hablar a Julia.

—Si… —Se quedó a medias y espiró justo en el altavoz—. Si necesitara tu ayuda…, ya sabes…

—Lo que te dije el día que desapareciste de mi vida lo dije de verdad. Ayudaste a mi hijo, a mi ojito derecho. —Una risa de alivio entrecortada al otro lado de la línea—. Supongo que tienes hijos, siempre te han gustado. Tú me entiendes. Ayudaste a mi hijo, así que haría lo que fuera por ti. Supongo que por entones pensabas que nunca querrías tener nada que ver con alguien como yo.

La inspiración que le llegó a través del teléfono se vio claramente empañada por las lágrimas. Quién sabe si de resignación o de alivio.

—Sí.

—Es fácil ser buena persona cuando las cosas van bien. —Mientras hablaba, Elisa recorría el borde de la taza con el dedo. Julia no dijo nada. La estufa de leña desprendía un calorcito agradable, pero sintió el frío que irradiaba la ventana de detrás. Se recolocó para poner los pies en alto y se miró las rodillas. Sus articulaciones se quejaron y deslizó un pelín los talones—. ¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

—¿Quieres decir antes de que Tony…?

—Sí.

—No mucho. La próxima comparecencia es el 12 de enero. Me prometió que iba a esperar hasta después. Y si hay acuerdo, nada.

—¿Cómo que nada?

—No hará falta —repuso Julia, aunque Elisa no estaba tan segura, pero qué sentido tenía decírselo; podía empezar a prepararlo todo igualmente—. Pero si el acuerdo se demora por lo que sea, creo que tendría que ser esa semana.

—Es poco tiempo —dijo Elisa—. ¿De verdad crees que puedes convencer al tío este de que huya? Temporalmente, claro.

—Sí, creo que sí —contestó, aclarándose la garganta—. Me consta que le preocupa tanto como a nosotros llegar a los tribunales. Se enfrenta a bastante tiempo. Luego está lo del registro de delincuentes sexuales, el estigma, todos los problemas que conlleva una acusación de ese tipo… Tengo entendido que está empezando a acojonarse, así que con las palabras adecuadas…, pero necesito tu ayuda para hacer que parezca que le estoy ofreciendo todo lo que necesita para empezar desde cero.

—Pasaporte, dinero…

—Eso es. Y billetes para irse de Maine, pero no a su nombre.

—¿Por qué lo incluyes en el plan? Se podría hacer en Maine.

—Si le pasa algo aquí, seguirán sospechando de Tony. Incluso aunque tenga una buena coartada, porque es obvio que podría haber pagado a alguien.

—Y tan obvio, sobre todo para mí —dijo Elisa, riéndose entre dientes; seguía recorriendo el borde de la taza con el dedo—. Tiene que parecer que se ha ido por su propio pie.

—Sí —contestó Julia.

—Pues, si necesitas que te ayude, mándamelo.

—¿Directamente?

—A ver, no a mi casa. Cerca, a Míchigan u Ohio. No quiero tirarme toda la noche conduciendo. Dile que yo lo recojo y lo llevo a algún sitio donde pase desapercibido, que se suele decir.

—¿Y luego?

—Luego se acabó tu problema. Tendrá lo que se merece.

—No estoy de acuerdo con eso.

—¿Seguro? —preguntó Elisa con voz áspera y los ojos cerrados.

Julia se quedó callada un momento.

Si fuera otra persona, quizás habría percibido cierta flaqueza en ese silencio, razón suficiente para colgar el teléfono. Pero en el caso de Julia no era flaqueza. Estaba en conflicto consigo misma. Era una gatita domesticada e inocente fanática de las normas y el orden derrocada por un puma que sabía que a veces la ley que primaba era matar o morir. Y era abogada. Pensar era su religión. Creía que podía solucionar el problema como si fuera un juego de lógica, sin que su familia y su moral salieran perjudicadas. Julia no entendía algo que Elisa sí: pensar y ponderar no valían de nada, porque al final la bondad da para lo que da. Y hay cosas más importantes que ser buena.

—Yo no voy a convencerte —añadió Elisa—. No necesitas mi aprobación; necesitas la tuya. Y no estoy segura de que la tengas.

—No. —Eso fue lo único que contestó Julia.

Estuvieron hablando un buen rato sobre lo que Julia creía que necesitaba para sacar a Raymond Walker de la ciudad en un autobús. Quería documentación falsa y billetes comprados con tarjetas imposibles de rastrear, y tenía que prometerle a Walker que cuando llegara a su destino tendría dinero, y, por supuesto, darle la certeza de que en ese momento se acabaría todo. Y quería que Elisa se encargara de ello. Al parecer, Mathis le había hablado a Julia de su familia mucho más de lo que admitió delante de su madre.

Elisa dio un sorbo al poco té que le quedaba mientras ultimaban los detalles sobre lo que necesitaba Julia y sobre cómo iba a hacer para mandarle a Raymond. La otra colaba de vez en cuando coletillas como «Si es que lo hago», y Elisa respondía tranquilamente: «Claro, claro»,

pero notaba que cada vez estaba más decidida.

Antes de colgar, acordaron no volver a hablar por teléfono, a no ser que fuera imprescindible. Julia ya tenía una explicación muy ingeniosa para esa llamada (estaba haciendo un trabajo de investigación sobre casos suyos antiguos), pero no valdría si su familia llegaba a estar bajo sospecha y descubrían que había múltiples llamadas al Medio Oeste. La idea era que Julia le mandara una postal a Elisa con la información que esta necesitaba para comprar los billetes, y aquella solo la llamaría si Walker no se iba, para decirle que no seguían adelante.

En los días posteriores a su conversación, Elisa hizo varias llamadas para ir adelantando y recopilando lo que Julia necesitaba. La postal tardó una semana en llegar. El matasellos era de Maine, Portland concretamente.

Querida tía Elisa:

¡*Tengo muchísimas ganas de ir a verte este invierno! Me espera un viaje muy largo. El viernes 15 de enero cojo un autobús a las 20.15 en Portland hacia Boston y luego el Amtrak de las 22.55 desde la estación sur hacia Toledo, aunque a lo mejor compro el billete hasta Chicago, que tengo entendido que merece mucho la pena. Llego a Toledo el sábado 16 de enero a las 15.25 y allí cojo un Greyhound a las 15.55 hacia Columbus, donde espero que puedas recogerme. Llego como a las 00.25 del domingo; espero que no sea demasiado tarde*.

¡*Estoy deseando que nos veamos! Si surge cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme*.

Te quiere,

Tu sobrina

Un par de días después, Elisa le mandó a Julia un paquete urgente con un carnet de conducir falso, una fotocopia de un pasaporte de un difunto; extractos bancarios a nombre de esa persona, con dinero en efectivo de una caja b de Elisa; y los billetes de autobús y tren.

La pelota volvía a estar en el tejado de Julia, así que lanzó la postal a la estufa de leña, no sin antes echar un último vistazo.

Ahora, en algún momento entre el 16 y el 17 de enero, Elisa estaba sentada en su coche esperando, tamborileando rítmicamente el suelo con el pie, cerca de los pedales, causando así que su cuerpo entero vibrara. Miró la hora otra vez.

El autobús llegó a la estación con dos minutos de retraso.

Visualizó la postal: «Si surge cualquier cosa, ya sabes dónde

encontrarme». Julia no quería saber cuándo. Solo si no pasaba.

Vio a un tío joven asomar por detrás del autobús. Luego escudriñó el aparcamiento. Las luces que había en lo alto de la estación proyectaban sombras en su frente y en vez de ojos parecía que tenía hoyos.

Ella le dio las largas y Raymond Walker empezó a dirigirse al coche.

Elisa no volvió a tener ocasión de ponerse en contacto con Julia.

Agradecimientos

Muchísimas personas han influido en esta historia y en el proceso de publicación, así que me temo que es imposible darles las gracias como se merecen individualmente. Sin embargo, el miedo a fracasar es la peor de las razones para no hacer algo, así que quiero darles las gracias a las siguientes personas:

A mi agente, Helen Heller, que le dio un giro de ciento ochenta grados a mi vida en el transcurso de una semana. Hacer tándem contigo es la mejor decisión profesional que he tomado en mi vida.

A mi equipo editorial, Pamela Dorman, Jeramie Orton, Clio Cornish, Jill Taylor y Marie Michels. Gracias a vosotros, esta novela se ha transformado en la historia que yo estaba intentando contar. A Erica Ferguson, una editora magnífica que ha cazado más errores de los que estoy dispuesta a admitir. A toda la gente de Pamela Dorman Books y a Michael Joseph, que cuando metieron las manos en este proyecto hicieron que me sintiera como en casa.

A Clarence Haynes, editor y escritor cuyas notas sobre el personaje de Nick y su experiencia son de un valor incalculable.

A Saliann St-Clair, Jemma McDonough y Camilla Ferrier, que se han dejado la piel consiguiéndome acuerdos internacionales y que han respondido resueltamente a todas mis dudas tontas sobre modelos tributarios sobrecogedores. A Ari Solotoff, un antiguo compañero de clase que me explicó todos los contratos, porque soy incapaz de apaciguar mi ansiedad abogacil.

A mis primeros lectores, incluidos Melissa Martin, Anna Polko Clark, las autoras Maureen Milliken y Jeneva Rose, y mis amigos del Círculo de Escritores de la biblioteca pública de South Portland.

A Taylor Sampson, Amanda Bombard y James, que me ayudaron a resolver dudas de todos los colores.

A mi tía Cindy y a mi tío John Mina, que trabajan en Curry Printing, en Portland, y que han imprimido cientos de borradores de esta

novela a lo largo de los últimos tres años, siempre animándome.

A Chloe, mi mejor amiga escritora, que me dejó usar su nombre y que me ayudó a discurrir sobre las cartas de presentación de manuscritos antes de hacerme con el valor necesario para enviarlas. A Susan Dennard y a Pitch Wars, por enseñarme que lo primero es hablar con agentes.

A Hannah, mi hermana, que me dijo que respirase hondo y que hiciera realidad esta locura de sueño que tenía de publicar una novela. A mi madre y a mi padre, que me han inculcado el gusto por la lectura y la escritura desde que tengo uso de razón. Al señor Ramsey, que le dijo a mi padre que dejara de preocuparme tanto por la especialidad que elegí en la universidad, porque estaba claro que iba a acabar siendo escritora.

Y, por último, a Ben. Eres para mí lo que Julia y su estabilidad son para Tony y su descontrol. Gracias por todo.

Caitlin Wahrer es hija de dos hippies y nació en una pequeña ciudad de Maine. Se marchó para estudiar Derecho en la universidad y, ya como abogada, se ocupó de casos que tienen mucho que ver con los temas que trata en su primera novela, *La herida.* Actualmente vive en Maine con su esposo e hijo.

Índice

Sobre este libro

La herida

Dedicatoria

I. Monstruos

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

II. Desastre

- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
III. Diciembre
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Capítulo 70
IV. Suerte
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84

Agradecimientos
Sobre Caitlin Wahrer
Índice
Créditos

Título original: *Damage*

Primera edición: octubre de 2022

© 2021, Caitlin Wahrer
© 2017, I Am Not Your Final Girl, de Claire C. Holland,
por el extracto
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Rocío Gómez de los Riscos, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Lucy Kim / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Karina Vegas / Arcangel, © Elle Moss / Arcangel, Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-91295-42-6

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: sumadeletras
Instagram: sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros